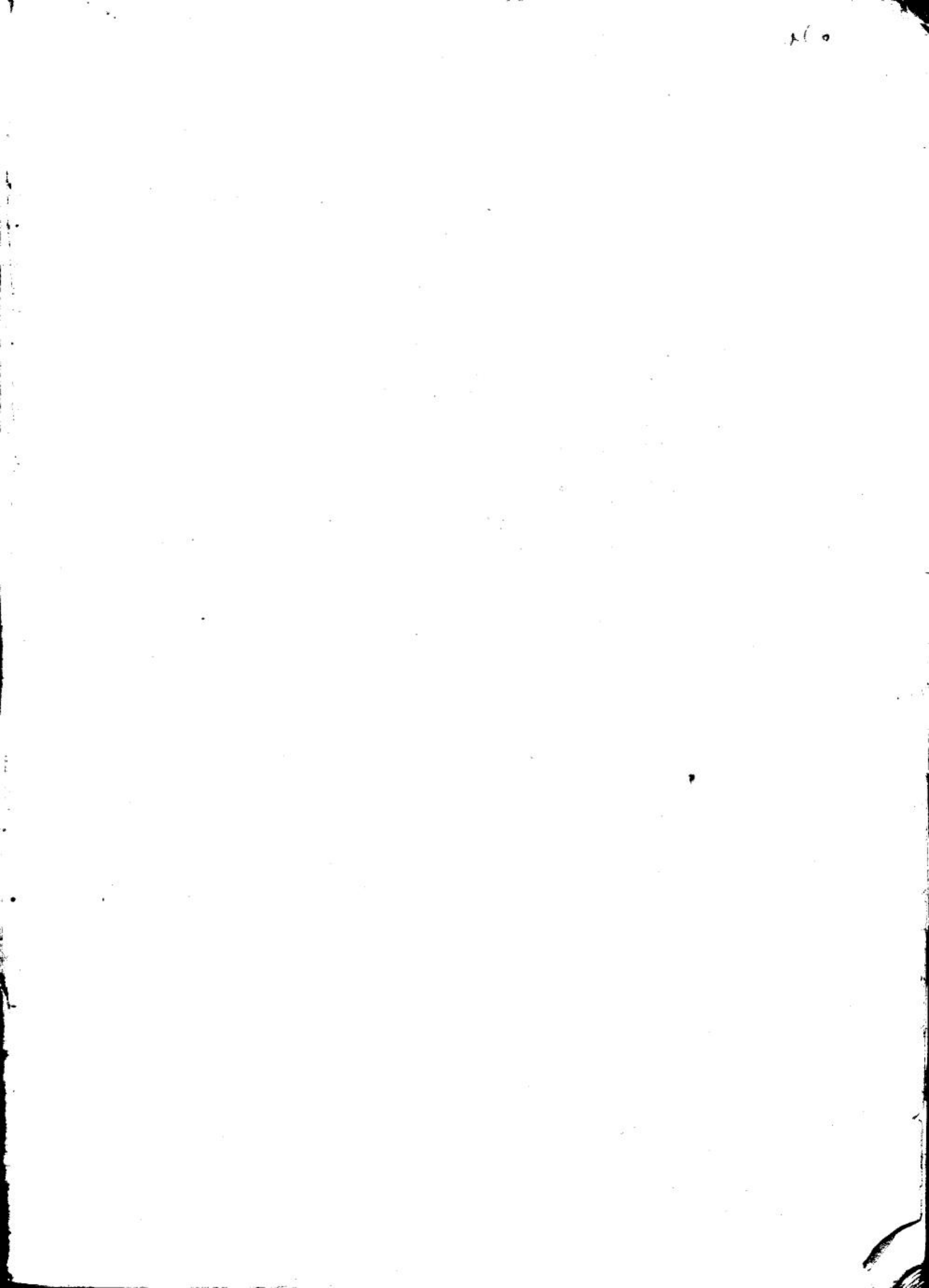
TIERRA

RICARDO LINDO





TIERRA

Hecho el depósito
que marca la ley.

1a. Edición Parcial
Revista Presencia
CENITEC, San Salvador, 1992.

1a. Edición Completa
Dirección de Publicaciones e Impresos,
CONCULTURA
Ministerio de Educación
San Salvador, 1996.

Portada:
Ricardo Lindo.

Edición patrocinada por la Fundación
"María Escalón de Núñez".

TIERRA

Ricardo Lindo



Ministerio de Educación
CONCULTURA
Dirección de Publicaciones e Impresos

A mi hermana Irmita, y a su esposo Juan, quienes me dieron su hospitalidad en Madrid durante varios meses, mientras mi mente caía en un pozo del que tardó varios años en salir.

Al pintor Zipacná de León, gracias a quien conocí varios sitios de la vida de don Pedro de Alvarado en Guatemala.

Al editor Antonio J. Móbil, quien, conociéndome apenas para esas fechas, imprimió mi poemario "El Señor de la Casa del Tiempo" y me obsequió la edición.

Luz llagada,
llagada,
de una ida centuria.
Castilla por las tierras del tacuazín,
el jaguar y el amate,
espadas trae como cruces.

LIBRO PRIMERO

DON PEDRO DE ALVARADO VA CABALGANDO

PROLOGO

ASENTA, ESCRIBANO...

Abrete, libro de los tiempos viejos. Abrete, Sésamo. Despliega la hojarasca de tus encarrujados pergaminos, donde quedaron asentadas las voces de los muertos. Mira que la hora es propicia.

Así decía mi alma en lo oscuro de la noche, inclinándose sobre muy viejos libros.

Sobre los amarillados pergaminos se desplegaba una caligrafía de enredadera de los cronistas de hace tiempos.

Pero dejé las páginas, me puse mi bata y mis pantuflas, y salí al patio, y me hundí en lo claro de la noche. Brillaba el filo de la luna nueva, y cerca de ella, con inusitado esplendor, brillaba Venus. Un aroma de flores se expandía en el aire tranquilo de la noche del volcán. Abajo se extendía el Valle de San Salvador, donde titilaban las últimas luces de la ciudad, que debían durar hasta la madrugada.

La enredadera de la tapia era la viva caligrafía de los poetas muertos, su savia creando hojas nacientes era su sangre enterrada, las células, los átomos que de la tierra subían a la luz, eran los mismos que conformaron los cuerpos de los hombres de antes.

Una voz de eternidad dijo entonces: "Asentá, escribano", y yo escribí la historia de los hombres y mujeres que vivieron y ya no están, el coro de las lamentaciones del pasado, y la voz de los ángeles que la hierba, el lirio y la hoja de lechuga sitúan sobre la vasta superficie de la tierra.

Pero yo, que escribí estas líneas, no sé si es cierto lo que dicen o no, pues quien las dice es ciertamente don Pablo de Alcántara, que mil años descanse en paz, o doña Luisa, Princesa de Tlaxcala, que entre blancas nubes habita, o cuantos acercándose a mí dijeron: "Asentá, escribano".

Pero yo, el escribano, he puesto mi voz entre las voces de ellos, y alguna vez, movido por el horror o la duda, no quise escribir lo que dijeron.

I

LOS BRUJOS

Hemos venido de lejos para decirte las cosas que debemos decirte. Asentá, escribano.

Fuimos sacerdotes, fuimos brujos del Petén, de Copán, del Tazumal, fuimos escrutadores de estrellas. Asentá, escribano.

Por nuestras instrucciones, por nuestros cálculos se hicieron las pirámides, para honrar y pedir ayuda a las estrellas que nacen en la noche, a las lunas que crecen y que mueren, al sol que tiene una corona, a los grandes vientos del sol.

De ahí venimos hoy. Ahí estamos hoy. Somos brujos y somos reyes. De lo alto de las estrellas, nosotros te escrutamos.

Venimos a decirte que abras a otros grandes puertas que para tí hemos abierto. Serás nuestro instrumento. Anota nuestras palabras. Has visto nuestra magia grande, nuestro poder. Hoy ve y dinos: ¿Cuál de nosotros pudo más? ¿El callado o el que hablaba mucho? Seguramente el más callado, y también el más humilde.

Ese es el sabio. Pregúntanos: ¿Quién es? ¿Es una madre, es un niño, es un anciano? Es quien recoge la basura, eso te damos. Ese es el más alto entre nosotros.

La basura es todo gesto impuro, todo mal pensamiento. Todos ustedes son pecadores, todos manchan el pan, el pan de trigo, el pan de maíz, el pan de la palabra recibida.

Alguien que guarda silencio de las ofensas, ése recoge la basura; alguien que da por el sólo goce de dar, ése se limpia a sí mismo. Si tuvo un mal pensamiento, así se libró de la carga de su pecado. Anótalo en el libro que te damos. Y ahora dinos, escribano, ¿a quién quieres más tú? ¿A tu madre, a tus parientes, a ti mismo? Sabe que un hombre ama porque ha nacido. Que el gran viento del sol Amor se llama, y la lluvia que cae, aunque caiga muy fuerte y destruya los sembrados, y ahogue a las vacas con sus novillos, y haga caer los poblados y dé muerte al recién nacido, no tiene otro nombre que Amor. Cuando pasen los siglos lo comprenderás.

Y ahora escribe: Amor es aquel sol en torno al cual todos los soles giran, y séllalo con el Amén que te dieron en tu infancia, pues aquí no hay sino un lenguaje y una sola

idea, y ese solo lenguaje y esa sola idea Amor son. Pues lo humilde y lo santo toda la tierra colman de su esencia, y nuestras son todas las palabras y la diversidad de las formas del mundo.

Tu país se desangra. Háblanos de la guerra para que las gentes sepan que es malo matar. Hablarás de una guerra del pasado, que a cualquiera otra es igual. Señala al impío que se alejó para que el impío que viene se reconozca en su monstruoso y verdadero espejo.

II

HABLA DON PABLO

Mi nombre es Pablo de Alcántara.

Nací en 1484, como tantos otros conquistadores en Extremadura, en la leal y pobre ciudad de Mérida, y he sido leal y pobre como ella.

Tuve noticia en mi infancia de la hazaña del Descubrimiento, y llegado a la edad de catorce años me hice a la mar, rumbo a las Indias de Occidente. Me alisté en una embarcación que debía zarpar del Puerto de Sanlúcar. Siendo el más pequeño de los grumetes, y el más ligero de peso, me fue encomendada la tarea de vigía, y desde lo alto del mástil de mesana vi alejarse las costas de España y después las de Africa, para retirarnos Océano adentro, ya sin asidero posible durante mucho tiempo.

Es más largo el tiempo del mar. Las olas de altamar se entrechocan las unas a las otras, como si se agitaran en el pecho del mar los encontrados sentimientos.

Unas son como grises olas de piedra, y entonces uno cree avanzar por una inmensa artesa de plomo fundido, como dicen que tienen los alquimistas. Otras veces se forman como lagos, delgadas y amplias extensiones de agua que parecen situarse al margen de los desvaríos del oleaje. Otras veces sopla un viento ligero, arrancando del agua abundantes espumitas, divertidas y risueñas, que desaparecen y vuelven a surgir como si jugasen al escondite.

Pero si cae una tormenta, Dios guarde nuestras almas, pues nada hay entonces seguro arriba ni abajo, y el barco vale lo que esas cascaritas de nuez con que los niños juegan a navegantes, y se hace necesaria toda la pericia del mundo para no ir a visitar a los peces.

Pero después hay otro mar con una vegetación flotante, como légamos, que llaman "Mar de los Sargazos" y después el agua se vuelve como una vitrina transparente por

donde van bandadas de peces multicolores, y más abajo se ven piedras blanças y negras, con hojas que danzan, y bancos de coral rojos como el salmón.

Se acercan aves blancas, como el libro de Colón, y se avizoran, al fin, las islas Caribes, donde permanecí diez largos años.

Esas tierras eran el sueño de todos los hidalgos pobres de España, que veían en ellas una posibilidad de gloria y de fortuna. Acaso también esos sentimientos batían en mi alma como el oleaje, pero más que ellos pudo el simple deseo de aventura.

Las palmeras subían en el aire purísimo. Comiendo una ostra, tropezaba uno con un estorbo, y era una perla. Guardábamos tan sólo las redondas, y dejábamos las otras a los niños caribes, que las hacían rodar sobre el suelo a manera de canicas. Contrariamente a sus padres, los pequeños nos miraban sin recelo.

Los españoles se quejaban de que los caribes se hubiesen comido a los soldados que dejó Colón, los caribes se quejaban de que muchos de ellos fueron torturados hasta la muerte por los mismos soldados, por un puñado de oro.

Fray Ramón Pané les llevó unos santos para catequizarlos y ellos se orinaron encima. Dijeron que de ese modo tendrían buenas y abundantes cosechas.

Ellos también tenían santos de madera labrada, sólo que semejantes a demonios, con los que hablaban por boca de sus hechiceros. Pensaban que el mundo había surgido de un coco.

Sus pieles morenas, lustrosas y desnudas, sus cabellos como negros cascos, sus ojos brillantes como fuego negro, sus rostros pintados, sus collares de dientes de animales o espinas de peces, sus peces voladores que ellos amaestraban, y sus sencillas chozas de paja, todo daba la idea de un ingenuo Paraíso Terrestre.

En la isla Hispaniola fui ayudante de un comerciante próspero, pero aunque me trataba bien, tan cómoda situación no satisfacía a mi instinto. Partí a Cuba, donde trabé amistad con un muchacho nativo de Badajoz, de nombre Pedro de Alvarado, y esa amistad cambió el curso de mis días.

Me aficioné a ir a una taberna de la soldadesca, donde se jugaba a los dados y a los naipes. Todos los soldados de Indias jugaban, con frecuencia grandes cantidades, pues no era difícil entonces hacer fortuna, y es fama que en el Cuzco un tal Mancio Sierra jugó en una noche la estatua del sol, grande como un hombre, el rostro rodeado de rayos, toda de oro macizo. De ahí el refrán "Juega al sol antes que amanezca". Cuando, más tarde, comenzaron los problemas de Alvarado con los Oidores del Virreinato, le reprocharon permitir el juego a sus subalternos. Ignoraban en cambio los Oidores, y no lo supieron nunca, que el propio Pedro perdió una vez hasta el yelmo en una noche de juerga.

En una de esas ocasiones, Alvarado me presentó a Hernán Cortés, natural de Medellín, y extremeño como nosotros, quien nos hizo partícipes de su idea de dirigirse a

tierra firme, donde grandes reinos aguardaban ser conquistados. Pedro ya estaba apalabrado, y no tuvieron que hacer gran esfuerzo para convencerme de seguirlos.

Y, nuevamente, me hice a la mar.

Guiaba la expedición Juan de Grijalba, encargado por Diego de Velásquez, Gobernador de Cuba, de ampliar sus dominios en tierra firme, pues la isla era demasiado estrecha para su ambición.

Juan era más un técnico de la guerra que hombre de grandes miras. Pequeño, delgado, rubio e imberbe, sumamente blanco y pálido, a cierta distancia podía hacer pensar en una muchacha; pero ese aspecto débil ocultaba un carácter tiránico, y un profundo desprecio por sus semejantes. Se había inclinado con reverencias de cortesano ante Diego, pero una vez zarpamos asumió el mando con arrogancia de virrey. Quiso hacernos creer que su linaje descendía desde don Pelayo, y que por su abuela tenía sangre del Cid. Frío como un invierno castellano, no vacilaba en herir sentimientos, y obligaba a soldados que le doblaban en edad y experiencia, a servirle la mesa, alzándoles la voz por un mínimo detalle como si se tratara de criados palaciegos.

Así las cosas, llegamos a la península de Yucatán, con sus bosques majestuosos y sus pirámides que nos llenaron de asombro. Gente de paz, los mayas nos recibieron de buena manera. Tenían extrañas fisonomías, que ellos forzaban. Pretendían que era más hermoso tener la frente inclinada hacia atrás y los ojos bizcos, para lo cual entablillaban la frente de los recién nacidos y les colgaban una piedrezuela entre los ojos. Se reunían de noche en vastos patios, con el fin de mirar hacia las estrellas, de las cuales todo lo esperaban. Nos dijeron que ya sabían de nosotros, pues las estrellas nos habían anunciado. Nos trataban con una amabilidad distante, como si supieran que constituiríamos la ruina de su raza, pero vieran esa posibilidad con indiferencia, asumiendo que su misteriosa civilización era otro espejismo de lo eterno.

Desplegaban ante nosotros sus códices, que eran como biombos de papel de amate, con dibujos y símbolos de una escritura incomprensible, y nos daban a comer frijoles, tortillas de maíz y carne de venado.

Dueños de una sutil inteligencia, se daban a entender fácilmente por señas, y varios de ellos aprendieron con rapidez palabras de nuestra lengua. No mostraban ninguna preocupación por guardar u ocultar sus joyas, aunque varios soldados se embolsaran a ojos vista piezas de oro y jade, y nos mostraron sus templos, con hermosas pinturas en los muros, como alguien enseña a un niño un objeto curioso que es sensato respetar.

Juan se había vuelto un gato, calculador y desconfiado. Ordenó que fueran devueltas las joyas hurtadas, lo cual se hizo en parte, y que no se tocasen las armas.

Continuamos explorando la costa, y en todas partes el recibimiento era el mismo. Descubrimos un río que desembocaba bellamente en el mar, el cual río creaba a sus orillas pequeños lagos donde iban a beber las garzas.

—Se llamará Río Grijalba —dijo Juan

Un destello de ira pasó por los ojos de Pedro de Alvarado. Un indio nos observaba. Alvarado se acercó a hablar con él, y poco después regresó, miró con fuego de hielo a Juan de Grijalba y le dijo:

—Este río se llama Papaloapan.

Sin permiso de Grijalba, Pedro se separó de los demás navíos y dirigió su barco río arriba en viaje de reconocimiento. A su regreso, Grijalba no mostró exasperación alguna, pero con precisión de máquina ordenó a Alvarado lo que más podía dolerle: que regresara a Cuba, en busca de refuerzos y vituallas, con lo cual lo alejaba, momentáneamente al menos, de la empresa del descubrimiento.

Acompañé a Pedro en su regreso. Asistí a su entrevista con Diego de Velásquez. Oí cómo Pedro omitía señalar su falta, fingiendo amistad por Grijalba, y sugiriendo sibilinamente que Grijalba tenía el propósito de formar un imperio por su cuenta, y para su propio beneficio. De hecho, yo sospechaba que esas eran las intenciones de Juan (como lo fueron más tarde de Cortés), pero no me hubiera atrevido a afirmarlo y me sorprendió, en todo caso, el fingido candor con que Pedro desarrollaba su relato, como si no se diese cuenta del alcance de sus palabras. Si no me convenció a mí, convenció a Velásquez. Poco después regresaba Grijalba a Cuba, a rendir cuentas de su misión, y ya no volvió a serle confiado ningún cargo de importancia. La nueva expedición sería comandada por Cortés. Una sonrisa de lobo iluminó la faz de Pedro. Debieron calafatearse once embarcaciones, y una larga fila de indios estuvo yendo y viniendo durante tres días para cargarlas de carne salada, agua dulce y cocos.

Junto a Pedro iban sus hermanos Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, y otros hidalgos como Alonso de Avila y Cristóbal de Olid, quienes subieron a caballo la rampa que conducía a las embarcaciones. Yo me abstuve de esa demostración ostentosa, y preferí subir a la par de mi bestia, halándola por la brida.

Comenzaba febrero, y la brisa hinchaba las velas contra el azul purísimo del cielo, sólo comparable con la cristalina majestad del agua.

De este modo llegamos a la isla de Cozumel, que, aunque reconocida por Colón, no había sido poblada. Tampoco la poblamos nosotros, pero acampamos en ella, recorrimos a pie el escaso perímetro de sus costas, y vimos arder el crepúsculo sobre las olas leves y la arena rosada. Al anochecer hicimos fogata en la arena para cocinar las langostas que habían pescado los soldados, y que eran un banquete como los reyes de Europa no soñaran jamás. Era tan grato el paraje que retrasamos la partida de común acuerdo, y al día siguiente organizamos una justa incruenta que fue de mucha diversión.

Nuevamente Alvarado se separó del grupo para investigar. Regresó al cabo de unas horas, y nos explicó que andaba de caza: traía dos indios y una india, más cuarenta gallinas. Pretendía rifar el lote para concluir la fiesta. Guardaba, para sí, un caracol de oro y una máscara de turquesa y jade, provenientes de un templo. Cortés lo reconvino y soltó a los indios con las joyas, pero al caer la noche se reconciliaron jugando a las cartas, y

Hernán le hizo entonces amigablemente saber que se había incomodado más por no pedirle permiso que por el hecho.

Zarpamos al clarear. Con una sonrisa cómplice, Pedro me hizo ver que conservaba, de su aventura, un collar de jade tallado.

Y dejamos ese mar cercado de islas, y al cabo del día avizoramos las costas de Yucatán, y hacia la otra madrugada, bordeando la costa, oímos cantos dulces y graves, mas no nos detuvimos, sino que seguimos hacia el Norte que marcaba la brújula, y uno entre nosotros iba estableciendo mapa de cuanto veíamos.

Llegamos a la ciudad de Tabasco, donde los mayas nos recibieron con cortesía silvestre. Mas Hernán desenvainó la espada, y la clavó en la ceiba, que es un gran árbol sagrado que según los indígenas sostiene el Reino de los Cielos, y desató la guerra, una guerra que entendí debía durar muchos años, y se extendería, tierra adentro, por los cuatro puntos cardinales.

Los indios se espantaron con el rugir de las armas de fuego, que hicieron de ellos pronta carnicería. Los que quedaron, que no eran muchos, nos miraban sudorosos y pálidos, y ya no los vi como sabios serenos, sino como seres tímidos que ven impotentes acercarse todas las dimensiones del horror.

Un grupo de ancianos se allegó a parlamentar con nosotros, y nos ofrecieron veinte mujeres jóvenes, y una canasta llena de mantas de algodón y objetos de oro.

Cortés tomó la más hermosa mujer y distribuyó las restantes, y aceptando el presente, abandonamos la villa desolada.

Continuamos el viaje, y llegamos a un puerto natural al que pusimos por nombre Villa Rica de la Vera Cruz, y Cortés tomó posesión de ella en nombre de su Católica Majestad, hincado en tierra el estandarte, la rodilla en el polvo, y en el cielo la mirada.

Pronto nos internamos en el territorio, y comenzó algo grande y misterioso, y el recordarlo llena el alma de emoción profunda.

III

LUISA

Los españoles penetraron en los nuevos territorios, preguntando por oro y recibiendo siempre la misma respuesta: Tenochtitlán. Hacia allá deben dirigirse sus pasos. Sus huestes se engrosan con guerreros de los pueblos sometidos a la feroz dictadura de Moctezuma, que ven en ellos dioses libertadores. Los tlaxcaltecas les

presentan frente, mas pronto se convencen de su divinidad, de la cual los caballos dan prueba fehaciente. Los creen parte consustancial de sus jinetes, y aun cuando se separan, deben estar unidos por invisibles lazos. Los peninsulares no vacilan en alentar esas creencias. Saben que ya no tratan con pacíficos mayas, sino con avezados hombres de armas, con los cuales es prudente parlamentar. Y llega el cacique, y habla con Cortés, y habla con palabras de Rey, pero es un Rey que habla con un Dios, y su arrogancia algo tiene que tener de una plegaria, de estadista que vela por los destinos de su pueblo, que no pueden ir contra los designios de los cielos.

Tacuilhuatzin, princesa de Tlaxcala, flor apenas salida de la infancia, hecha de leve arcilla, se inclina solitaria sobre el río, y hondos suspiros hacen subir y descender su pecho delicado. Contempla el agua con horror y respeto, pues su padre ha decidido casarla con un dios. El dios es Tonatiú, el Sol, que llaman también Pedro de Alvarado. Ella creía que el Sol era el más alto de los dioses, pero no. Sobre él hay otro de nombre Hernán, y sobre éste otro que dicen Rey de Castilla, y a ése nadie puede verlo. Tacuilhuatzin sospecha ahora que siempre hay otros dioses por encima de ellos, infinitos como las olas del mar, como las lejanas, altas estrellas, que sólo dicen su palabra en sueños o por boca de sacerdotes.

Con qué sombría intensidad la miró Tonatiú. La cosa está decidida, y las huestes de su padre irán con los de Castilla a tomar posesión de Tenochtitlán, como dioses que regresan en pos de lo que les corresponde, y ella irá con ellos. Ella será honrada por muchas naciones, y sus hijos tendrán sangre de dioses y de reyes. Ya no se llama Tacuilhuatzin, sino Luisa.

IV

EL DIACONO

Unas fiebres retuvieron a don Pablo en Tlaxcala, donde quedó al cuidado de un curandero yerbero y mago. No vio la masacre de Cholula, ordenada por Cortés, pues hubo indicios de que los cholutecas fraguaban una trampa, y tenían ya listas las ollas con chile y tomate donde cocerían a los españoles. No vio a los emisarios de Moctezuma, que pretendían ignorar los propósitos de los cholutecas.

Entretanto Moctezuma erraba lívido por sus estancias, silencioso y lúgubre como una sombra, recordando los indescifrables presagios que se sucedían desde hacía diez años: el cielo se incendiaba, le llevaban hombres de dos cabezas que ordenaba encarcelar y se esfumaban en las celdas, le presentaban un ave con un espejo en la mollera, y él veía en el espejo hombres montados sobre unos como venados, y el espejo y el ave se

esfumaban también. Ya no gustaba de la compañía de sus mujeres, ni gustaba de los cientos de manjares servidos en ricos platos de loza puestos sobre hornillas, para que su comida permaneciera caliente. Ya no gustaba de sus colibríes, ni de sus guacamayas, ni de sus tigres, ni de sus serpientes. Cuando los españoles llegaron, los recibió con boato, como a huéspedes distinguidos, pero comprendiendo que era su prisionero y que el Imperio iba a desaparecer con él.

Don Pablo, por su parte, se aficionó a ese pueblo ingenuo, y a fin de cuentas, hospitalario, en el cual se hallaba retenido, y prolongó su estadía hasta semanas después de su curación, pretextando encontrarse aún débil. Se dedicó a estudiar la lengua de sus nuevos amigos, y al atardecer tomaba su gruesa Biblia empastada en cuero y leía:

En justicia son todas las razones de mi boca;
no hay en ellas cosa perversa ni torcida.
Todas ellas son rectas al que las entiende,
y razonables a los que han hallado sabiduría.

Recibid mi enseñanza, y no plata,
y ciencia antes que oro escogido.
Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas,
y todas las cosas que se pueden desear no son comparables con ella.

Yo, la sabiduría, habito con la discreción,
y hallo ciencia en los consejos.
El temor de Jehová es aborrecer el mal:
la soberbia y la arrogancia y el mal camino
y la boca perversa aborrezco.
Conmigo está el consejo y el ser:
Yo soy la inteligencia; mía es la fortaleza.

(Proverbios 8: 10-14)

Al fin se hizo clara en su mente su más íntima aspiración. Su escaso contacto con los grandes de la Tierra le enseñó cuán deleznables eran. La crueldad de sus compañeros, que pronto iba a ver en todo su esplendor, le disgustó casi tanto como su codicia. Ninguno de sus compañeros parecía comprender el don que Dios les daba al abrir para ellos las puertas del Nuevo Mundo. Interiormente, don Pablo decidió consagrar su vida al Creador. Haría penitencia, y en cuanto la situación lo permitiera, tomaría los hábitos. De hecho vistió su alma con un áspero sayal, y aunque nadie lo viera, todos sintieron que en él se había operado un cambio.

Al cabo de un tiempo, ante la insistencia de un emisario de Cortés, don Pablo partió a Tenochtitlán. Cortés abandonaba momentáneamente la ciudad, no tenía plena

confianza en Alvarado, su segundo de a bordo, y estimaba que Pablo podría moderar a su impulsivo lugarteniente.

Don Pablo miró la ciudad como un relato del Antiguo Testamento, o como un espejismo de esos que eran capaces de crear los nigromantes de Toledo. Los canales poblados de barquichuelos de los mercaderes, colmados de productos innumerables, el monarca a cuya mesa servían carne de niños, el Templo Mayor, con sus adoratorios impregnados de la sangre de los sacrificios, le parecían algo remoto, perteneciente a un pasado inmemorial, y cuando, después de la conquista de México, acompañó a Pedro de Alvarado a Guatemala, como ayudante del capellán, dirigió una vasta mirada a la ciudad fastuosa, y supo que su aventura, por grandioso u horrible que le pareciera cuanto hallaba a su paso, ya no era para afuera sino alma adentro, y que igual hubiera dado que tuviera lugar en ese escenario de leyenda o en una simple aldea.

El capellán de Cortés lo elevó a la dignidad de diácono. No podía hacer más. Para asumir la condición de sacerdote, don Pablo debió esperar unos años. Entretanto, se alejaba en su caballo llevando una pequeña cruz de plata sobre el pecho, y en su bolsón de cuero, dos botecillos conteniendo aceite y bálsamo.

Ibâ cabizbajo, sumergido en sus reflexiones. No tuvo éxito en limitar los desmanes de su amigo Pedro, cuya amistad, fuerza era reconocerlo, se apagaba.

Cuando, en la fiesta de los nobles aztecas en honor a Huitzilopochtli, Alvarado organizó una matanza para apoderarse de sus joyas, tuvo el buen cuidado de ocultarle sus planes. Pablo le reprochó su crueldad, y después Hernán le reprochó su ceguera, pues su imprudencia casi les cuesta el imperio.

Unica cosa de alabar, al huir de los enardecidos aztecas, Pedro dio un salto de garrocha que pasó a la historia, y Pablo recordó que se decía que el Capitán, en su juventud primera, brincó sobre un pozo aterrador y después repitió la hazaña de espaldas.

Una vez restablecido su dominio sobre Tenochtitlán, Cortés lo mandó a Oaxaca, y Alvarado se distinguió entonces arrojando perros hambrientos contra los señores de Tututepeque, que tan bien lo habían tratado, hasta que le dieron cadenas de oro para sus perros y caballos, y una similar cantidad de objetos preciosos para sus personales arcas. Al cacique, por su parte, lo aherrojó, fue torturado bajo sus órdenes, y murió en prisión.

El diácono levantó la mirada y advirtió que el Capitán, quien al comienzo cabalgaba adelante, junto al palanquín donde iba su mujer acompañada de un bebé, se retrasaba para hablar con él, y se acercaba sonriente. Habló nimiedades mientras don Pablo permanecía silencioso. Pedro no se inmutaba y seguía dirigiéndose al religioso como en sus antiguas noches de juerga, pretendiendo ignorar cuán diferentes eran las cosas.

Pablo lo dejó continuar su cháchara hasta que agotó sus recursos, y después irguió la cabeza, contempló, triste, al Capitán Alvarado y dijo simplemente:

—Pedro, me das asco.

Siguieron cabalgando. Dejaron muy atrás el altiplano de México. y atravesaban ahora yermas regiones solares, y zonas de espesa vegetación, donde la maraña de los árboles protegía la humedad del pasado tiempo de aguas. En algunos lugares eran bien acogidos, y en uno les ofrecieron un banquete de guajolotes.

En Tehuantepec debieron repeler una agresión. Cuando los primeros indios cayeron ante el estampido de los arcabuces, los restantes, huyeron. El Capitán ordenó seguir de largo. Ya estaba mordido por la prisa, pues contaba con ganar la rica región de los cakchikeles, y cabalgaban incluso de noche, bajo el claro cielo de diciembre. En los altos, que eran pocos, los soldados se entretenían cazando aves, iguanas y tepezcuintles para reforzar su dieta.

Pasaron la noche de Navidad en un claro del bosque, donde Pablo organizó una pequeña ceremonia religiosa, que concluyó con una misa del capellán Godínez. Las estrellas hervían fervorosas iluminando el sencillo altar. Al orar, don Pablo iba viendo a los escopeteros y ballesteros, con sus corazas y con sus yelmos en las manos, y pensaba en las legiones romanas asolando las aldeas de pastores de Galilea o de Samaria.

Varios días más tarde, llegaron a Soconusco, y supieron que estaban en la frontera de Quauhtemallan, "Lugar de Muchos Arboles".

V

CARLOS

"Año 367. San Atanasio, Patriarca de Alejandría, a los setenta años de edad. parte por quinta vez al exilio, desterrado por Valente de Constantinopla. Al extremo borde de las Galias, el patriarca contempla el mar, acariciando su larga barba blanca. Qué importa que el cirenaico Arrio viva aún en sus seguidores. El patriarca sabe que lo asiste la eternidad, y que el Dios trino y uno terminará por triunfar de toda herejía. Dios —piensa— es majestuoso y sereno como el mar, y nosotros somos como la pasajera espuma de la playa. Justiniano el Apóstata, que tanto me atacaste, qué significa ahora tu gloria, si tus huesos yacen en el sarcófago. Qué lejos está ahora Alejandría la bella, con su puerto solar poblado de barcos de Oriente y Occidente, con sus mercaderes pregonando novedades en las plazas, con sus muchachas morenas de grandes ojos oscuros acentuados por una línea negra, con sus niños que juegan en las calles hasta entrada la noche bajo el armonioso dosel de las estrellas. Que inhóspitos le parecen los pardos roquedales donde se encuentra ahora, sometido al frío viento del norte. Y pues tal es el poder de la herejía, que lo ha llevado tan lejos, mucho mayor debe ser el poder de la fe, que obliga a la perseverancia.

San Atanasio se retira a su tosca cabaña, vencido por la fatiga, y duerme. Las velas de los navíos se reflejan en el Nilo de sus sueños, mientras afuera cae la tormenta, y él predica en griego junto a las pirámides, ante un grupo de camelleros que lo contempla con cortesía e incredulidad..."

Carlos I de España y V de Alemania ha levantado la mano, indicando a la muchacha que debe interrumpir su lectura. De hecho, no la escuchaba exactamente, más bien admiraba su bello perfil acentuado por el ventanal, las finas manos que tornaban las páginas con esa sencillez que constituye la culminación de la aristocracia.

Pero un autómata se ha presentado a la puerta, con una carta en una bandeja. Esos autómatas eran la obra máxima de sus relojeros y eran acaso un destello en el cerebro del Emperador de la demencia de su madre, que erró por toda España con el cadáver de su padre, don Felipe, con un reloj en el corazón. De tanto en tanto, la Reina daba órdenes de abrir el sarcófago para darle cuerda. El Emperador tenía miles de relojes de todas formas y tamaños. Su obsesión era comprobar que daban todos la misma hora al mismo tiempo, y si alguno se anticipaba o retrasaba ligeramente, el propio Carlos se encargaba de corregirlo.

La carta, ciertamente, la había estado esperando. Hernán Cortés, Capitán General de la Nueva España, tenía importantes cosas que comunicarle. Carlos abrió el pliego, pero no lo leyó inmediatamente. Contempló el jardín por el ventanal, y reflexionó, soñador, que también en sus nuevas posesiones había pirámides, como en la historia de San Atanasio, y se dijo que él mismo, combatiendo el protestantismo en Europa y la herejía a ambos lados del Atlántico, era un segundo Atanasio triunfando no por la fuerza de la pluma, sino por la de la espada, para mayor honra y gloria del Dios trino y uno.

Después inclina la mirada sobre el escrito, a la luz de los fuegos del poniente, comenzando por la mitad:

"...Demás de lo que antes al dicho camino estaba proveído, le torné a rehacer al dicho Pedro de Alvarado, y le despaché de esta ciudad a seis días del mes de diciembre de 1523 años; y llevó ciento y veinte de a caballo, en que, con las dobladuras que lleva, lleva ciento y setenta caballos y trescientos peones, lleva cuatro tiros de artillería con mucha pólvora y munición; lleva algunas personas principales, así de las naturales, de esta ciudad, como de otras ciudades de esta comarca, y con ellas alguna gente, aunque no mucho, por ser el camino largo..."

Pedro de Alvarado... Mmm... ¿Habrá camellos en Nueva España?

Es posible, pues hay sirenas.

El sol se apaga y pierde tras los oscuros ramajes del jardín, y la noche llega.

Desde hace un buen rato, Francisca de la Cueva se ha retirado discretamente abandonando el libro, sin que Carlos lo advierta.

VI

QUAUHTEMALLAN

Los caminos eran lentos y arduos. Era más lento el tiempo entonces. Los caballeros iban cortando a golpes de espada las ramas bajas de los árboles, para poder pasar, mas pronto comprendieron que era imposible, y descendieron de sus cabalgaduras. Debieron avanzar en fila india por senderos estrechos y tortuosos. Capturaron unos indios en el camino, y supieron que el Reino del quiché se preparaba para la guerra. Poco más adelante encontraron el cuerpo de una mujer y un perro sacrificados. El intérprete explicó que se trataba de un desafío. Era también una forma de inclinar la victoria del lado quiché. Pablo hizo la señal de la cruz sobre los cadáveres, el perro incluido, y siguieron adelante. La tierra se volvió plana. Un soldado enviado a reconocer el terreno regresó con la noticia de que se aproximaban a un desfiladero, a la desembocadura del cual los esperaba un numeroso ejército de indígenas armados con arcos y macanas. Alvarado ordenó a su ejército replegarse, y después los embistió sorpresivamente, lanzando al frente la caballería. Los indios eran muchos más, pero ante el mitológico animal se descontrolaron. Siguió una larga y cruenta batalla. Al cabo, Pedro dio muerte a uno de los cuatro señores de Utatlán, quien capitaneaba la armada quiché. Los indios dejaron las armas apesadumbrados. La batalla había concluido.

Aún mucho después, cuando Alvarado debió dejar en un pueblo un caballo herido, los indios se acercaban a adorar al animal, y lo mataron de hambre offeciéndole manjares delicados y zapotes escogidos. E incluso los que aprendieron algo de castellano no aprendieron esa otra lengua extraña, hecha de interjecciones, con que los peninsulares se dirigían a los dioses cuadrúpedos.

Al poco tiempo los extranjeros triunfaron nuevamente de los quichés en Quezaltenango, en el lugar más tarde conocido por Llanos de Urbina. La nobleza y lo mejor de la armada quiché, estaban prácticamente extinguidos. Los peninsulares se posesionaron de Quezaltenango.

La primera noche, Pedro, que desconfiaba, se retiró a dormir al campo, a suelo raso. Tras una hora de sueño ligero, oyó ruidos. Abrió los ojos y vio, a cierta distancia, grupos de indios reunidos en torno a fogatas. Sospechó que confabulaban. Al día siguiente, invitó a los Reyes de Quezaltenango a comer. Los Reyes se ataviaron con hermosos tejidos, y llegaron solemnes y discretos. Se sentaron sobre los petates, con las piernas cruzadas, esperando la llegada del anfitrión y los platos de viandas. Debieron guardar ayuno hasta el anochecer. Pedro los hizo tomar prisioneros y quemar vivos, y después ardió toda la ciudad, y los soldados iban y venían con antorchas mientras los indios despertaban, sin saber exactamente qué sucedía, en medio de las llamas, y ardían con sus casas o salían huyendo despavoridos. Desde una loma, Pedro miraba la escena

sonriente, con los ojos encendidos, y alguien le oyó murmurar entre dientes. "Ojalá fuera Roma".

Se sublevaron los pueblos de los alrededores, y uno tras otro fueron castigados con el fuego. Los indios que quedaban se sometían o fingían someterse para seguir con sus vidas, o bien se refugiaban en las montañas viviendo a salto de mata.

Los cakchikeles, por su parte, se rindieron sin oponer resistencia, y pasaron a enriquecer las huestes de Alvarado.

Ocupado en sus asuntos bélicos y políticos, Alvarado no supo sino tres días más tarde que en una choza, Luisa, Princesa de Tlaxcala, de cuclillas y aferrada a una viga, vio surgir de entre sus piernas la cabecita de un bebé, mientras iban y venían las mujeres con paños y huacales de agua caliente.

Al margen de la turba, don Pablo trazaba breves anotaciones en un cuaderno.

No volvió, sin embargo, a hacer poemas, como en su juventud, cuando faltaban clientes, sobre el mostrador del comercio donde fungía como dependiente. Ahora sus notas iban hacia las plantas desconocidas y sus propiedades, hacia los animales sorprendentes, hacia el lenguaje de los indios, sus atuendos de colorido lujoso y extraño, sus costumbres. Le admiraba también el paisaje montañoso de esa zona que pareciera vivir una primavera sin fin, la accidentada y armoniosa geografía sobre la cual volaba el quetzal como un destello de las magias.

Alvarado, en cambio, se quejaba de no encontrar tanto metal precioso como creyó, pero fuerza es reconocer que cuando, en la campaña contra los zutuhiles, llegaron a orillas del lago de Atitlán, todos, hasta el más rudo de los soldados, quedaron un momento suspensos ante la majestad del panorama.

Montañas de un verde profundo cercaban irregularmente la vastedad de las aguas, y a media altura de las cumbres, la niebla se enredaba entre los árboles como vellones de lana de oveja. Los gritos de los enardecidos zutuhiles los llamaron en eso a la realidad, y la batalla comenzó.

Y Alvarado fue ganando una a una las batallas de su vasta guerra, sin encontrar nunca los fabulosos tesoros que anhelaba, y de tal forma se fue yendo más y más al Este, hacia la comarca de los pipiles, y atravesó el Río Paz, arribando a las tierras que hoy llamamos El Salvador.

VII

PEDRO PIEDRA

Entre la Sierra de Apaneca y el Mar cabalga Pedro,
Pedro Piedra,
Pedro padre
de lentas cosas muertas,
de estrellas ciegas.
Entre la sierra de Apaneca y el mar
la espada hincada en tierra.
Bate la Mar del Sur,
Crucificada seas,
tierra del venado,
gime, viento,
y tíñete de sangre
agua del Mar del Sur,
pues comienza la guerra
sobre la tierra
triste del venado.

VIII

HABLAN LOS BRUJOS

Un como sol muy grande fatigó nuestros corazones.

Una fatiga de viento que arrastra piedras como huesecillos de pájaros, como cabecitas disecadas de aves.

Y consultamos la vena de la hoja, la nervadura de la hoja, el ojo del pez pescado con una flecha.

Había llegado Tonatiú, y muy grandes males se avecinaban.

Y vimos el agua del huacal de adivinaciones, y vimos incendios y querellas.

Entonces quemamos incienso. En Tazumal, en Güixat, en Sihuatán, y en todas las pirámides quemamos copal y resina de bálsamo, porque nunca más quemaríamos copal y resina de bálsamo, porque se aproximaba el fin de los días nuestros.

IX

HABLA DON PABLO

Un niño y una niña dio Luisa a Pedro, al cual, realmente, nunca dejó de ver como al dios que no era. Incluso a sus hijos los miraba ella con reverencia, pues algo tenían del sol.

Acompañó a Pedro en sus batallas, y sintió que no le correspondía ejercer juicio sobre sus actos, que las cosas que él hacía debían estar bien.

Pero no todos pensaban igual. Cuando Pedro regresó a México después de la campaña de Tututepeque, Cortés criticó severamente su conducta. Entonces Alvarado le recordó que él mismo, Hernán, ordenó cortar las manos de buen número de indígenas. Se levantó proceso contra Alvarado por sus desmanes, pero, sin que él lo supiera, Cortés inclinó la balanza a su favor, y fue absuelto. No es que Hernán creyera en su inocencia, sino que sabía que la conquista necesitaba de hombres del temple de Pedro, por lo menos hasta que se consolidase la frágil pirámide del poder, y para ello tendrían que pasar varias décadas, que iban quizás más allá de nuestras propias vidas. Pero Hernán vio el orgullo de Pedro peligrosamente herido, y prefirió mandarlo lejos, muy lejos. Por eso insistió en la campaña de Guatemala. Si la distancia no apaga los rencores, al menos los mitiga, y permite que no se produzcan roces nuevos.

En todo caso, en eso de evitar roces Cortés se volvió un maestro consumado. Hizo una casa elegante para su mujer india, doña Marina, que sus compañeros seguían llamando Malinche o Malitzin, y en un parquecito frente a la casa hizo erigir una preciosa capilla, para que ella pudiera ir a misa sin tener que juntarse con las damas españolas, fuente segura de conflictos.

En lo que a Pedro respecta, su mira no fue errónea. Veo ahora a Pedro recogiendo piedrezuelas con sus hijos, a la orilla de un río, mientras Luisa sonríe sentada sobre una peña.

Pedro cojea de una pierna. En la batalla de Acaxual, allende el río Paz, una flecha le atravesó el muslo, y el cirujano debió hacer una sangrienta operación, tras de lo cual usó, ya para siempre, un zapato con una muy gruesa suela de corcho.

Extremadamente pálido, casi transparente y sudando la fiebre, Pedro siguió entonces dirigiendo la guerra desde una pequeña silla, que situaban en algún montecillo elevado para que él percibiera el desarrollo de las operaciones, como un jugador contempla un tablero de ajedrez. Dio jaque mate y continuó su viaje. Según la costumbre, envió emisarios al Señorío de Cuzcatlán, al cual nos acercábamos. Hacía saber a los indígenas de la existencia del Dios trino y uno y el Rey de España, Emperador Serenísimo, ante los cuales debían inclinarse. Lógico era que vivieran en idolatrías en

tanto ignoraran la gloria de ambos, pero, ahora que él se los explicaba en su requerimiento, lo justo era que abandonaran sus malas prácticas, y se sometieran a su mandato, como enviado que era de su Majestad y de Dios.

Fuimos recibidos con un banquete. Pedro distribuyó a los indios para que sirvieran a los señores españoles. Ellos nos miraban con rabia, mas obedecían; ya tenían noticia de cuán inútiles eran sus pertrechos de guerra contra los caballos y la pólvora.

Pedro pidió oro. Por ingenuidad o por malicia, le llevaron una cesta llena de hachuelas de cobre, y no oro, que no tenían. Pedro montó en cólera. Un sombrío aullido sacudió las tierras de Cuzcatlán. En medio de la noche, los soldados españoles encadenaban a los indios y los marcaban como a caballos, con fierros ardientes, como signo de la esclavitud que debían soportar por los siglos de los siglos, e incluso el hijo del principal señor fue herrado en la frente. Los que podían, se fugaban a las montañas para organizar la resistencia, mientras el Capitán Pedro de Alvarado, enviado de Dios y su Católica Majestad, echaba pestes y ordenaba levantar juicio sumario contra los fugitivos, culpables de rebeldía, y condenaba a la horca a los señores de Cuzcatlán.

En los montes aledaños, sonaba el tambor de guerra con redobles de corazón de volcán. Los indios lucharon desesperadamente, mas Pedro los venció, y ordenó que los que quedaban vivos fuesen vendidos como esclavos para pagar la munición y los once caballos que había perdido en la batalla.

Pronto los guerreros indios se multiplicaron en las montañas, y llegaron las aguas del invierno, y vio Pedro la fragilidad de su triunfo, pues Tlaloc, dios de las aguas, ayudaba a los guerreros innumerables, y de tal forma optó por retirarse a Guatemala, seguido de sus huestes, causando grandes estragos en el camino.

Mas ahora Pedro parece casi un niño, sonriendo y recogiendo piedrecitas del río.

X

OTZILEN

Yo, Otzilén, veo el aire de la mañana gris.

Ya se han marchado los extranjeros, mas sé que volverán.

Contempla, sol de la mañana gris, la santa tierra alada. Mi mujer lava una olla de maíz frente a la choza. Una guacalchía recoge plumón para su nido. Un pescador saca mojarras de su trampa nocturna. Parece que nada hubiera cambiado. Pero quién, en la aldea y en todos los alrededores, no tiene un hermano, una hermana, un primo, un sobrino, que no haya partido para siempre con la marca infamante de los esclavos.

Aunque no me guste reconocerlo, sé que las guerras forman parte del orden del mundo. Algo tienen de bueno, porque producen sufrimiento y el sufrimiento es fuente de enseñanzas. ¿Pero es necesario, astros, que sea tanto? ¿O es que quieren, ustedes, que nosotros aprendamos todas las cosas de un solo?

Mas detendré al pescador, y le pediré un pescado, y lo comeremos con la delicia de los hombres libres, mientras aún es tiempo.

XI

HABLA DON PABLO

Un antiguo símil dice que el tiempo es como un río, y lo es, ciertamente.

El áspero guijarro pulido por las aguas, se vuelve redondeado y bueno de tener en la mano. Somos los humanos en el río del tiempo.

El agua lava. Disminuye a nuestros ojos y a los ajenos el mal que hayamos hecho, porque hemos aprendido a perdonarnos y a través de eso a comprender a los demás.

Estimaste estúpida la humildad, poco viril el limitar las ambiciones personales en aras de una causa noble. No supiste que todo eso no era sino conciencia. Corre el agua del río. ¿Fue tu gloria, Pedro, tan cristalina y transparente?

Pasaste a la historia y he de confiarte que, humano al fin y al cabo, me enorgullecía cuando me preguntaban por ti, muerto hace ya tanto, pero cuya memoria vivirá por siglos.

Pasaste a la historia por cruel y por astuto. La astucia es una de las formas de la mezquindad. No puedo juzgarte cuando, al cabo de los años, el destino se ha encargado de demostrarme cuán cruel y cuán mezquino he sido yo mismo, y de enseñarme que lo que rechazaba en ti con tanta fuerza eran mis propios errores. Fuiste útil para mí. Llevaste esos errores a tal extremo que me enseñaste a tener horror de ellos, y debo agradecértelo. Pero yo, ser oscuro y anónimo que vuelvo para reprocharte cuanto hiciste al cabo de más de cuatrocientos años, soy la otra cara de tu misma medalla.

¿Qué era lo más valiente, Pedro? ¿Cortar las manos, las narices, las orejas de indígenas maniatados, o someter interiormente la brutalidad de los instintos al yugo de la ley?

Pero pasa, Pedro. No soy mejor que tú. Simplemente las aguas del río me han arrastrado un poco más.

XII

PEDRO

Era como la muerte de la muerte de la muerte.

El Capitán Alvarado envía a toda la ciudad a buscar oro a los ríos. Ya no hay quién haga un pan, quién cosa un paño. Todos respetan su poder, le temen y lo admiran. Todos se han contagiado de la fiebre de su codicia.

Pero, solo en su casa de bahareque, techada de paja, el Capitán da vueltas inquieto. ¿Por qué no descubrió él tierras riquísimas, por qué no descubrió él la ciudad de los tejados de oro, de la que habla el libro de Marco Polo? El Capitán mira un volcán por la ventana. ¿Por qué no encontró una montaña de esmeraldas, una montaña de diamantes? Pero un ignominioso destello de gozo pasa por sus ojos, al recordar que encontró un monte de obsidiana, otro de acije y otro de azufre, y que con el azufre pudo fabricar tan buena pólvora. Y buena falta les hacía. Si no ¿cómo hubiera podido llevar a cabo esa campaña de Cuzcatlán en que tantos pertrechos hubo de sacrificar? Felizmente los propios indios le facilitaron un arma, con la que no contaba. Artimaña mediocre, habían cavado hoyos profundos ocultando dentro estacas puntiagudas, y los habían cubierto de una frágil armazón de paja y hierba para que los caballos cayeran dentro y se mataran.

Cayeron uno o dos. Después Pedro hizo ensartar en las picas a los ancianos, a las mujeres y a los niños, y sonrió sobre su obra. Como era práctica común entre los guerreros de la zona, y pocos sabían lo sucedido allende el río Paz, la escena se repitió una y otra vez, a lo largo de una década.

Pedro sonríe. Sí, a pesar de la adversidad, la vida tiene sus satisfacciones.

Pedro Piedra, suspira Dios más allá de las nubes, la iglesia tuya se llama Muerte, y está hecha con piedras de sepulcro.

Pedro recuerda. Regresaba del Señorío de Cuzcatlán con cientos de indígenas encadenados. Las mujeres cargadas con crías no podían seguir el paso, y fue necesario arrancarles a los niños de los brazos y arrojarlos al camino. Sin embargo, se hubieran podido vender a buen precio.

Y Pedro de Alvarado se remonta con tristeza a su pasado, erial de gloria e infortunios, a los innumerables tesoros que no halló, a sus triunfos guerreros, y piensa en el jetón Carlos V, quien tanto se aprovecha de los trabajos de los Conquistadores, que de tal forma han engrandecido su Imperio, y el ambicioso y pobre muchacho de Badajoz, que jugaba a matar moros, ahora barbado, endurecido por los años, contempla el sol que se hunde tras los volcanes de una tierra lejana, y piensa que al otro lado del Imperio comienza a amanecer, que el jetón Carlos V ha de dormir aún entre sábanas de holanda, tras los cortinajes de terciopelo carmesí, sin que se le pase ni en sueños la idea de

reconocer los méritos de Pedro de Alvarado, Capitán del Ejército de su Majestad, concendiéndole las honras y privilegios ganados en buena lid.

Y pasan por la calle los buscadores de oro, con sus bateas húmedas chorreando arena, y lo saludan con la mano y siguen su camino, y pasan dos mujeres indias llevando collares de cuentecillas de vidrio de varias vueltas, que él, Pedro les dio a cambio de unas pepitas doradas, y van con sus huipiles y sus refajos adornados de flores y quetzales bordados, con los negros cabellos recogidos y coronados por un atado de tela roja, a manera de turbante. Y avanzan contra el crepúsculo grandes nubes oscuras.

Luisa lo llama. La cena está servida. La esclava ha puesto sobre la mesa los frijoles y los plátanos fritos, una olla de carne de pavo y media jarra de vino. Pedro bebe en silencio, probando apenas la comida. Un candelabro ilumina la escena, la fuerte y tosca mesa con junturas de hierro, las sillas con respaldo de cuero, los comensales sobrecogidos por la mirada del Conquistador, padre que pasa de la sonrisa a las sombras sañudas, esposo que Luisa ha renunciado ya a comprender.

Ha concluido la cena. La esclava lleva a dormir a los niños, y Luisa se retira casi en puntillas. Ruge un trueno, un ventarrón arrastra consigo las llamas de las velas, y un rayo hiere la oscurana. Pedro, con su vaso de greda lleno de vino, escucha, solitario, caer la lluvia. La esclava se acerca solícita, enciende de nuevo el candelabro, y se retira también a dormir.

Y Pedro bebe lluvia. Era hace tiempos, en los pardos campos de Extremadura. Pero eran vanas esas nostalgias a este lado del Atlántico, donde él, templado como un acero toledano, llegaría a ser más poderoso que los Reyes de España a los cuales decía servir.

Era hace tiempos... tierras pardas, almenas de castillos, ciudades cercadas de altos muros de piedra, donde, tras el fin de la Guerra de Reconquista, quedó una sed de matar moros. Qué diferente lluvia la de entonces, cayendo sobre lo silencioso, sobre lo pardo, sobre lo austero, como si cayera sobre un sayo de monje. Qué nieve entonces, blanca hasta los confines del horizonte, donde él odió y amó, con furia de muchacho, la severa vida provinciana de sus mayores.

Los padres, los abuelos —y los bisabuelos, porque las gentes eran ahí muy longevas— lucharon contra los moros, y contaban esas batallas a la luz del fogón de las noches de invierno, y mostraban, para que les creyeran los nietos, las numerosas cicatrices. Bebían vino los abuelos, y las llamas del fogón eran como estandartes y caballos desbocados, y en la imaginación de los oyentes se desataban hordas de mahometanos como lobos hambrientos, cuyas cabezas volaban con todo y turbante al golpe de las espadas cristianas.

Muchos años y cientos de nudos marinos después, el Capitán don Pedro de Alvarado cumplía los sueños guerreros de su infancia. Qué más daba, a fin de cuentas, que su título fuera sólo ese. El no quiso ser uno de esos caballeros cortesanos que ruedan como gatos por los palacios en busca de favores del Rey, acartonados y melifluos,

recurriendo a argucias de leguleyos para obtener un título nobiliario con sus acres de tierra, que les permitiese llevar una vida honorable, estúpida y vacía.

En más tenía, por cierto, haber visto la corte de Moctzuma, con su fasto salvaje, y no era poco haberse unido a la hija del Cacique de Tlaxcala, Princesa por la gracia de su sangre, su porte aristocrático y su amable proceder. Ninguno de esos caballeritos de pergamino que le lamían los zapatos a Carlos V podía jactarse de trofeo semejante.¿Y quién era ese monarca, que ni siquiera hablaba bien el español? ¿A cuenta de qué un flamenco mal encarado, más preocupado por consolidar su poder en los Países Bajos o en Alemania que por dar cumplida paga sus soldados, se arrogaba el título de Rey de España?

Interiormente, Pedro era consciente de que se mentía a sí mismo. Lamentaba que su mujer fuera una india, y a decir verdad, hubiera preferido ser Conde o Marqués. Quizá eso hubiera hecho cambiar su opinión sobre Carlos V.

Pero Pedro vuelve una y otra vez sobre su inquina, e insulta, como si los tuviese enfrente, a esos cretinos discípulos de Erasmo (humanista tortuoso podrido en latinajos) que han calentado la cabeza del Emperador hasta hacerle creer que los indios son gente. Carlos de España, tú no comprendes a los Conquistadores. Yo conozco a los indios y sé cómo hay que tratarlos. Católica, Sacra, Real Majestad, ¡me limpio el culo con tus leyes de Indias!

De repente se yergue y grita llamando a la esclava, pero sólo responde el eco del vendaval, golpeando los espesos lienzos de madera de la ventana. Se apoya nuevamente en la mesa. Como de costumbre, cuando le dan esas crisis, ha olvidado su cojera y ha estado a punto de caer.

—Maldita pierna —masculla, y después maldice a la esclava, y después a la puta que la parió.

Toma un tintero, papel y pluma, y escribe febrilmente, con los ojos enrojecidos. Está casi llorando. Mas procura serenarse, y explica a Hernán Cortés sus numerosos méritos, y se disculpa de no haber podido pacificar Cuzcatlán "porque toda esta costa del Sur, por donde fui, es muy montuosa, las sierras cerca, donde los indios tienen acogida, así que soy venido a esta ciudad por las muchas aguas, para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edifiqué en nombre de su Majestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago..."

En su delirio, olvidaba que Santiago de los Caballeros apenas merecía por entonces el nombre de campamento. Y hablaba el Conquistador de las armadas indígenas, con sus penachos de plumas y sus corceletes y sus escudos de algodón, de las grandes ciudades de que le habían hablado, tierra adentro, como Tlapalan, que debía ser más grande que México, y que él estaba dispuesto a someter. Y se queja del olvido del Emperador, y añade con perfidia: "no me maravillo, pues que de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino Vuestra Merced, por no haber hecho relación a su Majestad de lo que

yo le he servido, pues me envió acá". Y concluye recordando por enésima vez "como en su servicio me han lisiado una pierna..."

Y hace caso omiso de que, tantas veces, según bien sabe, Hernán Cortés ha referido sus hazañas al Emperador.

XIII

VIVES

—Rey —dice Juan Luis Vives— no hay conocimiento de cosa alguna más importante que el del alma.

Absorto, Carlos I de España y V de Alemania escucha al joven sabio, que habla como grandes mares calmados. Las Indias de Occidente... ¿Qué piensa de las Indias de Occidente Juan Luis Vives? Vives se remonta a las lecciones de su amigo Erasmo, recuerda cuánto comentaron la Utopía de Moro. Quizás la visión de Moro, cuyo relato se basaba en los decires de esas regiones, era ideal, y ponía de lado los defectos propios del ser humano, pero lo que el monarca podía rescatar de Moro, para sí mismo, era el don de escuchar. Esos hombres vestidos de taparrabos que eran ahora sus súbditos, tenían conocimientos y reflexiones del mundo que debieran ser oídos con respeto, pues aunque no fuesen cristianos (y no eran culpables por ello, pues la santa palabra les era desconocida), eran en cambio hombres dotados de entendimiento, cuyas virtudes naturales no se hallaban opacadas por los tortuosos caminos de la civilización, y habiendo vivido más cerca de las elementales verdades de la tierra, algo más puro y espontáneo debieron recibir de los cielos.

El monarca mueve la cabeza, aprobador, y piensa en su franco e incluso brutal pueblo de Flandes, dado a la diversión y desprovisto de ridículos pudores, y piensa con tristeza cuánto él mismo, Carlos V, ha ido perdiendo en vivacidad al contacto con el hueco protocolo de las cortes, que tan tiránicamente pesa sobre los emperadores y los reyes.

XIV

EL DIEZMO DE MOLOCH

—¡A cabalgar, Don Pedro, a cabalgar!

Y don Pedro cabalga sobre los verdes campos montuosos, en la húmeda niebla o bajo el sol quemante del mediodía, rumbo al Este. Se reunirán con Hernán Cortés, en la frontera de San Salvador y las Hibueras. Cortés anda pacificando por entonces tierras de Honduras. Cabalga, Pedro de Piedra.

Cuánto ha debido hacer Pedro últimamente. Exigió a los Reyes cakchikeles un enorme tributo de oro, que debían entregarle en cinco días, pues estaba desesperado de no encontrar tesoros equivalentes a los de Nueva España. Ellos pidieron, quejumbrosos, un plazo más largo. ¿No admitiría, el Conquistador, que le fuese dado jade, que le fuesen dadas preciosas plumas de quetzal para completar el tributo? No. Si no cumplen lo mandado, serán ahorcados los Reyes, y quemados sus cadáveres...

Regresan los Reyes contritos ante sus súbditos. Los brujos sonríen. No hay de qué preocuparse, pues los dioses anuncian que un rayo destruirá la ciudad. Cautelosos, los indios evacuan. Cuando don Pedro lo advierte, se indigna, y la caza de indios se desata hasta veinte leguas a la redonda. Cadáver, tras cadáver, tras cadáver, pero no oro es su tributo. Los cakchikeles que quedan se levantan en pie de guerra. Dado que no ha caído el rayo de los dioses, ellos serán el rayo. No descienden al llano, donde saben invencibles los caballos. Luchan sobre los montes, y debe huir Pedro. Don Pedro se retira con su armada a Olintepeque, al norte de Quezaltenango.

Don Pedro se aburre en Olintepeque. Si hubiera, tan siquiera, una buena batalla... Entonces urde un plan contra los indígenas de Chinautla, les da guerra y los vence, averigua, por ellos, el paso secreto a la ciudad-fortaleza de Mixco, la conquista, la destruye, incendia la comarca...

Cabalga Pedro de Piedra, recordando. Desea ir a España donde el Rey, a dar cuenta de sus trabajos. Cortés le pide que se entrevisten antes, y Pedro avanza ahora al galope, la cabeza erguida, al viento los rubios cabellos encrespados. Atraviesa la Provincia de San Salvador, que ha pacificado, un año ha, su hermano Diego, y como empieza el tiempo de aguas, cruza grandes campos verdecidos, y para atravesar el río Lempa, cuyo caudal ha aumentado, es necesario derribar una gigantesca ceiba de la cual hacen los soldados una canoa, y tarda tres días en pasarlo. Todavía debe soportar un par de escaramuzas con los indios, mas las resuelve y sigue de largo, y sube por escarpados montes hacia un infinito bosque de pinos. Al llegar a Choluteca, no se presenta Cortés, sino un emisario. Lacónicamente, el emisario anuncia que Cortés ha debido partir a México. La reunión no tendrá lugar.

Y vuelve Pedro, cabizbajo, a Guatemala, y no puede irse a España pues se han alzado en armas cakchikeles y quichés, y la revuelta inflama hasta el Señorío de Cuzcatlán.

XV

LA CREACION DEL MUNDO

Agua muy silenciosa. Hase ido el Capitán Alvarado rumbo a México, y de ahí partirá a los feudos lejanos de Castilla, atravesando la Mar Océana. Tardó años en volver a someter estas tierras, que ahora, apaciguadas, quedan en manos de su hermano Jorge, hasta su regreso.

Dejó alcaldes, dejó corregidores, dejó leyes y una ciudad itinerante. Y discuten las autoridades, reunidas en Cabildo: Jorge de Alvarado ha tocado la Cruz de la vara del Alcalde, jurando obedecer leyes y bien mandar, al servicio de Dios y de sus Majestades, y ya Gobernador y Capitán piensa, con los otros, que conviene a la paz y al sosiego de la población que se asiente la ciudad de Santiago, y se trace el pueblo, y se den vecindades y solares y caballerías a los que en ella quisiesen ser vecino, y de tal forma debe ser buscado en la provincia un adecuado sitio, como los de otros pueblos de españoles de las islas y de esta Nueva España.

Surgen proposiciones. Unos alaban el Tianguecillo, en los valles de Chimaltenango, pues es limpio, y no hay que ocuparse de desmontarlo ni en desahogar ciénagas, y porque tiene ensenadas y tierras donde puede haber ejidos, y porque tiene buenas salidas, hierba para que pasten los caballos, y porque aunque ventee, no es ahí odioso el viento, y porque tiene agua de fuentes y de ríos. Otros impugnan la proposición y prefieren el Valle de Almolonga: argumentan que en los llanos no hay madera para edificar, ni leña sino muy lejos, y muy penosa de acarrear; no hay piedra para edificar en esos llanos, ni pasto suficiente para las bestias, ni agua bastante, ni abrigo contra el viento, ni arboledas para protegerse del sol en tiempo de calor, ni riberas para que los vecinos hagan sus estancias, y el asiento del Valle de Almolonga —en cambio— es alegre y vistoso, y templado, y de muy buenas aguas de ríos y de fuentes, y tiene árboles de fruto, montes cerca, para edificios, y leña en mucha cantidad y distancia de tierra; pastos para ganado, tierras para labranza, fértiles, con agua de regadío, y mucha piedra cerca, buena comarca y buenas salidas a todas partes, despoblado de naturales, o sea, indios, y en voz de todos los españoles y de los naturales es lo mejor de Guatemala.

Votan los concejales, y optan por el valle de Almolonga. Y Jorge de Alvarado ordena que se trace la ciudad poniendo las calles de Norte a Sur, y de Este a Oeste, y que sean señalados cuatro solares y que se edifique una iglesia bajo la advocación del Señor Santiago, "al cual tomamos y escogemos por nuestro patrono y abogado", y en el día del Santo habrá misas, y toros, y juegos de cartas. Es necesario que haya un hospital donde pobres y peregrinos sean socorridos, y un adoratorio para Nuestra Señora de los Remedios, y una casa para Cabildo, otra para cárcel, y una fortaleza para guarda y seguridad de la ciudad futura.

Poco después el golpe de hacha del leñador, y el pico del picapedrero, y el serrucho del carpintero llenaron el valle de rumores inéditos, mientras los maestros de obras trazaban las calles a cordel. Provistos de palas, los indios mezclaban grandes cantidades de argamasa.

Se repartieron suelos, se levantaron casas, y lentamente fue creciendo la ciudad a la sombra del Volcán de Agua.

Aunque los conquistadores no lo advirtieron, un mundo inédito iba naciendo.

Ya no era exactamente el de las pirámides alzadas o muy extraños dioses, por paganos pueblos agrícolas, y no eran tampoco el mundo de las tapicerías de Flandes, o de la corte del papa, italiana, renacentista, y también, a su modo, pagana, ni la España de Carlos V, austera y triplemente católica, blasonada, fastuosa y miserable, donde los mendigos se agolpaban a las puertas de las iglesias.

Un distinto sueño cubría ahora la faz de las tierras emergidas, en el tercer planeta a partir del sol. El armadillo y el volcán oían crecer un coro gótico, a la sombra de una cruz parecida a una espada, clavada sobre una inmensa ceiba herida. Los españoles buscaban acomodar América a los relatos de Marco Polo, los indios buscaban acomodar a los extranjeros a los relatos de los antiguos dioses. Los extranjeros gustaban del chocolate, esa delicada invención de los indígenas, y del rojo tomate, y del sunzapote de fibras doradas, y traían, por su parte, semillas de las fragantes naranjas valencianas.

De algo como un gran llanto saldrían otras tierras y otros cielos, o al menos, una distinta manera de mirarlos.

XVI

Terrestre Otzilén, terrestre,
hecho del polvo del camino,
del pozo de la luna peces extrae con la mano,
del huacal de la luna chicha bebe,
y un rebaño lunar de venados de nieve
suelta por las praderas el inmenso verano.

XVII

EL HECHICERO

Tierras de Cuzcatlán, hacia 1527.

Es noviembre, un viento arranca las flores del San Andrés, que caen al suelo como una lluvia de campanillas de oro.

Otzilén, a la puerta de su choza, da una pócima a una mujer enferma. Su fama de curandero milagroso ha crecido en toda la comarca, e incluso numerosos soldados españoles llegan a consultarlo, aunque saben que luchó contra ellos.

Su jardín, tras la choza, es una botica silvestre. Cada planta tiene un significado, cada una tiene un servicio qué cumplir. Sólo el arbolito de San Andrés, a la entrada de la vivienda, no tiene otra función que su belleza.

Y Otzilén piensa que la belleza sobre la tierra es un reflejo de la verdad, pues despierta el sentido del amor "Sólo la belleza —se dice— podrá en definitiva, salvarnos".

Su prestigio comenzó de un modo extraño, pues los flecheros que en las batallas luchaban a su lado, no eran alcanzados por las balas. Era como si en torno a él y quienes lo acompañaban se alzaran unas murallas de una invisible y poderosa pirámide, que permitía salir proyectiles pero no los dejaba entrar. Las leyendas se multiplicaron al respecto, y hasta los españoles comenzaron a verlo con supersticioso temor. Como fuera, Otzilén emanaba una irradiación especial, aunque seguramente no eran ciertos ni la mitad de los singulares hechos que se le atribuían (que tenía la propiedad de transformarse en mono o en tecolote, que detenía barcos en alta mar, que era capaz de provocar una tormenta en mitad del verano).

Pequeño, moreno. Enjuto, con escasas canas entre los negros mechones de la frente, prematuras para su edad, que por otra parte, nadie, ni él mismo, habría sabido definir; con ligeras arrugas de desengaño o desconfianza junto a las comisuras de la boca, y patas de gallo junto a los ojos negros, bajo las negras y pobladas cejas, cuya mirada podía parecer candorosa o severa y llena de conocimiento, y también infinitamente cansada, como si fuese muchos siglos él solo, Otzilén podía ser un anciano o un niño, según el momento.

Pero llega la noche. Duermen su mujer y los niños. Otzilén enciende una candela y abre un pequeño cofre de madera, que contiene un oscuro espejo de pirita. En el espejo comienza a desenvolverse, como en un sueño, las imágenes de un país remoto, una alameda de árboles amarillos y un palacio fantástico, a cuyas ventanas se asoma un Rey todo vestido de negro, con una cadena de oro sobre el pecho.

XVIII

NUEVAMENTE DON PABLO

Ha pasado el tiempo. No es un lamento ni tampoco algo vano que señalar. Creo que con el tiempo las cosas se ven con menor pasión, y por lo tanto con mayor claridad. Porque ya no es la razón —-una razón cualquiera, pongamos por caso— que uno defiende con arrogancia, como alguien que se siente iluminado y se cree poseedor de la verdad absoluta, sino algo más simple y más terrestre, la fuerza que adquiere un ideal cuando, a pesar de todos nuestros errores, hemos vivido por él. No importa ya entonces tanto lo que hayamos creído, pues una creencia es poca cosa de cierto. Pienso que si, a pesar de todo, hemos sido honrados y hemos procurado servir, ennoblecimos la idea que de algún modo llegamos a encarnar, y si fuimos respetuosos y amables con los humanos y la naturaleza, de algún modo el Creador nos lo tendrá en cuenta. Las ideas no son en definitiva, o no debieran ser, sino el andamiaje para ir en su búsqueda. Y aun en la más severa y perversa concepción del mundo, siempre hay un inevitable rescoldo de virtuosa inteligencia, sin la cual ninguna vida sería posible. Creo también, que en cierto modo es bueno pecar, porque de este modo, cuando volvemos a la ley, regresamos un poco más humildes, más conscientes de que somos sólo humanos.

Acompañé a Pedro en su viaje a México. Llegué de nuevo a la hermosa capital, que iba adquiriendo rasgos españoles, y visité la amplia casa de Hernán Cortés, se hizo construir en Coyoacán.

Hernán no se encontraba en la ciudad, y estaba por demás desacreditado. Se le seguía un proceso, eran saqueados sus bienes, incluso sus amigos eran objetos de persecución.

Nadie pareció recordar, en cambio, la amistad que lo ligaba a Pedro, quien entró triunfalmente en Tenochtitlán, sobre un caballo ricamente enjaezado, oyendo sonar las campanillas de su gloria, y sus hazañas repetidas y magnificadas de boca en boca. El quería partir pronto a España, pero lo detuvieron las fiestas y los elogios. De tal forma pasamos varios meses. Me sentí decepcionado, y hube de armarme de paciencia, pues un ardiente deseo de volver a ver la patria de mis mayores se posesionó de mí.

Encontré a un soldado que me reconoció sonriente. Yo tardé por mi parte en reconocerlo. Después la luz se hizo en mi mente, y lo vi colgado de una horca, años atrás. Había cometido una ratería, Cortés lo condenó. Pedro de Alvarado, contraviniendo sus órdenes, cortó la cuerda del ahorcado y le salvó la vida. Yo intervine ante Cortés para obtener el perdón del soldado y de Pedro, y después me arrepentí, pues el soldado era un perfecto gañán. Durante la campaña de Tututepeque, arrebató a una joven india de manos de su madre, que la sostenía desesperada. El cortó la mano derecha de la vieja. Después me explicó que gustaba de embarazar indias jóvenes, pues de este modo las vendía a mayor precio.

Saludé, sin embargo, al soldado, aparentando alegría de verlo, porque estaba a su lado. una poderosa razón. Una muchacha extraordinariamente bella se hallaba junto a él, que me recordaba un amado rostro perdido. Me la presentó. Era una mestiza venida de las islas y colegí que tenían algún amorío. No era así. La muchacha fue amable e intimé con ella a lo largo de varios días, procurando convencerme en mi interior de que la atracción que me inspiraba era simplemente curiosidad.

Una vez, en una de nuestras conversaciones, ella recitó unos versos de amor. Guardé silencio. Ella lo ignoraba, y yo no se lo aclaré, pero yo mismo había compuesto esos versos, en mi juventud isleña, para una dama que no podía ser otra, lo comprendí entonces con cautela, que la madre de mi amiga reciente.

Me sentí doblemente culpable y, atribulado, me distancié de ella durante una semana, sometiéndome a duras penitencias.

Meditaba una tarde, en el bosque de Chapultepec, mi rosario en la mano, cuando me la encontré nuevamente. Caminaba sola, golpeada por los fuegos del crepúsculo. Me reproché mi olvido, y advertí en el tono ferviente de sus palabras que ella sentía la misma inclinación que yo. Ya no pudimos retenernos, y más que el espíritu que vela, pudo la carne, que es flaca.

Así, cuando Pedro me hizo saber que el barco que debía llevarnos a España estaba próximo a zarpar, yo me negué a acompañarlo, y me hice el enfermo.

Y cuando, con la pompa y solemnidad acostumbradas en esas festividades, Fray Juan de Zumárraga me consagró sacerdote, algo hirvió en mí, porque estaba en pecado mortal.

XIX

VIAJE AL OTOÑO

Era más largo el mar, surcado de muy lentos galeones, sometidos al arbitrio de los vientos, que siempre han sido insensatos. La rosa de los vientos, cuyos pétalos en punta recordaban ahora a don pedro las hojas del maguey, era, en realidad, la rosa de la locura.

Avanza el navío, las velas hinchadas bajo el sol ardiente, y Pedro, inclinado en la borda, teje sueños de gloria. El Emperador reconocerá sus méritos innumerables, y será recompensado como un príncipe. Acaso lo haga Virrey de la mitad de las Indias, y brille Pedro de Alvarado como otro César, como el sol Tonatiú sobre la mitad del Imperio.

Pero amaina el viento, las velas caen como colgajos inútiles, y otros sombríos sueños habitan su mirada. Acaso venzan de él los detractores, esos curas y leguleyos que pululan como ratas, y vaya a parar a las mazmorras del desagradecido Carlos V, cargado

de cadenas de hierro. Sopla, viento, de nuevo. Levanta un poco mi ánimo, poblado de siniestras elucubraciones.

Y pasan tiempo y viento, y avizoran las Islas Canarias, donde se aprovisionarán de víveres y agua fresca. Pedro da órdenes a diestra y siniestra, y sus preocupaciones náuticas toman el paso sobre las otras.

Y pasan, y quedan las Canarias allá atrás, y avanzan ya por mares transitados, donde saludan embarcaciones al cruzarse, con salvas de artillería, y tocan al fin las costas de Andalucía la bella, hecha de azul, de cal y luz. Van y vienen estibadores y niños que gritan, una mujer canta en una taberna con un dejo árabe, se acercan curiosos al barco, y gentes que quieren comprar o vender objetos.

Don Pedro pasa altanero, en su caballo, pero ahí nadie sabe quién es. No es Tenochtitlán.

Don Pedro mira el mar con desprecio, como un charco infecto, como un reptil dominado bajo una espada. Debieron recibirlo con estandartes. Cómo ansiaba llegar a las tierras de pergamino de Castilla, con sus ciudades amuralladas de austeras piedras góticas, con su elegancia altiva donde los cascos de los caballos suenan como aldabonazos de la fama.

Pedro petrificado de la altura, anunciado por quinientos heraldos, rodeado de damas alabándolo, honrado de cardenales y de duques... Sueña, Pedro de Piedra.

Llegó a Madrid en otoño. Cada árbol era un resumen del crepúsculo, el oro de los cofres de la tierra. No conocía a nadie, pero llevaba cartas de recomendación. Se alojó con su comitiva en una fonda medianamente aceptable, que tenía, fuerza es reconocerlo, un buen vino de la casa y unos espléndidos camarones al ajillo. Y esas aceitunas del Mediterráneo bien valían un reino...

Algunos cortesanos sí lo conocían de referencia, y no guardaban de él una opinión amable. No le reprochaban tanto sus atrocidades para con los indígenas, porque eso de quemar viva a la gente era, a fin de cuentas, castigo común en Europa. Se escandalizaban en cambio los nobles de que en las Indias Occidentales se hicieran sacrificios humanos, y se escandalizaban de que, manifiestamente, Pedro hubiera burlado impuestos a la corona.

Los cortesanos habían predispuesto al Emperador en su contra. Haciendo gala de ingenio, Alvarado se granjeó la amistad de la familia de la Cueva, sobre cuya hija mayor lanzó una larga y penetrante mirada. Los de la Cueva le facilitaron una entrevista con Carlos V, quien entonces se encontraba en Aranjuez.

Si el palacio era grande y majestuoso, Aranjuez, en cambio, era apenas una aldea, donde la más notoria construcción era un puente de piedra sobre el río. Hicieron esperar al Capitán Alvarado en una salita oscura, con un piano que en determinado momento comenzó a tocar una muñeca de rostro de porcelana. El Capitán recordó lo que había oído: era uno de los autómatas del Emperador. Entonces un paje se acercó a anunciar que su Majestad lo esperaba.

Contrariamente a la costumbre, Carlos no lo recibió en su despacho, sino en los jardines, donde el viento solano daba al vuelo las hojas secas. Previamente, Pedro le había hecho llegar un cargamento de joyas y cuentas de cacao.

Su Cesárea Majestad inquirió por las curiosidades de Indias. ¿Era cierto que se veían volcanes nevados, que el fuego de los volcanes sobre la nieve de la noche fingía una aurora boreal? ¿Había visto sirenas y endriagos el Capitán Alvarado? El Quiché, Cuzcatlán, qué extraños nombres... No, el Capitán no vio nunca sirenas. Seguidamente el Capitán expuso sus quejas. Esos leguleyos... El ganó tierras y fundó ciudades. ¿No eran esos méritos notorios para que lo dejaran en paz y le perdonaran tal o cual pecadillo? Pero Carlos tornaba sobre los curiosos nombres. Cuzcatlán. Alvarado habló entonces de esas montañas cubiertas de variada vegetación, donde se alternaban los árboles para dar flores a lo largo de todo el año, de los lagos poblados de peces nunca antes vistos, de los fértiles valles, de la abundante caza. Como supiera de esa debilidad del Emperador y el momento era llegado, sacó un colibrí disecado, de plumaje verdeazul y se lo obsequió. El ave mínima brillaba maravillosamente en la alameda otoñal.

Sopló el viento, y un oleaje de hojas amarillas envolvió a los dos hombres.

Pedro salió de la entrevista con el título de Adelantado, Gobernador y Capitán General de Guatemala, y de Pedro pasó a llamarse don Pedro, con propiedad, dado que si antes utilizó con frecuencia el título de don, era sólo uno de esos fraudes permitidos por la distancia. Otro tanto era ese hábito de Santiago, con su roja cruz, obsequio de un tío, y gracias al cual se hacía llamar Comendador, que no era. Pero no iba a necesitar más de simulaciones. Ostentaba hoy títulos creados para su persona, y cada árbol era una antorcha que proclamaba el nacimiento de su grandeza.

El monarca, todo vestido de negro, con su cadena de oro sobre el pecho, lo ve alejarse renqueando por la ventana, y recuerda que el diablo que tentaba a San Atanasio, era cojo.

XX

SANTIAGO

Santiago de los Caballeros, capital del Reino de Guatemala, tomaba forma.
Las casas de los castellanos partían en hileras de la Plaza de Armas, en la cual se encontraban el Cabildo y la iglesia.

Periódicamente tenía lugar en la plaza el tiangue, o mercado al aire libre, alrededor de la ceiba central, ese árbol sagrado cuya posición prominente heredaron sin prejuicio los peninsulares.

Llegaban entonces los indios y las indias con sus canastos cargados de ayotes, de tomates, de frijoles negros, de frijoles rojos, de yuca, de zapotes, de chiles, de gallinas, de pavos, de iguanas, de huevos de pava, de huevos de iguana, de huevos de gallina, de pescado, de mantas de algodón, de plumas de quetzal, de flores, de copal y de pom.

Las indias llevaban a sus crías a la espalda, colgando de un colorido chal bien amarrado, y no eran lo suficiente hábiles como para impedir que los soldados españoles tomaran lo que quisieran y se fueran sin pagar. Si alguien reclamaba, recibía una bofetada o una estocada.

Pero la vida se asentaba. Insensiblemente, se pasaba de la Conquista a la Colonia, donde la corona de Carlos V ceñía invisible y eficazmente inmensos territorios de indígenas ataviados de plumas, semidesnudos o vestidos de armoniosos ropajes, según su clima y sus costumbres.

Comenzaron a aparecer oficios a la usanza española, plateros, sastres, talabarteros, ebanistas, y se fueron formando gremios de artesanos, siguiendo los cánones de esa Edad Media que España prolongó en el Nuevo Mundo, y de una sociedad feudal que permanecía viva en la Península.

Esa apariencia de orden era con frecuencia desvirtuada por los hechos. Varias veces un sastre al cual eran confiadas valiosas telas, o un platero reputado al cual se daban notables cantidades de plata y oro para ejecutar una obra, desaparecían de súbito con los haberes, dejando burlados a los notables de la ciudad naciente, quienes con tanto trabajo, por vía de extorsión obtuvieron esos bienes de los indios.

Sube, Volcán de Agua, sube, Volcán de Fuego, a las nubes, a las blancas, a las grises, a las negras nubes de tormenta. Pasa viento, dios Ehecatl. Lleguen, tiempos de floración, tiempos de sol, tiempos de lluvia .

Pirámides alzadas antiguamente hacia los cielos, múdense, tragadas por la selva, en montañas perdidas, abandonadas ya para siempre, pues la invisible corona de Castilla aplasta todo intento de sedición.

Mas alguien se demora junto al fuego de la cocina, con la mirada perdida, marcada por una profunda tristeza. Es Luisa, Princesa de Tlaxcala, quien ve pasar los meses, y un año, y otro año sin que regrese aquel a quien ha consagrado su vida.

Ya ha acostado a los niños, arrullándolos con una antigua canción en la lengua de Tlaxcala.

Y Luisa piensa cuán olvidadizos son los dioses que se van a Castilla, y piensa en sus padres, ancianos y quizás muertos, en sus parientes y en su vida de antes, con la que todo nexo está sin duda perdido. Tiene a sus hijos, y los ha criado con amor, y ha gozado de ver que se inclinan ante ellos españoles e indios, como ante nobles descendientes. No lamenta tanto su lecho solitario, ni la ausencia de un amor que Pedro apenas le dio, sino la sencilla costumbre de su compañía, y la seguridad que sentía a su lado, y más la falta de tener a quien querer que el hecho de sentirse querida.

Crepitan los leños, arañando la noche con su chisporroteo, la noche de esa ciudad donde su cuñado vigila sus pasos noche y día, y quien entra y quien sale por su puerta, estimando que debe velar por los bienes de su hermano, y que todas las mujeres son putas. De no ser por los niños, la habría recluido en convento.

XXI

HABLA DON PABLO

Heme entonces al borde de ti, conocimiento. Voy a tu fuente grave en busca de un poco de paz.

Sé que cuando las gentes se arman en guerra, intentan imponer una razón. Pero sé que los humanos no tienen nunca sino una parte de la razón, y que en el enemigo, por perverso que parezca, siempre hay algo esencialmente bueno, que puede, realmente morir con él, porque nada hay tan frágil como el bien, y sé también que una razón profunda, busca, para imponerse, armas que no hieren, y si no, no sería razón, o no sería profunda.

El obispo Zumárraga me envió al curato de San Salvador. Me separé de Esperanza con dolor, pero sintiendo que era necesario, pues por una parte tenía el deseo de reconciliarme con mi nuevo estado, y por otra, llegué a percatarme de que para ella yo había sido sólo una diversión. Y volví a la soledad, que ninguno puede evitar, y caminé cien leguas y millones de leguas, situando en Dios mi pensamiento y con un regusto de amargura en el fondo.

Uno sólo puede vivir su vida. Y para hacerlo, uno debe rechazar las numerosas posibilidades que lo alejan de su camino. Y dije: "Toma Dios, mi tristeza". Y una mula me arrastraba al Mar del Sur, donde algo nuevo debía nacer, mientras tantas cosas, detrás de mí, morían irremediablemente.

Dulce amor corporal, amistades tabernarias, comodidades de la opulenta ciudad, adiós. Florece, florece en mi interior, árbol de la cruz.

Y a las abiertas puertas de la soledad guiaba mi mula, que de cuando en cuando, al paso, triscaba hierbas innominadas.

Llegamos a Santiago de los Caballeros, mi mula y yo, un siete de diciembre. La fecha en que quemaban al diablo. En cada casa hacían un monigote de ropa vieja, que arrojaban a una pira al nacimiento de la noche.

Cuando entramos a la primera calle empedrada, una salva de pólvora anunció el inicio de la ceremonia.

Una vieja señaló el lugar del estallido y me dijo riendo:

—Es un pedo del diablo.

Esa fascinación del fuego es propia de todo ser humano, y en ella comulgaban españoles e indios. Así, cuando un cura inventó la tradición, fue rápida y fácilmente aceptada. En los españoles recordaba los herejes que eran entoncės llevados a las piras a todo lo largo de Europa, en los indios evocaba antiguas tradiciones silvestres.

Los chiribiscos en llamas chisporrotearon con el brillo prestigioso de los infiernos, y después cayó la lluvia, y sonaron, largamente, las campanas.

Sí, casi cada casa tenía un diablo que era necesario quemar, y que inevitablemente retoñaba y maduraba para el año siguiente.

Me quedé una semana y recibí, entre otras, la confesión de doña Luisa, que habló de la soledad. La consolé diciéndole que eran espacios de la vida que podían parecer un páramo, que podían crecer en ese páramo las más vanas y nocivas ideas, pero que podía ser también un espacio de reflexión, donde el alma, desprovista de ataduras mundanas, se alzaba a las mágicas estrellas.

Y tomé camino, acompañado por un gracioso monaguillo indio, que hablaba siete palabras de "castilla" (que no de castellano) y recitaba el latín de la misa sin entenderlo.

Cabalgando hacia la villa de San Salvador, reflexionaba en un secreto recibido en confesión. Poco antes de partir con Alvarado rumbo a México, cuando ya la comitiva que debía acompañarlo estaba lista, hubo un percance nocturno en el campamento en el que un soldado resultó muerto. Como tantas otras cosas del campamento, el crimen no fue aclarado y fue olvidado. Pues bien. El arrepentido asesino se confesó ante mí, y me hizo saber que había errado su víctima. La emboscada, planeada con cuidado y después disfrazada para los oficios del olvido de riña de ebrios, estaba destinada a darme muerte, y el autor intelectual del asesinato era Pedro de Alvarado. Su compañero de juventud, sermoneador y regañón, era demasiado incómodo.

Dí la absolución con pena, y no quise adivinar quién abandonaba, lavado su pecado, la oscura cancela del confesionario. Ahora, cabalgando, tampoco pensaba en é, sino en Pedro, en cuya amistad primera, pese a todo, siempre confié. Me dije, dolido, que no me hubiera importado perder la vida de la tierra, reflejo vago, al fin, de la gozosa vida verdadera, pero que me hería reconocer cuáles eran los verdaderos sentimientos de alguien a quien yo amé como a un hermano. Si para llegar al poder era necesario pasar por encima incluso de los más cercanos afectos, entonces el poder del mundo era mierda, y quienes lo alcanzaban seres inferiores a mí, y me lo dije con un orgullo grande, al cual sentí tener derecho.

Al acercarme a la villa, vi las chozas de los indígenas con sus techos de paja cuidadosamente entretejidos, como nidos de aves industriosas, y me dije que me entregaría por entero a catequizar a los indígenas, sin entretenerme en adelante, en mis compatriotas, a los que vi como una lluvia de piedras sobre un delicado paraíso.

Pronto, sin embargo, mi credulidad recibió un nuevo golpe. Llegué a San Salvador, tomé posesión de mi curato. Al domingo siguiente, uno de los indios que asistió al oficio sagrado me obsequió una estatuilla de terracota, muy extraña. Le pregunté de qué se trataba, y me respondió que era Xipe Totec. En representación de esa deidad, el sacerdote indígena debía vestir la piel de una víctima humana desollada ante un altar, y llevarla hasta que los colgajos, podridos cayeran en jirones. Y para esos indios que se presentaban a la iglesia, mansos y llenos de buena voluntad, eso era normal. No, no era un Paraíso Terrestre. Los españoles éramos entonces el justo azote de Dios sobre una tierra de ignominia. Pero no. Pensé en la justicia en Europa, donde se quemaban gentes y también se desollaban gentes. Estos lo hacían por aplacar una deidad sangrienta, los otros por servir a un Emperador, y ambos debieron saber íntimamente que eso estaba mal, y que si no lo denunciaban era sólo por cobardía. Y un corazón cobarde da origen a más males que una ley injusta.

Y pensé, también, otras cosas: no podemos condenar a todos por los que hacen unos. Sin duda el sacerdote que vestía la piel de muerto era perverso, pero quienes vivían bajo su potestad atroz no tenían la posibilidad de modificar su conducta, y las indias tejiendo refajos, aunando colores con extraordinaria sensibilidad, y los pintores de códices trazando líneas con armonía celestial, no eran ese personaje cruel. Si así fuera, no hubieran podido realizar su obra encantadora. Y me dije que acaso un día los españoles fuéramos recordados no tanto por Pedro de Alvarado, sino por quienes enseñaron el arte de tallar y dorar santos, o por quienes entregaron, sin mancharla, la palabra de Cristo. Y reconocí en mi interior que el ser humano es siempre el mismo en todas partes, y que en toda la extensión del planeta asoma sus cabezas innumerables la hidra multiforme de los infiernos.

Pero como, de un santo horror vestido, yo he de alabarte, Amor, cuando todo parece perdido, y uno sólo puede confiar en las vastas instancias silenciosas, en el amor del sol, que saldrá también mañana, en las altas nubes, y en la luna misericordiosa que derrama su luz apaciguada sobre justos e injustos.

Poco después viajé tierra adentro y vi el horrible cuchillo de pedernal con mango de serpiente, con que los sacerdotes nahoas arrancan los corazones de sus víctimas, y lo sostuve, sobrecogido, entre mis manos, y después recordé que la misa es también un sacrificio, y que si el grano no muere, no florece tampoco la flor de los frágiles pétalos, y las obras de arte, que nacen de la mente de los hombres, y los sabios pensamientos, deben pasar, antes de surgir a la luz, por el dolor y la muerte.

Y alargué la mirada sobre las montañas cubiertas del manto sereno de la vegetación, mientras murmuraba, a sus pies, el Río Lempa en la niebla de la madrugada, y sentí, Dios, que tu mundo era bello.

XXII

Arrastra
agua del río,
hojas, reflejos, penas,
arrástralos
que apenas
puede el alma,
de hojarasca y recuerdo,
de lentas lluvias llena,
árbol de la pena.

XXIII

EL FUTURO

El monaguillo indígena se acercó a don Pablo, porque había aprendido algunas palabras nuevas. Era, de hecho, un muchacho particularmente despierto, enriqueciéndose rápidamente de cuanta novedad encontraba en su entorno, estableciendo veloces y gentiles amistades, porque tenía, más que otros, el don de escuchar.

Sus conocimientos de castellano avanzan a pasos agigantados, pero había conceptos con los que tropezaba miserablemente, pues eran totalmente ajenos al pensamiento indio.

En todo caso, era empeñoso en aprender, y afirmaba que deseaba ser fraile, pero don Pablo lo disuadía una y otra vez, sabiendo, por experiencia, cuán difícil era vencer a la carne. Le enseñaba que cada cristiano era una piedra del templo del Señor, y que quien fundaba una familia y la guiaba según el buen precepto, en cierto modo fundaba una iglesia. Pero eso debiera dejárselo al futuro.

El muchacho no comprendía el futuro. Conocía las estelas de piedra alzadas por sus antepasados, consignando cálculos calendáricos hacia atrás y hacia adelante, pero en esos cálculos el tiempo era siempre igual a sí mismo.

Don Pablo lo llevó a la iglesia y le enseñó los santos en sus nichos. Sí, se dijo el niño, esos seres calmados que irradian luz, y que ya sólo buscan ayudar a los demás, eso era el futuro, el mejor futuro deseable para cada uno, y la iglesia era un ancla de eternidad sobre los suelos, de ese vasto mar ilimitado que arrastra, tarde o temprano, cuanto vive.

Y pensó que se abandonaría al tibio llamado de la piel, que comenzaba a conmover su instinto, permaneciendo fiel al llamado del amor, que iba mucho más lejos que el de la carne.

XXIV

Yo escribía un poema.
Era un grave poema de viejos oros lentos,
como un vuelo de obispos por la espesura de las hojas;
después pasaba el viento,
y arrancaba del árbol la cegadora claridad,
y pequeños soles silvestres se ocultaban en las marismas,
y una garza hundía su largo pico en las aguas,
El día era tallado a la imagen de lo eterno.

XXV

LA MANO DE PALO

Se aficionó don Pablo a ir a la casa de don Diego de Holguín, Alcalde de la ciudad de San Salvador, donde las veladas solían prolongarse hasta tarde, a la luz de las velas.

La señora de don Diego, escanciaba entonces vino, y se sumaba a la conversación. Estaba también un tallador, recién llegado de Guatemala, hombre conceptuoso y extremadamente hábil, que tallaba en esos días una Virgen conmovedora. Se contaba de él que, habiendo perdido un soldado la mano, talló otra para sustituirla, tan perfecta que cuando el soldado ponía, quieto, las dos manos sobre la mesa, no era posible precisar con certitud cuál era la de madera.

Don Pablo no era realmente un clérigo muy estricto en el cumplimiento de su ministerio. Gustaba del buen vino, y entonces se mostraba alegre y mundano, y dejaba ir la lengua.

En una de ésas la conversación recayó sobre don Pedro de Alvarado, del cual se extendieron en elogios don Diego, su señora y el tallador. Don Pablo los dejó hablar, y después, con voz trémula, rompió el secreto de confesión y dijo que don Pedro había intentado asesinarlo.

Los otros tiraron a chanza su intervención, diciéndole que la guerra era la guerra, que no debiera preocuparse por esas minucias. La mujer del Alcalde añadió, con severidad, que la causa de la Conquista se situaba por encima de las vidas y los afectos

personales, y que él, don Pablo, debía comprender que Pedro de Alvarado realizaba una obra inmensa que los siglos justificarían, y que don Pablo, al reprocharle a lo largo de los años tan duramente sus desmanes, no hizo sino ir en contra de la gran corriente de la historia

Fray Pablo de Alcántara se retiró confuso, y don Diego y su señora no supieron por qué dejó de asistir a las amables tertulias, pues a fin de cuentas, ellos nada malo dijeron.

Cada vez más, el párroco solitario se daba al licor, que ya no era alegre y compartido, sino melancólico.

Debía hacer esfuerzos por dar misa con semblante de unción. Por último, pretendió estar enfermo para poder quedarse solo en la casa parroquial, sin asistir a la capilla. Un botellón de chicha campesina reposaba sobre su mesa. Una noche se cayó al incorporarse para beber, y se dañó seriamente una mano. Se dijo, irónico, que no importaba mucho, pues el tallador podía hacerle otra. Se quedó dormido en el suelo.

Lo encontró el monaguillo a la mañana siguiente, lo levantó movido por un sencillo y respetuoso cariño, y lo llevó donde Otzilén, el curandero. Era de madrugada, y nadie vio pasar al clérigo ebrio apoyándose en el firme cuerpo del muchacho.

Otzilén en cambio, estaba despierto, y a la puerta de su choza daba la impresión de aguardarlos.

Don Pablo, cuya conciencia se había degradado formidablemente, miró con pavor al curandero, mas Otzilén sonrió entonces con suavidad, y el sacerdote reencontró un como indefinible y querido recuerdo, el calor afectuoso de un compañero de infancia.

Otzilén preparó una pócima. No era Otzilén un hombre que se complicara la vida, y mientras esperaba, don Pablo pudo ver a la joven mujer del curandero bañándose en el patio, desnuda, a grandes huacaladas de agua fría.

Volvió varias veces para proseguir la curación. La familia de Otzilén lo recibía con agrado que era visible aunque ellos apenas hablaran, y eran muy poco dados a efusiones.

Al clérigo le llamó la atención el juguete de uno de los niños, un perrito de arcilla provisto de pequeñas ruedas. El niño se lo regaló, y le pidió que cantara una canción de su país. Don Pablo entonó una canción medioeval, y después habló de los juglares que cantaban en las plazas de los castillos, al llegar la primavera, mientras las cigüeñas volaban del norte haciendo nido en los campanarios, para marcharse unos meses después, a los primeros fríos, y de cómo más tarde caía, sobre las mismas plazas desoladas, la nieve.

Cuando concluyó su relato, advirtió que también la hermanita de su pequeño amigo estaba sentada por tierra, a su lado, y la mujer de Otzilén había suspendido la cocina para escucharlo.

Permanecieron un rato silenciosos, y en eso entró el curandero a aplicar la curación al enfermo, y la vida se restableció armoniosamente alrededor.

Ya había pasado un mes cuando Otzilén comenzó a hablar. La mano estaba casi curada, pero Pablo de Alcántara siguió llegando aún después, para oír sus palabras.

Eran mezclas de creencias supersticiosas y de hondas reflexiones. Y don Pablo fue viendo que, al igual que las leyendas cristianas, la leyenda indígena era la expresión anecdótica de un conocimiento ancestral, y sintió sed de una sabiduría que venía de un pueblo tan antiguo como los europeos, pero que guardaba una ingenuidad inicial, un patriarcal oleaje no contaminado por el germen de la prisa.

Su propia religión llegó a parecerle hueca. La bella Virgen, al fin terminada, y situada en su nicho, no era sino una muñeca de palo. La ceremonia de la misa era algo ficticio, pues la palabra de Dios no se organizaba como el discurso de un pomposo orador de corte, sino que era algo sencillo, que surgía cuando soplaba el espíritu, y el espíritu podía hablar por boca de cualquiera, en momentos íntimos cargados de emoción y de sinceridad.

Tornó, sin embargo, a dar misa, pero los feligreses lo sintieron como descuidado y abstraído en sus pensamientos.

No dejó de beber, y eso se lo reprocharon los españoles, pero no los indios, cuya aceptación de la debilidad humana era mucho más amplia.

El clérigo se quedaba a comer donde Otzilén y se habituó a la tortilla de maíz y a tomar los alimentos con la mano. Una vez permaneció hasta la llegada de las sombras. Observaban con el curandero el lucero de la tarde, en un banquillo a la puerta de la choza, y Otzilén habló de sí mismo.

XXVI

GÜIJA

Llegaba el día a la mitad de su mágico esplendor. La montaña, reflejada en el lago, era como la pirámide invertida de los dioses del agua.

El elástico cuerpo cobrizo cubierto apenas por un taparrabo, el joven Otzilén avanza, solitario, y se sienta en una peña apartada. Ha caminado durante días para llegar a este lugar, el lugar de donde vienen todas las cosas.

Ciertos son los reflejos, son lo verdadero. Todo cuanto existe en la tierra es burda imitación de esa frágil verdad. Más cierta que la nube de lo alto es la imposible nube del reflejo. No es cierto sino lo que es mágico.

¿Quién eres, en verdad, Otzilén? ¿El niño que fuiste, el viejo que serás, un muerto que se comen los gusanos? Tu esencia pasa por ahí, pero no es esa tu esencia. Tu esencia es el un hálito de las aguas, y estás en el camino del retorno.

Avanza, Otzilén, quieto, inmóvil, vago. El tiempo es como un sueño.

Otzilén piensa sin ideas. Se siente parte del vasto cosmos que lo rodea, y nada podrá contra él la muerte, pues él es también un astro, anclado sólo por un breve lapso en el oscuro adoratorio de su cuerpo, que él cree hecho de la sustancia del maíz.

Otzilén, hijo de los astros, levanta el rostro moreno hacia los cielos. Han pasado las horas. El cielo es ahora de un azul profundo, de un azul de hondas aguas de mar, y surge una estrella.

Es Quetzalcoatl, el lucero de la tarde.

Otzilén, hijo de los astros, lo mira largamente y se siente iluminado por dentro. Otzilén es una gran lámpara secreta, sin ideas, sin tiempo, sin principio, sin fin.

Toma una canoa, va separando con un remo las estrellas y las aguas del lago de Güija, y llega a la isla de Igualtepec, rodeada de antiguas piedras labradas. Ve una piedra vacía, toma un cincel y labra un pez sobre ella. Sabe que es el espíritu del pez que se comió al amanecer, sabe que ese pez se sacrificó voluntariamente para darle vida, a él, Otzilén, sabe que él mismo no es un ser humano, sino un pez que navega en el tiempo, y que nada puede contra él la pesada potestad de la tierra.

La narración ha terminado. Don Pablo, que ha escuchado en silencio, mira las infinitas estrellas de la altura. Se queja, secretamente, de que él no ha tenido nunca una iluminación, una visión que vaya más allá de sus torpes sentidos mortales.

El brujo lo lleva entonces al interior de la choza, donde duermen su mujer y sus hijos, enciende una candela, saca un redondo espejo negro de una cajita.

Tres niños juegan en las aguas del espejo, y ese pequeño espejo es también el lago de Guija. Los observa la madre, y su rostro es el de la Virgen del tallador. Un niño es Otzilén, el otro Pablo, el otro Pedro. En eso Pedro exclama:

—¡Yo soy el mejor!

Y se abre el suelo, y caen rayos, y Pedro se hunde gritando, millones de leguas hacia abajo, hacia un infinito hoyo negro y sin fondo, mientras sus rasgos se transfiguran bestialmente.

XXVII

POEMA DE DON PABLO

Yo fui a la fuente clara,
la fuente estaba seca.
Busqué la de mi amiga,
mi amiga non hallé.
Pregunté por mi amigo,
dijeron "ya se fue"
Madre, ¡ay de mí!

XXVIII

RELATO DEL DEAN

El Deán de la Catedral de Santiago de los Caballeros de Guatemala se reclinó en la vieja y mullida poltrona de la sacristía y dijo así:

"Hubo en la ciudad de que os hablo (pero han pasado más de siete lustros) un hombre extraño en demasía. La ciudad, por otra parte apenas merecía tal nombre, y sólo se lo doy porque así aparece consignado en Real Cédula de su Majestad. Se trataba, en realidad, de una pequeña agrupación de casas, alineadas en torno a calles trazadas con la mediana regularidad que permitía el accidentado terreno, las más de ellas de bahareque, aunque unas pocas de piedra y argamasa, con escudos nobiliarios en los portales. Pasaba a sus orillas un río majestuoso, y algo como un puerto fluvial se instaló junto al río, mas con tanta premura que, año con año, las aguas crecidas del invierno arrastraban consigo la mayor parte de las instalaciones. Iban por el largo camino de agua embarcaciones de mediana envergadura, con cargamentos de sal y productos agrícolas, de tal forma que en ciertos puntos del año, durante el extenso y seco verano, la ciudad era animada por barquichuelos en su costa, cargados de frutos y productos innumerables. Aun en esos meses secos, el caserío era cubierto al atardecer por grandes nubarrones oscuros, que no dejaban caer entonces lluvias, sino abundantes rayos seguidos de truenos aterradores. Buena parte de los rayos iba a parar a la veleta de la torre del campanario, y los lugareños afirmaban entonces que nuevamente la cruz los había salvado. Mas a veces un rayo incendiaba un techado de paja, haciendo huir a los despavoridos habitantes de la casa, con los dos o tres objetos valiosos que hubieran logrado rescatar. Al centro de la plaza se hallaba una fuente de piedra, bordeada de cuatro amates, y esa plaza congregaba el cabildo, las casas principales y la iglesia, cuyo campanario estaba separado unos pasos de la misma. Alrededor del caserío se hallaban las fincas de los añileros, con sus mansiones

provistas de espaciosos corredores, y los campos cercados de acueductos para la tinta añil, que es el mayor producto de esa región.

Ya habréis advertido —continuó el Deán tomando un sorbo de chocolate— que os hablo de la ciudad de San Salvador, en el Valle de la Bermuda.

Pues bien.

Vivió ahí un franciscano, pobre aunque de noble origen, de nombre Pablo de Alcántara, quien fue nombrado párroco de San Salvador cuando era aún una villa. Y cuando Carlos V la elevó al rango de ciudad, fue él quien dio la misa para festejarlo, y yo toqué las campanas, pues era su monaguillo.

El hecho es que, por causas ignoradas, el buen hombre perdió la razón, y se retiró a vivir a una cueva, que desde entonces fue conocida como la Cueva del Cura Loco.

Sus hábitos raídos recordaban aún su calidad de eclesiástico, y solía recorrer las calles en las noches de luna llena gritando:

—¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!

Y dicen que eso continuó haciéndolo hasta mucho tiempo después cuando se quedó solo, porque una formidable tempestad de rayos nos hizo evacuar la ciudad, abandonándola para siempre.

De todos modos, don Pablo gustaba de la soledad. Cuando perdió el último resabio de cordura, se alimentaba de insectos, raíces y miel silvestre, y le asaltaban visiones premonitorias. Sabía cuándo moriría alguien, y marcaba esa noche, en su puerta, una cruz de ceniza. Se contaba que hablaba con los aparecidos y adivinaba el sexo de los niños por nacer. Se bañaba desnudo en el río y se quedaba horas y horas inmóvil, tan rígido y pálido que varias veces se le dio por muerto. Cuando el Vicario de Guatemala le envió un pliego destituyéndolo de su cargo, él lo miró vagamente y lo arrojó al río sin leerlo. Dijo que el Vicario Marroquín era un incinerador escapulario sumamente encebollado, cosa que nadie entendió, y probablemente él tampoco.

Las autoridades lo metieron preso, pero habló en su favor la mujer del Alcalde, haciendo ver que era inofensivo. Fue liberado, y le prendió fuego al campanario, después de lo cual se retiró tranquilamente a su cueva, de la cual, dijo, nunca debió haber salido.

Lo que ignoraban los vecinos de la ciudad, era que Pablo de Alcántara recibió un destello de la verdad, y eso lo consumió como un incendio por dentro, pues nadie puede acercarse, impunemente, a los secretos de la naturaleza.

Cómo o cuándo sucedió, no puedo decirlo exactamente, pero pasé algunos años a su lado, y en determinado momento, supe que había sido tocado por Dios.

Creo que el Todopoderoso Dios no puede todas las cosas. Necesita del tiempo para realizar su obra, y es grande y fuerte, pero tiene una herida en el costado. Puso a don

Pablo en trance, creyéndolo suficientemente fuerte, y don Pablo cayó. Si incluso Dios cayó tres veces bajo el peso de la cruz ¿cómo no habríamos de caer nosotros?

Así don Pablo, tocado por la luz, creyó tener la Razón, y la perdió absolutamente en el camino, pues ya no vio el sencillo peso de las cosas terrestres, cuya evolución, aunque sometida a la misma santa luz de la inteligencia, es más dulce y pausada.

Tenía el clérigo loco un amigo de nombre Otzilén, indio como yo y curandero de su oficio. Vanamente intentó aclararle Otzilén que no debiera obedecer a sus visiones fantásticas, que la serenidad se situaba en la esencia de lo absoluto, y que la bondad implicaba una cuota de indiferencia hacia las ganancias y las pérdidas, hacia los bienes y los males.

Y creo sinceramente que esa es la mejor lección que podemos sacar de la triste historia de don Pablo.

En cuanto a mí, partí en la expedición de Alvarado al Perú, por recomendación de Diego de Holguín, y no volví a ver al cura párroco sino pasados los años. Pero de eso —concluyó el Deán sorbiendo el fondo de su taza de chocolate— os hablaré otra noche".

XXIX

UN HOMBRE TRISTE

Sí, don Pablo cayó, como cayó primero Luzbel, y después Adán, y con Adán toda la generación de los humanos.

Se humillaba continuamente, porque imaginaba ser el más perverso de los mortales. Millones de voces lo azotaban recriminándole el más pequeño mal pensamiento, y llegó a creer que todos los hombres eran actores de un gigantesco teatro, que se divertían a costa de su dolor, porque los otros, no habiendo pecado nunca, estaban exentos del dolor.

Tenía temor incluso de los niños. Quiso creer que el bien era anularse a sí mismo, no ser sí mismo nunca más, y obedecía a las voces que lo hostigaban como si hablasen en nombre de lo absoluto, aunque se viera rechazado por sus congéneres humanos.

Otras veces se imaginaba redentor, y llevado por un desmesurado orgullo condenaba con palabras crueles la simple vida de los demás. También un poco de verdad tenían sus críticas, particularmente cuando recordaba a los españoles la suerte lamentable de los indios.

Por último se quedó inmóvil y silencioso, y las avispas hicieron nido en su barba enmarañada, mientras infinitas voces le reprochaban cuánto, por orden de ellas mismas, hiciera el fraile.

Y no advirtió don Pablo que la ciudad había quedado enteramente vacía.

XXX

HABLA DON PABLO

Lo que ocupaba una parte inmensa en mi alma, después fue ocupando una parte mínima. Lleno de la infinita soledad, mi vida era peor que la de nadie, porque me quedé solo por dentro. Como el cauce de un río cuando ya no hay agua, como un instrumento desvencijado y sin cuerdas, pero aún dolorosamente vivo, que no tocará más la mano alada del músico, yo que todo lo tuve, era ahora el más abandonado de los mortales.

Qué importa que las avispas hicieran nido en mi barba. Al menos, me acompañaban.

Y sentí temor primero de los humanos, y después de las aves, los chiribiscos y los grillos, porque cuanto late bajo el vasto cosmos tuvo para mí una palabra dura.

Así fui aprendiendo mi pobre y quieta verdad, en la dura escuela del infierno, que es la muerte del alma.

Pero iré donde Dios y le pediré un poema, porque sé que el poema es el camino del retorno, y es la verdad más verdadera.

XXXI

INVIERNO

Se acabaron todos los oros del crepúsculo, pero al Adelantado no le interesaban los oros del crepúsculo. Se apagaron todos los oros del otoño, pero al Adelantado no le importaban los oros del otoño. Sólo deseaba aquellos otros, que surgían de las entrañas de la tierra, y que los mayas llamaban excremento del sol. Y para conseguirlos ¿qué mejor camino que el casamiento? Así fijó la mirada sobre doña Francisca de la Cueva, que en las tardes de Aranjuez leía, para el Rey, la historia de San Atanasio. Iba y venía don Pedro por el palacio de los de La Cueva, luciendo sus flamantes títulos, y olvidando haber recibido, desde años atrás, un homenaje que hubieran deseado para sí reyes y emperadores: después de la campaña de Yucatán, el río Papaloapan pasó a llamarse río Alvarado, y esas aguas que iban al mar alabando su nombre eran el único honor que él nunca buscara.

Ahora cae la nieve. Es un gran manto blanco, un infinito canto de lo blanco.

Es un gran invierno frío, y las viejas se arrebujan junto al brasero de cobre, que yace al pie de una mesa, y resguarda el calor un mantel que llega hasta el suelo, y ellas se cubren con el mantel las piernas y las manos, mascullando contra el mal tiempo, y vestidas de negro.

Como le parecen ridículas al Conquistador esas viejas, que cuentan sus hazañas realizadas en lugares maravillosos, donde la primavera dura para siempre, donde nunca cae la nieve. Y los niños que las escuchan, ven galeones surcando el blanco, el anchuroso manto blanco tras la ventana, y piensan que en esos lugares que cuentan las mujeres se ha de poder comer fresas todo el santo año.

Amor de las leyendas, dice para sí el alma de las nieves, estos niños ignoran que, a miriadas de leguas de distancia, yo también soy leyenda.

Pero alguien se fascina con las leyendas, y el Adelantado quiere que sea así.

Es doña Francisca de la Cueva. Ese hombre rubio, de mirada de látigo, tostado por los soles y los mares, la hará reina de un país donde se recogen fresas la vida entera, donde la rosa que nace hace olvidar inmediatamente a la que ha muerto, y el jardín virreinal de doña Francisca tendrá centenares de rosales en flor. Es cierto que el novio es cojo, pero fue por herida de batalla, y es como esos estigmas que marcan a los mártires.

Sí, la boda es cosa cierta, y nadie se asombra cuando la anuncian junto al pesebre de Navidad, en el gran salón del palacio, después de que un coro de niños ha entonado una serie de villancicos a la luz de las velas.

El Duque de Albuquerque, tío de la novia, y protector del esforzado Capitán, será padrino de los cónyuges.

Afuera, las ramas de los abetos tocan el suelo bajo el peso del blanco manto invernal. En los cobertizos, las hilanderas tejen el vestido de la novia, blanco como él, y las cestas de esparto, junto a ellas, rebosan de blancor. La madre prepara una guirnalda, y se engordan, en el estanque del palacio, los cisnes del banquete.

Y pasa mes y medio, y llega el día señalado, y la capilla del palacio se va llenando de nobles caballeros con el hábito de Santiago, de damas vestidas de sedas y terciopelos color grana, verde oliva, o pimienta, mientras los aldeanos se agrupan afuera mirujeando, y llega un Monseñor cubierto de escarlata, y el Adelantado dice un "Sí" recio, en tanto la novia pronuncia un "sí" ligero como un suspiro, pero lleno de unción.

Ya está lista la embarcación que ha de llevarlos, y parten a la eterna primavera. Como regalo de bodas, el Rey Carlos V ha devuelto a los novios una esmeralda prodigiosa que Pedro de Alvarado le trajera de Nueva España.

Navío, zarpa.

Tus velas tienen el pendón de Castilla, y coloridos gallardetes.

Zarpa, navío.

Alvarado no ha hablado a su nueva esposa Luisa, Princesa de Tlaxcala, porque es sólo una india. Y una lechuza agorera lanza un agrio grito de negrura.

Las olas se suceden a las olas como un interminable manuscrito, y nadie oye el sombrío grito de la lechuza, que se pierde en la noche de Castilla la Vieja.

XXXII

DESGRACIA, HIJA DE LAS NAVES...

Nube, navío, oleaje de los mares, parecido a la Biblia, como rezuma el corazón un vino extraño. Ella sostiene su rosario, mirando el agua por la borda, los largos, los negros cabellos al viento. El Adelantado tomó a doña Francisca toda la noche, como si trotara por los legendarios campos montuosos, y la dejó sola al amanecer, sumida en sus pensamientos. Y después únicamente muestra indiferencia. Un día y otro día y otro día, la escena se repite. Y ella desgrana su rosario contra el mar.

Llegan jornadas de gran sol. Sobre la carta de navegar, uno de los subalternos hace ver a doña Francisca las costas del Golfo de México, al cual se aproximan. Pronto tocarán tierra. Pero qué espesa agua la del barco, encerrada durante semanas en toneles de sentina, qué mal sabe esa carne reseca y salada.

La cortesana escuálida, piensa que no la podrá resistir más, pero faltan días para llegar a la soñada costa, y tendrá que conformarse. Pero doña Francisca, sudorosa, ya no se levanta de su cama. Está cada vez más pálida, las fiebres suben y bajan por su pecho débil. Quizás no alcance a arribar, tierras. y el padre Marroquín le da la extremaunción. Asiste el Adelantado, con los ojos llorosos por fórmula, pero piensa para sus adentros que esa mujer enferma ha dejado de resultarle atractiva, y con un dejo de nostalgia vuelve a pensar en los fuertes y sanos muslos morenos de Luisa, Princesa de Tlaxcala. Después, padre al fin, dedica unos segundos a recordar a sus hijos, que tanto han de haber crecido.

Los marinos se afanan, pues se avizora la costa, y la actividad se multiplica de súbito en la embarcación. Se halan cuerdas, se mueven velas, se aprestan anclas. Y tocan la soleada costa del puerto.

Ya en tierra, los religiosos cuidan a doña Francisca, a la que don Pedro casi no ve. Pretexta que tiene mucho que arreglar. Muere doña Francisca, el rosario en la mano. Ha cesado el oleaje de lágrimas de su pecho. El padre Marroquín anuncia al Adelantado la triste nueva. El barco que ella creyó ser el barco del amor, era el barco de la muerte. El Adeltantado frunce el ceño. Pero bien, tan lejos de España, nadie le disputará la cuantiosa dote. Luisa y sus hijos lo han de esperar todavía.

Don Pedro de Alvarado llega con su comitiva a la capital de México, donde otros problemas le aguardan. Se le sigue un proceso, otros Capitanes de la Conquista lo acusan de haber violado su jurisdicción, los clérigos lo acusan de la quema de numerosos pueblos y de haber tomado por la fuerza a muchas mujeres indígenas, los leguleyos presentan pruebas de cuanto ha robado a la corona de Castilla. Pedro de Alvarado miente descaradamente. Sus colegas falsean sin duda los mapas, los niños que le presentan no son hijos suyos, los pueblos los quemaron soldados disidentes, sin su consentimiento, la hija de un monarca indio que dicen que tomó no era una jovenzuela sino una indiota de cincuenta años, pero Pedro se enreda en los números, y es evidente que ha robado. Sus arcas, sus caballos, su dote entera, son confiscados por los jueces, y no le queda ni una mula.

Pero llega un correo. También Cortés, en su desgracia, ha ido a España a recabar los favores del Rey, y pronto regresará hecho Marqués del Valle de Oaxaca. Pedro sabía que andaba por allá, pero no quiso invitarlo a su boda. Un amigo caído es como una lacra en el cuerpo.

Mas Cortés regresa poderoso, y es conocida su amistad por Pedro. Se da un viso de legalidad al asunto, y Alvarado, aunque empobrecido, puede retornar a Guatemala, a tomar posesión de los cargos otorgados por el Rey. Y parte Alvarado con el corazón lleno de rencor, pero en fin: ahora es el Adelantado.

XXXIII

MEMORIA

Alada hora de un silencio bienamado, heme aquí, triste, revolviendo mis recuerdos, en medio de la soledad.

Lentamente fueron volviendo algunos de los antiguos pobladores de la Bermuda. No los de la ciudad, sino los añileros de las fincas. Los niños iban a jugar a la fuente seca de la plaza, y por ellos supe que San Salvador se había reinstalado en otro valle, que pronto recibió el nombre de Valle de las Hamacas, por los frecuentes temblores que lo sacudían.

El musgo y los helechos ganaron rápidamente las ruinas de la Bermuda, y al cabo de pocos años, grandes árboles crecieron en el interior de las casas. Los niños subían a los árboles a cortar aguacates, nísperos o zapotes, y aunque al comienzo me tuvieron miedo, pronto se hicieron amigos del hirsuto viejo triste que yo era. Tuve que hacer esfuerzos para volver a hablar fluidamente en español. A veces me confundía y les hablaba en latín, y ellos se llevaban, sonriendo, un dedo a la sien. Y no me preocupaba, a decir verdad, porque su simple y ocasional compañía me era mucho más valiosa.

Con frecuencia entraba a la iglesia en ruinas, y me persignaba rogando clemencia, porque yo prendí fuego a un campanario, pero no podía recordar ninguna oración. De todos modos, aunque la hubiera recordado, ya no hubiera creído en ella. Primero, porque siendo un pecador a tal extremo, las palabras de plegaria en mi boca sonarían huecas, y segundo porque mi Dios íntimo se iba volviendo pagano, y aprendí, como un indio, que Dios puede ser un animalito o una hoja.

Los niños jugaban a moros y cristianos, o a Pedro de Alvarado y los indios, y cortaban ramas para utilizarlas como espadas o lanzas. Cuando ellos se iban, llegaban los venados, y una familia de ellos se posesionó de la iglesia. Sentí que estaba bien, que un animal litúrgico tenía derecho a vivir en la casa de Dios.

Un día hallé mi breviario bajo unos escombros. Volví a rezar, ante lo que fuera el altar mayor, pero las palabras ya no significaban lo mismo. Y algo como un arroyuelo se fue desatando en mi interior.

Entonces recordé el camino de la casa de Otzilén, a quien no visitaba desde hacía semanas, o quizás meses, y lo encontré a la puerta de su choza, escrutando el lucero de la tarde.

—Yo te doy mi silencio, Otzilén —dije

—Sólo un hombre soy —respondió—, dáselo a la estrella.

Y dí mi amor a la estrella, que viene siempre a darnos su luz, sin pedirnos nada a cambio.

XXXIV

Canto que cantan las estrellas,
corre, carro,
corre,
coche de la noche.
Sólo viento, sólo el viento largo y negro sobre el mundo,
sólo
agua.
¡Don Pedro, arde la luna!
Solo,
moja don Pedro un pan en vino rojo
en la oscura taberna iluminada de antorchas,
anotando beodo por los cementerios
cruces como estrellas.

XXXV

HABLA EL DEAN

Era hermosa, en verdad, la ciudad de Iximché, donde yo nací. Sus palacios, sus adoratorios, sus escalonados templos, se organizaban en torno a vastas plazas ceremoniales, y todo alrededor crecían grandes montañas pobladas de pinos. Un foso la cercaba, y otro foso separaba las casas principales de las plebeyas, hechas de caña y paja y rodeadas de altas milpas. El estrado cuadrangular de la justicia tenía un zócalo de cerámica pulida, con imágenes de los jueces y los reyes de hace tiempos.

Ahí recibieron a los españoles los dos reyes cakchiqueles. Yo era un niño entonces, y me uní al pueblo que se agrupaba a ambos lados de la amplia calle para verlos. Nos asombraron su blancura y sus barbas, sus vestidos extraños. Creímos que eran dioses, y los reyes también. Los más osados de entre nosotros alargaron la mano, para tocarlos a ellos o a los caballos. Parecían muy serios, porque venían de muy lejos. Después se sentaron a parlamentar con los reyes, y nos dispersaron, pero seguimos reunidos en corrillos, cuchicheando, hasta que llegó la madrugada. Unos opinaban que habían salido de los volcanes. Otros, que del profundo mar. Otros, que vinieron cabalgando en la noche, desde las estrellas. Eran muy grandes esos hombres, inspiraban temor. Después mostraron que eran crueles, como los dioses, y el temor creció. Era necesario darles tributos, y siempre querían más. Primero nos parecieron todos iguales, pero al tratarlos los fuimos diferenciando, y supimos que unos eran más duros, que unos eran exaltados, y otros serenos.

Yo entré en amistad con don Pablo, al que llegué a querer como a un padre, pues era huérfano. Pienso en la muerte, pienso en la vida. Son dos caras paralelas. Un muerto es un vivo que conoce, un hombre vivo, alguien que avanza a tientas. Pero creí en don Pablo, y sentí su partida. Pedro de Alvarado iba a las Hibueras, y unos soldados no quisieron seguirlo, y prendieron fuego a Iximché. Vi a mis compatriotas huir de las llamas, como después vería, en los retablos de iglesia, las almas de los condenados. Los soldados disidentes se fueron a México, haciendo tropelías en el camino, y años más tarde, cuando don Pedro hubo de responder ante la justicia, argumentó que él nunca quemó nada, y que de la única ciudad en llamas eran responsables los insubordinados. No era, por supuesto, cierto.

El hecho es que nosotros reconstruimos la ciudad, que no volvió a ser como antes. Una aureola de pesar la envolvió ya para siempre.

Cuando, como a los tres años (no recuerdo exactamente) volví a ver a don Pablo de Alcántara, acepté seguirlo hasta Cuzcatlán, y estudié con él, español y latín. Y así llegué también a leer y escribir, arte que ignoraban todos los soldados españoles, e incluso la mayoría de los capitanes. Llegué por ello a tener cierto ascendiente, que me permitió ver que esos altos seres rudos, eran asimismo ingenuos. Mas respeté la ley que los traía, una

ley grabada antiguamente en lo alto de una montaña, sobre dos placas de piedra. Pero Dios no es una piedra, sino un alma, que puebla la extensión del mundo como poblaba a Iximché el rumor de los pinares.

Un cielo de un intenso azul cubría la Villa de San Salvador, que amé como al propio cielo sagrado de los pinares.

Una vez entró el carromato de un titiritero, que decía venir de Babilonia. Se presentó en la plaza, y creo que nadie, en diez leguas a la redonda, faltó a la representación. El personaje principal de la obra era un ciego que siempre se equivocaba, y a todos hizo reír mucho, pero a mí no. Me sentí preocupado, y no dejé de pensar en eso durante semanas, y fue como una premonición, pues poco después acompañé a Alvarado en su malhadada intervención a Sudamérica, y al ver la nieve, me quedé ciego. Ya no podría leer, ni escribir, ni ver el cielo azul, ni los rostros de las bellas muchachas, y el color de las olas y el color de las aves se irían borrando de mi mente, como se borran las huellas en la arena, cuando llega la noche y crece la marea.

Me cuidó la hija de Alvarado, quien sentía por mí una amistad sincera, y su madre, doña Luisa, se acercaba a darme ánimos y bebidas calientes en medio de los hielos.

Supe que el Capitán fracasaba, que vendía sus naves y su armada a Francisco Pizarro, al cual oí sin ver, y volvimos en un barco que Pizarro nos dio casi por conmiseración. Entendí que éramos muy pocos. Aparte de los que permanecieron con Pizarro, muchos murieron en batalla, y otros tantos de frío. Después supe también que el Adelantado no estaba autorizado a llevar indios, y que lo hizo contraviniendo las leyes de Castilla.

Solo y triste, me dediqué a mendigar, de pueblo en pueblo, con un perro lazarillo, y así volví a Cuzcatlán, donde vanamente pregunté por don Pablo, que aunque loco, quizá hubiera podido ayudarme.

En Panchimalco me reconoció un joven español, amigo de infancia. Me llevó donde un curandero famoso. Sentí que me aplicaba saliva en los párpados, como en la Biblia, abrí los ojos con delicia y terror, y lo vi caer por tierra. Era don Pablo de Alcántara. El esfuerzo había sido excesivo.

Quise gritar, pero no pude. Regresé a la mañana siguiente, y hablé con él, transido de emoción. Me explicó que Otzilén le fue dando uno a uno sus secretos, y con el último suspiro, le dio el de sanar los ojos de los ciegos. Fue enterrado en una vasija de greda, y los familiares le pusieron comida y cuentas de cacao, para el gran viaje. Nadie lo lloró, porque los brujos no mueren, sólo se van.

Pero antes de darle el secreto de los ojos, Otzilén susurró:

—Acuérdate del monaguillo.

XXXVI

EN LAS TIERRAS DEL PAPA

Eran las doce de una abyecta melancolía. Sonaba una campana. Carlos de España, mira tu larga, tu negra noche como un túnel, Carlos, mira el silencio. Suena un tañido más, campana.

Emperador, lo eres, ciertamente, Carlos, pero no has sido coronado por un Papa, como Carlomagno, como Otón I. Tu Imperio debe descender directamente de las estrellas. Debes ser un Emperador por derecho divino.

Se arreglan las cosas.

En en Castilla, en Alemania, en la corte del Papa, frailes van frailes vienen, afanados porque el Emperador Carlos V será coronado por Dios.

Púrpura episcopal, rojo cardenalicio, negros sayos de la armada de Dios, venid. Si el Papa corona al Rey, también se afianzará la corona de San Pedro, que pone en jaque ese infame Lutero. Y Lutero y Luzbel son una misma cosa a los oídos del Papa, Emperador del pueblo de los Creyentes.

Lustrad, monjas infinitas, el oro de los vasos sagrados; tejed, hilanderas de Flandes, los manteles inmaculados del altar. En un rincón apartado, el Emperador Carlos V confiesa al Papa sus pecados. El Papa inquiere por los indios. ¿Los indios? Carlos se defiende. El ha dictado buenas leyes, y están de todos modos tan lejos, y es tan difícil controlar la codicia o la crueldad de los Conquistadores... El Papa lo absuelve.

Y Carlos, Emperador del Mundo, es coronado por el enviado de Dios entre nubes de incienso, ante el altar barroco, mientras un coro de quinientos monaguillos entona un Aleluya gregoriano.

Y Carlos se retira agotado, tras la misa larguísima, tras el Te Deum, tras los discursos, y no asiste a la fiesta que sigue, sino que se encierra en su cuarto, corre los cortinajes para apagar el luminoso cielo de Italia, y duerme un largo sueño sin ideas, oprimido por el peso de la corona más grande del orbe.Antes de hundirse definitivamente en el sueño, se dice que ordenará hacer un juego de campanas, para enviarlas como obsequio a las ciudades de las Indias Occidentales, como parte de las celebraciones.

XXXVII

LA CAMPANA

Crecían las ciudades españolas en la actual heredad de El Salvador. No fue fácil conquistar ese espacio habitado por ramales de los pueblos mayas, nahoas, lencas

En lo que hoy es San Vicente, los indios se hicieron fuertes en un monte, a manera de bastión, y desde lo alto gritaban a los españoles que encerrarían al sol en un corral "y otras liviandades", según cuenta un cronista. Pero fueron vencidos los indios, y el Capitán peninsular pidió entonces que se le ennobleciese, y que se pusiese un peñol en su escudo de armas.

Al poco tiempo, unos entre sus soldados vieron arder un volcán, y temieron que fuera el sol encerrado en un corral.

Pero ven, calma.

La zona está pacificada, se hacen repartimientos de indígenas, que deben trabajar gratuitamente en los campos adjudicados a los conquistadores. Con frecuencia pasaba algún comerciante reclutando esclavos para enviarlos a las islas del Caribe, donde pagaban buen precio por ellos. El comerciante se acercaba a un poblado, invitaba a los niños a jugar, y una vez reunidos los hacía encadenar y se los llevaba. Sometidos a innumerables privaciones, la mitad moría en las bodegas de los barcos antes de tocar puerto, e iban a alimentar a los peces. Cuando tan lucrativas operaciones comenzaron a diezmar a la población, al punto que faltaba mano de obra para la cosecha de añil, llegó una orden de Pedro de Alvarado prohibiendo el tráfico de esclavos, por lo cual fue llamado por Fuentes y Guzmán "protector de los indios". Sin embargo, cuando Pedro llegó en busca de gente para la armada que debía acompañarlo al Perú, no vaciló en llevarse cientos de jóvenes indígenas. Indios de Izalco, de Zacatecoluca, de San Vicente, del cálido Golfo de Fonseca, debieron avanzar casi desnudos por las crestas nevadas de la Cordillera de los Andes, y lucharon contra esos indios sudamericanos de los que apenas tenían noticia. Y tantos se quedaron allá, al servicio de Pizarro, ese Conquistador a quien Alvarado quiso disputar las auríferas tierras del Sur. Pretextó ante los Reyes que lo que deseaba era prestar su ayuda a Pizarro, quien no podía con tanto, pero los Reyes denegaron el permiso, y entonces Alvarado hizo su armada simulando que iba a las islas de las Especierías, de lo cual ya había hablado en Aranjuez con Carlos V. Después argumentó que él no deseaba ir a los dominios de Francisco Pizarro, pero que las fuertes tormentas y las corrientes marítimas lo arrastraron a esas costas.

Entonces llegó a Izalco la gran campana.

Suena, campana grande, pozo de las músicas, y pues fuiste el regalo de un Rey, diga tu noble lengua de bronce tu relato, pues si mucho de cruel tiene el pasado, tanto nos apacigua, conciencia alta, tu llamado del atardecer.

El campanario de gruesos ladrillos que hicieron para elevarte a los cielos, yace en ruinas. Lo destruyó un terremoto, en uno de esos siglos que has pasado entre nosotros, pero tu viejo corazón de bronce tiene el mismo, sereno canto de antaño. Canta, entonces, tu canción.

Creo que viste un pueblo de indios tristes que te amaron, y fuiste bautizada entre ellos, porque una campana se bautiza, como un niño. Repicaste con gentileza cuando era fiesta, y con gravedad cuando alguien moría, porque así como anuncias la vida eres puerta del más allá misterioso, y no sabes si abres paso a un alma destinada a hundirse en el fondo del infierno o a subir al gozo de una infinita bienaventuranza. Y quisiera aplicarte lo que un viejo amigo mío, el Príncipe Oscar Vladislas de Lubicz Milosz, dijo de la Tierra:

"El rostro de la Tierra, nuestra madre, tiene una misma mirada para la cuna y para la tumba".

Campana, ya murió Carlos V, y seguramente doblaste por él, con sonido sombrío, como tantas veces lo hiciste por un indio sin fortuna. No le diste más importancia que al indio, porque pobre o rico, bueno o errado, era igual un ser humano, que llevó su carga y seguramente alguna vez se inclinó a aspirar el aroma de una rosa.

Quisiera tu poema pulido por la edad, campana, tu gran verdad ausente, quisiera oír tu voz dentro de mí como se oye a veces el sonido profundo del corazón, gobernando el oleaje de nuestra sangre. Pues soy poeta por desgracia o por suerte (digamos por destino), y odio el siglo en que me tocó nacer, aunque ame desde siempre, campana, la belleza de la tierra, sobre la cual con tanto amor fuimos depositados.

Mas habla ahora, Amor, con el pecho henchido de lágrimas, pues dos mil indios y cientos de esclavos mueren atacados por las enfermedades de las espesas selvas, arrastrando pesadas culebrinas de hierro, o descalzos y cubiertos sólo por un taparrabos caen bajo las tempestades de nieve, bajo las flechas envenenadas, azuzados como bestias por la mirada cruel de Pedro de Alvarado, tirano que siempre muere y siempre resucita, aunque tú dobles cien veces a muerto.

XXXVIII

Canta, campana, canta
platas de luna llena
porque vale la pena
que algo nos recuerde
la muerte,
y la vida serena.

XXXIX

HABLA EL DEAN

Provisto de nuevo del don de la vista, me maravillaba de cuanto conociera desde siempre. Me detenía horas a contemplar una mosca verde, vigilaba todo el día los cambios de la luz sobre un simple huacal de morro, y los amaneceres, y los pesados mediodías polvorientos, y el derroche de fuegos del atardecer y las estrelladas noches, pasaron a constituir para mí, inenarrables espectáculos. Pero me maravillaba sobre todo el agua, y los cambios de la luz sobre el agua, y la vegetación del agua, y los animales que habitan en el agua.

—Tienes alma de artista —dijo don Pablo.

Por consejo suyo, entré como aprendiz en el taller de Juan, el tallador, que se había radicado en Izalco, y cuya fama crecía incansablemente. La historia de la mano de palo alcanzó hasta Honduras y Nicaragua, e incluso de esas regiones remotas le llegaban encargos. Y cuando el soldado de la mano fue a rendir servicios a Yucatán, lo conoció el Obispo de Mérida, se quedó impresionado por el asombroso trabajo, y se las arregló para localizar al tallador, al fin de que le hiciera una imagen. Afortunadamente para el Obispo, Diego de Holguín se encontraba por allá, y sabía de su paradero.

De tal forma, el trabajo era abundante. Yo debí al comienzo ocuparme de mezclar pinturas, y de preparar el oropimente. Alumno aventajado, pronto aprendí a lograr sutiles variaciones de colores mezclando tierras, extrayendo el zumo de las plantas colorantes, moliendo en el mortero lo necesario para lograr un azul más profundo o más ligero, un negro más brillante o más opaco.

Después dí las bases a las imágenes, señal de la confianza que me otorgaba el Maestro, pues se aplicaba entonces mucha plata y mucho oro, que debían ser escrupulosamente medidos.

A todo esto, desde mi entrada al sombrío reino de la ceguera, me había desconectado del mundo, y mis pensamientos giraban sólo en torno a mi personal y precaria situación. Y después, cuando recuperé la vista, ya no me preocupé por reanudar antiguos lazos, y permanecí al margen de la evolución de los acontecimientos.

Así, me desconcerté cuando por una frase suelta del Maestro Juan, supe que doña Luisa, Princesa de Tlaxcala, había muerto.

Inquirí, con los ojos mojados en lágrimas, cómo fue. El tallador, relató los sucesos con indiferencia, pues nunca la conoció, y para él era apenas un personaje como otros tantos.

Supe de este modo que al regreso del Perú se manifestó en ella una enfermedad contraída en el viaje, que la llevó a la tumba a las pocas semanas. El Adelantado ordenó

fastuosas honras fúnebres, y fue enterrada en la Catedral. Como él tenía previsto viaje a España y no quería dejar sola a su hija, doña Leonor, la casó con un noblete de la ciudad, aunque ella fuera apenas una adolescente y él un hombre de edad avanzada. Sentí una punzada en el pecho, pues alguna vez, en jugueteos de niño, robé los primeros besos a la pequeña, y la estreché apasionadamente. En cuanto a doña Luisa, mujer sencilla a pesar de todo, que tuvo para mí solicitudes de madre... El Maestro describió el entierro, los negros caballos con gualdrapas de plata halando el carruaje, las campanas doblando. En eso sonó la campana de Izalco, y me quedé largo rato pensativo. Seguí mezclando colores, con desgano, y no supe en qué momento derramé un valioso bote de azul, que contenía polvo de lapislázuli. Me retiré sin decir palabra. El Maestro Juan no me lo reprochó nunca.

El Deán tomó un largo trago de chocolate y permaneció silencioso. Se fugaba la luz de la ventana, y la vieja sirvienta del presbiterio se alejó unos instantes y volvió con dos grandes candelabros que derramaban una luz de miel. Los oyentes vigilaban al Deán, quien con los ojos un instante cerrados, iba en su mente abriendo los cofres del pasado, sellados, hacía tanto tiempo, por una enmohecida cerradura de hierro, que decoraba el águila de dos cabezas del Imperio.

—Doña Luisa... —Continuó suavemente— era una mujer dotada de una juventud que parecía deber durar para siempre. De buen porte, morena y calmada, de ojos rasgados y mirada que sonreía con frecuencia, llegó a comprender muchas cosas, y a ordenar su vida según ese conocimiento, sin necesidad de decirlo. Supo de las infidelidades de don Pedro, incluso de su matrimonio, que éste pretendió ocultarle. Pero ella dejó pasar esas cosas como se deja pasar el viento. Sin duda no pensaba ya que don Pedro fuera un dios, pues demasiadas debilidades de hombre vio, y entonces aceptó sus debilidades, porque al fin de cuentas sólo un hombre era.

Tuvo una mirada amorosa para la tierra, y esa mirada cubría el conjunto de nuestros errores, sintiendo, sin duda, que el error era una parte consustancial del orden terrestre.

Me alegré en cierto modo de saber que falleció sin marchitarse, pues no hubiera, por mi parte, podido imaginar su joven y sencilla majestad sometida al envejecimiento, ver disminuir esa fuerza gentil donde la gracia de la carne correspondió con tanta perfección a la delicadeza del espíritu.

El Deán lanzó un suspiro profundo. Se veía a sí mismo cegado por el blancor, en la Cordillera de los Andes. Quedó prendido en sus retinas un rebaño de guanacos, y después lo hicieron cabalgar sobre uno de ellos, y sintió su gruesa y caliente lana bajo sus manos. Como los salvadoreños de la armada eran muchos y acostumbraban andar juntos, les pusieron "guanacos", y ese sobrenombre siguió vivo y se prolongó de generación en generación, aunque en esa provincia jamás hubiera puesto su pezuña el grácil animal.

El Deán siente hundirse la nieve bajo el trotecillo de su cabalgadura, siente la ventisca golpeando su rostro y su pesado poncho. Oye una quena que toca un son dulce y

triste, pero en eso un alarido interrumpe la actividad del músico: está muriendo, por orden de Pedro de Alvarado, el Cacique de Manta, ese Señor sureño que con tanta hospitalidad los recibiera. Se hace un silencio cruel, y después vuelve a sonar, dulcemente, la quena.

Pero pasa, hondo tiempo, desenvuélvete, códice de los años, y deja ver otras, y más dulces imágenes. Izalco a la orilla de Navidad, la tierra florecida de rojas pascuas, las indias vendiendo alfombras de musgo en la plaza, para los nacimientos. Y vuelve a hablar el Deán, y recuerda que talla un nacimiento. Ha aprendido a tallar hace poco, y encuentra más de una dificultad. El estudio, aunque amplio, es un simple cuarto de bahareque con suelo de tierra apisonada. Todas las casas del pueblo tienen la misma sencillez, y únicamente la iglesia muestra algo de lujo, con sus retablos llenos de volutas, como espirales de fuego milagrosamente detenidas, rodeando la noble paz de las imágenes sagradas. Un ángel de grandes alas sostiene un candelabro.

Y más allá los campos, con sus montes y barrancos todos con sembradíos, y con pequeñas chozas perdidas entre la vegetación, en muchas de las cuales se siguen practicando arcaicos ritos paganos. El cura prepara una pastorela, con los niños indios, y llegan noches frescas y luminosas, que recorre el barquichuelo de la luna, para recordar al pueblo de los creyentes que Dios está naciendo.

Talla, tallador, dora, dorador. Un aroma de santas magias se desata en el aire, y los ángeles entran por las ventanas y se congregan en torno a las inmensas ollas de barro donde se cuecen los tamales de la Cofradía. Menos cristianamente, el Maestro prepara una ollada de chicha. Argumenta que no es sólo para beber, que también servirá para el gallo que su mujer pondrá sobre la mesa, y aunque la Biblia no se refiera al licor de maíz, recuerda que según el texto eterno, el vino alegra el corazón.

Canta corazón, el nacimiento de la Nochebuena. Los niños tamborilean sobre carapachos de tortugas, para celebrar al niño Dios de las tortugas, y van por la calle con velas encendidas. Es Belén en la noche, es el pequeño pueblo de Belén que rueda de tierra en tierra y de siglo en siglo, siempre igual a sí mismo, y siempre transparente. Campana, añade tu canción al coro de las estrellas, que alaban el pesebre luminoso, y los pastores, y hasta el buey y la mula. Una niña vestida de Virgen avanza sobre una mulita que lleva por la brida un niño vestido de San José, por todas las calles del pueblo.

Somos doce a la mesa. El Maestro Juan, su mujer, los aprendices y los ayudantes. Estamos muy alegres, hacia las doce, cuando llega un huésped inesperado, y a todos se nos hiela la sangre, porque el número trece ha sido maldito por la escritura. Pero procuramos poner cara alegre. Todos tienen cabida en la fiesta. El huésped viene de muy lejos. Es el soldado de la mano de palo.

XL

Canten niños, canten
las estrellas muertas
del muerto silencio.
Canten niños, canten
por los cementerios
la mano de palo
sobre el libro viejo,
y canten aún,
por los corredores
perdidos del tiempo,
donde cae el polvo,
y deja desnuda
la mano de hueso
del negro silencio.

XLI

LA SACRISTIA AL CREPUSCULO

El Deán interrumpió su relato durante varios días. Cuando los contertulios del atardecer, que eran varios y de diversas edades, llegaban a preguntar por él, la vieja criada contestaba, compungida, que el Deán se encontraba indispuesto. Por último, dejaron de acercarse, y ya la vieja había olvidado preparar el tradicional chocolate cuando, a fuerza de tisanas, el Deán se levantó de su catre, y se dirigió con pesados pasos hacia la sacristía, donde el crepúsculo entraba a raudales, como si la luz hubiera querido agotar la eternidad de su tesoro en una sola tarde.

El Deán se reclinó en su poltrona. Un gato lo observaba con ojos fosforescentes. El Deán lo acarició con largueza, y después habló, sin saber, quizás, que sus oyentes de siempre no estaban a su alrededor.

Y dijo así: "Era el Maestro un hombre grande y gordo, de escasos cabellos pero de abundante barba blanca. Su mujer era menuda, morena y silenciosa, y, no habiendo tenido hijos, decían que sus hijos eran los niños dioses de los nacimientos. Creo que sus hijos éramos realmente los aprendices y los ayudantes, que vivíamos con ellos, en una hilera de cuartos junto al patio. En el primer patio estaba una fuente. El corredor se cerraba, y seguía el taller, que ya describí, y más allá otro patio, con un corral de gallinas y faisanes, un charco de patos y una estaca con un loro. El loro gritaba palabrotas de vez en cuando, y entonces la señora del maestro le pegaba con una escoba. Más allá había,

todavía, un pequeño platanar, donde cortamos las hojas para los tamales de Navidad. Aprendices y ayudantes colaborábamos en la limpieza y el orden de la casa, y establecimos entre nosotros una cariñosa complicidad contra el Maestro y su señora, como suelen los hijos hacer contra los padres.

Con mis dieciocho años, yo era el mayor.

La fiesta del veinticuatro, el soldado encontró, pues, una velada familiar. Pronto se disipó la mala impresión que nos produjo. Traía, de regalo de Navidad, un gran encargo, el más importante encargo que el Maestro Juan hubiera recibido jamás. Se trataba de tallar, para la Catedral de Panamá un retablo inmenso, incluyendo el altar mayor, los nichos, y cinco santos. La suma ofrecida era cuantiosa. El Maestro podría multiplicar, si lo deseaba, el número de sus colaboradores, pero comprometiéndose a tallar personalmente las manos y las caras de los santos, y el Cristo crucificado del centro, en cuya piel debían brillar como joyas las laceraciones de un rojo vivo.

Se brindó por el buen éxito de la empresa, se dijeron frases alegres e incluso ingeniosas, y el soldado extendió con su mano de carne y hueso los papeles del contrato, que una vez leído por mí, fue firmado por el Maestro Juan mientras se guardaba silencio ceremonioso.

Advertí que la mano había envejecido, mientras la otra guardaba la totalidad de su juventud".

En este punto se interrumpió el Deán, miró con detenimiento a su alrededor, y comprendió que sus palabras se dirigían a las imágenes de la sacristía. "Con razón estaban tan callados", se dijo, y con un dejo de tristeza siguió al gato, que lo guiaba hacia su habitación.

XLII

Oigan imágenes,
gato,
lo que dice el alma,
porque ninguno,
corazón, ninguno,
quiere oír esa palabra
del alma en calma.

XLIII

EL DEAN HABLA AL GATO

Los días siguientes, el Deán hizo saber a sus oyentes que se encontraba restablecido, pero nadie regresó. Cada quien tenía nuevas ocupaciones, y el interés por su historia se enfrió en el camino. Conscientemente, siguió entonces contándola al gato y al crepúsculo, golpeando los objetos de vez en cuando, para sentir algo como la sombra de una compañía.

"Bien —dijo— nos retiramos a dormir al clarear el cielo, fervientes de admiración por el Maestro, quien hablaba de los preparativos para el gran trabajo. Pensaba que además de las tallas debíamos hacer un formidable andamiaje con ruedas, para llevarlas al barco que las conduciría a Panamá. Seguramente su mujer siguió oyendo consideraciones similares hasta mucho después de que nosotros nos hubiéramos dormido".

El gato bostezó. Escrupulosamente, el Deán describió uno a uno los habitantes de la casa. Si uno era más alto o más risueño, si el otro era muy moreno y callado, si aquél llevaba mujeres de noche a su habitación, a escondidas, si el otro era comilón y desmedidamente gordo. Incluso aludió al hecho de que uno de los ayudantes tenía relaciones con las gallinas.

Siguió hablando de sí mismo, de su naciente vocación religiosa y de su amor por una joven mestiza, que correspondió con creces, y acaso abusivamente, a esa inclinación. No lo dejaba en paz de noche ni de día, insistía en hacerse presente enviándole recados a toda hora, o bien llegaba al taller diciendo palabras que se referían a una esfera íntima, incluso delante del Maestro. Se acostaba el joven tallador sobre el cuerpo desnudo de la muchacha, en un rincón oculto del barranco cercano, y esta situación se hubiera prolongado largo tiempo, si negros vientos no se hubieran cernido en el horizonte.

La artritis, que desde algún tiempo atrás atacaba al Maestro Juan, se acentuó. El Maestro le pidió una opinión sobre su última talla, rogándole que fuera sincero. El joven orgulloso y sabedor de la pericia que él mismo alcanzara, criticó severamente la obra, en términos razonables y cargados de detalles técnicos. Juan se sintió profundamente ofendido. Sólo después comprendió el discípulo que lo que el Maestro pedía (aunque argumentara pedir sinceridad) era en realidad un cúmulo de elogios, en parte por vanidad de artista, pero en parte también porque interiormente sabía que su mano comenzaba a fallar, y no osaba reconocerlo.

El ambiente del taller se volvió lúgubre. Contraviniendo el contrato, una semana después de la hiriente crítica, el Maestro pidió al discípulo que se hiciese cargo del rostro de San Juan. Entusiasmado, el muchacho pensó que el modelo ideal para la imagen era don Pablo de Alcántara, y dirigió sus pasos a la ciudad de San Salvador. Llegó a su choza

del volcán, lo encontró enfermo. El enfermo se negaba a ser su modelo. ¿Cómo iba a servir de modelo para un santo un hombre que le prendió fuego a la casa de su padre? Estaba lívido, gotas de sudor corrían por su frente. Explicó que podía curar a los demás, pero no a sí mismo, así como tampoco debía cobrar por su trabajo, dado que de ese modo perdería su don. Se tendió en el lecho, visiblemente cansado. El tallador tomó su cabeza entre las manos, la besó y la acomodó sobre la dura almohada. Después, hizo varios bocetos del curandero enfermo, quien dormía un sueño agitado.

Regresó a Izalco apesadumbrado y oyó doblar a muerto la gran campana de bronce. No quiso saber quién se iba, y se encerró en el estudio, sin musitar palabra, con un grueso tronco de caoba, y comenzó a tallar la imagen de San Juan.

XLIV

Aserrín, aserrán
los maderos de San Juan
trique trique trique tran,
el silencio de la guerra,
y la mano sobre el pan,
trique trique, trique tran,
Talla, talla, tallador,
dora, dora, dorador,
pues la muerte está a la puerta,
quiere ver el interior,
y tu talla, tallador,
trique, trique, trique tran,
y los niños piden queso,
piden queso y les dan hueso,
pues los huesos de la huesa
no alabaron al Señor,
y los niños inocentes
aunque pidan por favor
heredan lo que los muertos
dejaron en su interior.

XLV

PLATA DEL PLATANAR

Encerrado en el estudio, trabajando la caoba, el futuro Deán recordaba cuanto le dijera don Pablo de Alcántara, curandero y loco: "Dios hace el mundo cotidianamente —decía el curandero— pero también a diario lo deshace. La creación es su obra sin fin. Hace el sol y lo deshace, para hacer la noche, y todo lo que nace tiene también que morir. Es vano intentar retener la juventud, o desear que el sol permanezca inmóvil en el espacio. Y si algo detiene, por un momento, ese curso inexorable, hablamos de un milagro. Y eso es tan absurdo como negar que los ángeles se precipitan cada mañana, con el rocío del alba. Necesario es que exista lo que nace. Necesario es también que muera, y es también milagroso. Nos mueve el deseo. Pero para que no sea un guía ciego que nos lleva al abismo, debe ser regido por la ley. La esencia de la ley es que una mitad sea igual a la otra. Pero un adulto necesita de mayor alimento que un niño, y no sería tampoco justo dar a ambos un plato igual. Y como somos diferentes los humanos, lo que unos necesitan no es igual a lo que necesitan otros. Tu instrumento de tallador no es igual al horno del panadero, del cual ni siquiera sabrías servirte. Y no es por ello injusta la ley de los astros, cuya verdad más interior se resume en dos palabras: Amor y Respeto. Y si eres fiel a esos dos sencillos preceptos, nada habrá de faltarte, pues el cosmos se encargará de otorgarte lo necesario".

Años más tarde, el Deán recordaba estas palabras en la penumbra de la sacristía de la Catedral, mientras el gato ronroneaba a su lado. "Me parecía extraño oírlo hablar de tal modo —consideraba el Deán— en esa choza mínima donde se encontraba desprovisto de todo, salvo un colchón de paja, una mesa y una silla. Lo veo ahora dormido, me veo haciendo los bocetos. Anochece. Me retiro, debo atravesar un platanar que golpea la luna, y siento que esas grandes hojas plateadas son el sentimiento que el curandero me ha dado para realizar mi obra. Veo el luminoso dosel de las estrellas, y comprendo que ese hombre que vive en la miseria, es poseedor del infinito. Aunque diga que una mitad debe ser igual a la otra, por amor a los demás, él ha limitado tanto su cuota terrestre, que el cosmos, agradecido, le ha dado el don de sanar.

Trabajé mucho, y concluí mi San Juan en breve tiempo. No quedó muy parecido a don Pablo de Alcántara, pero sí a sus ideas. Debo reconocer que me admiré de la belleza de mi obra, y no importa a qué hora, cuidando de que nadie me viera, me detenía a contemplarla. No me creía capaz de haber hecho algo tan hermoso. El Maestro alabó sin reservas la imagen, y dirigió sus ojos, como al descuido, sobre sus dedos agarrotados por la artritis.

Recordé entonces la campana doblando a muerto, y pregunté quién había partido. Nadie. Eran imaginaciones de mi mente exaltada. Temí que fuera una premonición, temí que pudiera ser don Pablo. Por la madrugada, amaneció muerto el soldado de la mano de

palo, con señales de estrangulamiento. La mano de palo parecía oprimir su cuello, y todos, yo incluido, sospecharon que era la culpable. ¿Pero cómo culpar a esa tan ruda y delicada mano, de mártir o de santo?

El hecho es que creció en la imaginación popular y aunque fue enterrada con su dueño, se dijo después que aparecía sola aquí y allá, caminando como una araña, y le llamaron la mano peluda, aunque en realidad fuera lisa, venosa y barnizada.

Esto acabó con los restos de buen ánimo del Maestro Juan, quien se volvió hosco y melancólico, y dejó de acercarse al taller.

El contrato firmado que debía llevar el soldado al Obispo de Panamá, desapareció inexplicablemente. Quizás la mano le dio fuego.

Después el Maestro dijo que iba a viajar a una parroquia distante, para restaurar un altar. Tomó la mitad de sus ahorros y se fue. Nunca lo volvimos a ver. Mintió. Se marchaba a hundirse en la absoluta soledad, derrotado, consumido por la desesperanza y la artritis.

Su mujer quedó sola. La imagen fue vendida a la iglesia de Panchimalco, donde aún se encuentra.

Yo me sentí muy mal. ¿Podría volver a hacer otra imagen semejante? Vi en sueños una Virgen, con un amplio manto y una corona, sosteniendo una custodia entre las manos. Creí que deseaba que la tallara, pero después miré más atentamente, y dentro de la custodia no estaba una hostia, sino yo mismo. Comprendí que debía tomar los hábitos, llamado que me era duro, porque me había dado a la incontinencia de la carne. Pero las cosas se solucionaron por su cuenta. Vi a mi novia a la tarde siguiente. Se presentó muy seria, se negó a dejarse tocar, y me informó que iba a casarse con un comerciante próspero. Pretendió, lloriqueando, que era decisión de su familia, pero su llanto sonaba falso. Me vine así a Guatemala, entré al monasterio, y en cuanto pude hice venir a la mujer de don Juan, para que barriera la iglesia por un salario menos que mediano. Pero, entretanto, sucedieron varias cosas.

El Deán se quedó mirando al vacío. El gato respingó. La vieja criada se hallaba frente al religioso, sin que éste se hubiera dado cuenta, y sonriendo con dulzura. Estaba completamente sorda desde años atrás, pero sintió de qué hablaba.

XLVI

Pues,
viento de la nieve,
tu rostro nos sumergía en una fina bocanada pálida,
íbamos delirantes sobre un vuelo de llamas y guanacos
con gualdrapas tejidas de lanas de colores.
Pues solos avanzamos hacia ríos inmensos
por el despeñadero de las nieves,
y vuela un cóndor alto,
alto,
mucho más alto,
arrancando en su vuelo la mirada terrestre,
y dejando tan solo
la idea de su vuelo.

XLVII

EL OTRO SONIDO DE LA CAMPANA

El Deán contando su historia ignoraba cómo vivió, don Pablo de Alcántara, la misma historia.

Aunque normalmente tuviera buena opinión de su choza, estimándola suficiente para sus necesidades, y también envaneciéndose de cuando en cuando de la aureola de santidad que le daba el hecho se ser un peninsular y vivir, no obstante, como el más pobre de los indios, se sintió humillado de que su antiguo monaguillo lo encontrara en la miseria. De hecho, su manera de vivir no era un mérito, aunque tampoco fuera un demérito. Don Pablo era un estoico por fuerza de las circunstancias, y aprovechaba su precaria situación para alzar el tono de la voz, de cuando en cuando, ante sus compatriotas, que no podían reprocharle sus sermones al verlo vivir tan acorde a las ideas que manifestaba, ni veían forma de castigar a un hombre tan habituado a las vicisitudes.

Sus pobrezas eran mayores ahora que cuando curó los ojos al joven. Entonces los indios lo aliviaban enviándole gallinas y canastos de frutas, pero últimamente las curaciones escaseaban, y en consecuencia, los regalos también. Así, para alejar al monaguillo, el curandero, que tenía un mediano catarro, se fingió más enfermo de lo justo, siguiendo su costumbre. Como aquél no se marchaba, simuló dormir, pero tampoco fue bastante. Pudo verlo, con el rabillo del ojo, sentado en una esquina, dibujándolo. Cuando al fin se fue, don Pablo espió por una rajadura de la puerta, y la cerró con tranca.

Al día siguiente oyó una campana doblando a muerto, y como su choza estaba muy retirada de la población, y desde ahí no podía oír campana alguna, supo que se trataba de un aviso del más allá.

Temió que algo le hubiera pasado al muchacho, y se recriminó por haberlo dejado partir a una hora tardía.

Al poco tiempo pasó por su choza el Maestro Juan. Iba de viaje. Sin duda ocultaba algo, porque varias veces se equivocó y cambió en la conversación el nombre de localidad a la cual se dirigía.

Por el Maestro Juan supo que el joven tallador se encontraba bien, pero Juan olvidó —o no quiso— relatar la extraña llegada del soldado, y su mucho más extraña muerte.

A la noche, don Pablo vio, solo, la mano de palo. La mano lo bendijo. Las voces que antes atormentaban a don Pablo, se habían vuelto espíritus juguetones que le explicaban las cosas. Por ellos supo el cura-curandero, que esa mano ruda y delicada, de mártir o de santo, estaba feliz de haberse liberado de su dueño, que era un infame. Era el soldado que, en una fecha remota, Pedro de Alvarado salvara de la horca, y don Pablo de la ira posterior de Hernán Cortés.

Aprovechando ese destello de lucidez astral, quiso don Pablo saber del destino de la muchacha que el soldado le presentara en México. La visión se apagaba, pero alcanzó a verla con el rostro anegado en lágrimas, y comprendió que él había sido muy duro, y ella lo había amado sinceramente.

XLVIII

POEMA DE DON PABLO

Los amores nunca mueren,
los amores sólo son,
y el viento nos los devuelve
como luz del corazón.

XLIX

HABLA DON PABLO

Alarguen hacia mí sus ramas, cipreses, amigos míos y de la muerte. Yo, Pablo de Alcántara, hombre pobre en medio de vosotros, que tantas veces ha deseado la muerte, alargo hacia vosotros mis brazos descarnados.

Yo sé que Dios lo puede todo, pero hay cosas que deja para más tarde, porque le duele la herida del costado.

No me cuento entre el número de los justos. He pecado, de cierto, y a veces recuerdo con nostalgia ese jugoso y brutal dejarse ir del cuerpo a sus habituales instintos. Pero me consuela saber, no obstante, que todos hemos pecado, y ninguno es perfecto, y pienso que vamos hacia la perfección como quien sube una escarpada montaña y hemos de llegar a la morada de la paz casi sin aliento, rotas las manos y los pies, y sólo entonces podremos gozar de los dones de la bienaventuranza.

La sangre de la tierra, que llamamos vino, da una embriaguez que nos llena de amor de cuanto existe, o una tristeza grave a quien recuerda la pasada felicidad, como dijo el inmortal poeta.

Por partes iguales está llena mi copa de felicidad y de tristeza, y aunque sé que la inmortalidad es el resultado de las infinitas muertes del alma, y que tanto de la felicidad consiste en el sagrado don de olvidar, sé también que es bueno el dolor, porque el mismo Dios quiso venir a aprenderlo sobre la tierra, y no es malo lanzar una mirada afectuosa sobre las heridas que la vida nos ha concedido.

Estimo casi perfecta a Luisa, Princesa de Tlaxcala, que aceptó su cuota de dolor sin renegar nunca, guardando la sonrisa de una infancia sin límites.

Cuando alguien sufre, la gente dice, normalmente, que está pagando sus pecados. Pero yo tengo para mí que muchos son Cristo, que pagan por los pecados de los otros, y esos seres son las madres, que sufren porque aman.

Ya nada deben, si debieron, y la prueba es que purifican la existencia. No suelen abundar en razonamientos, se desinteresan de gran parte de lo que constituye la vida del mundo. Un guerrero famoso o un artista de brillo son niños bajo su mirada. Ellas no saben que saben, o con frecuencia lo ignoran, pero han integrado el conocimiento en su sangre como un instinto que fluye por sus venas, y ya no necesitan de razonamientos.

Ahora veo el viento entre los cipreses. He venido a visitar a un hombre duro de corazón, que sólo tuvo una mano, con la cual mataba. No fue mi amigo. Pasa el viento entre los cipreses.

Quizás fue un niño que no tuvo juguetes que quebrar, y por eso, amargado, quebró más tarde la existencia de sus semejantes, porque de algún modo los creyó culpables, o porque, aunque no lo creyera, debía descargar una ira insana, que había madurado mucho tiempo a fuerza de humillaciones.

Porque eso es un corazón de piedra: el de aquél que se sintió rechazado, a quien fueron negados los logros del amor, y se volvió contra el Amor.

Moriremos un día. Volveremos a Aquel que llamamos Amor, y que se refleja en los innumerables rostros de la tierra, hechos a su imagen.

No es siempre una bella imagen. Recuerdo una parábola del Talmud que oí en mi niñez: Un letrado dice a un individuo:

—Qué hombre más feo eres:

Y éste responde:

—Ve a decir al que me formó: "Alfarero, qué vaso más feo has hecho".

Un sabio griego dijo que la guerra es el padre de todas las cosas, pero creo que se refería a la lucha que uno lleva dentro de sí, esa cruel pugna por armonizar los contrarios que son dados a nuestro entendimiento.

Vamos a la muerte. No lo evitarán ni el rey ni el mendigo; pero necesitamos de las dudas y la lucha para ejercer un esfuerzo de la inteligencia, y para que la vida tenga un sentido. Es buena guerra, es algo grande y cierto. Entonces, a la hora postrera, el sarcófago es únicamente un barquichuelo que se lleva un vestido usado.

Soldado, he venido a decirte adiós. Las pruebas que no pasaste aquí las pasarás en el más allá, y serán mucho más duras. Pero sábelo: el infierno no puede ser eterno. Sólo parece eterno cuando estamos adentro.

L

EL ALQUIMISTA

El joven novicio debió allanar varios obstáculos antes de comenzar su aprendizaje. Primero, los españoles no encontraban bien que un indio se hiciera religioso, aunque las leyes canónicas lo permitieran. Segundo, no faltó quién recordara que sirvió como monaguillo a las órdenes del cura loco, y a saber qué peregrinas ideas no le metió entonces don Pablo en la cabeza. Y tercero, uno de sus parientes cercanos había sido descubierto, recientemente, practicando cultos idólatras.

Francisco Marroquín, ya elevado a la dignidad de Obispo, dio sin embargo todo su apoyo al novicio, subrayando ante sus compatriotas que el muchacho era tallador de imágenes sagradas, y cosa más importante, sabía leer y escribir.

Marroquín dijo más tarde al novicio que no tenía mala opinión de don Pablo, aunque fuera un hombre atrabiliario, y hubiera arrojado al agua su carta condenatoria. Pero también el Obispo tuvo oportunidad de ver, andando el tiempo, cuán lejos podía llegar la crueldad y la ceguera de los españoles; sintió simpatía por los indígenas, y leyó con amistad cuanto don Pablo dejara escrito sobre ellos, que conoció por un vecino de la Ciudad de Santiago, amigo de ambos.

Transcurridos los años y ascendido a su alto cargo, el Obispo se iba volviendo más rígido en algunos aspectos, mientras en otros se dulcificaban sus puntos de vista. En todo caso, no era hombre dado a juzgar fácilmente, y tenía la humildad de reconocer los errores propios. Pensaba que si ahora se presentara un clérigo con los problemas de don Pablo, procuraría no poner sobre sus hombros un peso excesivo, recluirlo a un monasterio, dejarlo descansar en ese sencillo marco. Pero la experiencia, esa palabra que tan ridícula le pareciera en su juventud, era algo cierto, era conocimiento nacido de haber reflexionado sobre una equivocación, y lo acompañaba el regusto de amargura de saber que no podíamos retroceder en el tiempo para evitarla.

En estas cosas reflexionaba el obispo camino al Cabildo, donde estaban convocados los notables de Santiago. Acababa de llegar carta de Alvarado, que sería leída ante ellos. Don Pedro anunciaba su regreso. Señalaba que ya estaba en Puerto Caballos, "con tres naos gruesas y trescientos arcabuceros y otra mucha gente". El Adelantado descansaba por de pronto, y deseaba se le enviasen indios hábiles para acarrear sus enseres. Y concluía el pliego indicando: "Solamente me queda decir que vengo casado, y doña Beatriz está muy buena: trae veinte doncellas, muy gentiles mujeres, hijas de Caballeros, y de muy buenos linajes; bien creo que es mercadería que no me quedará en la tienda nada, pagándomela bien, que de otra manera excusado es hablar de ello. Nuestro Señor guarde sus magníficas personas como V. mercedes deseáis..."

Sí, el Adelantado regresaba triunfante. Nuevamente había restaurado su deteriorada imagen ante Carlos V, de quien obtuvo nuevas prebendas. Visitó a sus suegros, advirtió los suspiros de su joven cuñada, supo que la muchacha soñaba con él desde que se casara con Doña Francisca, y aunque no quisiera reconocerlo, sintió una suerte de alivio al saber del fallecimiento de su hermana mayor. Ahora, libre el camino y ya mujer, nada se oponía a sus sueños de adolescencia. Don Pedro aprovechó las circunstancias. Se celebraron bodas, menos pomposas que las anteriores, y siendo de cuerpo y carácter más sólidos, Beatriz tocó felizmente las nuevas tierras.

Cientos de indios llevando sobre sus lomos armamentos y los arcones llenos de ropa y otros objetos que colmaban las naves, avanzaron a latigazos por las espesas selvas, por los montes, por los barrancos. Muchos murieron en el camino. Fueron arrojados a la

intemperie, todavía agonizantes, sin una palabra de consuelo, mientras brillaban en la penumbra del follaje los ojos acechantes de las bestias salvajes, y la caravana prosiguió su camino imperturbable hasta llegar a la ciudad de Santiago, donde con tanta impaciencia aguardaban los caballeros la mercadería anunciada por don Pedro.

Hubo una recepción sonada, las cortesanas miraron con timidez a esos varones ávidos, pero doña Beatriz tomó su puesto con la dignidad de una reina, y nadie osó permitirse un gesto inconveniente, cosa que de otra forma hubiera sucedido con seguridad.

La mercadería se agotó rápido, pero los caballeros iban a abandonar pronto a sus nuevas esposas, pues el Adelantado, para ganarse el favor del Rey, le juró que ya tenía lista otra armada naval, para ir a las Islas Molucas, que esta vez descubriría las soñadas Islas de Catay y Cipango, cuyas casas están techadas de tejas de oro.

Y levantó la armada del Adelantado, y como faltara brea para las naves, consultó con su ayudante Morcillo, y la reemplazó por grasa de indio. A fin de cuentas, como los trabajos eran tan arduos, los muertos no faltaban, y mucho antes, a los comienzos de la Conquista, don Pedro usó grasa de indio para curar las heridas de los caballos.

El Adelantado hizo saber al Obispo que necesitaba del novicio.Conociendo el español y lenguas indígenas, habiendo servido bajo sus órdenes en América del Sur, sabiendo leer y escribir, le sería de suma utilidad. De tal forma se interrumpieron las lecciones del futuro Deán, quien volvió por fuerza, la mirada a la guerra.

En el curso de los preparativos, Pedro de Alvarado averiguó que el novicio sabía también de números. Lo nombró tesorero y lo envió a Acajutla de donde la armada estaba destinada a zarpar, a recoger los tributos. El tesorero, lleno de rabia, cumplió el mandato, pero advirtió por su parte, que Pedro de Alvarado ignoraba todo de los números, pese a su codicia, le robó una cantidad considerable, y la hizo llegar secreta y anónimamente a manos de don Pablo de Alcántara. Sintió flotar en el aire la sonrisa de Luisa, Princesa de Tlaxcala, y no tuvo miedo ninguno.

Don Pablo recibió la suma con asombro, y decidió construir un laboratorio de alquimia.

LI

Leve magia de oro
que del plomo
alza la luz más interior,
aquello
que oculto en la sustancia
alma es de la materia de la tierra.

LII

JUAN LUIS VIVES

Juan Luis Vives, a los cuarenta y ocho años de su edad, en la ciudad de Brujas, en Flandes, ya próximo a morir, mira por la ventana gótica el agua que avanza lenta por los canales. Está tan lejos de España. Ya ha muerto Erasmo, que yo amé, cuya santa lección alimentó mis estudiosos desvelos. Van barcos pequeños bajo los puentes, bajo el cielo rosado y gris del final de la tarde.

Su mujer se acerca, pone sigilosamente una tisana caliente sobre la mesa del estudio, y se aleja sin hacer ruido, para no interrumpir el curso de sus pensamientos. Qué difícil era servir a los reyes. Qué difícil querer enseñar a los hombres a ser hombres. Cuanto mejor era ese pobre retiro, ajeno a todo fasto, que es hoy el suyo.

—Vivimos en tiempos difíciles, en que no se puede hablar, ni tampoco callar sin peligro...

Sin darse cuenta, ha pronunciado esas palabras en voz alta, mirando las aguas que van al Mar del Norte. Cuán diferente —piensa— era Europa atormentada por las guerras de religión de la amable isla de Utopía, donde se estimaba de buen tono respetar las creencias de los demás, aunque no se compartiesen. Y en América, con todo y tantas leyes, se compraban y vendían indígenas como muebles... Juan Luis Vives recuerda que en Utopía también había esclavos: soportaban esa condición los autores de crímenes monstruosos, cuya pena era en adelante servir a los demás. Si tan justas leyes se aplicaran, gentes como Pedro de Alvarado estarían al servicio de los pueblos indígenas.

El carillón en un vuelo de campanas, anuncia que son las seis, y la noche está próxima a caer. El sabio se arropa en su raído abrigo y tose mucho. "Me quedan pocas noches de vida", dice, y vuelve a su mesa de trabajo, y moja en el tintero su pluma de ganso. Cómo duele la gota. Pero, en elegante latín, Vives sigue escribiendo sus Diálogos hasta que se apagan los carbones del brasero, y el frío se hunde en las carnes como agujas de hielo.

LIII

EL COBERTIZO ABANDONADO

Acajutla se reducía entonces a poca cosa: un caserío y las medianas instalaciones del puerto, en el calor sofocante, abriéndose a la infinita y doble azulidad de las aguas y el cielo, y no hubiera sabido decir el tesorero de cuál de los azules provenían esos pescados de múltiples formas y colores, como de viva seda tornasol, que se transfiguraban según las incidencias de la luz. Unos en forma de globos, estaban erizados de espinas; otros eran listados de amarillo y azul intenso; otros eran de un naranja o un rojo que debían, en el fondo de las aguas, lucir como las luces de los barcos hundidos.

Pero ese Mar del Sur, que llamaban Pacífico, era capaz de alterarse como la ira de Dios, y sus olas batientes como las alas de los ángeles al atardecer, y que danzaban en la mañana como niños que juegan, podían ser asimismo enormes como grandes casas de agua, y caer inmisericordes sobre los barquichuelos de los humanos.

Tanto se entretenía el tesorero viendo el oleaje del mar, para después volver sus pasos a las chozas de los pescadores, donde los peces de plata reflejaban lo mágico del infinito azul, recordando fantásticas armaduras, o herramientas de una ciencia desconocida, o personajes de una mitología misteriosa.

Después el tesorero vigilaba la llegada de los tributos, que eran depositados en arcones de los que era el único en poseer las llaves, de las cuales no se separaba.

De él mismo apenas se separaban dos soldados de la confianza de Alvarado, que de buena gana le hubieran quitado las llaves y echado de cabeza al mar, si el Adelantado no les hubiera prometido, a cada uno, una de las Islas de las Especierías, que eran tan ricas como numerosas.

A duras penas pudo el tesorero convencerlos de que le permitieran pasar las horas de la siesta leyendo en un cobertizo abandonado, en las afueras del puerto. Construido en principio para albergar fardos, y después dejado al olvido, pues el camino que a él llevaba era escabroso, el cobertizo era ahora el cariñoso albergue de todas las hojas secas del mundo. También albergaban sus aleros desvencijados una buena cantidad de nidos, y sus pilares de madera, envejecidos, vueltos porosos por el aire corrosivo del mar, parecían más bien sostenerse en pie gracias al aleteo de las aves de la techumbre, de tal forma que a nadie le hubiera extrañado ver elevarse al cobertizo por los aires.

El tesorero había recibido en préstamo del Obispo de Guatemala un hermoso volumen titulado **El libro de Marco Polo o de la división del Mundo,** obra rara en una biblioteca casi enteramente religiosa, y que el joven deseaba leer para formarse una idea de esas islas que iban a descubrir.

Tarde tras tarde, refugiándose a la sombra del cobertizo del ardiente sol, cuyo calor pegaba su camisa a su piel, el joven abría el volumen. Algún rayo de sol, filtrándose por las resquebrajadas tejas, golpeaba las páginas, y el polvo se mecía ingrávido en la leve columna de luz.

Primero se sorprendió de que casi no hubiera islas en el relato, sino tierras y ciudades y desiertos y ciudades, y templos, y pueblos de costumbres extrañas. En su imaginación los tártaros y los chinos eran como los moros de los bailes de moros y cristianos, que las cofradías indígenas presentaban desde algunos años atrás para las festividades. Pero las larguezas del Kahn, cuyos tesoros eran inagotables, le resultaban difíciles de creer, aunque admitiera con facilidad la historia del tuerto moviendo montañas. Volvía, irónico, recordando a los guardianes que lo acompañaban, sobre ese pasaje del Viejo de la Montaña, que en la lejana Persia hizo encerrar en un valle "el más bello y más grande jardín que se haya visto", con casas y palacios todos dorados y llenos de exquisitas pinturas, y canales que transportaban vino, leche, miel, agua. Mujeres encantadoras habitaban el paraje, que estaba resguardado por un castillo, que era su única entrada, y el Viejo daba a los muchachos fuertes un brebaje que los dormía, y los llevaba dentro. Los jóvenes eran recibidos en los palacios entre las graciosas damas, hasta que ellas los hacían dormir de nuevo, y despertaban en el castillo, ante el Viejo de la Montaña, quien les indicaba que cuanto vieron era el Paraíso de Alá, y que muriendo a su servicio podrían regresar. De tal manera el Viejo tuvo un ejército de incondicionales que luchaban contra los cruzados cristianos.

Cada vez, tras leer el pasaje, el joven indio se quedaba absorto, oyendo el rumor del oleaje sin escucharlo, y jugueteando con un caballito de mar disecado, que usaba como amuleto, semejante a las iniciales del librote del Obispo, yacente sobre sus rodillas.

Después, miraba con afecto el cobertizo, y pensaba que aunque detestara a Pedro de Alvarado, ansiaba conocer los maravillosos parajes por esas líneas descritos.

LIV

Una como manera extraña de la vida.
El mar al horizonte
de los acantilados calcinados,
el mar
hijo del viento,
el mar de las soñadas islas mecidas
por las enredaderas de las algas.
Peces por los tobillos del oleaje,
y un andamiaje de navíos nacientes junto al puerto,
y altos árboles escogidos por mástiles.

Como un ave en el nido de la alta copa
vigía,
irás junto a las nubes,
y el tesorero guarda junto al cinto las llaves
del libro de los sueños.

LV

LA VIA LACTEA

Era algo apacible. A lo largo de la playa, los barcos esperaban a ser botados por gruesos tablones engrasados con grasa de indio.

Los españoles e indígenas que debían participar en la empresa se hallaban recogidos en campamento, a una legua de Acajutla, y ahora, en el silencio del atardecer, era dado al tesorero recorrer solitario las embarcaciones, olorosas a madera fresca. Entró en una de ellas.

Sólo las ensamblaron en Acajutla, pues la mayor parte de las piezas vino de lejos, a lomo de indio. Alvarado llegó cuando ya casi concluían los preparativos. Dio algunas instrucciones a diestra y siniestra, y el tesorero se admiró de lo atinado de sus observaciones, de su pericia en las artes del mar.

Los barcos entrarían al Océano de madrugada, con las menos gentes posibles, y el grueso de la tropa abordaría en chalupas. Eran doce barcos de gran tonelaje, más dos de mediano.

Los esperaba la corte del Gran Kahn, cuyo fasto, según el tesorero, era como la memoria del esplendor de los Reyes Cakchikeles, que él viera en su niñez, e incluso mayor.

El crepúsculo tiñe de púrpura las velas de los navíos, y las aves creen que son como hermanas de más grandes alas, y los peces auscultan con curiosidad los abombados cascos de madera.

Y vuelve el tesorero de la olorosa penumbra de las bodegas, y mira desde la cubierta de un barco inmóvil las primeras estrellas.

Su equipaje se encuentra a bordo desde por la mañana.

Sombra.

Pasó la noche junto a la hija de un pescador, que era apenas una adolescente, y no despertó sino cuando un griterío anunció que la nave capitana entraba al agua.

Se vistió rápidamente, dio un beso a la muchacha, quien siguió dormida, y corrió hacia la playa, donde un lugarteniente de Alvarado le hizo saber con voz agria que lo habían estado buscando.

Segundos después de que subiera a cubierta, el navío comenzó a deslizarse sobre los tablones inclinados.

Vio alejarse la costa. Las gentes se volvieron diminutas, y también las casas, y por último sólo se alcanzaban a distinguir los altos follajes de los cocoteros que también terminaron por desaparecer.

El tesoro gozaba de ciertas prerrogativas, y no tenía mayores obligaciones a bordo, auque fuera un indio, así que invirtió las largas horas muertas hablando con los soldados y los marinos, ya fuera que trabajaran o estuvieran descansando.

Los galeones avanzaban con buen viento.

El hablaba del **Libro de Marco Polo**, ellos de las batallas que ganaron y perdieron, de las mujeres que tuvieron y abandonaron, y con tan buen viento por augurio hinchando las velas, nadie soñaba con la posibilidad de la muerte, aunque dada la naturaleza de la expedición, era claro que algunos no retornarían.

Los indios que daban pienso a las bestias sí recordaban, en cambio, su destino de esqueletos, pero lo veían como una liberación.

Acaso fueran ciertas las palabras de los clérigos, y los esperaba el Reino de los Cielos. Acaso fueran ciertas las ideas de sus antepasados, e iban a atravesar un río de sangre, ayudados por un perro, para llegar a un inframundo del cual nada les era dado predecir. Quizás fuera un vasto lugar de penumbras, sin fragantes flores, ni soles, ni colibríes. Ojalá los enterraran con un poco de comida para el viaje, un largo viaje que probablemente hubiera ya comenzado.

Y llega la noche, y brilla, esplendorosa, la Vía Láctea, y el piloto, que ahora toma las estrellas por brújula, afirma que nunca antes la vio tan luminosa, y cuenta al tesorero que él llegó con Cortés a Tenochtitlán, entre los primeros, y que los aztecas sintieron mayor veneración por Alvarado que por Cortés, porque era rubio de sus cabellos, aunque los sacerdotes sospechaban que Hernán Cortés era Quetzalcoatl, porque tomó mujer en el mismo sitio en que, siglos atrás, el dios desapareciera en su canoa de serpientes. Desde entonces Pedro de Alvarado se hizo acompañar por una jauría de perros feroces, para acentuar la impresión que causaba entre los naturales. Además, cuando sus perros atacaban a alguien por orden suya, él podía argumentar, como lo hizo ante los Oidores del Virreinato, que se desataron sin que él pudiera retenerlos.

Como si hubieran escuchado al navegante, los perros aullaron desde la nave capitana.

El piloto sacó un puro, costumbre que aprendiera de los indios, y lo encendió escrutando pensativamente los astros.

El no contaba esas cosas del Adelantado como una crítica. Más bien sentía por é admiración, estaba orgulloso de servir a tan prestigioso Capitán, y también de pode narrar esos recovecos de la historia, como testigo presencial que era.

Después contó que la Vía Láctea era el camino que guiaba a los romeros d Santiago de Compostela, y se santiguó, recordando que estuvo ante la tumba del Apóstol

LVI

TIERRA

Navegando rumbo al Norte, sin perder nunca de vista la costa, aunque a buen distancia, los guerreros se acercaban al Puerto de Navidad, donde Pedro contab reavituallarse.

Pero una tormenta se desata en los cielos, y el mar se embravece. Una nube simul una calavera. Los gritos se pierden en la sorda soledad de los mares.

—Yo desataré las lluvias —dijo el dios de las aguas.

Y se han revuelto por eso tinieblas de las nubes, y caen grandes aguas. Y caen rayos y los indios, tierra adentro, dicen:

"Señor grande del Agua, danza. Te esperamos un tiempo, dos tiempos, tres tiempos, y ahora has llegado, Tlaloc, dios de las aguas, y las ranas cantan, y huye el venado por la espesura de los montes, y se refugia el conejo en su cueva, y un mono solitario goza bajo la lluvia, tocando una flauta. Pero en lo hondo de la tierra, se regocija el grano del maíz".

Si, las ranas cantan, y Tlaloc extenderá su verde manto de hojas por toda la extensión de la tierra.

Entretanto, en el mar, se halan cables, van y vienen las órdenes, un hombre sube por los cordajes y el ventarrón lo arroja al mar y se ahoga, y no hay quién se preocupe por rescatarlo. Mas los fuertes navíos arriban al puerto, botan anclas, y son amarrados a los pilotes de madera en medio de la tempestad. Han vencido a Tlaloc, dios de las aguas.

Chorreantes, tiritantes de frío, los hombres de los barcos son acogidos en una larga barraca, y hacen fuego en el centro. El humo inunda la barraca, pero no importa; hay leña suficiente en un rincón.

Es de madrugada, pero el cielo sigue negro como la más oscura de las noches. Canta un gallo lejano, pero no significa nada, porque de todos modos canta a cualquier hora, y mucho cantan las ranas servidoras del dios, el coro de una extensa ópera monocorde. Los caballos relinchan bajo la lluvia.

Hacia el final de la mañana, la lluvia amainó, y piaron los pájaros. Los hombres salieron a desentumecerse al sol, que ahora creaba un luminoso y tardío amanecer. De los suelos surgía un vapor como de niebla.

Tlaloc se recoge en las ensenadas de la altura, y un viento fresco pasa como una sonrisa.

Llega un capitán y pide hablar con el Adelantado, y le comunica que se han alzado los indios en toda la comarca, que lleva el nombre de Nueva Galicia. Que hombre tan esforzado como don Pedro haya llegado entonces, con la mayor armada que se haya visto en esos mares, es regalo del Apóstol Santiago, patrono de las fuerzas de España.

Una carta de Cristóbal de Oñate, gobernador de Guadalajara, viene a confirmar lo antedicho. El Gobernador escribe "significándole la imposibilidad de socorrerse unos a otros en todo aquel reino por ser muy pocos", y afirma no tener otro recurso que el de Dios y el señor Adelantado.

Piensa, solo, don Pedro. Después manda llamar al tesorero, para hacer cuentas. Pero no tiene don Pedro ganas de hacer cuentas, y pregunta al indígena por su vida, la cual, por cierto, no le importa en absoluto. Es solo una forma de atrasar el deber.

El tesorero habla con confianza. No sabe de las preocupaciones del Adelantado, y parece el joven impulsado por el viento, como las velas de los navíos, y habla de Otzilén y del árbol de San Andrés, sobre cuyas flores caídas gustaba caminar, porque estallaban bajo sus pies, y de un pato verde del brujo que se comía las flores amarillas.

Don Pedro lo deja hablar, sin escucharlo, absorto en sus cavilaciones, y él habla porque está contento, sin reparar en el grave semblante de ese hombre contra quien tantas veces se ha encontrado mascullando en su interior.

Pero en eso don Pedro presta atención a sus palabras, pues se ha referido al soldado de la mano de palo, cuyo fallecimiento ignoraba, y recuerda el Adelantado que, en otro tiempo, dio instrucciones a ese soldado de asesinar a don Pablo de Alcántara.

Con gesto sombrío, Alvarado indica al joven que se retire. Las cuentas quedarán para después.

Al poco rato sale don Pedro de su cabaña, donde se encuentra al margen de la soldadesca, y anuncia que antes de socorrer a Nueva Galicia irá a entrevistarse brevemente con el Virrey de México, con quien tiene importantes asuntos qué tratar. A la mañana, a primera hora, las cabalgaduras deben estar ensilladas y cargadas las alforjas. Llevará pocos hombres consigo, el resto de la tropa podrá tomar descanso.

Al atardecer, los soldados se reúnen junto al mar, y uno tañe las cuerdas de una vihuela y canta:

Triste España sin ventura,
nadie a acompañarte va...

Y la canción sube en el aire, aunque poco tenga que ver con la España del siglo dieciséis, la nación más poderosa del orbe.

Madrugada. El sol pega duro desde la primera hora, y se han secado los caminos. Los caballos cabalgan. Pasan por hermosas serranías, pero Pedro nada ve. Si el sol oscuro que lo alumbra por dentro saliera al exterior, bastaría para apagar la luz portentosa del día: por su mente pasan imágenes extrañas como en un mal sueño.

El Virrey lo recibe con efusivas demostraciones de aprecio. Es un hombrecillo de vientre prominente, pero de piernas y brazos escuálidos, de escasos cabellos blancos y voz aflautada y pajarera, y luce una casaca de seda de un verde encendido, con botones dorados. Parece una rana, pero en sus ojos chispeantes se adivina el brillo de la inteligencia. Diplomático consumado, lanza una o dos ligeras ironías sobre el Marqués del Valle de Oaxaca, lo justo necesario para advertir por sus respuestas, que Pedro de Alvarado no guarda mayores sentimientos de fidelidad hacia Hernán Cortés. A don Antonio de Mendoza, Virrey de Nueva España, le incomoda el ascendiente que el Marqués del Valle, el legendario Cortés, tiene sobre sus compatriotas, mermando su propia autoridad. Ha sabido de ricas ciudades hacia el Norte, y propone a Alvarado que las conquiste, pues aunque ese derecho le corresponda al Marqués, don Antonio ya ha hablado con el Rey Carlos V para quitárselo de encima, y tiene el camino libre.

Pedro de Alvarado piensa que más vale pájaro en mano, y que en lugar de ir a buscar islas de las que apenas conoce el nombre, puede enriquecerse sin búsqueda. En la construcción de los navíos ha invertido todo su caudal, incluidas esas joyas incas que recibiera de Pizarro, y que fueron fundidas para tasar monedas. Como eso no bastara, debió endeudarse. Los tributos que llegaron a Acajutla no eran tanto como esperaba...

Don Pedro sale satisfecho de la entrevista, pensando en las ciudades que se ha comprometido a conquistar, y de las cuales hay tan buenos informes.

Y los cascos de los caballos golpean de nuevo los suelos, cargando el peso de proyectos innumerables.

LVII

¿A dónde van los caballeros?
Los caballeros van al mar
con un sueño dentro de su
calavera boreal.
Por los caminos secos se avizoran
negros vientos de vendaval.

LVIII

LLUVIA

La tierra se levantaba.

Los indios exasperados daban muerte a los encomenderos, a los que estaban obligados a servir sin paga ninguna.

Lo que primero fueron casos aislados, pronto se manifestó como el resultado de una vasta operación. Los indios invocaron la llegada de las lluvias, y llegó en su auxilio Tlaloc, dios de las aguas. A los españoles les era entonces difícil encender la pólvora, que ya húmeda atascaba los arcabuces, las culebrinas, las ballestas, pero la humedad dejaba incólume el poder de las macanas y las flechas. Los caballos de los españoles se empantanaban en el lodo.

Tiempo de aguas.

Sabiéndose fuertes ahora, los indígenas atacan las ciudades.

Cristóbal de Oñate intenta luchar contra ellos, que se refugian en las cumbres de las sierras, a manera de almenas de castillo, que los peninsulares llaman peñoles. Pronto comprende Oñate su error. Uno de los capitanes regresa con una flecha en un ojo, otro vuelve cubierto de saetas, como un alfiletero, llama a la puerta de su casa y se desploma. Los familiares, impresionados, le preguntan por la batalla. Exhausto, responde que no tiene tiempo de explicaciones, que llamen al cura, y que venga con los santo óleos.

Otros soldados son hechos prisioneros por los indios, y les ordenan servirles el agua y la comida, zahiriéndolos con ironías, antes de darles muerte.

Oñate ordena concentrar las fuerzas en las ciudades. En adelante, las operaciones serán sólo defensivas.

Con qué alivio recibió don Cristóbal la noticia de la llegada del Adelantado don Pedro de Alvarado al Puerto de Navidad. Inmediatamente le escribió, y aunque se dilata unos días, al fin llega don Pedro, con sus tropas.

Los ríos se han crecido, pero un número incontable de balsas y barquichuelos, hechos velozmente por los indígenas que han permanecido fieles a los peninsulares, transportan a los soldados.

Se arremolinan nubes. Una tiene forma de calavera.

Vanamente intenta el Gobernador de Guadalajara convencer a Alvarado para que espere el término del invierno. Alvarado se burla de él. ¿Cómo se van a dejar amilanar ellos por unos tigrillos en las sierras?

Lo que sucede, en realidad, es que el Adelantado tiene prisa por terminar con esa escaramuza, para ir a conquistar las espléndidas ciudades del Norte. Que se quede don Cristóbal en Guadalajara, que él se encargará de los tigrillos monteses.

Oñate no tiene otro remedio, y acepta.

Cae la lluvia.

Es una lluvia larga y lenta, descendiendo de la altura con majestad. El ilimitado tejido de las lluvias parece cubrir la extensión del planeta.

Los rayos atraviesan, aquí y allá, el paraje en sombras, y siguen graves truenos amenazantes.

Un fogonazo violeta alumbra la faz pálida del Adelantado, quien sonríe mostrando todos los dientes, agudos y acerados como los de un mastín. Todos sus perros gruñen a su alrededor.

Poco antes de la batalla, el tesorero ha comunicado a don Pedro que no tomará las armas contra sus semejantes. El lo mira con dureza, lo trata de cobarde, y le hace saber que arreglarán cuentas después. No se refiere exactamente a las cuentas de tesorería; el joven permanece con Oñate.

El Adelantado da la orden de ataque. Un estallido de pólvora hace caer a un indio de lo alto de un peñol. Los aborígenes responden con una andanada de piedras.

Los españoles suben por las laderas de la sierra. Varios de ellos sienten inútiles sus caballos, y los dejan y continúan a pie. Las flechas los diezman, y diezman también a los caballos. Un soldado hunde una pierna en el lodo, intenta sacarla con la otra, y la otra se hunde aún más. Un perro atrapa a un indio por el tobillo. La jauría se arroja encima y lo descuartiza.

Algunos españoles han arrojado sus armas de fuego, y luchan espada en mano, pero son muchas las piedras, y muchas las flechas, y mucha la lluvia; y los indígenas, ligeros como gatos silvestres, cubiertos apenas, descienden por las laderas del peñol y van creando un cerco en forma de media luna.

Alvarado intenta salvar lo que puede, y ordena la retirada. Va bajando por un risco a paso lento, para no inquietar a su cabalgadura. Otro viene atrás, también sobre su caballo, y se descontrola. Pedro grita:

—¡Sosegaos, Montoya!

Ya es tarde. Montoya y su caballo caen arrastrando consigo al Adelantado, quien va parar al suelo y se despeña unos cuantos metros. Pedro de Alvarado yace entre el lodo y las piedras, ensangrentado, pálido como nunca. Se aproxima un soldado:

—¿Qué os duele, Señor?

Y el Adelantado pronuncia las más bellas palabras de su vida:

—El alma. Llevadme do la cure con la resina de la penitencia.

Ordena que su casco y principales distintivos sean usados por otro, para que los enemigos no adviertan que él ha caído. Despojando de todos sus atributos, es llevado en andas al próximo poblado. Cristóbal de Oñate, que se ha acercado entretanto con un pequeño contingente, ha visto caer a Pedro y lo acompaña. Pedro se disculpa de no haber seguido su consejo. "Quien no quiso creer en buena madre crea en la mala madrastra..." Llegan al pueblo, lo acomodan en una dura cama. Ante notario, don Pedro de Alvarado toma sus últimas disposiciones. Que sus hombres se queden defendiendo Nueva Galicia, salvo los necesarios para conducir los barcos de regreso a Guatemala. Recibe los santos óleos. La habitación está atiborrada de graves semblantes. Pedro de Alvarado alcanza a distinguir el rostro del tesorero, lo mira con cólera, intenta decir algo, y expira.

El Adelantado llega a una cueva. Lo llama un soldado manco, riendo a carcajadas, y agitando su muñón, desprovisto de la célebre mano de palo. El comprende que debe entrar en la cueva, que no volverá a ver el cielo. Lo contempla por última vez, lleno de congoja, y ve una nube en forma de calavera. Un millón de murciélagos se agita dentro de la cueva. El manco ríe más fuerte, y el eco multiplica su carcajada a lo largo de un siglo.

LIX

CARTA DEL VIRREY DE MEXICO, DON ANTONIO DE MENDOZA, AL AYUNTAMIENTO DE GUATEMALA, NOTIFICANDO LA MUERTE DE ALVARADO, OCURRIDA EL DIA 24 DE JUNIO DE 1541.

Magníficos y nobles Sres. —Por cartas que escribo, así al Sr. Obispo, desa provincia como á D. Francisco de la Cueva, teniente Gobernador della, sabréis cómo Dios Nuestro Señor fue servido llevar a su gloria al Sr. Adelantado Alvarado, y el suceso della, de la que no poca pena he sentido, como era razón, y tanto como si fuera mi propio hermano. Y pues él le dejó por teniente de Gobernador, por la confianza que dél tenía, y no menos tengo yo de su persona, hasta que S. M. otra cosa sea servido de provéer, le terneis y obedecereis Señores por tal Gobernador, y así os lo encargo y mando de parte de S. M. é que os conformeis con él, para que esa provincia este bien gobernada y en toda paz é sosiego, sin haber novedad alguna, é mostreis en esto el deseo que teneis de servir a S. M., como sus leales vasallos, y de mirar el bien y perpetuación desa gobernación, como tengo por cierto que lo haréis. Y de lo que viéredes que conviene proveerse y escribirse á S. M. me haréis relación, porque así se hará; y á la Sra. Doña

Beatriz la tened y acatad como es justo, porque en esto servireis á S. M. y á mí me echareis cargo para favorecer á esa Ciudad en lo que pudiere.

—Ntro. Sr. Vuestras Magníficas personas guarde—. De México 15 de julio de 1541. —A lo que señores mandáredes—.

Don Antonio de Mendoza.

LX

Oh pues que loco en lo leve,
leve, de la juventud
el corazón cuenta un sueño
de Virtud.
Tierras de oro y navíos,
tierras de oro.
grandes guerras de conquista,
campanadas por las plazas,
nada es cierto.
Navíos sólo de sueño,
el hombre a la muerte va.
Sólo queda su esqueleto
de verdad.
(Tu calavera de nieve,
Adelantado,
ya no tiene más lumbre
que un fuego fatuo).

LXI

HABLA EL DEAN

Dijo el Deán en su soledad:

—Y ahora ven, Silencio, silencio grande de las cosas muertas. Una dulce tristeza embarga mi alma pobre. No es la sombra de Dios sobre las aguas, sino ese otro sentimiento de que Dios nos abandona.

Muchísimo tiempo ha transcurrido desde los sucesos que narro, pero la tierra es siempre la misma, y el demonio que pide sangre para saciar su sed es el mismo Moloch

de hace millones de siglos, aunque ahora la pida en menores cuotas, disfrazada bajo una errónea idea de la justicia, donde un hombre, por el color de su piel, se eleva por encima de los demás, y tiene un látigo en su diestra. Es la misma semilla de la antigua serpiente, que hace que un hombre levante el brazo contra su hermano.

LXII

EL ROSAL MARCHITO

El roedor roía las espadas azules,
viejos dados de lluvia y soledad en llamas.
Agua por las estancias de un gran verano de oro,
arcángeles cortando lirios de madrugada,
viajando entre los árboles con sombreros de luna,
y una constelación de rosales que deja
una ofrenda de pétalos en las manos del viento.

La dama recorría, lenta, su huerto de rosales. La tapia estaba casi enteramente cubierta por la hiedra, aunque hubiera sido sembrada pocos meses antes, y el verdor oscuro de sus hojas daba una nota melancólica a la fastuosa floración de las rosas, que iban del púrpura al blanco, pasando por todos los tonos de los naranjos y los rosados. Mas, al abrirse, todas dejaban huir el mismo sutil aroma.

Un viento helado, por la noche, marchitó varias rosas a punto de abrir, que se mecían suspendidas en sus tallos, como esas borlas de seda palaciega que doña Beatriz viera tantas veces en los salones de Castilla.

Sí, para ella había sido el fantástico jardín de los rosales que soñó su hermana, doña Francisca. Para ella los verdes volcanes, las aves raras y luminosas, el rocío de la primavera sin fin.

En eso estaba cuando llegó el Obispo. Don Francisco Marroquín serio y lacónico, le hizo saber que era urgente su presencia en el Ayuntamiento. Doña Beatriz lo acompañó sin siquiera cambiarse los zapatos, humedecidos por la hierba del jardín.

Los notables se hallaban reunidos; don Francisco de la Cueva, hermano de doña Beatriz, y Teniente de Capitán General, dio lectura a la carta que anunciaba la defunción de Alvarado.

Doña Beatriz se puso pálida, muy pálida. Debieron acercarle una silla, pues todos habían escuchado de pie la breve lectura, y ella se sentó, digna, la frente perlada de sudor.

La expresión del Obispo le hizo, unos instantes atrás, sospechar lo más grave. Ahora, todo estaba consumado.

Siguieron discusiones, se decretaron nueve días de duelo. Sereno e implacable, don Francisco de la Cueva preguntó a los presentes, delante de la viuda, qué provecho político podían sacar de la muerte de Pedro de Alvarado.

Doña Beatriz pidió que nadie la acompañara, regresó sola a su palacio y se encerró. No habló con la servidumbre, sino para ordenar, con voz lejana, que todos los muros fuesen pintados de negro.

Por la tarde volvió a pasar el viento, despetalando los rosales.

LXIII

AGUA

El tesorero regresó con los galeones.

Santiago de los Caballeros de Guatemala presentaba un aspecto testamentario. Varios vecinos, siguiendo el ejemplo de doña Beatriz, pintaron sus casas de negro, de tal forma que la ciudad parecía un sarcófago inmenso, navegando entre los verdes campos montuosos.

El tiangue estaba desolado, apenas tres o cuatro indias, ataviadas con la fuerza de los colores de su raza, vendían las dos o tres cosas de las que nadie podía privarse, y aun así, el flujo de clientes era escaso. Sólo se escuchaba el paso de algún carruaje, o el inoportuno grito de un ave.

El tesorero cobró su paga. No era mucha, pero se la daban a pesar de ser indio. De seguir vivo Pedro de Alvarado, se dijo el tesorero, era él mismo quien hubiera debido pagarle al Adelantado, con su cabeza.

No quiso permanecer en esa ciudad luctuosa, y decidió ir a pasar unos días a Izalco, donde la mujer del Maestro Juan lo recibió con los brazos abiertos. La señora sacrificó una gallina para la cena. Vivía sola en el gran caserón, dedicada a la crianza de aves de corral, que picoteaban maíz hasta en el taller donde se empolvaban tallas a medio andar, que permanecieron inconclusas para siempre. Habló de los muchachos del taller. Uno se casó, otros partieron a pueblos distantes. Nadie —se quejaba— la recordaba ya. Como el momento era extremadamente emotivo, el joven preguntó por el Maestro. La voz de la señora se resquebrajó al responder que nada sabía.

Llovió a torrentes durante una semana. El tesorero se detenía largas y silenciosas horas a ver caer el agua, o erraba en los cuartos, soplando el polvo de esta o aquella imagen para apreciar mejor la perfección de un volumen, un pie, el ligero pliegue de las

comisuras de una boca. Su respeto por el Maestro aumentaba al observar esos trabajos inconclusos.

Cuando las lluvias amainaron, expresó su deseo de visitar a don Pablo. La señora le dijo que, según los decires, había construido una casa de piedra, entre San Salvador y Panchimalco, con una chimenea semejante a un torreón. Hacia allá dirigió el tesorero sus pasos. No tuvo dificultad en encontrar la casa, pues aunque se encontraba en un paraje aislado, era conocida de todos. Sobre su dueño corrían por cierto las más singulares historias, de las que el joven no hizo caso. Recordó cuando afirmaban que Otzilén se transformaba en búho.

Don Pablo vivía como un pobre, en medio de la opulencia material. Su casa y sus enseres eran de una sólida y tranquila belleza, pero él se alimentaba frugalmente, y usaba la misma ropa raída de antaño. Se mostró afectuoso y curioso de las inquietudes del joven, y después le enseñó su laboratorio. Había comprado los haberes de un boticario, e improvisado con botellas y tubos un juego de redomas y alambiques.

El joven oyó hablar por primera vez de la alquimia, y vio hacer oro ante sus ojos, a partir del plomo de los casquillos de balas que se acumulaban en un canasto. El tesorero de Pedro de Alvarado pensó cuánto hubiera dado el difunto por poseer esa ciencia. El alquimista hizo obsequio a su antiguo monaguillo de una cadena de oro orgánico.

Le habló del microcosmos, que es el hombre, y del macrocosmos, que es el Universo, y tiene la forma de un hombre. Le explicó que ese ser inconmensurable es el Cristo, del cual somos células, y que la razón de todas las purificaciones era alcanzar ese sublime grado de amor y de conciencia. No era otra cosa la alquimia. Le recordó la iglesia, cuya planta en cruz es como un hombre con los brazos abiertos, y le dijo que los fieles llenando el templo eran átomos del cuerpo del Señor, y el sacerdote era la cabeza, pero el corazón de ese cuerpo era un sencillo pan blanco. Le recordó que la iglesia estaba hecha a la imagen del futuro, de un futuro por construir, y que debía construirse en los corazones de los humanos.

La luz bajaba, la tarde moría. El alquimista pareció no advertirlo, pero se movía entre su intrincado mundo de objetos como si el sol estuviera en su cenit.

Habló del agua. Afirmó que estaba compuesta por tres átomos, dijo que esos átomos eran la Santísima Trinidad. El agua, la materia más pura y servicial, y la más abundante y necesaria, sin la cual no era posible la vida sobre la tierra. Le dijo que si se dispusiese de un lente poderoso, se vería una gota de agua como una inmensa asamblea de dioses delicados y poderosos, cuyo único fin era servir.

El joven estaba aterrorizado ante las palabras de su amigo, pero paralelamente crecía en él una sospecha no menos desazonante: don Pablo estaba ciego. Lo vio tan vagamente al entrar, y ahora caminaba de un lado a otro, hablando en la total oscuridad.

El joven se recriminó a sí mismo, diciéndose que para devolverle el don de la luz, don Pablo debió perder la suya, pues no era Dios para hacer milagros impunemente.

Después lamentó su pensamiento, dado que Dios, para hacer milagros, aceptó ser clavado en un leño.

El alquimista pareció comprender las preocupaciones del discípulo, y encendió un gran cirio. En seguida, le ordenó salir al patio a ver la noche. Cuando regresó, preguntó don Pablo:

—¿Qué viste?

—Oscuridad.

—¿Y aquí adentro qué hay?

—Luz.

—La luz es interior —dijo don Pablo—. Y añadió suavemente:

—Las almas somos la luz de la tierra.

El tesorero pasó la noche en casa de don Pablo, en un largo sillón de la entrada. El alquimista, por su parte, no tenía cama, y dormía en el suelo de su laboratorio.

Acostado, pero con los ojos abiertos, el antiguo monaguillo revisaba la lección del alquimista, que le sonaba a herejía. Pero si la historia de los átomos era verdad, ninguno, por separado era el agua, así como Dios no era ninguna de las personas que lo conformaban. Dios era las tres juntas, la energía que circulaba entre ellas, dándoles unidad, y esa fuerza era el amor. El amor era Dios. Y si uno era el Hijo, y el otro el Padre, el Espíritu Santo no podía ser sino la Madre, y la familia humana estaba entonces hecha a imagen y semejanza de esa Trinidad.

El monaguillo se extrañó de sus propios pensamientos, los dejó en suspenso, y hasta entonces cayó en cuenta de que don Pablo no había tenido una sola palabra para referirse al fallecimiento de Pedro de Alvarado.

Soñó con peces de increíbles colores y formas, mucho más sorprendentes que los que nunca viera en vigilia. Pero los peces salían del agua, y eran niños, que correteaban en una playa. El mismo estaba sobre una ligera embarcación, con una red en las manos, y distinguió una frase que pronunciaba, nítida, el oleaje:

—En adelante serás pescador de hombres.

LXIV

Yo te escribo, poema,
hijo de grandes lluvias
que hablan de un día extraño tan lejano en el viento.
Yo te escribo,
poema,

mientras canta mi tierra el mismo canto desangrado de antaño,
mientras llora el soldado su pierna destrozada por una mina,
y el joven guerrillero sangra su última sangre
sobre los verdes prados de la lluvia.
Locura y soledad el alma llenan de su fervor.
Raíz del viento,
la patria es una choza miserable
con sedas y vajillas misteriosas
y copones de plata,
que uno a uno arrojamos al vacío,
porque tus hijos, patria,
son bien ese tesoro misterioso
que hacia la muerte arrojas incansable,
fingiendo una razón, y luego otra,
madre cruel y perversa.

LXV

MONTAÑAS

"Entonces dijeron:

—Señor, danos siempre de ese pan.

Y Jesús dijo:

—Yo soy el pan que da la vida".

Don Pablo leía sirviéndose de una gruesa lupa. Era cierto, su vista había notoriamente disminuido mientras otra visión germinaba adentro, con sus montañas, con sus árboles, con sus acantilados, con sus torrentes, con sus aldeas, con sus flores silvestres.

En un momento, el monaguillo creyó que estaba hablando solo. De hecho, don Pablo hablaba con Otzilén, que aparecía en las aguas de un espejo negro.

El alquimista explicó al joven indígena que ese espejo era la herencia de Otzilén.

Bajo los rasgos de ese hombre blanco, alto y barbado, que era don Pablo, el indígena creyó ver entonces la figura del brujo desaparecido.

El joven dedicó la mañana a recorrer, solo, los alrededores. Esas montañas sobre las que se cernía la lluvia eran como un anticipo del Jardín del Paraíso. Contemplaba las formas variadas de la naturaleza, y se detuvo ante una planta de hojas de un verde oscuro, cuyas venas eran de un rojo intenso. Después vio otra de hojas color vino, y de flores rosadas a manera de copas, cuyo color se acentuaba hacia el fondo, hasta volverse casi negro.

Vio un torogoz sobre una rama, moviendo su pequeña cabeza delicada, con el pico inquisidor, pero dejando tan inmóvil el cuerpo que le fue posible apreciar una a una esas plumas, que eran como vivas esmeraldas y topacios y que remataban en las dos burbujas de la cola, como saetas.

Una lluvia ligera hizo caer las flores de una enredadera apegada al árbol. El joven tomó el camino de regreso sin mucha prisa, dejando rodar las gotas por su cuerpo.

Cortó un sunzapote de una rama baja, y debió permanecer suspenso, pues oyó dentro de sí una voz que decía:

—En el jardín del Paraíso hay un fruto prohibido, y ese fruto es el fruto de tu hermano.

Dejó la fruta en el suelo, y el torogoz se acercó a picotearla. Sí, sus hermanos y sus hermanas eran todos los hombres y mujeres de la tierra, pero también las aves de los cielos. Otro sunzapote cayó bajo un golpe de viento, y entonces lo tomó, porque ese era su fruto. Lo comió con unción, recordando los versículos que tantas veces don Pablo le recitara en la infancia:

Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas,

y todas las cosas que se pueden desear no son comparables con ella.

LXVI

Tesorero, tu tesoro
ya no es oro,
Ya es tan sólo una palabra
tu tesoro.

LXVII

LOS TRES REYES MAGOS

Pablo de Alcántara disuadió al joven indio de la idea de partir hacia Guatemala de inmediato, y, por la tarde, lo acompañó hacia las inmensas y sombrías rocas que, desde lo alto del Cerro El Chulo, se abren sobre el acantilado que domina el Valle de Panchimalco.

El acantilado servía de rompiente al oleaje del viento, que retornaba ululando sobre sí mismo, pero pasaba libre por la puerta situada entre los dos promontorios.

Permanecieron silenciosos, contemplando el horizonte, mientras sus cuerpos, sudorosos por la caminata bajo el sol de la media tarde, recibían el ramalazo frío del viento que anunciaba la tormenta. Rápidamente se cubrió el cielo de densas nubes oscuras, que iban del gris azul al gris morado y al gris negro.

El joven pensaba en la muchacha que se casó con otro. No preguntó por ella en Izalco; se limitó a espiar, repetidamente, su casa, y dos veces la vio cargando un niño en sus brazos. Pero él prefirió no hablar de eso con nadie. Unicamente ahora pensaba que el niño podía ser su hijo.

Cortó un bulbo de orquídea que crecía, silvestre, sobre el negror de la roca. Comenzaron a caer los primeros goterones, y el indio y el alquimista se refugiaron en una gruta que fue casi de inmediato sellada por una formidable cortina de lluvia.

Finalmente, Pablo de Alcántara, muchacho de Badajoz que un día compartiera las aventuras del soldado Alvarado, preguntó por el ilustre desaparecido. El monaguillo de la Bermuda relató los preparativos de la partida hacia las Islas de las Especierías, lejanas y misteriosas, y contó como, poco antes, Alvarado invitó a pasear a los Reyes de Utatlán y Guatemala, a quienes mantuviera en una suerte de libertad condicional. Conversaban tranquilos, recorriendo las calles de Santiago de los Caballeros. Se acercaron a la plaza, donde varias personas parecían esperar algo. Frente a la catedral se alzaba una horca, con dos cuerdas paralelas. A un guiño de ojos del Capitán General Pedro de Alvarado, dos verdugos encapuchados, acompañados de una escolta de arcabuceros, tomaron presos a los Reyes, quienes debieron subir al estrado en medio de su estupor y su espanto. Pronto la plaza se llenó de curiosos, y los Reyes colgaron aleteando como pájaros, con las lenguas de fuera. Sus ojos se tornaron blancos y casi se salían de sus órbitas. Los cadáveres permanecieron suspendidos hasta el amanecer de la mañana siguiente, cuando ya los buitres se aproximaban a desgarrar las carnes.

Y se refirió el monaguillo a la armada, lucida y poderosa, que dio al viento las velas en medio de los vítores de la multitud que se agolpaba en la playa, mientras se agitaban en los cordajes y en los mástiles los estandartes, las banderas de cuadra, las flámulas, las grímpolas, los gallardetes. Previamente los navegantes escucharon la Misa

del Espíritu Santo. Al narrar los últimos momentos del Adelantado, su voz disminuyó hasta volverse casi un susurro, que se confundía por momentos con el rumor de la lluvia.

Pasó un silencio largo. Don Pablo no hizo comentario alguno, y sólo abrió los labios para comunicar a su joven amigo que, nueve días antes del deceso de Alvarado, Francisco Pizarro era asesinado en el Perú.

Y la lluvia no cesa, la lluvia no va a parar jamás; sólo crece el aguaje o disminuye hasta volverse como un vuelo de hilos de una araña acuática.

Y habla don Pablo de la tierra, que él cree ser una pequeña esfera situada en el centro del Universo, en torno a la cual gira el mecanismo de relojería del sol y las constelaciones, y algo dice también de un griego llamado Ptolomeo, pero el joven indio no lo comprende. Y después se refiere al infierno que está en el centro del planeta, y finalmente tiene una palabra de piedad para el más reciente de sus habitantes, Pedro de Alvarado, Capitán de la Armada de su Majestad.

Pero la lluvia interminable termina, y regresan a la casa de piedra mientras se encienden las primeras estrellas, y don Pablo señala las estrellas como si fueran islas en el vasto mapa del mar. Parece haber olvidado a Pedro, a los infiernos, a la lluvia. Llegan a la casa, abre el portón con su pesada llave, enciende los candelabros que él no necesita, pero el monaguillo sí, y tras tomar el chocolate casi hirviente le enseña el pequeño espejo negro. El monaguillo repite su pregunta de hace años:

—El futuro... ¿qué es el futuro?

Y el monaguillo ve el futuro en la pequeña superficie pulida de pirita de hierro. Una playa se alarga al horizonte. Vuelan gaviotas. Tres pescadores avanzan por la playa, riendo amigablemente. Son don Pedro, don Pablo y Otzilén. Otzilén sostiene una esfera entre sus dedos y la lanza al vacío. Era la tierra. Millones de años han pasado, y ya nada de cuanto sucedió en aquella esfera tiene ahora importancia. Millones de millones de años han pasado, y aquello era como un cuento, como un mal sueño. Se acercan a una fogata, una mujer cocina los peces que han traído. Se parece a todas las mujeres del mundo, pero más a Luisa, Princesa de Tlaxcala, y después cada vez más a la Virgen de la iglesia de la Bermuda. Pero ahora ella parece inmensa, y es sólo un grande, un luminoso rostro calmado que sonríe y comprende.

La visión concluye. Don Pablo cierra la pequeña caja de madera del espejo. Y habla en las sombras, pues para él las llamas de las velas nada significan, sino un calor tranquilo y un recuerdo armonioso de lo que ya no puede ver, y cuenta la historia de tres Reyes, que son el Aire, el Fuego y el Agua, autores de la Creación, que trabajan para crear un cuarto Rey, que es la Tierra. Todos los seres humanos son parte de esa ilimitada operación de la alquimia, y el corazón es un fuelle que maneja el oleaje de la sangre, que es caliente y roja porque es agua de fuego, y guarda los secretos del Cosmos. Y el aire que entra en los pulmones es el Espíritu que alimenta ese fuego, y su nombre es Espíritu Santo, y su esfuerzo consiste en llevar el humano polvo al Reino de los Pacíficos.

Ríe don Pablo al final de su narración, recordando que hace dos días que no comen, y va a buscar queso y vino a la alacena.

LXVIII

Los pinares de Iximché
recuerdan qué
todo parece dormirse,
Deán.
Los señores, las señoras,
y los reinos,
los vasallos, las plebeyas,
los imperios,
y las tierras y los cielos
sólo son
algo por donde pasamos
como el viento.

LXIX

TIEMBLA, TIERRA

El alquimista y el tesorero fueron despertados por un temblor. Varias vasijas de vidrio se quebraron en el laboratorio. Sólo al cabo de quince días supieron cuánto había sucedido.

Los nobles de Santiago de los Caballeros estaban incómodos por la carta de don Antonio de Mendoza. Tras sus muestras de dolor por el deceso del gran hombre, el Virrey pretendía decirles lo que debían hacer, imponiéndoles al teniente de Capitán General, Francisco de la Cueva.

Una reñida discusión tuvo lugar, a puertas cerradas, en la casa del Ayuntamiento. Uno de los concejales, más astuto que los otros, sugirió que, para que su decisión no fuese considerada deslealtad hacia Alvarado (en cuya autoridad, sibilinamente también, se apoyaba el Virrey) se nombrase Gobernadora a doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado.

Siguió votación secreta y por primera vez en el Nuevo Mundo, una mujer fue electa cabeza de gobierno. Fueron a darle la noticia, a su casa pintada de barro negro, donde los cortinajes, los manteles, los tapices, y hasta los mínimos adornos habían sido

sustituidos por otros negros, y hallaron a la joven viuda como un demacrado espantajo. Desde la llegada de la carta, doña Beatriz ya no se alimentaba, y gastaba su tiempo en llorar en el jardín de los rosales, maldiciendo a Dios y a su suerte. Aunque hubiese permanecido encerrada, estos hechos eran conocidos de la población por los chismorreos de sus doncellas, y cuando ella tomó posesión de su mandato, creció entre el pueblo un temor, pues creyeron ver un enviado de Satanás en esa mujer desquiciada por el dolor.

La vieron avanzar hacia el Ayuntamiento, toda vestida de negro, los largos cabellos, negros también, cayendo desmadejados sobre sus hombros, el rostro siete veces blanco marcado por la huella de las lágrimas, y por ligeras estrías escarlata, resultado de sus propios arañazos. Era como la figura esquelética de una tenebrosa mitología funeral, avanzando sonámbula, como si en lugar de marchar hacia su gloria, marchara guiada por el dedo de la fatalidad, y acaso ambas se confundían en esta sola mujer triste.

Oyó como sonámbula los pesados discursos, besó la cruz que le tendían, juró según la usanza, y firmó el primer documento oficial de su vida, escribiendo: La Sin Ventura Doña Beatiz. Después tachó con un borrón de tinta las dos últimas palabras, dejando únicamente "La Sin Ventura".

Depositó casi todas las atribuciones de verdadera responsabilidad en las manos de don Francisco de la Cueva, reservando para sí las ineludibles.

Y regresa triste Beatriz al palacio negro, como movida por el viento.

Recupérate, espacio del orden, aunque tantas veces te bases en la tácita aceptación de innumerables injusticias, con el cruel argumento de que la división entre ricos y pobres, entre sojuzgadores y soguzgados, es algo inevitable, que así ha sido dispuesto por las estrellas, y nada podemos hacer por remediarlo.

El Obispo Marroquín, por su parte, lamentó el camino que tomaban los acontecimientos, pues tenía una pobre opinión de don Francisco de la Cueva, le agradaba la idea de verlo alejarse de tan importante cargo, y ahora, aunque sin título, parecía volver con mayor ímpetu.

Unas semanas después, cae la lluvia. Es ciertamente el diluvio, es la lluvia de todas las lluvias del mundo, con retumbos y ramalazos de rayos que hieren las pupilas.

Ya nadie sabe exactamente cuánto ha durado. Quizá una semana, quizá un año.

Sola de toda soledad, la Gobernadora lee un pequeño libro a la luz de un candil, un libro sobre cuya portada se encuentra un grabado representando el águila de dos cabezas del Imperio. Son las cartas de su marido a Hernán Cortés, que tantas veces hojeara ella en la remota España, cuando don Pedro era un hombre alucinante y enigmático, que se llevaba a su hermana para siempre, aventurero célebre y unánimemente celebrado, cuyas cartas de relación fueran tempranamente editadas por un impresor toledano.

Ya no sabe Beatriz si está en Santiago o en el monte de Toledo, rodeado por el Tajo, si la infinita lluvia es la del pasado o la del presente, si piensa en el hombre que se

lleva a su hermana o en el que va a la tumba. Ya no sabe Beatriz si es ella misma o si es su hermana, ni si está viva o muerta. Acaso lee en el pasado, acaso lee en un palacio situado fuera del tiempo, a la orilla de la eternidad.

Y da vuelta unas páginas, y contempla las letras góticas alineándose como casitas de techos picudos, de tejados que pudieran proteger del viento, de la lluvia, de las nieves de la memoria, pero nunca de la soledad. Y lee Beatriz:

"...En esta tierra habemos hallado una sierra do está un volcán, que es la más espantable cosa que se ha visto, que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen se hacen pedazos y cubren toda la sierra de fuego.

Adelante de éstas, sesenta leguas, vimos otro volcán que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua de bulto del humo. Todos los ríos que de allí descienden, no hay quién beba el agua, porque sabe a azufre, y especialmente viene de allí un río caudal muy hermoso, tan ardiendo, que no le podía pasar cierta gente de mi compañía que iba a hacer una entrada; y andando a buscar vado, hallaron otro río frío que entraba en éste, y allí donde se juntaban hallaron vado templado que lo pudieron pasar. De las cosas de estas partes no hay más que hacer saber a Vuestra Merced, sino que me dicen los indios que de esta mar del Sur a la del Norte hay un invierno y un verano de andadura..."

Y blasfema doña Beatriz sin temor, pues estima que, después de ése, "ningún daño mayor podrá Dios hacerle", mientras mira amargada, bajo la lluvia, la mole de uno de los volcanes descritos por su marido.

Ahora Beatriz duerme. Ya no oye las campanadas que desgrana el reloj, moviendo, pensativamente, su péndulo dorado en la oscuridad. Sueña, Beatriz la triste, sueña, Beatriz la Sin Ventura. Y ella se ve en la sala de un palacio. ¿Es su casa de Madrid? No, las aguas del Tajo se ven por la ventana, allá al fondo, está en su castillo de Toledo, y un paje tañe las cuerdas de una vihuela, cantando con un dejo árabe:

Triste España sin ventura,
nadie a acompañarte va...

Y recuerda, en medio del sueño, que ella se ha atribuido esas palabras a sí misma, y ahora por la ventana del palacio no se ve el río, sino el océano, por donde se aleja un barco con don Pedro de Alvarado y su hermana, doña Francisca, que está cubierta por un velo de novia inimaginablemente largo, tan largo como el mar o como el viento, pero levanta doña Francisca el velo, y su rostro es una calavera.

Despierta, Beatriz, horrorizada.

Llueve toda la lluvia, y se escucha un formidable rugido.El volcán que contemplara hace un rato se ha llenado de lluvia, como un odre, y revienta, y un caudal impetuoso de agua y lodo se abalanza sobre la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los

Caballeros de Guatemala, arrasándola. Caen sus muros como si se tratase de una ciudad hecha de naipes, y quienes pueden salvarse huyen por las calles, esquivando los muros a su paso. Beatriz corre a refugiarse a la capilla, en camisón, llevándose a Anica, una hija ilegítima del Adelantado, y grita llamando a sus doncellas, algunas de las cuales logran llegar a la capilla en medio de las sombras. Un nuevo golpe arrasa el altar, y se lleva a Beatriz, que abraza a Anica sobre su pecho, por la ventana, fuera del palacio de los muros negros. Duerman, nobles damas. No volverán a despertar.

La naturaleza no se calmó hasta la mañana siguiente. El Obispo preparó una procesión donde los rezos eran entrecortados por los sollozos, entre la hedentina de los cadáveres que la humedad corrompía rápidamente, y unas horas más tarde se decidió cambiar de sitio la ciudad.

El pueblo culpaba del desastre a Beatriz, quien blasfemó por dolor, y a duras penas logró el Obispo Francisco de Marroquín que le permitiesen sepultarla en tierra santa.

Y el volcán que echaba "humo muy espantable", obtuvo desde entonces, su nombre: Volcán de Agua.

LXX

Despetalados rosales
en el lodo.
Un gran viento de amargura
se llevó su aroma,
y el alma de doña Beatriz,
la Sin Ventura.
Un gran viento de amargura
arrancó de los rosales
aroma y alma
con un grito de locura.

LXXI

EL SAGRARIO Y EL POZO

Regresó el tesorero. Vio la catedral soterrada, de la cual únicamente sobresalía la cúpula, y valiéndose de un lazo, descendió al interior por una ventanilla. Protegida por sus fuertes puertas, la catedral permanecía intacta por dentro, sumergida en una paz oscura y húmeda. Quiso tomar el copón, y abrió el sagrario para recuperarlo. Una

serpiente salió del dorado tabernáculo. El tesorero volvió a subir por la cuerda, sin el copón, y después dirigió sus pasos a la nueva ciudad, y colaboró en las construcciones que comenzaban a levantarse. Todos los vecinos trabajaban como albañiles o pintores de brocha gorda, fuera cual fuera su condición social.

Y pasaron los años. Ya terminaba, el monaguillo tesorero sus estudios de religioso, cuando logró hacer llegar, movido por una filial solicitud, a la mujer del tallador, quien se tomó varias semanas antes de emprender el viaje. La señora explicó su tardanza: avisada por los vecinos de la situación, había ido a cuidar los últimos días de don Pablo de Alcántara. No le conocía mucho, pero se sentía en deuda con el curandero desde que éste la librara, en una ocasión remota, de una enfermedad ante la cual fracasaron médicos y remedios. Ahora era su turno, sólo que a él nadie podría curarlo.

Hombre dotado de una extraordinaria serenidad, el alquimista aceptó la idea de la muerte sin inmutarse, y así llegó hasta el fin. Poco antes, ella le tendió una pócima caliente, y le preguntó la razón de su calma.

—Mírame —dijo él.

Ella vio dentro de sus pobres ojos miopes, y contempló valles y montañas bañadas por la luz del atardecer. Avanzó por ese paisaje, siguiendo el curso de un riachuelo, que teñían los fuegos del crepúsculo, hasta llegar a un pozo cubierto por una pesada reja de hierro.

Ella miró dentro del pozo. Un grupo de reptiles innominados se debatía contra las paredes resbaladizas. Eran las más perversas pasiones, acalladas por el esfuerzo de una voluntad férrea.

En medio de una oscura emoción, la señora hizo entrega al estudiante de una pequeña caja de madera, con un espejo de pirita, que don Pablo de Alcántara heredaba a su antiguo monaguillo, como su más preciada posesión. A ella le dejó algunos objetos, y la casa pasó a manos del curato de Panchimalco, donde causó numerosas incomodidades Se decía que don Pablo era brujo, y el cura no podía aceptar esa casa endemoniada. Después se decidió aceptar la herencia, pero destruir la casa de piedra, y construir una ermita en el lugar, para santificarlo. La casa fue, en efecto, destruida, pero no se construyó ermita ninguna.

Y pasaron más años, y murieron cuantos pudieron confirmar o desvirtuar esta historia, pero aquella mano de madera, ruda y delicada, de mártir o de santo, que un día tallara el Maestro Juan, continuó de poblado en poblado, repartiendo bendiciones hasta la consumación de los siglos.

LXXII

NOCHE DE NAVIDAD DEL ESCRIBANO, EN 1989

Ya había caído la noche, pero me encontraba solo en la casa totalmente vacía. Cada quien andaba ocupado en sus asuntos, y aunque en el pueblo estallaban cohetes jubilosos, en la casa la fiesta tardaría en comenzar.

Me senté frente al árbol de Navidad, que rutilaba de luces mínimas en la oscuridad de la estancia. El aire arrastró el eco de un villancico. Contemplé las pequeñas estrellas posadas sobre el árbol, como luciérnagas, y supe que eran el coro de los ángeles, y que el pino era el Reino de los Cielos.

Y el majestuoso coro elevó una gran voz dulce y dijo: "Asentá, escribano: con dolor nacen todas las cosas. La creación es el fruto de una separación. La madre cría al hijo en sus entrañas, y lo separa de su cuerpo cuando da a luz, y se separan las tierras de los cielos para que la tierra aspire al cielo, y crée en el camino flores, árboles, bestias. Y de igual modo que las plantas y que los animales se separan los mundos, para que siga creciendo el Universo, y porque ama al Universo que debe nacer, Dios se separa de su hijo único. Pero todo retorna, y los mundos lejanos buscan volver al centro luminoso que les dio vida, y ese único centro Amor se llama, y los convoca un niño que está naciendo esta noche en un pesebre".

Callaron los astros, y alguien llamó a la puerta. Pensé que las visitas de la fiesta comenzaban a llegar, pero no. Era un mendigo que había visto en la plaza por la mañana.

Inmóvil bajo la luna, el mendigo me miró con sus ojos ciegos, y extendiendo su mano puso unas monedas en mi bolsillo.

—Toma —dijo— no las necesitaré más.

Al ver su expresión, no me atreví a rechazarlas.

Lo invité a pasar y le ofrecí una copa de cognac, pues era mucho el frío, pero se negó. Sólo deseaba despedirse del último ser humano que encontrara en su ruta.

Lo vi internarse en el bosquecillo cercano y lo oí gritar de felicidad. Comprendí que estaba muriendo, pero no me acerqué a socorrerlo. Vi que era Pedro de Alvarado, que cuatrocientos cuarenta y ocho años después salía de los infiernos, redimido por el dolor y las lágrimas, y se alejaba, arrastrado por la Vía Láctea, al dorado centro de la Creación.

Ya no envidia al Rey de España, ni al Marqués del Valle de Oaxaca. Siente piedad por el jetón Carlos V, tan poco agraciado y tan odiado, y lamenta haber tenido malos sentimientos hacia Hernán Cortés y Pablo de Alcántara, sus compañeros de juventud. En el camino de su ascensión, pide perdón, uno a uno, a los indios que maltrató y vuelve a

ver con horror, su negro pasado. Se contempla a sí mismo mordido por las llamas de la envidia, pues por más territorios que ganara nunca correría por sus venas sangre azul, y entonces procuraba mostrar su fuerza matando, torturando, humillando, y envuelto en esa orgía de violencia se sentía por unos instantes todopoderoso, para después retornar al abismo de las chisporreantes llamas inmateriales.

Su visión cambia ahora. Doña Luisa, Princesa de Tlaxcala, y doña Francisca y doña Beatriz, derramaban lágrimas ante el trono del Supremo Amor, implorando su perdón, y él volvía la mirada hacia Pedro y murmuraba con tristeza:

—No es digno, no es digno.

Pero cuatrocientos cuarenta y ocho años después, El sonríe con dulzura, vencido por los ruegos, y dice:

—Sea.

Y el mendigo comprende, y sabe que ha vivido muchas vidas, y sabe que, mendigo ciego repartiendo migajas a las aves, fue más feliz que Adelantado y Capitán General.

Y el alma de Pedro de Alvarado, libre al fin, asciende a las alturas guiada por la estrella de Navidad.

LXXIII

Abre la mano de palo
el libro viejo,
que huele a ciprés y a niebla
de cementerio.
Va halando por el pelo
los fantasmas.
Ya se van y ya se fueron,
pero vuelven en las noches
de luna llena,
a visitar esos mundos
do vivieron.
Cierra mano que bendice,
la gruesa tapa de cuero
del libro viejo,
que conserva los recuerdos
de los muertos.

LIBRO SEGUNDO

NUESTRO SEÑOR DE LOS VENADOS

Un día volveremos
con la luz de la luna
al Reino de
tan antiguos misterios
en verdad,
bajo helechos ocultos,
bajo musgos, raíces,
errantes por el tiempo errante,
nómadas,
en el sueño,
por cipreses
verdecidos de luz ya renovada,
por
lluvias de estaño,
en bosques sin memoria del pájaro que habla
o de la sombra llena de luz
donde brujos alaban a la lluvia
y en incensarios queman,
entre nobles silencios
humo de aromas.
Mañana volveremos
debajo del aguaje
de invierno enverdecido
todo hecho de lluvias y de vegetaciones,
por las ramas
de insectos ligerísimos
y de ligerísimas llamas de oro
volando por los árboles
de invierno aquel.
Súbitos desprendimos
cantos.
Cantos cortamos por los ramajes
de invierno aquel.
Aguajes
no a las lágrimas sino a la risa parecidos,
un fuerte amor de dioses mayas
derramando sus odres
por el volcán enverdecido
de invierno aquel.

I

MUCHO, MUCHO ANTES, EN LAS ISLAS DE LA MEDITACION

—¿Quién eres? —preguntó el Señor.

—Otzilén —dijo Otzilén.

—¿Quién? —repitió.

—Otzilén, hijo de Otzilén, padre de Otzilén.

El anciano pidió pruebas. Sometió a Otzilén a un críptico interrogatorio, en el cual Otzilén demostró conocer el lenguaje esotérico de los brujos y sacerdotes mayas. La tortilla de trece pisos era los trece estados del Reino de los cielos, quien siempre iba detrás de él era la parte posterior de su cráneo, quien siempre iba delante de él era su propio rostro.

—Sí —dijo finalmente el anciano— eres el brujo Otzilén.

Se quedaron contemplando el lago, crecido por las lluvias. Era un lago inmenso, que se perdía en el horizonte. Era un lago de orillas fuertemente irregulares, rodeado por volcanes enverdecidos por el tiempo de aguas, un lago gris a las horas primeras de la madrugada, azul hasta el atardecer, dorado al crepúsculo y negro a la noche. En este instante, bajo el cielo poblado de nubes de tormenta, era del color de la plata, una vasta superficie de plata líquida, con reflejos violeta, de la cual emergían las islas, como picudas esmeraldas, como pirámides de jade, el jade de las innumerables laminillas de hojas vegetales, estremeciéndose al paso del viento.

Eran las islas de la meditación.

—Ahora sé que eres Otzilén, el esperado —aclaró el viejo— Otzilén, el que viene del horizonte. Un ave blanca nos anunció tu venida, una garza blanca. Otzilén, estudioso de astros, tu palabra esperamos.

El viejo no dirigió los ojos hacia él, sino al agua, como si hablara al agua. Otzilén advirtió entonces que el Señor era ciego.

Eran siete los Señores de Azacualpa, los miembros del consejo de ancianos. Habitaban al Poniente del lago, y cada uno era padre o abuelo de la séptima parte de la población. Las islas no se hallaban habitadas. Eran centros ceremoniales, eran lugares donde se oraba, eran altares donde se ofrecían sacrificios, al dios de las aguas, al dios del viento, a la diosa que rige los partos de las mujeres y de los campos de labranza, al viejo dios del fuego.

Los rituales eran los rituales.

Pero a los miembros de la tribu les era dado ir, individualmente, en su cayuco, a las islas, para reflexionar y obtener respuestas de los dioses.

Si por casualidad uno encontraba a otro, guardaban ambos silencio, saludándose apenas con la mirada, y retirándose cada quien por su lado. Mas encontrar a alguien era poco probable. Se contentaban todos con saberse parte del cielo, parte de la tierra, parte del agua, parte de la tierra, parte del viento, parte de la tierra. Su curso era el de la tierra, su vida iba conforme al sol de los veranos, a la lluvia de los inviernos. ¿Para qué, entonces, hostigar a los dioses con tenaces interrogaciones? Distinto era para los brujos, pues ese era su deber. Pero en Azacualpa no hubo brujo durante largo tiempo, desde la muerte de Otzilén hasta la llegada de su hijo Otzilén, que fue a estudiar a Yucatán, con los sacerdotes y magos de Yucatán, y regresó en un cayuco con su mujer, Ikokik, y su hijo, Otzilén.

Otzilén, hijo de Otzilén, padre de Otzilén, brujo como su padre, y como esperaba lo sería un día su hijo, el pequeño Otzilén.

Otzilén presentó al Señor a su mujer y a su hijo. Después, los presentó al lago, al viento, a los árboles, y dijo sentencioso:

—Esta es nuestra patria.

La mujer y el niño asintieron con humildad, aunque vieran ese paisaje por primera vez y hubieran nacido y vivido lejos de ahí. Pero Otzilén dijo así, entonces así debía ser.

Además, era un sitio hermoso, y era bueno tenerlo por patria. Eran buenos el calor húmedo bajo el cielo gris, y el viento entre las frondosas ramas de los conacastes. El niño gritó feliz y corrió riendo. La mujer sonrió. El anciano sonrió. El brujo se quedó viendo el lago plateado, los volcanes cubiertos de boscosa vegetación. Y recordó, recordó. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, cayeron a sus pies. Santo era el lago. El lago era su secreta, su mágica deidad.

La investigación de los astros, las hierbas y la medicina ocuparon los días siguientes de Otzilén, porque aunque los astros y las hierbas fueran los mismos de allá, no eran exactamente iguales, ni las enfermedades lo eran tampoco.

Otzilén, indagador de astros, súbdito del lago, se mortificaba de noche, en las islas, sacrificando pequeñas aves en los adoratorios, y derramando sangre de su lengua, rasgada con espinas. Después volvía la mirada a las aguas del lago de Güixat, con la boca hirviente, y se quedaba orando hasta la madrugada. Al finalizar masticaba unas hojas, y regresaba a su casa, en cayuco, con la boca fresca y sana.

Las pirámides de Azacualpa estaban hechas de lajas sobre lajas, todas bien recortadas. Las casas eran todas chozas redondas en torno a un pilote, de una sola pieza, e igual las de los siete Señores, que no se diferenciaban sino por la decoración. Frente a cada una de ellas flotaba un estandarte tejido de plumas preciosas, de guacamaya, de

colibrí, de garza. En un estandarte era más importante el naranja, en otro el amarillo, en otro el escarlata, en otro el verde claro, en otro el verde azul, en otro el azul, en otro el blanco. Otra choza, mucho más amplia, fungía como casa del consejo, y más allá se encontraba un palacio abandonado, que perteneciera a un príncipe prestigioso y acaso mítico, de quien se contaba que permanecía vivo, habitando el fondo del lago, desde un tiempo tan remoto como la lejanía.

Se contaba de ese monarca mítico que abandonó un reino que era su herencia porque se practicaban en él los sacrificios humanos, y se fue a refugiar a la tierra de sus antepasados, que eran cabalmente esas montañas junto al lago. Llegó anciano, tras cientos de lunas de camino. Los ribereños reconocieron sus antiguas insignias, guardadas de generación en generación y de memoria en memoria, y le rindieron pleitesía, y con ellos, todas las poblaciones a lo largo y a lo ancho de inmensos territorios, sobre los cuales gobernó como un anacoreta, viviendo con limitaciones de mendigo en aposentos reales. Al cabo de mil lunas (unos decían mil, otros cien mil) entró al lago, por voluntad propia, apoyándose en su nudoso cayado, tras haberse despedido una a una de sus mujeres, y de sus hijos, nietos, biznietos y tataranietos.

Y aunque hubo otros príncipes después, antes de que, en una fecha indecible, fuesen sustituidos por el consejo de ancianos, ninguno de los monarcas quiso habitar ese palacio, del cual el Rey Sabio Topiltzín fuera el último habitante.

Tras su partida, los muros fueron recubiertos de estuco, y se pintaron sobre ellos, con amarillos, con ocres, con rojos y con muchos azules, escenas de las diversas etapas de la vida de Topiltzín, Príncipe sumergido. Los padres llevaban a los niños a ver el palacio y explicaban las escenas. Aunque procuraran mantenerlo siempre limpio, era inevitable encontrar en el suelo vestigios de caca de murciélago, y aunque lo repintaran cada diez o veinte años, los frescos se iban borrando como se borran las leyendas.

Andando los años, hubo niños que preguntaron a sus padres qué era aquello, quiénes eran el Príncipe y los dignatarios de los muros, y los padres se rascaron la cabeza diciendo.

—Me lo explicaron hace mucho, ya no lo recuerdo bien...

Pero lo recordó Otzilén, abundando en precisiones, y con él, la tribu entera.

El pueblo de Azacualpa era a medias maya, y a medias nahoa. Hablaban una lengua mayense, con abundantes términos en nahoa, y en otro tiempo lucharon los de un origen con los de otro por imponer esta o aquella tradición, mas terminaron dándolo al olvido, confundiendo las historias mayas con las nahoas, y fundiendo las deidades, que eran, para terminar, bastante próximas entre sí. Establecida la confusión general, se dieron por zanjados los problemas, y no se volvió hablar del asunto.

A Otzilén, formado en los rigores astronómicos del Calendario del Norte, le incomodaban esas imprecisiones de sus conciudadanos.

Dio en reunirlos en las noches de verano, en torno a una hoguera, para contarles las razones de la cosmogonía, la Historia y las tradiciones. Lo escuchaban con atención, preguntaban cosas, regresaban cavilosos a sus chozas. Al día siguiente, el brujo advertía que lo habían confundido todo, y estaban muy contentos así. Al cabo de poco desistió de su empeño, y reservó sus conocimientos para algunos discípulos escogidos.

La población de Azacualpa se dividía, principalmente, entre pescadores y agricultores. Las partidas de caza eran ocasionales, y en ellas participaban desde los adolescentes hasta los hombres de edad. Pero eso se hacía únicamente para alguna fiesta especial. Había asimismo un platero, cinco artistas plumarios y dos alfareros, rivales entre sí, que creaban y decoraban los vasos ceremoniales, cada uno esmerándose en hacerlo mejor que el otro, execrable individuo. Pero la alfarería doméstica la realizaban las mujeres, desde temprana edad, aprendiendo ese oficio junto con las artes de la cocina y el hilado y tejido del algodón.

Llegada la época de la coseha, eran necesarios nuevos braseros ceremoniales, para la más importante fiesta de la comunidad. Para prepararse, los dos alfareros se iban cada uno a una isla de meditación, permaneciendo cuanto creyesen conveniente antes de entregarse a su tarea. En una de ésas, uno de ellos hizo un brasero de inigualable esplendor, que llenó de asombro a cuantos lo vieron. Era el brasero como el tronco de una ceiba espinuda, y remataba con una tapadera como cabeza de caimán, y sobre ella, sentado gentilmente, se hallaba un joven dios confiado, de expresión plácida. La envidia era visible en el rostro del otro maestro alfarero, de tal forma que cuando el incensario, antes de la ceremonia, desapareció (fue a dar, según dijeron, a las profundidades del lago), nadie vaciló en acusar al envidioso. Y cuando el envidioso apareció muerto, nadie vaciló, tampoco, en dar por hechor al autor del admirable trabajo, quien se apresuró a huir a otro pueblo, al extremo opuesto de las aguas, donde siguió produciendo maravilla tras maravilla. Pero de las razones y responsabilidades de uno y otro hablaremos más adelante. El hecho es que Ikokik, atormentada por los acontecimientos, fue a prevenir a su marido, quien se hallaba en una de las islas de meditación. Otzilén escuchó el relato con indiferencia, pero ella lo forzó a regresar al poblado.

La inquietud era grande en Azacualpa. Se dijo que el brasero tenía poderes sobrenaturales, que con su desaparición y la de su creador, y la muerte del contrincante, algo ominoso se cernía sobre ellos. El brujo los tranquilizó. Auguró que la cosecha sería buena y abundante la pesca, y sanos los nacimientos. Un objeto, por sagrado que fuese, era únicamente un objeto, y no era justo situar en él la creencia, ni en un hombre, por valioso que fuese, sino en las inalterables estrellas. Y pocos le oyeron musitar, al final, entre dientes (pues los que se calmaban se marchaban) que se aproximaba una muy negra nube, aunque el brasero nada tuviese que ver en ello, y aunque faltaran para la llegada de la nube, algunos años. Tras lo cual, tomó su cayuco, sin despedirse, hundiendo en las ondas su único largo remo de dos aspas. Era una mañana clara, y el lago de Güixat estaba límpido y transparente. Al fondo se veían los restos de la ciudad perdida, pues el lago no nació con la tierra. El estallido de un volcán bloqueó el curso

del río, que se extendió sobre el valle sumergiendo una población, ante los ojos aterrados de quienes lograron escapar de esa doble prueba de agua y fuego, perdiendo sus haberes, sus familias y sus campos de labranza. Y abajo, quedaron sumergidos restos de templos, donde crecieron los líquenes y donde los peces hicieron su habitación. Las islas de meditación eran las cúspides de los montes que interrumpían la tortuosa vegetación del primitivo valle. En una de ellas quedaba una pirámide de modestas dimensiones, coronando la altura, y sucesivos círculos de piedra, como coronas graduales, ceñían el perímetro de la isla, a manera de fortaleza, protegiéndola de la erosión. A sus pies, como última y destrozada corona aventada al azar se encontraban las imágenes. Eran grandes piedras toscas, pobladas de grabados, hechos por una raza tan remota en la edad que apenas se sabía de ellos que eran nómadas, anteriores al cultivo del maíz. Las mismas imágenes no eran ya todas identificables por los pobladores de Azacualpa, quienes sin embargo les rendían culto. Un mono, que es dios de los escribas, como es bien sabido, y también serpientes con la ancha sonrisa feroz del jaguar, y una rana brincando hacia un indescifrable laberinto de líneas curvas. Eso era, hasta cierto punto, comprensible. Un conejo, también. ¿Pero qué significaban ese hombre con cola de pez, que relataba esa expresiva guacamaya que abría su pico y sus alas, como dando cuenta de un extraordinario acontecimiento? Ni siquiera Otzilén hubiera sabido decirlo. Pero esa era la isla preferida de Otzilén, hijo de Otzilén, padre de Otzilén. Y como Igualtepec era la isla de Otzilén, ninguno más se aventuraba en ella, y como nadie la visitara, el prestigio de sus construcciones, de sus imágenes y de sus poderes se agrandó desmedidamente en la imaginación de los hijos de Azacualpa.

Mas no avanzó directamente Otzilén hacia su isla querida, sino que suspendió un rato su trayecto, dejando el cayuco quieto sobre un área tan transparente que parecía estar entre el aire y el aire, y contempló un pez que salía al fondo, de un templete, haciendo espejear sus escamas. Su ceño sombrío volvió a la calma, al observarlo, y olvidó por un momento la negra nube que se aproximaba, y que sólo él era capaz de ver. Y Otzilén se dijo a sí mismo, en el inmemorial silencio:

Como va el agua sobre el agua
como va el viento sobre el viento
como sobre la vida que se fue
pasa el oleaje de otras vidas,
y no queda huella,
mas que una estela que absorbe el agua,
así nosotros,
sueños,
hijos de un sueño,
rumbo a un sueño.

Hendió nuevamente el remo, golpeando la líquida claridad a izquierda y derecha, con ritmo tranquilo, viéndola doblegarse a su paso con mansedumbre, y atracó en Igualtepec, entre dos piedras sumergidas, con figuras. Dirigió sus pasos hacia otra, situada al aire libre, que ostentaba, como un emblema la graciosa figura de un venado, y

la honró, quemando copal. Ante el venado estaba el hermoso brasero, echando humo de aromas.

El venado movió levemente la cabeza, y de sus labios salió la voluta de la palabra, como otra voluta de humo.

—No, nosotros no podemos evitarlo —dijo el animal sacro—, hay cosas que están vedadas incluso a los dioses.

Retrocedió el venado, y era de nuevo una línea sobre una peña. El brujo dejó caer los brazos en un gesto de desaliento, y se retiró con despecho, abandonando el brasero encendido. Golpeaba a las rocas, llamándolas, convocándolas, pero todas permanecían sumidas en su mutismo y en su indiferencia. ¿Quién era Otzilén, por alto que hubiese llegado en la jerarquía humana, para forzar las decisiones de los astros? ¡Lárgate, hombre torpe, y guarda respeto por nuestra eternal quietud! Y el visionario caminaba con desesperación, sin rumbo, golpeándose la frente, y así fue por varios años, durante los cuales no volvió a salir de la isla de Igualtepec, adonde sólo llegaban Ikokik y su hijo, que iba creciendo, a dejarle comida, que él apenas tocaba, pues prefería alimentarse de raíces.

La isla era un calendario circular. Cada peñasco llevaba impresa una época, la deidad más relevante del período y los acontecimientos que lo marcaban. Cada época era también un aliento vital, un ser vivo en sí mismo, con sus derroteros y sus razones, que unas veces revelaban a los mortales y otras no. Las imágenes definían lo que había sido, lo que era, y cuanto quedaba por suceder. Eclipses, pestes, sequías. Tiempos de guerra, tiempos de paz, eras de construcción, migraciones, cosas nuevas por ver, bondades derramadas de la celeste altura o surgidas de las acuáticas profundidades. Mas hacia el Poniente las imágenes escaseaban, y la última insinuaba una catástrofe similar al fin del mundo. Después un trecho vacío indicaba tiempos inescrutables.

Pero la madrugada del 12 de octubre de 1492, el hechicero estaba sereno, y se acercó hacia él un tranquilo anciano, apoyándose en un báculo. Reconoció, sobre su pecho, la placa dinástica que identificaba a Topiltzín —Ce— Acatl —Quetzalcoatl, Príncipe sumergido.

—¿Ya sucedió? —preguntó Otzilén.

—Acaba de ocurrir.

—¿Cuánto tardarán en llegar?.

—Treinta años.

—¿Lo veré?

—No lo verán tus ojos.

—¿Y quién estará en lugar mío?

—Otzilén, hijo de Otzilén, nieto de Otzilén.

Y los hombres se fumaron un puro, en calma, contemplando el precioso manto de las aguas.

II

CANTO DE LOS ABUELOS

Ya habrá tiempos de paz,
ya habrá tiempos de vida
cuando pasen los días
aciagos.
Otros serán los días,
otras las glorias
y acaso sean
otras también
las miserias.
Pero un gran pueblo surgirá
de obras rientes y fuertes,
un moreno pueblo por las tierras
que un día amamos
nosotros
los que nos vamos.

III

IKOKIK

Ikokik, "la que lleva la luz ante sí", se levantó con el lucero de la mañana, y tras honrarlo se puso a moler maíz para las tortillas, en su ahuecada piedra de moler, que parecía una canoa, de tanto uso. Después del día en que su marido regresara de la isla, augurando el final del mundo, los años transcurrieron plácidos. Eran buenas las cosechas, buenos los hijos, pocas las dolencias y muchos los bienes.

Eran tres los hijos, pues tras Otzilén el mayor, vinieron un niño y una niña. Ahora, Otzilén estaba enamorado, y había ido a depositar un pante de leña ante la choza de su bienamada. El pante fue llevado al interior, lo cual indicaba que aprobaban la unión los padres de la muchacha, con lo cual, la boda era segura. Y esta vez Ikokik batía el maíz llorando de emoción, diciéndose que pronto llegaría la joven a vivir a su choza, para que ella le enseñara, antes de la ceremonia, a moler el maíz al alba y a conducir los asuntos

domésticos, como ella, Ikokik, desde su juventud hasta ese instante. Y por ello fueron más intensas sus plegarias esa mañana, y por eso tuvieron sus ojos lágrimas que eran de dolor y de gozo.

Ella amaba a los dioses con temor, un poco como a su marido, hombre hosco, decidor de augurios, cuyas lecciones eran seguidas con avidez por los más inteligentes hijos de la comunidad. Ella no entendía las preocupaciones del nigromántico, y tampoco le importaban mucho. Se apegaba a las sencillas cosas de la vida, al cuido de sus niños y del corral de aves. Pero a veces ella se inquietaba por algo, y entonces esperaba el crepúsculo, e iban con su marido a ver el lago, tomados de las manos, y él sabía aclarar sus dudas con palabras suaves y simples. Al regreso encontraban unas mojarras pescadas por su hijo Otzilén, hábil en el manejo del harpón, y ella feliz, se afanaba en la cocina para preparar un festín improvisado. Sí, a pesar de los saltos de humor del brujo, ellos eran una familia dichosa. E Ikokik, aunque no lo supiera, llevaba ante ella la luz.

Y se casó el pescador, y llegaron los nietos, y de repente ella y su marido eran dos viejos tomados de las manos, contemplando el crepúsculo sobre el lago. Esa tierra donde no nació —se dijo Ikokik— era verdaderamente su patria, ese suelo que los alimentaba, y esa agua que los alimentaba, tiñendo las escamas de sus peces con oro del ocaso, con plata de la madrugada, con añil de la tarde, estaban hechos de su propia sustancia, y el aire que agitaba las ramas y barría las nubes estaba hecho de la misma materia que su alma.

Un río alimentaba el lago de Güixat, y otro se iba del lago de Güixat. Al bajar de nivel Güixat, en la estación seca, apenas dejaba desbordar un hilo por la cuenca del río fugitivo, que no era digno de tal nombre sino en la estación de las lluvias. Igualmente se secaban los bosques aledaños a Azacualpa, y las yerbas, para reincorporarse a la vida con la lluvia, mas no así las extensiones de conacastes, barillos, ceibas y amates, cuyo verdor se renovaba sin cesar. Más allá, en montañas que iban al Norte, estaban los pinares, los oscuros y rumorosos pinares, desparramando a sus pies las piñuelas y las agujas doradas, donde los pasos se hundían como si caminasen sobre las nubes, y donde la niebla era a veces tan espesa como los copos de algodón.

Los venados blancos eran en ella como figuraciones de la niebla, como invenciones de la alba humedad flotando entre los graves pinos.

Esa era su patria, supo Ikokik, y ella la amaba. Otzilén se lo dijo al llegar, y ella lo sintió como una orden. Ahora entendía que era únicamente otra de sus premoniciones, y que entre todos los lugares del mundo, cada quien tiene uno que es el suyo. El de ella, había estado espérandola.

El atardecer fue cediendo paso a la noche. El brujo y su mujer vieron crecer la estrella de la tarde, y poco a poco surgieron otras, sagradas luminarias, y lo que estaba arriba fue igual abajo, pues otro cielo se extendió a sus pies, en el negro de las aguas del lago. En un pacto tácito, como hicieran con frecuencia en la edad juvenil, Otzilén e Ikokik subieron al cayuco, y navegaron entre las islas, sin musitar palabra.

Sueños, hijos de un sueño.

Siguiendo las ancestrales tradiciones, Ikokik puso a sus nietos una pulsera de hilo rojo en la muñeca, con una de esas semillas llamadas "ojo de venado" para conjurar las enfermedades, y las malignas hechicerías. Y cuando tuvieron capacidad de entenderlas, les contó las historias que a ella le contaron en su infancia. La de los hombres que se rebelaron contra los dioses, y sufrieron, como castigo, que sus objetos se rebelaran contra ellos. Los golpeaban los comales diciendo: "Ustedes nos ponían en el fuego sin piedad por nuestras quemaduras. Ahora tomen, tomen, tomen". Y brincaban dándoles duro en la cabeza. Y otro tanto hacían las ollas. Y les gritaban las piedras de moler: "Ustedes nos hacían rechinar todas las mañanas, rechina que rechina, rechina que rechina. ¡Hoy es su turno rechinen!" Y brincaban golpeándolos, e igual las escobas, los cántaros y los pantes de leña, cada quien con su reclamo. Y de tal forma pereció la raza que no alabó a los dioses. O les contaba la historia de los muchachos presos por los demonios de los abismos, a quienes exigieron los demonios un cargamento de flores para la mañana. Pero si estaban presos ¿cómo hacer? Y las flores sólo se encontraban en los jardines de los demonios, que alertaban a los centinelas, que eran pájaros. Mas los muchachos pidieron auxilio a las hormigas, que cortaron las flores en la noche, y los pájaros lanzando gritos en las copas de los árboles para espantar a los posibles ladrones, no vieron, abajo, las flores caminantes. Y así vencieron los muchachos a los demonios de Xibalbá, Reino de las profundidades.

Los nietos de Ikokik se divertían y pedían detalles. Al volverla a ver le rogaban que narrara alguno de los cuentos de su repertorio, aunque ellos ya se los supieran de memoria, y cuando la abuela se saltaba esta o aquella precisión, ellos se apresuraban a corregirla.

Tal era la vida de Ikokik.

Mas sería vano creer que no tuvo su parte de adversidades del mundo, y que no fueron grandes. Recordaba cuando oyó grandes gritos junto al lago, y ella se aproximó, curiosa como toda mujer. Y lo que miraron sus ojos la llenó de espanto. El pequeño Otzilén, que no tendría a la sazón más de ocho años, cabalgaba sobre el lomo de uno de los enormes caimanes que habitaban el lago, un animal cuyas fauces abiertas enseñaban dos líneas curvas de dientes afilados como cuchillas. El niño gritaba alegremente, palmoteando, y su marido estaba lejos, recogiendo hierbas medicinales en las montañas. Nadie osaba aproximarse al sanguinario animal. Fueron a llamar a un pescador, conocido por su arrojo, y éste se dispuso a nadar bajo el agua para enterrar su harpón en el vientre de la bestia, no sin advertir que entonces el caimán enfurecido podía darles fin a él y al niño. Pero era el único remedio viable, y la madre aceptó. El pescador se sumergió cuando en eso el caimán, calmadamente, se dirigió a la isla de Igualtepec. El pequeño Otzilén le palmeó el lomo, aplaudió y brincó sobre una roca con el redondo rostro moreno distendido por una amplia sonrisa, mientras brillaban sus grandes ojos oscuros, y se perdió corriendo entre las imágenes de las peñas, protegido por los espíritus de extinguidos milenios. El padre entretanto regresaba con su cargamento de hojas,

encorvado, sosteniendo sobre su espalda el canasto atado a su frente por una cuerda. Llegó poco después de la caída de la tarde, contento de su cosecha, silbando una tonada, pero fatigado, deseoso de un tazón de chocolate y un largo sueño. Se encontró, en cambio, con una andanada de improperios. Ikokik, de costumbre sumisa, estaba indignada. El era capaz de prevenir los males de la comunidad, pero no los suyos propios, y pareciera que sus hierbajos le importaran más que su misma familia. Otzilén se quedó atónito. Era la primera vez que su mujer le levantaba la voz, y le costó entender lo sucedido, pues las explicaciones se mezclaban con lloros e insultos y era como si se abatieran sobre su cráneo los comales y las ollas de la mítica narración. Buscó argumentos para justificarse, pero se hallaba demasiado sorprendido como para encontrarlos, y el hecho es que debió marcharse a la cama sin chocolate y habiendo perdido el sueño, aunque no el cansancio. Y se quedó con los ojos abiertos, tendido en su petate, mirando en la sombra los perfiles de las vigas del techo. El causante del alboroto, por su parte, dormía desde horas atrás, con un sueño plácido, sin que se hubiera borrado la sonrisa de su pequeño rostro encantador.

Otro hecho que turbó profundamente a Ikokik fue la desaparición de su hijita. Las cosas fueron así: la niña jugaba con un monito a la puerta de la choza en tanto ella se ocupaba de la cocina. En eso Ikokik fue al traspatio a cortar unas hojas para envolver los tamales, y al regreso, no la encontró. Una vecina dijo haberla visto subiéndose al amate, con el mono, pero aunque la madre buscó y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, nada obtuvo. Se organizaron partidas de buscadores, y en ellas participaron todos los pobladores de Azacualpa. Pero al cabo de tres días regresaron desalentados, volvieron a sus ocupaciones, y únicamente la familia prosiguió las pesquisas. Al décimo día la encontró el padre, en una cueva, compartiendo unos zapotes con una tribu de micos. Le silbó desde un arbusto, y la niña se acercó confiada, sin que se alteraran los monos. Lívido, el brujo la tomó entre sus brazos y se marchó con tanta prisa y sigilo como le fue posible. Lamentablemente, la niña no pudo explicar en su media lengua su formidable aventura, y cuando tuvo edad para hacerlo, ya la había olvidado. Con ella se fue asimismo la joya más preciada de Ikokik, un collar de jade que le obsequiaran sus padres al abandonar Yucatán, pero no le importó. Años después, alguien contó haberlo visto al cuello de una mona, y le rindió culto, porque para estar ataviada así debía ser una sagrada manifestación. Por suerte para el brujo, Ikokik no le reprochó lo sucedido, pues comprendió por la experiencia previa, que a Otzilén le era dado vaticinar a grandes rasgos los acontecimientos de la tierra o los cielos, que afectaban a muchos, pero no los sucesos individuales de la vida cotidiana.

Ella se sobrepuso y mostró entereza cuanto duró la desaparición de la criatura, pero luego, con los días, comenzó a sufrir raras dolencias. Se le torcía la boca, al punto de impedirle hablar, o soltaba el llanto sin razón aparente, o despertaba gimiento en medio de las sombras, y fueron necesarios meses de curaciones y ensalmos para hacerla retornar a la normalidad. Y después, cuando algo la descontrolaba, su ánimo alterado se manifestaba por la torcedura de la boca, y así fue hasta la muerte, aunque eso sucedió en contadas ocasiones, porque era grande su serenidad.

Y siguió la existencia, y siguió la vejez, y siguió el amor. Pero no se crea que esos fueron los peores momentos en la vida de Ikokik.

IV

OTZILÉN, HIJO DE OTZILÉN, NIETO DE OTZILÉN

Ahora contaremos lo que sucedió a Otzilén, hijo de Otzilén, nieto de Otzilén. El no era brujo como su abuelo, como su padre. El fue pescador, de adolescente, pero después se dedicó a la agricultura, y aprendió a hacer candelas de cera de abeja, que eran buenas tánto para el uso cotidiano como para las ceremonias y las fiestas. El era un hombre apreciado y respetado, pero no era brujo. Tenía una prometida a la que amaba, y amaba los volcanes, el lago, las pirámides de Azacualpa, pero recordaba su infancia en la ciudad fortaleza de Tulum, y recordaba el oleaje del mar estallando en los roquedales de la bella ciudad de Tulum, y deseaba ardientemente volver a verla. Azacualpa era un villorrio comparado con la ciudad de su niñez, y el lago, por vasto que fuese, no era comparable al Océano.

Otzilén, el agricultor, comenzó a tener visiones. Primero eran sueños muy vívidos, de una intensidad que superaba las experiencias de la vigilia. Su alma se incorporaba, y miraba su cuerpo dormido. Luego sobrevolaba populosas ciudades, cuyas terrazas, patios, templos y palacios estaban recubiertos de estuco pintado de rojo, de rosa, de salmón, mientras iban y venían gentes de toda laya, con capas de algodón y lujosos tocados de plumas, haciendo transacciones o realizando toda suerte de oficios, en tanto los gobernantes eran paseados en andas con dosel por las amplias calzadas, en la radiante luz del mediodía, y, más allá, extensos sembradíos mostraban la risa solar de infinitas mazorcas.

El era consciente de estar en esos momentos en el pasado. No eran así las ciudades yucatecas que él recordaba, casi tragadas por la selva, la mayor parte abandonadas, donde su padre lo llevara en peregrinación, centros de misterio donde se respiraba el oscuro hálito de la muerte.

Poco después, en vigilia, el joven agricultor advirtió que tenía poderes. Pequeños, pero poderes. Deseaba sandalias nuevas, y alguien llegaba a obsequiarle un par. Tenía sed y su novia se acercaba en ese instante a la milpa, con un cántaro colmado de agua fresca, sin que él tuviese, para ello, que pronunciar una palabra.

Otzilén, el agricultor, fue a ver a Otzilén el brujo, que estaba en su isla de meditación. Lo encontró arriba, sentado en la primera grada de la pirámide, pintando un lienzo. Era un lienzo de corteza de amate macerada, recubierto por una ligera capa de estuco, y él tomaba de diversos huacalitos los tintes, que preparara con anterioridad machacando especies vegetales y diminutos crustáceos.

El joven se sentó en una piedra, apoyando los brazos cruzados sobre las rodillas, mientras el padre continuaba su tarea. Esperó pacientemente tres horas. Reconoció las imágenes que él iba trazando. Las serpientes ondulantes, la tortuga y la rana cayendo, eran anuncios de lluvia. El día Imix era favorable a la siembra. En tal otro, era bueno recoger la miel. Se trataba, por tanto, de un almanaque de agricultor.

El joven no había regresado a la isla desde el episodio del lagarto. Se sorprendió de ver pequeñas la pirámide y las rocas de imágenes, que antaño fueran gigantes, o se lo parecieran.

El brujo dio por concluida la labor de la tarde.

—Será tu regalo de bodas, aclaró, añadiendo al punto: ¿Por qué vienes?

No era un reproche. Era consciente de que su hijo no iba a interrumpirlo sin un motivo sólido.

—Padre, no quiero ser agricultor. Quiero volver allá y estudiar con los sabios.

Explicó sus visiones, sus experiencias, sus sueños. Su destino era, como el suyo, hurgar el Universo. El brujo se acarició la barbilla, pensativo. No era posible el retorno. Hechos de pesadilla estaban cobrando fuerza en las tierras aquellas y el estudio se apagaba para ceder paso al hediondo espectro de la guerra, una guerra perdida de antemano. "Pero mira —agregó para concluir— se aprende de labios humanos, pero más de la naturaleza, y más de las iluminaciones que vienen de lo alto. Si tienes lo que es más ¿para qué perseguir lo que es menos?"

El agricultor regresó cabizbajo, desencantado. Pero se casó, y hubo fiesta, y continuó trabajando la milpa y supo ver un maestro en el grano de maíz, una maestra en la abeja, y fue aprendiendo la gran paz del lago, como una página cien veces leída y otras cien olvidada nos libra, un día, su secreto.

Tenía sus maestros, pues. Y aunque el padre no quisiera darle lecciones ni él deseaba pedírselas, guardaba su enseñanza en el lienzo de amate plegado en páginas, donde se concentraban las observaciones y los conocimientos de miles de agricultores y de cientos de brujos a lo largo de cientos de años. La vida de la tierra era cíclica, pero no forzosamente exacta, pues aunque lo fuese matemáticamente el año, el curso de las estaciones, de los humanos y de los fenómenos celestes era más o menos variable, y por ello era necesario aprender a observar para predecir. La lección del libro de amate era una sabia lección. Pero era, mejor que eso, un anticipo, una preparación para recibir las diversas enseñanzas del cosmos, que tendían a germinar naturalmente en su interior.

Sagrada, delicada, y misericordiosa era la miel. Aprendió Otzilén, el agricultor, qué flores eran preferidas por las abejas, y ésas cultivó al extremo de la plantación de maíz, donde comenzaba el bosque, y por ello en los árboles próximos abundaron los panales. Supo cuándo y cuánto sacar de la miel, para no privar a los insectos de la cuota que les era útil. E insensiblemente, fue aprendiendo el lenguaje de las abejas, al punto que después se aproximaba a los panales a tomar el ambarino líquido sin protección ninguna, y sin temor a ser atacado. En una de esas invitó a su hermana menor. Otzilén

pidió permiso a las habitantes de la colmena, hablándoles con la mente, y, ante su asombro, la niña intervino en la conversación. El don que a él le costara tanto esfuerzo, para ella era espontáneo e instintivo. Y Otzilén supo que todos venimos con dones al mundo, y que aprender significa centrar el estudio en lo que han recibido los demás, yendo, de tal forma, más allá de nosotros mismos. Justo era, por tanto, ver un maestro en cada humano, por humilde que fuese, pues lo supiera o no, era portador de un grano de la universal sabiduría. De tal modo hablaba Otzilén en su corazón, mientras rellenaba calladamente los botes de barro con miel y los sellaba con cera. De a poco, como las plantas, iba subiendo en la reflexión y en la ciencia de adivinar.

El vientre de Ipoch, su mujer, fue creciendo hasta adquirir el tamaño de un cántaro grande. Llegada la fecha, un niño salió de ese vientre que era el inicio de la Creación, e inmediatamente después, asomó el otro. Eran gemelos, como los de la leyenda de los muchachos que doblegaron a los Señores de Xibalbá, y eso fue visto como una buena señal. Pero en los horóscopos, que eran forzosamente casi iguales, surgió un signo incomprensible. Y Otzilén, el que hablaba con las abejas, e Ipoch, que compartía sus ideas, se preguntaron qué don acompañaba a los gemelos.

Hicieron conjeturas, mas cada quien las guardó para sí, porque lo primero que saben los que saben, es que su saber, por mucho que sea, es una mínima migaja. Luego vinieron otros seis hijos, uno por año, y en cada horóscopo salió el signo ese.

El dijo después que era una preciosa calavera. Tenía incrustaciones de turquesa y jade, era pequeña y bien formada. De una muchacha o de un niño, quizás. Era ligeramente oval, estaba casi a flor de tierra. Topó con ella al cavar hoyos para la siembra. Se la llevó a su padre, el brujo Otzilén.

—Llegó la hora —dijo el brujo Otzilén.

El brujo guardó la calavera, y nunca más la volvió a ver nadie. El agricultor supo que se estaban despidiendo. A la mañana siguiente entró a Azacualpa el jorobado.

V

EL NAHUAL

Ahora contaremos lo que sucedió a la niña que hablaba con las abejas. Era voluntariosa, lo cual sus padres atribuían a su singular y olvidada experiencia en la comunidad de los monos. Por eso le decían monita, y así la llamaremos.

La monita, pues, era de una agilidad fuera de lo común, y esa cualidad le alababan. Hablaba con los animales, y alguna vez, en su inocencia, lo contó, pero no le creyó nadie, se rieron de ella, y ella, indignada, optó por callar el asunto de ahí en adelante. Pero nunca la picó un alacrán, ni una abeja, ni una abispa, ni manifestó temor por los coyotes

que aúllan en la noche, y adquirió tal confianza en sí misma que jamás obedeció otra instancia que su propio instinto. Sus padres desesperaron de educarla.

—Es que con ella no se puede —decía Ikokik—. Y Otzilén, el padre, lo corroboraba con un mudo gesto agrio. Mas la pequeña era de buena índole, y podía mostrarse sobradamente afectuosa, y admiraba al otro Otzilén, su hermano mayor.

Un día se escapó de la casa, tras una de sus rabietas. La llevó el jorobado de regreso a la mañana siguiente, y contó que se la había hallado en un pantano, croando con las ranas, pidiendo lluvia. Ikokik afirmó que esa niña le iba a sacar canas verdes, lo cual despertó gran expectativa en su hija menor y sus nietos, pero eso no sucedió. Simplemente se le torció la boca.

Cuando Otzilén, el adorado hermano, la llevó a visitar a las abejas, ella se sintió feliz de que él también participara del secreto lenguaje, y enfrente de otras gentes, con la mente o con el zumbido, le mandaba mensajes por encima de sus cabezas, para armar divertidos enredos.

Le comunicaba, por ejemplo, que al señor tal le llamaría huacal, y a continuación tomaba un huacal deteriorado y afirmaba que había que arrojarlo a la basura porque era una perfecta mierda. Y el agricultor cambiaba de color o soltaba una carcajada, sin que nadie entendiera por qué.

La tarde de la calavera, la monita llegó alborozada a casa de su hermano mayor, a contarle que estaba de regreso el jorobado, pero Otzilén muy serio, le pidió que lo dejara solo. Ella volvió a la choza de sus padres, donde el brujo estaba haciendo conjuros alrededor de un objeto blanco que no supo identificar. Se retiró también de ahí, y se perdió en la enmarañada vegetación de un monte cercano, abandonando sus pasos al arbitrio de los senderos, mientras confusos sentimientos se agolpaban en su pecho.

Sintió algo extraño entre sus piernas, mientras estaba acurrucada en una piedra, viendo crecer la noche. Se tocó. Sangraba. Sintió que se nublaba su vista. Deseaba regresar y no le era posible, deambulaba por senderos que la extraviaban y la devolvían al punto de partida. Gritó. Su pedido de auxilio se hundió en el laberinto selvático. En eso llegó una vieja mona, a la que vagamente reconoció. Llevaba el collar de Ikokik. La mona la vio gimiendo, la tomó en sus brazos, y ella durmió en el tibio regazo animal, agradecida, pero sintiéndose enferma, rechazada por su hermano, echada de su hogar, olvidada de todos, menos de esa gran bestia maternal y sencilla, sobre cuyo pelaje se desangraba sin saber la razón. La mona era su nahual, su animal protector, y merecía el collar hermoso, dado que encarnaba una de las nobles fuerzas de la naturaleza.

Al amanecer se sintió culpable, sospechó que iba a encontrar a su madre con la cara torcida, haciendo rechinar la piedra de moler, bajo el lucero último. Se apresuró a regresar, preguntándose si explicar lo sucedido o silenciarlo, guardándolo en su mutismo díscolo. Pero el padre no estaba, la madre dormía, y la monita se acostó sigilosamente a su lado, poco antes de que despertara su hermano segundo, y la dejara gozar de la inusual quietud de la choza. Ella misma se sumergió en un sueño ligero, y cuando abrió los ojos,

Ikokik se aprestaba a lavar la ropa. Le pidió su ropa sucia, y al ver el refajo manchado de la monita, la sentó cariñosamente sobre sus piernas, como en otro tiempo, y le habló largo rato. El padre, perdido en su isla de meditación, no se percató de lo sucedido.

VI

LA LLEGADA DEL JOROBADO

—Una señora

que va palmeando por el bosque

haciendo tortillas de aire.

—¡La mariposa! —gritaban los niños.

—Un señor que mucho ríe,

tiene pelos amarillos,

tiene dientes amarillos,

se envuelve en una capa verde.

—¡El maíz!

Las adivinanzas eran tradicionales. En eso, Ikokik pensó que estaba iniciando a sus nietos en el arte de la adivinación, y se sorprendió de su propia idea.

La abuela era la diversión máxima de los niños, con su amable inventiva, dándoles a conocer inmemoriales juguetes, como hacer sombras de animales con las manos, contra un muro, a la luz de las candelas que fabricaba el agricultor. Pero si llegaba el jorobado, cualquier otra diversión se eclipsaba.

El jorobado venía del Señorío de Cuzcatlán. Era panzón, malabar y juglar, de tal forma que sus visitas eran una fiesta para todo Azacualpa. Hablaba en nahuat, así que era difícil de entender, pero se complementaba admirablemente con muecas y gestos. Lo mejor era la noche. Con el cuerpo todo pintado de negro, el malabar hacía danzar sus muñequitos de barro, suspendidos por hilos, frente a una fogata, y se dijera que los muñecos eran como espíritus flotantes. Con facilidad sorprendente, el jorobado iba combinando voces para hacerlos dialogar entre sí, y desarrollar anécdotas que daban cuenta de cosas presentes o remotas, leyendas de los Reyes de antes, o de los animales, o de lo que vio en el camino, antes de avizorar las casas y las pirámides de Azacualpa. Y por sus tonos de voz, y la gesticulación de los muñecos de barro, que eran capaces de mover los brazos, sentarse o brincar, era comprensible la fábula del narrador nahuat.

La visita tenía lugar a comienzos o mediados de verano, era hasta cierto punto predecible, como las cosechas, y era, como ellas, esperada. Y así, ese ser tan feo, que hubiese debido inspirar temor a los pequeños, era al contrario querido en Azacualpa por chicos y grandes, e igual en las poblaciones de los alrededores, y ese hombre solitario, sin mujer, ni descendencia, ni familia cercana, era en cambio depositario de un generalizado afecto.

El era de Cuzcatlán. Cuzcatlán era un Señorío con una capital amplia y populosa, situada al pie de armoniosas colinas y alrededor de una laguna que la reflejaba, y que en la canícula del mediodía brillaba como un ardiente espejo, por lo cual los lugareños la comparaban al dios Tezcatlipoca, "el espejo humeante". Era la laguna como el dios lunar, una luna acuática depositada en una cuenca redonda, que era quizás el cráter de una antigua erupción. Descendiendo de las colinas y extendiéndose por los márgenes de la ciudad, enormes bosques alargaban su espesa sombra, interrumpida, hacia el Sur, por los campos de labranza.

Las construcciones de bahareque se levantaban sobre fuertes basamentos de piedra, con escalinatas en las entradas, y remataban en bien tejidas techumbres de palma o de paja. Se hallaba la ciudad en las tierras que se sitúan camino al Gran Mar. En tiempos de los nómadas, al parecer, eran ásperos picos sus colinas, miembros de una cordillera que atravesaba la región de Este a Oeste. Pero los milenios, las lluvias y los vientos, las fueron modelando como jorobas de barro, que la vegetación cubrió de un esponjoso plumaje. Sin ser una magna ciudad, como Tulum. Cuzcatlán era sin duda un lugar digno de verse.

Entre Cuzcatlán y Azacualpa la relación era, por encima de las otras, la que daba el comercio. Los tlamemes iban y venían de acá para allá, de allá para acá, llevando, según fuera el caso, mantas de algodón, pitos, ocarinas, jícaras labradas, sal y cangrejos de carapacho color naranja, violeta en las extremidades, que intentaban vanamente escapar de la red que tapaba el canasto. También los tlamemes, yendo por montes y barrancos con su peso sobre la desnuda espalda sudorosa, eran jorobados, sólo que su joroba era postiza.

Los cargadores, o tlamemes, eran una clase internacional. Viajaban lunas y lunas, y algunos provenían incluso de la distante y opulenta Tenochtitlán, la ciudad lacustre, cuyas calles eran canales navegables, y de la que se narraban inimaginables portentos.

Esos mercaderes ambulantes fueron los primeros en llevar a Cuzcatlán las sangrientas noticias, pero quien tuvo esa triste prerrogativa en Azacualpa fue el deforme titiritero, y ya era para entonces demasiado tarde, pues los depredadores, de los cuales se discutía si eran dioses o no, ya estaban en posesión del Señorío de Cuzcatlán, reinando como sátrapas. Mas demasiado tarde para qué, a fin de cuentas, si ni antes ni después hubiese sido posible contenerlos. Eran de metal sus pechos, de metal sus armas, y eran dueños de unos como pequeños volcanes que echaban fuego y piedras de matar cuando a ellos se les daba la gana. Montaban unos grandes venados taciturnos, más misteriosos

aún que esos hombres blancos provistos de barba que, poniendo al rojo vivo unos como sellos de metal, los usaban para marcar a las gentes. Eran temibles, verdaderamente.

El titiritero contó con terror visible las noticias, pero como no lo terminaban de comprender, lo llevaron donde Otzilén, el brujo, quien hablaba nahuat. De hecho, el recado era para él. Los señores de Cuzcatlán, en un postrer y desesperado esfuerzo, le rogaban que desatara sus poderes máximos. El escuchó en silencio y se retiró a orar. El jorobado estaba fuera de estación, pues las primeras lluvias debieran haber caído para la fecha, mas las jornadas solares se prolongaban. Otzilén, el brujo, envió de regreso al jorobado y ayunó mortificándose, tres días, con sus noches. Entonces llamó a las ondulantes serpientes de los cielos, cuya voz es el trueno, y convocó a los chaques, que guardan los tecomates de la lluvia, y una formidable tormenta se abatió sobre el Señorío de Cuzcatlán, empantanando a los caballos, empapando la pólvora de los Conquistadores, y calándolos hasta la médula de los huesos. Los cuzcatlecos, advertidos por el titiritero, se refugiaron con víveres en cuevas elevadas, o lo hicieron, al menos, los que pudieron. En una calma de la tormenta, el dios Tonatiú Pedro de Alvarado ordenó destruir y prender fuego a la ciudad, y organizó la retirada, llevándose, como esclavos, a cuantos indígenas le fue dado atrapar, atados unos a otros con cadenas.

El brujo, hombre sano la víspera, quedó disminuido tras la tempestad, al punto que era visible su esqueleto bajo sus pellejos colgantes. Se tendió en su petate, no pudo volver a levantarse. Alcanzó a saber de su éxito. Sonrió débilmente y dijo, triste:

—Van a regresar.

Eso fue lo último. Se fue a la tierra donde van los muertos, dejando de herencia, su grata memoria, y un espejo de adivinaciones a su hijo Otzilén, hecho de pirita pulida.

VII

Viento bueno en la infancia
terrestre.
Y a la edad de las sombras,
las sombras,
y a la edad de la noche
la noche.
Otzilén,
en silencio,
yerto bajo la tierra,
aunque tú no lo veas,
por la tierra
va la guerra.
Pero tú ya descansas

Otzilén,
en silencio,
y aunque tú no lo sientas,
sobre tu tumba
pasa el viento.

VIII

EL HEREDERO

Otzilén, descendiente de linaje de adivinos y brujos, vio crecer sus poderes sin acertar a explicárselos por entero. Arreciaba la batalla, alguien lo llamaba, e inmediatamente después una bala atravesaba el aire que él acababa de abandonar. Se quedaba viendo un caballo, como midiendo fuerzas, y el singular cuadrúpedo se inmovilizaba y volvía sobre sus pasos, desobedeciendo a su jinete. Se fue acostumbrando Otzilén a esos cotidianos enigmas, sin preguntarse mucho. Aunque, por ellos, despertaba la admiración de su entorno, se supo mínimo ante los magnos poderes siderales, de los cuales se consideraba un voluntario siervo. Mas su función no era vencer en guerra, sino sanar, y a eso se consagró. Y poco antes de que la guerra terminase, no vaciló el curandero en dar remedio, también a los heridos de los soldados españoles, extrayendo las puntas de flecha y sellando las llagas sin que quedase cicatriz, y sin que él pidiera nada a cambio. El humano dolor era su problema, y procurar salvar lo insalvable carecía de sentido. Y, como suele suceder con el tiempo, pasaron los años.

La rutina de Azacualpa no se alteró fundamentalmente. De tributarios del Señorío de Cuzcatlán, sus habitantes pasaron a serlo de los españoles, quienes apenas se acercaban al caserío, y la inicial oleada de pesadumbre fue dando paso a la indiferencia, esa relativa indiferencia a la que conduce el tradicional fatalismo indígena.

Refugiado en su pequeño mundo, Otzilén lamentaba el mundo perdido.

No le inquietó demasiado la consumación de la Conquista, pues sabía de antemano que la causa india estaba condenada (así lo decidieron las estrellas) así que no lloró, en ese momento, junto a los suyos, y más bien se alegró de que concluyera la carnicería. Pero ahora lamentaba otra cosa que sus compatriotas no advertían, el progresivo sometimiento de las conciencias.

Esa influencia nefasta iba ganando, particularmente, las tierras del Sur. Pero a Otzilén le indignó la insensibilidad de los hijos de Azacualpa, y decidió irse a un sitio apartado, sin vecinos.

—No —dijo la mujer— los niños no tendrán con quién jugar.

—Pueden jugar entre ellos —dijo él.

—Yo no tendré con quién hablar —dijo la mujer

—Puedes hablar conmigo y con ellos —dijo él.

—No es igual —dijo la mujer—, de aquí somos nosotros. Yo no me voy —añadió.

—Entonces me voy yo solo —dijo él.

Entonces se fueron todos, y caminaron largo hasta encontrar un terreno que Otzilén quiso para sí, y los hijos le ayudaron a desbrozar para sembrar la milpa, el frijolar y los tomates, y también las flores para el apiario, y le ayudaron a construir una choza más amplia que la anterior. Además, en las proximidades se hallaba un caserío nahuat, y la mujer tuvo con quién hablar, y los niños con quién jugar.

Una de esas noches, Otzilén se incorporó y contempló su cuerpo dormido. Esta vez su espíritu no alzó el vuelo. Se hundió en las aguas del lago de Güixat. Lo esperaban tres doncellas, que lo llevaron a un templo, entre las ruinas cubiertas por la suave danza de los líquenes. Un hombre con cola de pez le franqueó la entrada. Dentro estaba Topiltzín, Príncipe sumergido. Se quedaron viendo, callados, largo rato; después lo llamó el hombre con cola de pez y las doncellas lo llevaron de regreso a su cuerpo. Supo así el curandero que los mundos de la eternidad no se pierden, vuelven a las eternidades que han dejado sólo por algunos milenios para reposar sobre la tierra. Despertó al regreso,.y por primera vez desde la muerte de su padre, sacó de su envoltorio el espejo de adivinaciones. Desde él lo miró, otra vez, Topiltzín.

—Atiende al cura —dijo Topiltzín.

El iba a reclamar, pero la imagen se difuminó, y Otzilén se sentó, insomne, a la puerta de su choza, hasta la madrugada. Y cuado el cura borracho se presentó con una mano rota, Otzilén debió ocultar su repugnancia para ayudarlo.

IX

YO, EL JOROBADO

Yo, el jorobado, contaré mi triste historia triste, yo, el jorobado. Jorobado me llamaron. No otro nombre tuve. Jorobado sólo. Fui tlameme de mí mismo, con mi carga siempre sobre mi espalda, siempre sobre mi alma. Hoy hablo desde la tierra, desde la oscura tierra que nos amamantó y nos dio de comer, con maíz de harina blanca, con maíz de color de sol. Debajo de la tierra estoy desde siempre, desde entonces, ya para siempre, yo el jorobado. Hablo con hojas que crecen sobre mi olvidada tumba, con hojas de higuerillo, con hojas de zacate que mecen al viento unas como estrellas blancas de

puntos verdes, con hojas de zacate pobre, con flores pobres de zacate. Así hablo yo. Esta fue mi historia. Una historia triste, no una buena historia.

Iba yo con mi saco de huesos por esos montes, llevando, en otro saco, mis amigos que yo había hecho. No eran gentes de verdad sino pequeñas gentes de mentira, que yo había hecho. Eran como mujercitas y como hombrecitos, y era divertido verlos. Eso decían. Se rompían a veces, y yo los reparaba con barro, o fabricaba otros. Hablaban en la noche, por mi boca, como las hojas del higuerillo y del zacate hablan ahora por mí. Eran como gentes pequeñas.

Yo fui donde el brujo Otzilén a decirle que lloviera. Ustedes ya saben. Ustedes me mandaron. Ustedes se acuerdan. Yo fui donde el brujo Otzilén para que lloviera, y el brujo llovió y llovió tanto que se murió, se perdió, se fue. Yo no quería que el brujo Otzilén muriera, yo no pensaba que iba a ser así, y me sentí mal, muy mal, como un hombre que mata a otro que fue amable con él, que fue generoso que se portó como amigo. Pero yo no sabía que iba a ser así, y no lo supe hasta después, hasta bastante después. Bastante, bastante.

Una mañana yo modelaba barro para hacer muñecos, pero no me salían como se debe. "Espérate a la tarde, dijo él, entonces saldrán" dijo él. Y así fue. Muchos fueron. Tuve agilidad en mis manos, las mujeres salieron del barro, les hice pechos redondos con pezones pequeños, buenos vientres con hoyuelos de ombligo, buenos refajos también, y caritas, y piernas y unas con la trenza enrollada alrededor de la cabeza y otras con adornos en la cabeza. Como veinte, sí. Nunca hice tantas antes, ni después, así de un jalón, y eran preciosas de ver. Sólo mujeres eran, y todos se admiraron, después, cuando las vieron, después que las hube quemado en un horno, con cinco pantes de leña, para que endurecieran como debe ser. Los bracitos los hice aparte, para que se movieran después. Para darle gracias al brujo Otzilén le regalé una a su hija pequeña, monita, que le decían, y ella estuvo contenta.

Muy grande fue la lluvia del brujo. Muchos días duró. Terrible fue, con rayos espantables, estallando como latigazos. Era con rabia la tormenta, el temporal que duró muchos días. En eso se calmó un rato. Yo salí a ver.

Salí fuera de mi cueva, de mi escondrijo. Un español me vio. El me amenazó con un cuchillo, llamó a otros y me amarraron y me llevaron donde Tonatiú Pedro de Alvarado, que tenía pelo como de mazorca, barba como de mazorca. Le dijeron que yo era truquero, contador de cuentos, enseñador de muñecos que hablan.

—Los reyes tienen bufones —dijo—. Tu serás mi bufón —dijo.

Así dijo, esa fue su palabra. Y aprendí a hablar en castilla, a latigazos, para que mis muñecos hablaran en castilla, para divertir al rey dios Tonatiú, porque así era la costumbre de los reyes de allá, de donde ellos vinieron, de muy lejos. Yo, tlameme, yo, hombre con un como monte sobre ia espalda, con una como pirámide, y me fui a Quathemallán, Guatemala, que ellos llamaban, para servir al rey dios Tonatiú, con una

cadena de hierro al pescuezo, como arriar bestias, así nomás, y aprendieron a hablar castilla mis amigos de barro, que yo había hecho.

X

PABLO

Los cocoteros inclinaban sus palmas al oleaje manso del aire alto, mientras abajo se respiraba únicamente una atmósfera quieta, caliente, y se escuchaba a la distancia el rumor del oleaje del mar. Un sol cenital, la más brillante esfera que imaginarse pueda, se situaba al centro de ese cielo color lapislázuli, donde las escasas nubes eran como las vetas del lapislázuli. En el combo escudo del firmamento, el sol era el emblema de los trópicos, imponiendo su poder en la altura, y abajo, en los animales y los humanos, la pereza, la calma, el silencio, arrullado más que turbado por ese ruido de oleaje, y turbado por el zumbido impertinente de algún zancudo ávido de sangre. Pero los cocoteros inclinaban sus palmas con levedad, y el día era bello.

Quietud.

Avanza el cura en su mula, sudorosos él y la mula. Va a tomar posesión de su curato en San Salvador. No ve al monaguillo, que va, sudando también, en su cabalgadura. Dejándose llevar por el vaivén, en el fervoroso sol, siente como una bendición una ráfaga de la brisa del Mar del Sur. Pero en esa armoniosa calma le inquietan ideas que son quizás, el resultado de la fiebre solar. ¿Y si él, clérigo por la gracia de Dios, llevando a cuestas la carga de su pecado como una invisible joroba, fuese además de fornicador y sacrílego, incestuoso?

Y se atormenta a partir de ahí incesantemente, reprochándose esas escasas horas de felicidad que tuvieran lugar semanas atrás, y siente la doble amargura contradictoria de haber pecado y de no seguir haciéndolo. Pero se detienen al caer la tarde, y les dan posada en un rancho campesino, y les dan de beber hospitalariamente unos anchos huacales de chicha. El licor de maíz se revela como una panacea, calmando los males del alma y los huesos maltrechos del largo viaje, y el cura y su acompañante duermen un sueño profundo hasta la madrugada. Despierta don Pablo de Alcántara con la boca reseca, pero les dan agua de coco y una vez restaurados de los vapores del alcohol, les sirven un desayuno fastuoso. En agradecimiento deja don Pablo unas estampas de la Virgen y una medallita de plata, y siguen cabalgando.

Mucho tiempo después, don Pablo confiaba al curandero Otzilén los escrúpulos que lo atormentaban desde aquella fecha. Otzilén le hizo ver que ningún amor era culpable, y que por muchos defectos que se hubiesen mezclado con el amor, era posible limpiarlo. porque lo que yacía bajo la escoria era una luz de eternidad. Y dijo el curandero que mucho peor es que esas faltas suyas eran las de Pedro de Alvarado, quien

lejos de arrepentirse se jactaba de ellas, y era por ellas alabado, y que las gentes que vemos a diestra y siniestra, aparentemente sanas y seguras de sus razones, suelen ser portadoras de un corazón deforme. Pablo se sintió bien, pues se acababa de confesar con un padre, y éste lo había absuelto.

XI

EL ALMIRANTE

Dentro de algunas horas, habrán transcurrido quinientos años. Estoy aquí, de pie, contemplando el Océano como entonces. Mi nombre, Cristóbal, es de todos conocido. Mis toscos rasgos fueron afinados por los hacedores de estampas, pues, al parecer, quien hace algo importante debe tener una figura prócer, imbuida de dignidad. Es uno de los requisitos de la Historia, y no hemos de contradecir a tan digna dama. También fueron afinados los rasgos de Isabel de Castilla, dignificando su porte. Tiene un cofrecito de joyas en la mano, como recordando que ella ofreció darlas para la empresa naviera que fermentaba en mi mente, si bien nunca lo hizo y quien invirtió la mayor parte de la cuantiosa suma fue el judío Santángel. Situadas sobre pequeños promontorios, como pirámides escalonadas, nuestras estatuas flanquean el Palacio Nacional de San Salvador, y contemplan el humano mar, el oleaje de una raza innumerable de cuyos destinos decidimos, sin percatarnos del alcance de lo que desatábamos. Creo que la Reina no sostiene un cofre de joyas. Creo que ella sostiene la caja de Pandora.

En cada ser que sufre hay un dios preparándose para el futuro. Por eso ya no lamento demasiado los males que desparramamos, como tampoco me parece correcto envanecerme de mi hazaña.

Pero fue hazaña, realmente.

Esa moneda que se llama Colón porta mi digna, vera efigie. ¿Pero cómo podía yo evitar que la moneda tuviera, además, un reverso? Entiendo que nos mueve el viento grande de la historia, y que si mis tres míseras embarcaciones hubieran naufragado, y mi gente se hubiera ahogado en el olvido, otro hubiese venido poco después, y hubiesen tenido lugar las cosas que inevitablemente debían ocurrir.

La fiebre de las navegaciones era demasiada, y la idea, aunque arriesgada, teóricamente posible. Apoderándose de Constantinopla, los turcos pusieron un tapón entre nosotros y las riquezas de Oriente. ¿No era lógico, por lo tanto, ir a buscarlas por donde ellos no podían llegar? De hecho, yo hubiese convencido a los monarcas de Portugal, a no ser porque en eso llegó Bartolomé Díaz, probando que era posible ir al Asia en navegación costera, bordeando el Africa. Y de tal guisa, para cumplir mi sueño, debí volverme experto en los ratonescos trámites de las cortes, mucho más fatigosos que atravesar el Océano. Pero me fue dado ese como anticipo de la eternidad que consiste en permanecer en la memoria de los humanos, y por eso veo desde una estatua la plaza

mayor de una región que nunca hollaron mis terrenales pies. El humano mar... gotas son de agua santa vestida por el polvo y por la luz. Y cuando el polvo vuelva al polvo, "pulvis est et in pulverem..." el agua volverá al mar, y de ahí nuevamente marcada por la luz, volará a las nubes altísimas, al arcangélico coro de las almas nubes que alaban lo creado. En cuanto a mi gloria, qué decir. Libré tres carabelas a un fuerte riesgo, ¿pero no era mucho y comúnmente aceptado, el riesgo de esos comerciantes que iban por tierra a Oriente, desafiando desiertos y ventisqueros, tormentas de arena, tempestades de granizo y nieve, emboscadas de bandidos ocultos en antiguas ciudades abandonadas? Por otra parte, yo, Cristóbal, me confié en los cálculos del griego Ptolomeo, según el cual la esfera del mundo era considerablemente menor, y creí que alcanzaría el nuevo puerto mucho antes de lo que fue en realidad. Se exageraron mi arrojo y mi pericia náuticas, cuando fui más bien un instrumento del inexorable destino.

Isabel de Castilla. Madre la llamaron de un orbe nuevo y recuerdo sus quejas de pobreza, su oferta de las joyas de la corona. Pero acababan de ganar los castellanos a los mahometanos, y de obtener, para sí, los reinos riquísimos de Andalucía, al fin vagamente cristianizada, como sería poco después vagamente cristianizado el orbe nuevo, y yo fingí creer en las pobrezas monárquicas que iban a financiarme porque no es bueno contradecir a los poderosos. Pero, Isabel aquella madre bondadosa, de dulces rasgos, que se yergue junto a mí como una esposa espiritual, fue la mujer de un hombre justamente alabado por mi compatriota Maquiavelo, que pese a los elogios que él le otorga en El Príncipe fue Rey sólo la mitad. Cuando se casaron, contrariamente a la costumbre, Isabel de Castilla no se mostró sumisa. Llegó a la boda igual que él, cabalgando un caballo cubierto de elegantes gualdrapas y enarbolando una espada desnuda. Era decirle que ella iba a compartir el poder, no a ceder en nada. Así fue. Fernando del Pulgar, cronista de sus Católicas Majestades, debió comenzar siempre sus escritos diciendo "El Rey y la Reina hicieron..." al punto que se pretendió que había llegado a escribir: "El Rey y la Reina parieron un hijo..."

Pero hoy está la Reina a mi lado, viendo el mar humano, en una ciudad que lleva el nombre de San Salvador, como aquella primera isla que yo descubrí, a algunos cientos de leguas de este lugar.

XII

EL GUERRERO

Batidores que baten
niebla y silencio,
hacedores de lluvia,
Chaques inciertos,

fabricadores
de otro universo.
Esmeralda de hojas
por las eras solares,
oro vivo viviente
del riente maíz riente,
harina que da vida
para dar vida muere.

La luna se tornó roja, como paño de menstruo. El hermano segundo de Otzilén, quien fuera a ver aquella borrasca desatada por el padre de ambos, acompañando al jorobado, relató a su hermano los acontecimientos, en pocas palabras, según su costumbre. Vio a los Señores de Cuzcatlán flotando en el viento, colgados de cuerdas. Contempló, de una cueva, las cortinas innumerables de la tempestad letal, y al escuchar el entrechocar de hierros que era signo de la retirada del invasor, vio arder la hermosa capital de Cuzcatlán, las devoradoras llamas que iban por la atmósfera y se proyectaban en el lago, "espejo humeante", dando lugar a un admirable y sobrecogedor espectáculo, doblado de gritos y maldiciones. Aún alcanzó a saludar de lejos al titiritero maniatado, con un silbido cómplice sólo de ambos conocido, que simulaba un pájaro.

Las maldiciones maduraron en el alma del muchacho. El no era sanador, como su hermano. El no hablaba con las abejas y los micos, como su hermana. El no tenía consuelo, pero era poseedor de maldiciones. El no podía aplicarlas como brujo, pero era cerbatanero. Se fraguaba una conspiración. El estaba dispuesto a participar. Ya no era un joven sino un hombre fuerte. Tomarían por asalto la villa de San Salvador. Otzilén procuró disuadirlo. Desde antes mismo de la llegada de los españoles, arribó un aliado feroz, la viruela, que diezmó la población y facilitó la Conquista. Las pústulas se volvieron llagas, y creciendo dentro del pecho, ahogaban a las víctimas. Una nueva epidemia acabó, tras la fundación de San Salvador, con las nueve décimas partes de la población indígena, sin que el sanador hallara remedio contra la nueva enfermedad. Era absurdo que pocos, disminuidos, y acaso afectados del mal, lucharan contra España. Era guerra inútil.

—Dejaremos una leyenda —dijo el hermano—, dirán que no nos doblegamos con facilidad.

—Será una leyenda anónima —dijo Otzilén.

—Será mejor por eso —dijo el hermano.

—Será una bella leyenda —dijo Otzilén.

Y la luna se cubrió de rojo, como trapo de menstruo.

Otzilén se inclinó ante una figura de Ixtab, deidad de los que se ahorcan, y pensó en los Señores de Cuzcatlán, y en su hermano menor.

Alejé de mí el estudio y el excesivo esfuerzo de la inteligencia. No fui lector de códices, lector de libros en corteza de amate. Guerrero fui, flechero, cerbatanero fui. Me alcé lleno de un justo odio contra ellos, contra el dios que ellos traían. Eran poderosas las maldiciones del dios ese, Jesús. Fuertes, perversas como reptiles venenosos que se deslizan en la selva eran las maldiciones que salían en la carne, primero como granos rojos o morados que se iban haciendo llagas, y los que las recibían se rascaban hasta morir, y se desplomaban, ciegos, arrastrándose, frotándose contra los guijarros, para rascarse. Viruela le llamaban ellos, pero a ellos no les dio. De los nuestros, cientos murieron. Se acercaban los zopilotes a las chozas, grandes, negros, y se paraban aleteando en los techos. Después entraban a las chozas, y era como si fueran de ellos, como si fueran pobladas de grandes pájaros negros. Primero esperaban a que las gentes fueran difuntas, pero más tarde, ni eso. Se metían, picoteaban a los que se rascaban por tierra, que gritaban, hasta que quedaban los esqueletos limpios, sin ojos, sin carne. Los pelos de la cabeza les dejaban. Eso era. Eran los pueblos de los zopilotes, las pirámides donde eran señores los zopilotes. Por eso odiamos al dios Jesús ese, y un esclavo que era de Gonzalo Alvarado y huyó, uno que hablaba gangoso, que le había cortado las orejas y la nariz su dueño, nos organizó a nosotros, los guerreros sobrevivientes, para luchar contra los españoles, contra la ciudad de San Salvador, que ellos fundaron.

Por los hermosos montes nos reunimos, por el hermoso monte de los Venados, por el hermoso monte de los Conejos, por el Río de las Murmurantes Hablas, ahí nos juntamos y nos ejercitamos, con nuestros corseletes de algodón, con flechas de agudas puntas de obsidiana, con tensados arcos, con lisas lanzas firmes, y yo tallé mi cerbatana de hueso, mi bella cerbatana de hueso de pierna de venado.

La señal en la noche, se confundió con el gorjeo ocasional de un pájaro. Avanzamos como felinos, ligeros y sin sonidos.

Era noche calurosa y sin luna (así lo habíamos previsto) y brillaban las constelaciones deidades como echándoles magia a los techos. Era caliente noche, por eso dormían con las ventanas abiertas, y desde ellas, veloz como un silbido, disparé mis dardos tan certeramente que entraron en las carnes por la sien, dándoles apenas tiempo de exhalar un gemido. Pero una patrulla pasó, y se armó lucha cuerpo a cuerpo, con escándalo. Y uno de los que despertaron subió al campanario y azotó las campanas, y pronto comenzó a estallar pólvora, y cayeron varios de los nuestros, y huimos en desbandada. Yo corrí, corrí, hasta dar con un escondrijo en el Monte de los Venados. Caí exhausto, manando sangre.

Rotos los vasos de la sangre,
los riachuelos rojos
corren por la verde heredad,
hacia el pasado,
los riachuelos rojos por el río
de murmurantes hablas,
por los montes

del conejo,
el venado,
y del jaguar, sol de la noche oscura,
por los montes
del colibrí y la nube
ascienden,
los que se van
al cielo
de los guerreros muertos en batalla.
Como si despertásemos a la orilla de un sueño,
un rato vinimos a vivir en la tierra,
entre los árboles
de hojas como verde plumaje de quetzal,
con las flores que aroman,
con las bellas muchachas,
con las mazorcas doradas,
con el fuego dorado.
Pero ya nos vamos,
nosotros,
ya nos vamos,
ahí de donde vinimos.

Ikokik permaneció en Azacualpa, con la monita, y cuando ésta se casó, dijo que no deseaba estorbar y se quedó sola en su choza, levantándose siempre con el alba a moler, yendo siempre a lavar al río, haciendo ella sola todas sus cosas.

Aunque no estaba tan solitaria. Una tarde en que la monita se había aproximado a saludarla, se acercó un venado blanco de noble porte.

—Es Otzilén, tu padre —dijo Ikokik.

Y aunque la monita no pudo hablar con él, supo que era verdad. Otra tarde se les acercó un jaguar blanco. Las husmeó, se dejó acariciar por la vieja.

—Es tu hermano, el cerbatanero —dijo ella.

Así, cuando el cadáver de su hijo arribó clandestinamente a Azacualpa, y le llegaron a dar la noticia, Ikokik no mostró asombro ni tristeza, ni se le torció la boca.

El cerbatanero fue enterrado con honores de héroe. Le pusieron una cuenta de jade en la boca, y situaron, junto a él, ollitas conteniendo maíz, cacao y puros. Colocaron, asimismo, su más preciada pertenencia, la cerbatana de hueso. Lo llevaron en una canoa, para enterrarlo en la isla de Otzilén, junto a Otzilén.

Esa noche, Ikokik lo llamó, y el jaguar blanco se acercó y se echó a descansar mansamente a su lado. Después cuando la visitaban los nietos, si estaba con alguno de los animales, lo saludaban también.

—Hola abuelo.

—Hola tío.

Y ellos movían la cabeza en señal de asentimiento. Y una vez los condujeron a la isla a enseñarles dónde estaban sepultados sus cuerpos de antes, y les contaron cómo, uno y otro, habían sido enterrados en la noche, para poder cumplir los antiguos rituales sin despertar sospechas, pues los españoles no se acercaban sino a veces, de día, y como los pobladores de Azacualpa avanzaron en cayucos por las aguas, con velas encendidas, para despedirlos. Los animales escucharon con atención, y luego cada uno puso una pata sobre su tumba, como un sello.

XIII

SAN SALVADOR

La ciudad de San Salvador ha sido trasladada de su primitivo asiento, en la Bermuda, y se encuentra ahora en el Valle de las Hamacas, al pie de un majestuoso volcán piramidal. Frente a la plaza del convento de Santo Domingo pasan caballeros con espada al cinto, y damas con mantilla. Doblan las campanas del amplio convento blanco, pues va a haber una misa.

Del altar cuelgan encajes como espuma, como una ola que acabara de estallar contra un bloque de piedra, y el sacerdote se apresta a honrar al Señor del pan y del vino, cubierto de una capa purpúrea, recamada con una cruz de amatista entretejida de hilo de oro. Y el Señor de los panes y los peces, por la celeste alquimia de su ministro, transforma su carne en una leve hojuela de harina de trigo, y vuelve el vino en sangre.

Españoles e indios oyen un relato de viñedos, pastores de ovejas, dracmas griegas y denarios romanos, y esa leyenda dulce y sabia es la voz de un hombre torturado hasta la muerte, colgado de dos vigas en cruz. Después un grave coro litúrgico llena la atmósfera, y van saliendo los asistentes de entre nubes de incienso, abandonando una pequeña eternidad para retornar a las urgencias del día.

Afuera, en la fiebre del sol, vendedoras de frutas y verduras se agrupan cercando una fuente, bajo sombras de petate o manta sostenidas por estacas hincadas en el suelo. El suelo es de tierra apisonada, y la fuente borbotea un chorro único, diciendo ininteligibles cosas de agua y piedra. Oculto entre las ramas de un frondoso amate, un clarinero deja oír tres largas notas melodiosas. A sus pies, sentados en las fuertes raíces del gran árbol, los niños indios se agrupan cuchicheando, en espera del cura para el recibimiento de la doctrina. Y un ajetreo dominical se extiende por la ciudad de San Salvador, un ajetreo de almuerzos familiares, de juegos y de tonadas campesinas.

No era un domingo cualquiera. Era la fiesta del Divino Salvador del Mundo, patrono de la capital, y por ello fue paseado en andas, antes de la misa, la imagen del patrono, admirable talla de un artista barroco, que acababa de enviar, para la ocasión, el Rey Carlos V. Y por eso la misa fue particularmente solemne, y la hostia consagrada fue elevada en una custodia de plata, toda hecha de rayos luminosos, trabajo de un platero de Metapán, y los feligreses apenas osaban levantar los ojos hacia ese Rey de Reyes que era una migaja, en tanto los monaguillos, arrodillados como los restantes espectadores, agitaban las campanillas con todas sus fuerzas.

En un rincón del templo, una vieja beata se abanicaba con un abanico de Al-Andaluz, "puerta del Paraíso". Las mantillas de las españolas eran negras o blancas, encajes de Sevilla, mientras las indias cubrían sus cabezas con paños de algodón rojos y morados, hechos por ellas. Los españoles ocupaban las primeras bancas, y el resto los indios, y entre ellos, iban primero los tlaxcaltecas y aztecas que trajera Pedro de Alvarado para pacificar Cuzcatlán, región rebelde. Ellos, por cierto, pusieron el nombre de "pipiles" o niños, a sus distantes parientes que aquí vivían, porque hablaban como las criaturas, terminando las palabras en t y no con el elegante tl del México central. Pero a estas alturas ya se hallaban asimilados a la población, y lo que era un campamento pasó a ser un caserío llamado "Mexicanos" desde aquel tiempo. Más tú perdona ¡oh lector benévolo! al escritor de aldea que escribe estas líneas en desorden, como los locos y los niños, y que olvidaba que ya estábamos fuera de la capilla del Convento de Santo Domingo, en esa plaza dominada por un sol que es como una custodia de rayos sin límite, trabajo de un celestial orfebre. Pronto habrá justas incruentas, pero lo mejor espera al terminar la tarde: habrá presentación del titiritero, que ha regresado con Don Diego de Alvarado, a quien su hermano se lo obsequió. Y el regalo del Capitán General bien vale el regalo del Emperador.

Cae la tarde. Es una tarde de hace muchos años, y el sol se hunde tras los montes de hace muchos años. Ven conmigo, lector, y situémonos entre los espectadores de un olvidado siglo, para escuchar a los muñecos del jorobado a la luz de una fogata, en la plaza, junto al burbujeo de la fuente.

El titiritero: Vosotros, venid, vosotros, señor, señoras, venid, hombres jóvenes o viejos, sanos o maltrechos, niñas, niños venid. He aquí lo que dicen mis muñecos — amigos — de —barro, he aquí lo que dicen sus pequeños corazones de barro. Comienza la función. Se llama "La piedra de canto", así se llama la función, pero no sé por qué. Comienza Ik, Dios del viento.

ACTO I

Ik: ¡Uuuuu! Aúllo como coyote, yo dios del viento por los pinares, arranco yo las ramas secas del guarumo. ¡Uuuuu! ¡Uuuuu!

Sigue Mazat, venado.

Mazat: Yo venado, hijo tuyo, dios del viento, y tu siervo, te ruego aplaques tu furor, pues alejas las nubes buenas, las nubes que dan lluvia.

Ik: ¡Uuuuu! ¡Uuuuu!

Entra Mucuy, tortolilla.

Mucuy: Viento malo, viento malo, apiádate de nos. Enfermedades traes de lontananza, viento malo. Hiciste caer mi nido con huevos en el pozo de los Itzaes, brujos-del- agua. Enfermedades traes a los hombres de maíz, y males a nosotros, tus hijos, padre malo.

Ik: ¡Uu u u u!

Mazat (a Mucuy): Por ahí viene un viejo tonto.

Mucuy: Bueno, es estúpido, pero quizá pueda ayudarnos.

Llega el viejo.

Mucuy: ¡Ayúdanos viejo!

Viejo: ¿Qué pasa?

Mazat: ¡El viento malo nos está arruinando!

Viejo: Calma. Yo lo calmaré.

ACTO II

Entran Ik y el viejo, tomados del brazo, riendo.

Mucuy: Viejo, ven.

Mazat: Viejo, ven.

Viejo (a Ik, dios del viento): Espérame aquí.

Viejo (a Mazat y Mucuy): ¿Qué os pasa a ti, venado, a ti tortolilla?

Mazat: Queremos saber cómo lo calmaste, viejo.

Viejo (riendo): Viejo me llamáis, tú, venado, tú tortolilla. Es un disfraz.

(El titiritero escamotea al muñeco y saca a Ek Choua).

Ek Choua: Ek Choua, soy yo, dios de los mercaderes, dios del cacao.

¿Cómo lo calmé? Chocolate le ofrecí, buen chocolate de Izalco. Ya ven, ¡más puede mi astucia de mercader que tus quejas, venado tonto, que tus lágrimas, tonta tortolilla!

(Ek Choua se aplaude a sí mismo y aplauden todos, carcajeándose con él. Y aplaude tú, lector tonto, conmigo, el más tonto de los escribanos, esta riente fábula tonta).

Pero vente conmigo, lector insultado por una fábula tan vieja como el mar, al tiempo presente. Mira. Esta es mi biblioteca. Mis libros están empastados en cartoncillo, no tienen prestigiosas tapas de vitela, no se hallan atados por cadenas de hierro en atriles inclinados y soñolientos. Muy al contrario. Se hallan dispuestos en anaqueles, filas de soldados turbulentos e inmóviles, y hay sobre el escritorio una buena máquina de escribir, y si pudiera, y si quisiera, tendría una computadora, ese lago de luz cuadrangular donde las palabras son como los reflejos de las palabras. Pero mira. Esta estatuilla de barro no es un adorno más. Si la tocas con todo tu interior deseo, escucharás su voz, y sabrás cómo supe su historia. La adquirí donde un anticuario, una tarde de lluvia. Pienso que estaba comprando, de un solo, muchas tardes de lluvia. Oyela recitar en silencio su antigua verdad de barro. Por la ventana ves el picacho del Volcán de San Salvador, y abajo está el Valle de las Hamacas, pues la ciudad ha ido ascendiendo montaña arriba. El volcán ha cambiado entretanto. Una erupción, en 1917, alteró su fisonomía, y actualmente, en lugar de una pirámide, es una esfinge echada, una bestial sibila escrutando los astros de las alturas, y los otros, los que se alumbran a sus pies a la caída de las sombras, las lámparas de la querida ciudad.

Pero ven, regresemos al pasado. Dejemos al jorobado, feliz de su retorno a Cuzcatlán y del triunfo de sus juguetes, y vamos a ciudad vieja, la ciudad calcinada por los rayos, para contemplar una misa mucho más impresionante que la anterior, entre las ruinas de la iglesia.

Con los ojos rojos, con el hábito raído, un clérigo loco levanta el copón entre los escombros, recitando la fórmula sagrada. Y quienes asisten con unción a la ceremonia son sus amigos los venados, sentados sobre sus patas traseras, agachando la testuz, oyendo el oscuro latín crear como bóvedas acústicas que los envuelven. Y ha escogido, don Pablo de Alcántara, demencial ermitaño, el Salmo 42:

Como va el ciervo en pos de las corrientes aguas

así van mis anhelos en pos de ti, Dios mío.

Y los venados aprueban con la mirada el hermoso poema que les consagrara el Rey de una raza de pastores, en un idioma extraño que no era maya, ni nahuat, ni español, ni latín tampoco. En eso Pablo se interrumpió, y repitió las primeras palabras del Salmo en hebreo, antes de despedirlos con el consabido "Ite, misa est" que sellaba la ceremonia.

Los ciervos se levantaron y se fueron tranquilos, a contemplar la luna naciente.

Pocos días después don Pablo de Alcántara fue a visitar al curandero indio, aquel que le curara la mano, y relató la experiencia con los venados. Sus compatriotas lo hubieran juzgado hereje, y acaso incinerado en las piras de la Santa Inquisición, pero para él, que estudió con los franciscanos y recibió el sacramento de la consagración vistiendo el hábito pardo del hermano de todas las criaturas, la escena era reconfortante.

Otzilén soltó una carcajada.

—Eran mis hermanos —dijo.

A continuación, explicó al cura los hechos concernientes a su padre venado, quien en su nuevo estado había dado lugar a una nueva progenie.

Al regreso, don Pablo vio al rebaño pastando en una colina.

—¡Otzilén! —gritó.

Y el venado mayor volvió inmediatamente la cabeza. Don Pablo lo saludó sonriente, con la mano, y bajó la colina, internándose en enmontados senderos que recordaban vagamente haber sido calles trazadas a cordel, flanqueadas por restos de muros, por restos de pavimento, baldosas de barro cocido que pertenecieran a las habitaciones de los españoles, y donde hoy, entre los resquicios, crecían espigas de hierbas agitando un sedoso plumaje rosado, como vellones del crepúsculo. En alguna entrada, una puerta de pie permanecía cerrada ante los vastos espacios abiertos de tierras y de cielos. Era cuanto quedaba de la primitiva fundación de San Salvador.

Antes de ir a refugiarse a su cueva, el cura loco hizo sonar la campana de la iglesia sobre la muda extensión de las ruinas, y el sonido fue arrastrado por el río, corriente abajo.

XIV

Campana,
canta,
por el largo río,
todo el largo silencio de la quieta ciudad,
gemido último de los
barcos perdidos
en el
tiempo perdido.

XV

HABLA DON PABLO

En sus conversaciones, don Pablo se refirió a la Gehena. Otzilén preguntó qué era eso. El cura se remontó a los tiempos antiguos, partiendo de los presentes. Habló de la ciudadela de Jerusalem, a cuyos pies se abría un pequeño valle calcinado por el sol, el valle de Hennon. En ese lugar, en otro tiempo, se quemaban niños ante Moloch, dios pagano y abyecto, y era llamado Gehena el pequeño valle, que más tarde, símbolo del Infierno, creció en la imaginación de los cristianos hasta convertirse en un magno espacio intemporal de suplicios por fuego. Y se extendió Pablo de Alcántara, hablando de la ciudadela amurallada de Jerusalem (que quiere decir "Id en paz") de sus torres cercando las gigantes puertas, cada una recibiendo su nombre según los tratantes que comerciaban en el barrio aledaño: Puerta de los Caballos, Puerta de las Ovejas, y también por la cercanía de las fuentes de agua, materia preciosa en tierras desérticas. Puerta de las Aguas. Habló de los templos de la Ciudad Santa, cuyas agujas y cuyas cúpulas sobrepasaban la altura de los altos muros que la rodeaban, y eran visibles desde lejos. La iglesia hecha erigir por la madre de Constantino sobre la tumba de Cristo, la Gran Sinagoga, noble casa cuadrada con una estrella de seis puntas en la frente, los minaretes de las mezquitas, levantando sus espigados cuellos como camellos episcopales, el Domo de la Roca, cúpula cubierta de láminas de oro. Pero la pequeña Gehena no era nada comparable al formidable precipicio que se cortaba a pique al pie del Alcázar de Segovia, una de cuyas torres estaba destinada a despeñadero de judíos. Otzilén, ante la vivacidad de las descripciones de Jerusalem, preguntó a don Pablo si la había visitado. No era ese el caso. Pero era el clérigo de familia de judíos conversos, y muchas veces oyó a sus mayores relatos sobre la Ciudad Santa, y participó, de niño, en las lamentaciones que acompañaban la efemérides de la destrucción del Templo, en cuartos cubiertos de ceniza. El cristianismo de don Pablo era, no obstante, verdadero, y no fingido como el de otros de sus congéneres, que optaron por cambiar de religión para permanecer en España. Y recordó don Pablo el edicto de expulsión, que forzaba a los hebreos a cambiar de fe o a partir, y a Isaac Abarbanel, tesorero de sus Católicas Majestades, rogando a los Reyes revocar el edicto, y ofreciendo treinta mil monedas de plata por cada israelita. El Gran Inquisidor Torquemada arrojó al suelo su crucifijo pectoral, gritando al Rey Fernando que si ellos vendieron al Cristo por treinta monedas, vendiese él ese crucifijo por las treinta mil monedas de Abarbanel. Y doscientos cincuenta mil judíos debieron abandonar la tierra que fuera de sus padres, de sus abuelos, de los abuelos de sus abuelos, sin llevarse más pertenencias de las que cupieran en un saco de viaje. Los que quedaron, fueron llamados marranos, y tal fue el caso de los padres de don Pablo. Pero a cuantos de sus parientes vio partir a un futuro incierto, como arrancándose el alma, a cuantos vecinos, y aunque él era muy pequeño entonces, supo que la vida había cambiado para siempre. Su padre, médico de oficio, debió dejar su profesión. Su madre horneaba pan, así que pusieron una pequeña panadería, para vender doradas hogazas a los cristianos, y en secreto, en la noche anterior a la pascua hebrea, ella cocinó los panes rituales, para que en alcobas escondidas, a la luz de los cirios, los hijos de Abraham diesen gracias a Jehová

por la inmensidad de sus dones. Ocasionalmente, uno de los asistentes a la fiesta judía dejaba de ir. Era víctima de una denuncia anónima, y su cuerpo, convertido en antorcha viviente, alumbraba con llamas siniestras, acompañadas de gritos desgarradores, la Gran Plaza.

Pero él creyó en Jesús, y supo deslindar a la Inquisición de las palabras de Evangelio, y asumió voluntariamente las aguas del bautismo, y más tarde, tendido por tierra, recibió el carisma que lo consagraba sacerdote del crucificado. Tan distinto era, al cabo, un Dios perdonador de aquel otro, justiciero implacable, que tronaba en tantas páginas del Antiguo Testamento.

Añadió unas palabras de amor, don Pablo, para la seca Extremadura de su infancia, y se refirió a un bosque de otoño, al Norte, donde iba con sus padres y hermanos a recoger nueces, y recordó a su padre recitando, en hebreo, los versos de Shlomó Ibn-Gabirol:

Con tinta de sus lluvias y rocíos,

con pluma de sus rayos luminosos,

y la mano de sus nubes, escribió el Otoño

en el jardín una carta de púrpura y añil...

Calló el clérigo. Otzilén, con cierta sorna, le hizo ver que los españoles dieron el nombre de añil al jiquilite, la planta de tinte azul. A punto seguido, le preguntó por qué eran odiados los de su raza.

Don Pablo de Alcántara dijo que ningún grupo humano acepta que otro tenga diferentes costumbres, y que ve como defecto cuanto es, simplemente, distinto. Pero hizo mención de numerosos congéneres suyos que se enriquecieron a costa de otros, de préstamos cargados de intereses sanguinarios, que eran cobrados sin piedad, de avaros banqueros desfalleciendo de hambre sobre cofres de oro, en casas miserables donde se ahorraba hasta la sal.

Otzilén lo interrogó de nuevo. ¿Se llamaba, el cura, como decía? El nada respondió. Frunció el ceño, mirando a las nubes, y a ellas volvió también la mirada el hechicero. Después musitó don Pablo: —Shlomó, es decir, Salomón. Y tomó su camino, caviloso. Supo así, Otzilén, la razón de la simpatía que despertaba el clérigo en los indígenas, y viceversa. El era, como ellos, el hijo de una raza maldita, despeñándose en la Gehena de los males y las zozobras.

XVI

Tienda del panadero
y de la panadera.

Tienda del pan espiritual,
la vida
va destrozando sus zapatos rotos,
y un bosque de campanas y de lluvias
por la tiniebla avanza,
por ciudades
de la antigua nostalgia.
Panes
amasados con lluvia,
leche del alba,
lágrimas,
ceniza,
panes de aquel silencio donde amamos.
Las velas,
hechas de los retazos de otras velas,
un nuevo vuelo emprenden rumbo a aquel
día que amamos.

XVII

EN EL FEUDO

El Señor de Alcántara lo miró con sus ojos fijos y severos y le hizo saber que sus padres habían emprendido un largo viaje, y lo habían confiado a su custodia. El muchacho bajó la cabeza. No era necesario indagar que largo viaje era ése, ni indagar las razones. El Señor de Alcántara continuó indicando al muchacho sus deberes y sus obligaciones, e informándole de cuánto era conveniente saber al ingresar a la casa solariega de los Alcántara.

Una tonada llegó por la ventana:

El panadero, y la panadera,
se van a la hoguera,
como sus panes...

El joven estalló en sollozos. Se dulcificó la voz del anciano Señor, quien fingió no percatarse de lo ocurrido, y prosiguió, monocorde, señalándole que esos deberes y obligaciones eran los mismos de sus propios descendientes, que él era recibido ahí como un hijo. El de Alcántara sacudió una campanilla, y un ujier introdujo en la estancia a un leguleyo, con el cual era necesario arreglar papeles. Al terminar, dijo el Señor:

—Ya no te llamas Shlomó, sino Pablo de Alcántara.

Era el Señor de Alcántara de vieja y linajuda familia, que ostentaba en su haber más de un blasón nobiliario.

La magnificencia de su nombre no iba a la par de la vastedad de sus bienes. Poseía un pequeño feudo, y una casa solariega, amplia y cómoda, pero de modesto aspecto, que se cimentaba sobre los restos de un castillo. El castellano, como era comúnmente llamado, lo era, por tanto, de unas piedras ruinosas. Mas había hecho restaurar la capilla de la construcción anterior, y bajo ella se hallaba, intacta, la cripta, donde se alineaban sus antepasados remontándose hasta la época del Rey don Pelayo. En sus ocios, Shlomó gustaba de ir a refugiarse a esa cripta, fresca y húmeda incluso en mitad del ardiente verano, donde las damas y caballeros de Alcántara esperaban, con paciencia, las trompetas del Juicio Final. Uno de los sarcófagos, de reciente hechura, llamaba poderosamente su atención. Era una estructura de alabastro, de decoración plateresca, con el retrato de su dueño de bulto, en posición yacente, la noble cabeza apoyada en una almohada que parecía hundirse bajo su peso. El caballero era de rasgos finos, pero se hallaba cubierto por su sólida armadura, y guardaba entre las manos en cruz su elocuente espada. A sus pies, de rodillas, sosteniendo un volumen abierto, sin duda un libro de oraciones, estaba su viuda, con el rostro contrito bañado en lágrimas. El libro carecía de inscripción, pero una lápida indicaba los méritos del caballero, y la cantidad de moros a los que diera muerte en batalla, cosa digna de consignar, para que el Creador recompensara a quien le sirviera con tanto denuedo. Lo más inquietante del fúnebre conjunto, era que el Señor tenía los ojos abiertos.

El muchacho caminaba con cuidado. El roce de sus pasos pareciera despertar antiguos ecos nobiliarios, y en ocasiones creyó escuchar la respiración del pálido y translúcido caballero de alabastro, o sintió, como un dardo, su mirada del otro mundo.

Y por ello, tantos años más tarde, don Pablo de Alcántara se sintió a gusto en la abandonada ciudad de San Salvador, en la sola compañía de los muertos, en la compañía sola de su soledad soledosa. Era como si se encontrase de nuevo sentado entre los sillares de una derruida almena del castillo, o visitando a sus amigos de alabastro envueltos en la húmeda penumbra.

—Padre, debo hablarte.

El Señor de Alcántara se sobresaltó. Era anormal que Pablo le dirigiese la palabra antes de que él lo hiciera.

—Habla, hijo.

Su intimidad era poca, se limitaba, de hecho, a las partidas de caza, en las cuales apenas conversaban, y eran más los monosílabos y los obligados sigilos.

—Habla, hijo.

No hablaban, pero compartían entonces la intimidad del bosque, un alma de viento por los ramajes, de crujidos leves, de chillidos, de huellas de garras de animales impresas en el lodo.

—Habla.

Guardaban silencio. Unicos comensales a la mesa, la mesa del viudo Señor de Alcántara, cuyos hijos eran adultos y estaban lejos, la comida era una tediosa ceremonia. Dos copas de vino por cabeza no eran suficientes para soltar la lengua. Tampoco habló mucho Pablo en esta ocasión. Hubiera querido poder comunicarle con cuánto entusiasmo oyó en el pueblo a un marino de la primera aventura del aventurero Colón, como él, y tres más de los oyentes, juraron enrolarse en el siguiente barco, pero su voz se cortó, y de todas formas se cortaba tan fácilmente en esas fechas, cuando estaba cambiando, y procuraba mantener el tono grave, y no le era dado impedir una aguda nota discordante, como el canto de un gallo, que restaba seriedad a sus palabras. Por eso apenas dijo:

—Me voy.

El padre adoptivo afirmó que era desagradecido e insolente, pero ambos sabían lo que ambos pensaban. Que él hubiera deseado abrazar y besar al padre, pero no se atrevía, y que el Señor se sentía aliviado por la partida de ese hijo de mentira, que era sobradamente comprometedor.

—Está bien, vete —dijo con amargura fingida y tristeza verdadera.

El se marchó sin volver la cabeza. Al cabo de un trecho de ruta, lo alcanzó un carruaje, guiado por un mozo de cuadra del de Alcántara. Dentro iba la cocinera, quien le llevaba sus ropas atadas apresuradamente en una sábana, y una cuantiosa suma de dinero, obsequio de su padre. El regalo se completaba con otro, espléndido: un caballo.

—Te vas, Pablo.

—Sí abuela, me voy. —No es que fuera su abuela, pero así la llamaba.

—Mira, esto era de la panadera. Me dijo que te lo entregara al llegar a adulto, pero creo que no te veré adulto.

—No abuela.

Ella colgó a su cuello la mínima herencia de su madre. Era una estrellita de David acuñada en plata. El se la descolgó, y la guardó en un bolsillo secreto de su jubón, besándola primero.

—Debieras comprarte calzas nuevas, Pablo.

—Sí, abuela. En el camino será.

—No nos veremos más.

El farfulló algo ininteligible.

—Que Dios te bendiga, Pablo.

Lo abrazó. El muchacho montó en su cabalgadura y enfiló hacia el punto donde había quedado de reunirse con los viajeros.

XVIII

EL PALACIO

Ya estaban el marino y uno de los juramentados. Otro llegó a excusarse. Su juramento era cosa del vino, y como tal debía ser eximido. El último compañero no se presentó. Roncaba a pierna suelta a esa hora.

Tomaron camino. Hicieron alto en Granada, donde el navegante iba a despedirse de unos familiares, y permanecieron ahí un día entero. Pablo aprovechó para conocer el palacio de los Sultanes moros, sobornando a un guardia por unos pocos maravedíes. La cosa fue fácil, pues el edificio se hallaba, por de pronto, deshabitado.

El muchacho quedó atónito ante el lujo arábigo, que perduraba. La corte del último de los nazaríes era como un maravilloso sueño, y no era imaginable que esos Sultanes y sus cortesanos, que los Reyes Católicos desterraron para siempre, fuesen humanos como los otros, sino más bien seres de fantasía, parientes de las hadas, los tritones, las sílfides, con dragones alados por mascotas. Los más espléndidos tapices iban por los suelos, dibujando aves fantásticas en una selva de caligrafía, y sobre ellos cojines de seda bermeja, de seda verdemar, de seda azul cobalto, con minúsculos espejos por adorno. En los muebles de nogal y caoba, abundaban las incrustaciones en marfil y nácar, dispuestas en laberintos geométricos, minuciosos hasta el delirio; otra geometría iba por los lienzos de cuero de las sillas de tijera, repujados y pintados; en los muros se sucedían las inscripciones de estuco, y los techos no eran planos, sino agujas de estuco subiendo y bajando, creando alvéolos caprichosos en su caída, y repitiéndose simétricamente, incansables, como para rendir la idea del infinito.

Estaba el palacio en la cúspide de un monte hecho jardín, por el cual bajaban hilos de agua, en canales, y sus salones concéntricos daban acceso a patios con fuentes, donde se respiraba un aire de membrillos.

No supo después don Pablo recordar si por las trabajosas celosías de sus ventanas vio el mar, o montañas nevadas. Lo cierto es que salió con la cabeza dando vueltas, como alguien que vive un suceso prodigioso y retorna a la brutal realidad. Le esperaban leguas de cabalgata, y su cuerpo se encontraba molido por el cansancio.

Llegaron al puerto un jueves al atardecer. Se sentó, absorto, en un barril, viendo balancearse las embarcaciones, hasta que la oscuridad fue total. Esa noche, en una fonda, soñó con sirenas y monstruos alados, y con el palacio de Granada, y con islas ignotas.

XIX

Esta noche
en la noche,
lo incierto
del camino abierto, rutas
hacia horizontes que en otros horizontes se resuelven,
por montañas,
por mares,
pinos,
bosques de gravedad,
después pinos ya mástiles,
bosques de agua con velas en vez de hojas.
¡Zarpad,
zarpad navíos!
Luz de una nueva madrugada,
ven ya mañana a coronar de olas
la frente en Dios y en luz del sol quemada.

XX

LA PARTERA

La memoria de la magia del Príncipe filósofo no se había extinguido. Topiltzín-Ce-Acat-Quetzalcoatl era un ser invisible, aunque reinante, al cual se refería su pueblo para formarse un juicio sobre aspectos de los más diversos. ¿Cómo sembrar el grano? Y alquien narraba una anécdota de Topiltzín, y se sacaban conclusiones. ¿Qué era bueno hacer en caso de inundación, de temblor de tierra o de reyerta entre hermanos? Y se rememoraban los hechos y los dichos del Príncipe filósofo, como piedra miliar de reflexión.

Otzilén tenía para sí que no todas las historias atribuidas a Topiltzín eran suyas. Cuanta frase luminosa o cuanto hecho singular llevó a cabo alguno de sus sucesores, le fueron asignados, al punto que el gobernante sabio pasó a ser la Sabiduría, el común depositario de todas las grandezas de su nación. Mas, tras la muda entrevista que le concediera el monarca tolteca en las profundidades lacustres, comprendió que su escepticismo era infundado. El Príncipe, situado en su templo acuático, ya despojado de cuanto humano defecto hubiese tenido, era la Sabiduría, de la cual su cuerpo terrestre fue una fugaz manifestación. Y ahora, restituido a su esencia primera, proyectaba su luz en

los terrenales entendimientos cuando lo deseaba, o bien cuando le era dado vencer la estulticia de los mortales. Era, por consiguiente, justo atribuirle los méritos, pues quienes obraron sensatamente fueron sus instrumentos, o sus proyecciones, figuras situadas en el tiempo pasajero, mientras él, por encima de la historia, vaga suma de anécdotas, al cabo, se hallaba situado en otra altura, el mito. Visto así el problema, era la gente sencilla quien tenía la razón, y no el brujo Otzilén.

Y nuevamente, el noble espíritu del lago se hizo presente ante su mirada, pero esta vez el brujo se hallaba despierto, y en su choza.

—Buenas tardes Otzilén —saludó Topiltzín.

—Buenas tardes Topiltzín —saludó Otzilén.

Topiltzín-Ce-Acatl sonrió, y súbitamente el arbolito a la puerta de la choza se cubrió de campanillas doradas.

—Vengo de lejos —dijo el Príncipe viejo— de uno de los milenios que rodean la Estrella de la Mañana. Es grande ahí el silencio, pero se mueven en su seno, afanosas, setecientas diminutas trabajadoras, moliendo, cocinando, lavando, recogiendo leña, hilando, remendando y cuidando niños. Los niños son las almas de los niños por nacer, y ellas son las parteras del Universo. Su trabajo, como comprenderás, es muy importante. Ellas tienen aquí enviadas y enviados. Entre ellos se cuentan los títeres del jorobado, que son inventos de ésos seres, y cuya función va mucho más allá de lo que las gentes creen. Esos títeres deben divertir, esa es su tarea, pero su fascinación viene de que evocan en los pequeños, y a veces en los adultos, la memoria subterránea de aquellas dimensiones que nos enviaron, a las cuales debemos retornar. El jorobado es un servidor de sus títeres, y esos muñecos de arcilla son servidores de las parteras eternas. Actualmente hay fragilidad en la monita, tu hermana, pero sus manos se volverán recias, fuertes sus brazos. Ve tú donde ella, y dile que ha sido escogida por las parteras como partera en el suelo. Ve tú, y comunícale que ella será la partera de un Dios.

Escribe entonces, corazón,
las cosas
que acaso fueron,
o pudieron ser.
Por andamios de noche y de días
vamos a la alta
atalaya del mar,
y se hunde el sol de los bajeles
que fueron y serán
por la magia
de los barcos presentes.
Aguajes van por los juglares bosques

rumbo al tiempo pasado,
aguajes van,
aguajes van,
arrastrando las lunas
al horizonte de la luna
de flechas, lanzas y navegaciones,
con rojas cruces en el pecho.
Esto faltóme por el alma
de turquesa del lago,
rotas constelaciones por el suelo aventadas,
archipiélagos,
islas.

En las islas de la meditación creció un rumor de abejas. Avanzaron las nubes rumorosas de insectos hacia una de las islas, donde las convocaba la monita. Ella guardaba un carácter como de ilimitada infancia, aunque ya fuera madre. Un círculo de flotantes rumores la rodeó, ella habló agitando las manos. Había tenido un sueño, el sueño de un pequeño dios nuevo brotando de las profundidades. El zumbido de las abejas creció, el zumbido de las abejas bajo el quemante sol del mediodía. ¿Quién era ese leve dios extraño? Tuvieron como un anticipo a la semana siguiente.

Para agradecer la curación de Otzilén, llegó el clérigo a esa isla, a sembrar un mirto. El arbusto pareció agradecer el nuevo suelo. Los indígenas le rindieron tributo, y quemaron resinas aromáticas ante él. Cada árbol, cada planta, cada animal, eran portadores de un espíritu, y ese visitante de los confines del mundo, débil aún, y curioso, y bello, era una desconocida deidad que se integraba al bosque patriarcal. Y cuando, al cabo de un mes, dio sus primeras, tímidas flores blancas, las abejas se allegaron con curiosidad, y la noticia de su perfume se expandió por la atmósfera cálida y soñolienta.

—Quién eres? —interrogaban los insectos— ¿quién eres?

—Nadie —respondió el mirto, y luego, reflexionando: Soy el día futuro.

Al finalizar diciembre regresó don Pablo, y depositó a los pies del arbusto un misterio, la representación de un recién nacido, entre sus padres, y una mula y un buey, según la tradición establecida en otra edad por Francisco de Asís. Los indios adoraron al arbusto, a las bestias, y por último, a los padres y a la criatura. Pablo hizo como ellos, inclinándose primero ante el mirto y ante la mula y el buey, porque el Todopoderoso habita en cada una de sus criaturas, por humildes que éstas sean. Mas las escenas descritas eran premoniciones, pues el nuevo Dios estaba por nacer. Pero llegó Otzilén, y dijo a la monita que ella ayudaría en el parto.

Por misterio del símbolo
otro
incierto
misterio.
Ministerio del aire,
por las piedras con símbolos.

XI

HECHIZOS

Como un puñado de raíces arrancadas de cuajo a la luz primigenia, un rayo estalló en lo alto, seguido por el prolongado retumbo de un trueno. Los caballos se encabritaron en las caballerizas, y el palafrenero de Gonzalo Alvarado debió acercarse a calmarlos en medio de la tempestad nocturna.

Años, años después, él lo contaba así:

—Lo recordará Ud. señor Deán de la Catedral de Santiago de los Caballeros de Guatemala, o lo recordarás tú, monaguillo de antaño. Yo acompañé a Gonzalo a San Salvador, en una campaña de pacificación que duró varios meses. Los indios, tus congéneres, son gente revoltosa, taimada y levantisca. También son todos brujos. No únicamente Otzilén. Tú tienes algo de eso, de seguro, aunque lo niegues. Bueno. Golpeé los lomos de las bestias, dije palabras que las serenaban. Mi voz les era de largo familiar. Les dí forraje a destiempo, y me retiré al amainar la tormenta, pasando frente al cuarto del titiritero. No era como antes, el juglar ese, para entonces usaba un jubón colorido y calzas verdes terminadas en puntas curvas rematadas por cascabeles, y usaba un gorro que era una corona de trapo con otros cascabeles. Era un bufón de corte. Hizo una presentación esa tarde, pues era la fiesta de la ciudad, y participó en el cortejo donde pasearon la imagen del santo patrono y una espada que dejara don Pedro, el Adelantado. Su presentación fue un éxito, y le pidieron otras y otras en las semanas que siguieron.

El Deán movió la cabeza, aprobador, y borró una lágrima con el dorso de la mano, sin que lo percibiera el antiguo soldado.

Este continuó así:

—Era amplio el repertorio del jorobado titiritero. Afirmaba ser oriundo de Babilonia, lo cual hizo reír a los espectadores. Todos sabían que era él cuzcatleco, y ninguno donde quedaba Babilonia. Pero a qué iba, Deán... ah, sí, escucha: pasé frente a su puerta y oí ruidos, su voz y voces de mujeres. El era capaz de imitar a cualquiera, y

remedaba por igual a las gentes, los chillidos de los pájaros o los gruñidos de las fieras, así que era posible pensar que estaba ensayando una obrita de teatro. Lo curioso es que sonaban al unísono palabras, risas y gorjeos de alcoba, hasta convertirse aquello en un auténtico zafarrancho que se abrigaba a la sombra del aguaje. Miré por el orificio de la llave. El bufón se libraba a una orgía con siete mujeres desnudas, y así estuvo divirtiéndose hasta el alba, cuando las hembras se redujeron de tamaño y se volvieron inmóviles. Eran sus marionetas de arcilla. Las noches siguientes contemplamos por turnos la escena con los mozos de cuadra. Deliberamos sobre si sería conveniente acusarlo ante la Santa Inquisición, por hechicero, para que fuera achicharrado como un pollo, pero desechamos la idea. De hacerlo, nos hubiéramos privado del espectáculo. Era un gran quejoso el titiritero, siempre lamentando su suerte. Lo cierto es que gozaba como nadie.

Era un mentiroso de mierda, eso es lo que era.

XXII

SIEMPRE, NUNCA, Y DESPUÉS...

Quiero decir, una vez, entonces, hace mucho tiempo. ¿Recuerdas, Deán? ¿El titiritero? Sí, por supuesto que sí. Jugaba con los hijos de Otzilén, cargándolos sobre su joroba monstruosa, hasta que se lo llevó preso el Capitán Alvarado, para que le sirviera de bufón. Eran gente buena, aunque chiflada, sabes... ¿Quiénes? Ellos, digo, el jorobado, Otzilén, más la familia de Otzilén, su mujer incluso, que era terca como ella sola. Quería al cura loco, pero no quería que él creyera que ellos creían lo que él creía, y por eso obligó al hechicero y a sus hijos, sus "cipotes", como ellos decían, a construir una pirámide atrás de la choza, aunque ya estaba en auge la construcción de iglesias, y los cultos antiguos se fueron difuminando y confundiendo. Le rezaban a Tlaloc, y siguen haciéndolo los indios ¿pero para qué en una pirámide, si se le puede rezar en una capilla cristiana diciéndole:

Tlaloc labrador,
quita el agua y pon el sol?.

Eran gente absurda. Fue la mujer la que llevó a los cipotillos a las chozas de los muertos, y les enseñó a los gemelos a vestir los esqueletos, y a ordenarlos como si estuvieran vivos, sentados, o moliendo maíz, o adorando a la Estrella de la Mañana, o ajustando un arco. Eran absurdos, y por eso los gemelos, los cipotes mayores de Otzilén e Ipoch, enloquecieron para siempre.

Fue cierto, los gemelitos perdieron la razón. Don Pablo de Alcántara, quien no los conoció sino a los años de frecuentar la casa del brujo, porque ellos estaban siempre en las chozas de los muertos, comprendió entonces la simpatía que despertaba entre Otzilén y su familia, y al revés. El fue recibido como amigo, porque era un demente, como los dos niños.

Por esos días, aclarémoslo, ya se sabía el significado del signo que apareció en los horóscopos de los gemelos, y en el de cuanto niño vino después. Era el símbolo del desarraigo en su propia patria, que también surgió en el horóscopo de don Pablo que trazara el brujo. Si los tiempos hubieran sido otros, tras el glorioso desastre de la Revolución Francesa, don Pablo, o acaso Otzilén, hubieran podido citar a Barbey d' Aurevilly: "Era un extraño, lo cual quiere decir que era extranjero en todas partes". Como ellos no pudieron citarlo, hagámoslo nosotros, porque hay frases que descendieron de las nubes, antes o después, poco importa, para quedarse para siempre.

Siempre. Siempre se parece a nunca. Nunca tener patria, o ser siempre extranjero, diferencia no hay. Andando los años, Pablo de Alcántara realizó su siempre. Bajo los pies de los vivientes estaba el mundo, y el cielo por encima de sus cabezas, fuese donde fuese. Uno es el mar, uno es el mundo, uno el firmamento del Señor de los Cielos. ¿Para qué arrancarse los dones en nombre de esto o aquello, si éramos todos descendientes del celeste linaje, si nuestra patria es el Universo, donde lo irreal es la materia, y la verdad se identifica con el sueño? Sueños verdaderos son los sueños que el corazón sueña, ajenos a las vanas apariencias. Pero los demonios atacaron al cura, y a los gemelos, y no fueron, uno ni otros, astutos como los gemelos de la leyenda, sino que sucumbieron a su engaño, perdiendo, si no el alma, al menos el entendimiento.

Un día se acercó un buhonero al poblado, vendiendo su mercadería en un carretón. Invitó a los niños a pasear en el carretón, y varios se montaron, los gemelos los primeros. Avanzaron buen trecho divirtiéndose y armando gritolera, hasta que se acercaron unos soldados renegados, ya lejos del caserío, que dieron en maniatar a las criaturas, llevándoselas a rastras. Se los llevaron a través de la selva, hacia los bosques de pinares de Honduras. Los conducían a ratos a caballo y a ratos a pie, compartiendo con ellos sus alimentos. Deseaban niños sanos para la venta. En el bosque iban sueltos, y dos trataron de escapar, en la noche, creyendo haber vislumbrado una aldea. Lo que brillaba eran los ojos de las fieras, que dieron cuenta de ellos. Se escucharon los agudos alaridos de los fugitivos, pidiendo socorro, y luego, la risa sardónica de los soldados. No hubo otros intentos de fuga. Al cabo de las leguas y las lunas, los niños clamaron al unísono. Estaban frente al mar, que nunca contemplaran antes. La majestuosa agua caminante mugió impasible ante los rostros pequeños que la alababan. Les esperaba un galeón, con destino a las islas caribes, donde el comercio de esclavos era negocio floreciente. Los gemelos, juntos aunque sin ponerse de acuerdo, se arrojaron por la borda hacia el agua donde los esperaba la Muerte, dama misericordiosa.

Los parientes de los desaparecidos indagaron hasta comprender la terrible verdad. Sacando fuerzas de flaquezas, el brujo y su mujer decidieron ocultarlo a los abuelos de sus hijos, pero la noticia alcanzó Azacualpa sin que ellos pudieran evitarlo, y alcanzó primero al padre de Ipoch, el viejo Señor ciego, el mismo aquel que diera otrora la bienvenida a Otzilén, hijo de Otzilén, padre del actual Otzilén.

A Ikokik se le torció el rostro en una dolorosa mueca. El Señor ciego mandó llamar a Otzilén y a su hija Ipoch.

—No iremos —mandó decir el brujo.

—Vengan. Me estoy muriendo —mandó decir el Señor.

Otzilén consultó el horóscopo del ciego.

—No morirás todavía —mandó decir el brujo.

—Vengan —insistió el anciano.

Entretanto, según la inveterada costumbre, ordenó cavar su tumba al interior de su choza, y disponer de lo necesario. Las mujeres tejieron sus atuendos fúnebres, lo que era justo que llevara un Señor de Azacualpa al más allá. Se multiplicaron los ritos en el poblado.

—Cuando llegue la hora, nosotros estaremos —mandó decir el brujo.

XXIII

EL CLÉRIGO Y LOS ÁRBOLES

No todas las cosas son como las cosas que amamos.
No todas.
No todas las verdades son como las verdades que amamos.
No todas.
Por años y por años hemos ido a la muerte
como a un
remanso de las luces.
Quietud.
Quietud.
Por agua, piedra y cielo,
de la locura de la vida a la muerte clamorosa y vital
vamos, vamos aún.
Sólo queda aquello que pareció ser entonces

nuestra experiencia,
o que llamamos tal.
Tienen frutos los árboles
¿pero les llaman frutos entre ellos?
Y si no fuese así,
lo que es innominado
¿es verdaderamente?
Pero a lo innominado vamos,
de su légamo oscuro
sacamos cuanto es,
y el nombre de las cosas

Su pelo encanecía. De hecho, estaba casi totalmente blanco. La piel blanca de su juventud se volvió en cambio tostada, al golpe de los soles innumerables, y áspera por una prolongada vida silvestre. Los años y las amarguras fueron marcando arrugas hondas en su rostro. Parecía un espantapájaros cubierto de irrisorios andrajos, de una hirsuta barba, de un hirsuto cabello.

No le importaba.

Casi nada le importaba para entonces.

Para sus compatriotas era un estorbo. Era comprensible un San Jerónimo ermitaño, traduciendo la Biblia al fondo de una cueva y al fondo de la edad, pero no era comprensible un clérigo rechazando el mundo —y a ellos en primer término— en el Nuevo Orbe, donde la Conquista se asentaba tambaleante en suelo volcánico, de revueltas indígenas constantemente fraguándose.

Ese clérigo execrable los ponía en ridículo. Optaron por ignorar su existencia, por referirse a él sólo cuando era imposible evitarlo, y entonces se le mencionaba con un eufemismo, como al hijo idiota de la familia noble.

El se sintió humillado de ese abundoso desprecio, y dichoso también de quedar fuera de la mediocre tabla de valores de sus compatriotas, y orgulloso de saberse una espina hiriendo la idea de su propia superioridad racial.

Le dijeron, al zarpar del puerto, que iban a una Santa Cruzada. A los tres lustros, nadie, por mucha que fuese su credulidad, ignoraba que ese nombre se usaba para cubrir una rapiña.

En alguna ocasión pensó que, de haber podido, hubiera retornado a España. ¿Pero a qué, en definitiva? ¿A postrarse ante unos huesos calcinados?, ¿a averiguar que el anciano Señor de Alcántara se encontraba, a su turno, en la cripta de la capilla, junto al caballero de alabastro y a su llorosa dama orante, con el Libro sin inscripciones? Quizás ni lo recibiera su hermano supuesto, el hijo mayor del Señor, quien debía ser el castellano

actual, heredero absoluto y portador de armas de los Alcántara. Y aunque lo recibiera, por caridad, en aquella casona austera donde él no fue feliz, era mejor su gruta, que no le disputaba nadie.

Mas lo cierto es que estas ideas eran raras, y que procuraba alejar a España de su mente. Cuando ésta se le presentaba en sueños, era generalmente una pesadilla. Se veía a sí mismo caminando por una plaza empedrada, hasta percibir la chamusquina de los cadáveres, a pesar de que la plaza estuviera desierta. Despertaba gritando y sudando helado. Tocaba en la oscuridad, y se tranquilizaba al reconocer las rugosas paredes de su guarida. Entonces salía a ver la noche, feliz de hallarse tan lejos de la plaza siniestra, protegido por otras constelaciones, bajo las cuales no era criminal su origen. Allá era un mérito ser "cristiano viejo", o sea, de muchas generaciones, pero aquí, con todo el mar de por medio, era como si las aguas hubieran lavado el pasado hasta borrarlo, dejando sólo un rescoldo de salina amargura.

No se hacía ilusiones de las gentes.

Aunque hubiesen sido grandes las muestras de afecto o de fidelidad que hubiese recibido, mucho mayores eran sus desengaños. Era mejor, así, su cueva de clérigo troglodita, que ninguno envidiaba, y su soledad era la mejor defensa contra las intrigas, los odios y las sañas de la sociedad.

Y estaba, en su soledad, el viento, meciendo las esponjosas ramas del San Andrés o agitando las palmas de las palmeras, que las había muchas, desde la palmera enana hasta el cocotero y la palma real, que duplicaba en altura los modestos campanarios de aldea. Diversas eran las formas de las palmeras. Unas, bajas, eran gruesas piñas leñosas desatando su verde surtidor. Otras se elevaban rectas, otras partían del suelo en tallos curvos que se enderezaban graciosamente hacia el sol, haciendo estallar arriba sus páginas a manera de flores. Diversas eran las formas de las palmas. Unas eran como arcos dejando caer sus hojuelas rectas, mientras otras las llevaban hacia arriba, y las hojuelas trazaban semicírculos al inclinarse hacia abajo. Otras partían unidas en abanico, disparándose como un haz de flechas centrífugas. Las palmas se plegaban a la brisa inclinando uno a uno sus dedos, tañendo un arpegio inaudible, y Pablo de Alcántara se quedaba horas contemplando su ir y venir sin fin, como un delicado obsequio de la tierra y el aire.

Muchas eran las formas de pasar del viento. Era una entre los árboles en flor, cuya fortuna desparramaba, otra era entre los helechos, que se movían inmóviles como asintiendo, o como manos con guantes de encajes, de damas muertas hace tiempos, que hacen gestos diciendo: "Calma, calma".

En octubre los vientos se volvían tempestuosos, y su rumor era el de los naufragios, o el de los coyotes aullando a la luna. Uno lo imaginaba barriendo zonas enteras del mar, devolviendo a la luz las ruinas de ciudades extintas.

Ahora no era erróneo, para don Pablo, concebir el viento como un dios, generoso o iracundo, pero arbitrario siempre, o siempre incomprensible. Otzilén, por su lado, no entendía a un dios que fuera sólo bueno. ¿No se indignaban los dioses también, enviando pestes, sequías, y otras calamidades? Jesús, decididamente, era un individuo muy extraño. Fuerza es reconocer, asimismo, que la fe del clérigo flaqueaba, que con frecuencia miraba hacia las robustas ceibas pensando en ahorcarse, lo cual, como vimos, no llegó a hacer nunca.

Y estaba el almendro.

El almendro. ¿Cómo era el almendro? Era como una burbuja verde mecida por el aire de la tarde, como una burbuja incapaz de desprenderse del frágil tronco, pero con ansias de volar. Era un almendro de pocos años, sin sus amargas bayas, un almendro tropical de hojas anchas, verdes y carnosas, creando una copa de levedad en la luz roja y naranja del atardecer. ¿Cómo no amar esa copa maravillosa del almendro tropical, meciéndose irregularmente en la brisa? Creció en una de las casas abandonadas. Don Pablo, aunque siguió viviendo en su escondrijo rupestre tras la partida de los españoles, gustaba de visitar esas moradas semiderruidas, ganadas por la maleza, de la urbe extinta. No era una ciudad sin vida, muy al contrario, era la vitalidad del conejo y de la lagartija, y de la yerba salvaje, y del almendro elevándose a los cielos ahí donde hubo techo, entre las paredes ruinosas, entre las baldosas agrietadas, entre los restos de Ciudad Vieja, le llamaremos así en adelante, y no San Salvador, donde la maravilla de la naturaleza recuperaba sus derechos, sobreponiéndose a la dictadura de los hombres. Una baldosa ahogaba la hierba, una cornisa daba fin a un árbol magnánimo. Hoy la vegetación, surgiendo entre las junturas de las baldosas, las despegaba y levantaba, y la cornisa retornaba al humus, nutriéndolo.

Guiado por Otzilén, don Pablo se dedicó al estudio de las plantas, y supo distinguir la especie que calmaba el dolor de la que curaba la úlcera, la que daba sueño de la que era venenosa.

Entraba en las casas. En una estaba bien la cocina, y calentó ahí su agua de anís, y cocinó los huevos robados a los nidos. A otra iba a visitar el almendro. En otra halló un tesoro verdadero, un montón de cuadernos de buen papel, y tinta, gracias a lo cual pudo anotar sus observaciones botánicas, más las enseñanzas del brujo, más sus escasos versos.

Así, cuando volvió la civilización —y no él volvió, sino ella, pues retornaban a las fincas los añileros con sus familias, restaurando viviendas y obrajes de tinta añil, él era el cura-curandero, el sanador de las yerbas silvestres. Pero a él no le llamaremos el sanador de las yerbas silvestres, para evitar innecesarias larguezas, sino don Pablo, como de costumbre, o Pablo el sanador, o Pablo de las yerbas, por el amor de esas palabras que suenan como lluvia.

Pablo Shlomó de las yerbas, Pablo de Alcántara, se dedicó a calmar los males de aquella misma sociedad que lo rechazara, la de los españoles, la de las crueldades sin término y los prejuicios mediocres, a la que él pertenecía, al cabo.

Pero lamentó tanto cuando, para reconstruir una vivienda, talaron aquel almendro, aunque la ciudad, como tal, nunca se restableció, únicamente las haciendas, mientras el resto prosiguió su deterioro, para ganancia de malezas, árboles y pájaros.

Aparte de las plantas medicinales, llamaban la atención de Pablo yerbero las otras varias, útiles al hombre o no, la enredadera del paste, semejante a una viña aérea, cuyos frutos, secos al sol, eran esponja vegetal, el "palo de morro", con sus hojas en cruz, y sus flores saliendo directamente de la corteza de las ramas, y después sus frutos pegados a las ramas, calabazas que endurecían y que eran buenos, luego, como recipientes para agua y comida, y los bulbos de las orquídeas, prendidos de los árboles añosos de las tierras altas, dando sus floraciones amarillas, o pintas, o malvas, aquello que por su beldad es bienhechor.

En eso estaba Pablo de las yerbas cuando le llegaron a contar de la desaparición de los niños, sumiéndolo en la pesadumbre. Pensó que su propia carga era grande, mas mayor era la de Otzilén, quien llevaba sobre sí el peso de una familia, lo cual si da felicidad no sólo felicidad da.

Buscó en los pergaminos de su memoria, y halló unas líneas del Talmud, donde un rabino consuela a otro de la pérdida de un hijo, y le dice:

—Una joya te dio el Creador. Tú la puliste y la embelleciste. Hoy que se la has devuelto, alégrate.

Tuvo la intención de repetir la anécdota al brujo, para consolarlo, mas el brujo a nadie deseaba ver.

XXIV

ADVIENTO

El sol inmaterial desnuda por el alma
su rostro de desnuda oscuridad.
Tan sólo en la quietud tranquila
el pino
rumor bebe de viento.
Tiempo de Adviento.
Un ángel

late por los ramajes,
batiendo leves olas de silencio
alma adentro.

Así los gemelos cumplieron el fallido deseo de su padre, de contemplar el Mar Atlántico.

Ipoch se quejaba:

—Seré como Sihuehuet —dijo— la mujer que enloqueció al perder a su criatura.

—Recuerda mujer —intentaba calmarla Otzilén— que por el horóscopo supimos que traían la muerte antes de la edad adulta.

—No Otzilén —gimió ella— no podrás consolarme.

—Recuerda Ipoch que tienes otros hijos. Si te abandonas a tu desconsuelo ¿quién los cuidará?

Ella se retiró a gemir en un rincón, mientras Otzilén, apoyado en el quicio de la puerta, miraba sin ver el globo solar subiendo en el firmamento, y después bajando, hasta extinguirse, sangre turbulenta anegando los cielos de una tempestad silenciosa.

Olvidaban comer y, de hecho, nadie cuidaba de los niños, que iban a buscar miel a los panales para apagar el hambre. El ronroneo mismo de las abejas era otro, como un rumor de plegarias, aunque los niños lo ignoraran. Los insectos ronroneantes se apartaban, cediéndoles su dorado alimento, respetuosos de su hambre y de su desamparo.

El clérigo vio los verdes montes como la verde casulla de Adviento, ese color que nos dice que debemos perseverar en la esperanza.

Si un ave canta ¿para quién canta? Para nadie. Si el río murmura su música en la espesura ¿para quién la procura? Para ninguno. Ni para sí mismo, siquiera, pues tiene lenguas para el habla pero no oídos, ni tienen oídos los peces suyos. Igual dice su canto si hay gente como si no, si hay día como si hay noche. Igual es, quizás igual le da. Igual actúa la muerte, que rodeada de ceremonias o desprovista de ellas, llega, arranca el alma en un suspiro y se aleja, sin amor ni desamor, indiferente como el agua, que igual lleva una barca cargada de dones que arranca un puente.

Don Pablo abrió una granadilla, y sostuvo la amarilla copa vegetal entre sus manos, aspirando su aroma antes de comérsela. Bueno era el fruto, y bello, y grato su aroma. Recordó las palabras del Talmud, que justifican —entonces lo advirtió— la indiferencia de la naturaleza: "Todo lo que nace, nace para morir, y todo lo que muere, para nacer de nuevo". Pensó que se las repetiría a Otzilén y a su mujer cuando llegara la ocasión, que no llegó nunca, porque cuando volvió a ver a Otzilén no vio en sus ojos dolor, sino, como en la naturaleza, indiferencia.

Pronto supo la razón.

Venciendo la animadversión a abandonar su soledad, el brujo había ido a ver al viejo Señor ciego.

—Señor del estandarte azul, del estandarte de turquesa, viejo Señor ciego, aquí estoy. Te dije que vendría antes de que partieras.

—Has sido impertinente, Otzilén —lo recriminó el Señor—. No sólo los brujos saben cosas. No me he ido porque te esperaba.

Otzilén agachó la cabeza avergonzado, y se alegró y se entristeció de que el anciano no pudiera ver su vergüenza. No sólo los brujos saben. Recordó, mordiéndose los labios, cuando había aprendido él mismo de don Pablo de Alcántara.

—Perdona, Señor —iba a decir, pero no pudo, porque el ciego prosiguió:

—Quien no ve con sus ojos aprende más a menudo a ver con su corazón, y quien se acerca a su fin alcanza a oír las voces del más allá.

El Señor ciego hablaba débilmente, con frases entrecortadas, y el brujo se vio obligado a aproximar su oído a la boca del moribundo, que exhalaba un aliento fétido, pues aunque fuese un hombre muy limpio, sus entrañas estaban en proceso de descomposición. La cabaña era oscura, y al entrar, el brujo casi tropezó con el foso cavado junto a la cama, evitando de justeza ir a caer a ese sitio para otro preparado. Los olores eran espesos y agobiantes.

Acababan de quemar copal dentro del recinto. Otzilén cambió el ritmo de su respiración, aspirando poco aire y expeliéndolo con lentitud.

El viejo Señor, en cambio, ya no tenía control sobre su cuerpo, y se orinó, agravando el pesantor de la atmósfera. Prosiguió más trabajosamente.

—¿Recuerdas, Otzilén, el brasero con el niño sobre la fiera acuática?

—Sí, Señor ciego, lo recuerdo.

—Eras tú y fue tu aventura.

—Lo recuerdo. Me lo dijo Otzilén, hijo de Otzilén, padre mío.

El anciano habló de los alfareros rivales, del alfarero asesinado y el alfarero fugitivo, y de cómo este último falleció de súbito unos años más tarde, de tal forma que se dijo que el otro había regresado a tomar venganza. La historia era cierta, y así fue en efecto, y Otzilén tuvo una ligera decepción, pues esperaba que el Señor arrojara otra luz sobre el asunto.

—Pero, como sabes —añadió el anciano—, el brasero no fue destruido, ni se hundió en el lago. No lo robó el envidioso asesinado, aunque él lo deseaba, y el otro

pensaba que lo había hecho. Lo robó Otzilén, padre tuyo, para purificarlo, porque un objeto manchado por la envidia y el orgullo no debía ser utilizado para el rito. Debió guardar silencio el hechicero. Eso era parte de la purificación.

Lo que siguió fue extraño, y si era la revelación que esperaba el oyente. El viejo le recordó primero su infancia, como él los recibió en la isla, como el niño corrió gritando entre las peñas para expresar, al lago, su amor. Evocó de nuevo su niñez salvaje de cabalgador de monstruos, los felices vaticinios que se hicieron tras su aventura. Le aclaró que el brasero, que consagraba su hazaña ante los cielos, había ligado su alma a la de los dos alfareros, y que por eso ellos retornaron a la tierra, por sus semillas, desde el vientre de Ipoch, gemelos para que aprendiesen la fuerza de la fraternidad. Para concluir, el Señor concedió al brujo una fuerza.

Desde la puerta, dijo el padre de los gemelos:

—Gracias, Señor del estandarte azul, de la capa de turquesa, del corazón de turquesa. Que sea bueno el viaje.

En cuanto él salió, entraron a despedirse Ipoch y los niños. Ipoch lloró ante él aunque deseaba evitarlo. No pudo contenerse. Tampoco pudo contenerse el menor de los niños, el cual, ante el hedor, vomitó, salpicando al abuelo. El anciano sonrió, disculpándolo, e hizo un ademán a su hija para que lo perdonara.

El ciego partió al anochecer. Sacrificaron un perro para acompañarlo, y los enterraron juntos. Otzilén no asistió. Había tomado un cayuco, en préstamo, y estaba en la isla de Otzilén, su padre, ante el brasero.

Las aguas palmoteaban la orilla subiendo por obra de la luna, lamiendo las imágenes de las sagradas rocas.

En determinado momento, Otzilén sintió descender sobre sí la fuerza prometida. Fue como un oleaje oceánico invadiendo su sangre.

Alumbró pom, con una vara de ocote, en el brasero que lo representaba, y sonrió, sonrió. El ensalmo estaba hecho.

Don Pablo de las yerbas abrió los ojos con asombro ante las explicaciones del brujo, preguntándose si era dado a un mortal realizar una brujería como la que Otzilén afirmaba haber llevado a cabo. Mas Otzilén lo aseveraba con absoluta convicción.

Parte,
viejo,
las pezuñas
corren por la hierba húmeda,
y es posible lo imposible.

XXV

RETORNOS

Iba creciendo la maravillosa madrugada tras las montañas, mientras Pablo oraba, como de costumbre, bajo las frondosas ramas de una ceiba. Las aves alborotaban, y aunque no hubiese llovido, las hojas destilaban agua de frescor, pues el sol próximo a aparecer concentraba la niebla, deshaciéndola.

Leyó el Cántico de las Criaturas de Francisco de Asís:

Loado seas, Señor mío
por todas tus criaturas,

y especialmente por mi señor hermano Sol,
pues por él haces el día y nos alumbras...

Entonces asomó el disco blanco, hostia radiosa alzada por las manos de un ser invisible, y se tornaron blancas las nubes rosadas, y un aroma como de infancia brotó del agradecido suelo de los campos.

Sintió que debía ir donde el hechicero. La brisa, en el camino, sopló hacia él un puñado de flores y hojas caídas, como animalitos juguetones.

Supo que era buen augurio. Se sentó en una peña y escribió:

Una santa, mañana de Dios Nuestro Señor,
cuando el viento agitaba los ramajes en flor,
avecillas cantaban: Amor, amor, amor.

Al arribar vio a los gemelos, sanos y salvos. Los arrojaron las olas a la playa, con los vientres abultados por el agua tragada, sin conocimiento. Despertaron lamidos por el gran tigre blanco y el gran venado blanco, y éstos los hicieron montar sobre sus lomos, y los condujeron a casa. Era terrible el mar que ellos vieron, y era buena la tierra. Era buena la arena blanca de la playa lejana, donde los lamían el gran venado blanco y el gran jaguar blanco. Pero era bello el mar terrible, el verde mar azul creando fugitivas cavernas de agua y espuma, y esa inmensidad salina los había librado de los piratas. Mas, por sus sueños, era evidente que no sólo regresaban del Océano, sino que retornaban, además, del Reino de la Muerte.

Otzilén sonreía, satisfecho del fruto de sus conjuros.

Los niños se expresaron con inusitada gravedad para sus años. Deseaban ser alfareros, a ello iban a consagrar sus mejores esfuerzos. De hecho fueron, con el tiempo, consumados maestros en el arte. Como un eco de su experiencia marina, aborrecieron para el resto de sus días los alimentos cargados de sal, pero al oír pasar el viento entre los árboles recordaron el canto de los mares, y movidos de una exaltación extraña, crearon entonces sus mejores piezas de alfarería.

Comprendió, don Pablo, que no era que los gemelos estuvieran locos o lo hubieran estado, sino que, errantes por las vagas sendas de los espíritus, como él mismo anduviera, tornaban a sí mismos sabedores de otras realidades, y portadores de una nueva verdad.

XXVI

CANTO DE OTZILÉN

Eternidad triunfante ven. He aquí el alba del día. Un poema te doy, hecho de la pura luz de la madrugada. Un canto por ninguno cantado, sol nuevo, errante, que un camino recorres por millones de soles recorrido antes, por millones. Mírame, mírate a ti mismo, derramador de dones por la altura, yo soy tu hijo, y un camino recorro nuevo y único, que millones antes que mí recorrieron, que millones recorrerán después. Pero mi canto es uno, no por otro cantado, y aunque otro venga después y un canto cante similar a éste, no será el mismo, y no será mi canto. Sólo yo puedo ofrecerte este don único y sin fin, el del amor de ti, sol fugitivo, antorcha viva del día pasajero. Ahora este don te doy. Quizás te dé otro al ocaso, dios tardo y sabio en unas pocas horas, muriendo entre celajes por la alta altura de los cielos terrestres. Quizás te dé entonces el don que se da a quien se va, benefactor del día pasajero.

XXVII

EL SEÑOR DEL ESTANDARTE AZUL

Tras el fallecimiento del anciano Señor, Otzilén debió asumir las insignias que le correspondían. Era, en adelante, el Señor del estandarte azul, del estandarte de turquesa, del corazón de jade. Tomó su puesto en el consejo de ancianos. Su mérito era sobrado, y con frecuencia el Consejo había solicitado su consejo.

La imposición del rango careció de pompa. Otros eran los tiempos, los tiempos de una raza cuyo destino inexorable era hundirse en las sombras, como otrora las edificaciones en el lago. Tuvo, Otzilén, que reinstalarse con su familia, y era como si los llamaran de vuelta el lago, y las piedras grabadas del lago, y la ciudad sumergida, y la brisa que golpeaban los árboles, las piedras, las pirámides, el silencio grande del lago. Sin haberlo visto ni saber de su existencia, los gemelos hicieron juntamente un brasero ceremonial, cuyo tema era el mismo del incensario de los odios y las venganzas. No era aún perfecto, pero era, para su edad, inhabitualmente bueno. Ikokik se alegró. Los nietos alegraban su vejez, aunque a ratos, pese a su experiencia, sintió temor de los gemelos resucitados. Los vio en una fiesta cortándose el uno al otro con un cuchillo, brazos, piernas, narices, sin sangrar, y después recomponerse por arte de magia, tranquilamente. Era un truco que les enseñó el jorobado, cuando eran más pequeños, y que ejercitaron en secreto hasta llegar a realizarlo de manera impecable. Pero Ikokik, que tembló cuando los supo ahogados, volvió a temblar a cada espectáculo, temiendo tanto que revivieran como que no. Seres que iban a las sombras y eran después venados, peces, árboles, estaba bien. Pero ellos que iban y venían de ultratumba cuando se les daba la gana, la angustiaban. Otzilén rió al escuchar sus preocupaciones. Alguien puede nadar bajo el agua, y dejamos de verlo, y después torna a tierra y sigue siendo el mismo, aunque enriquecido por una experiencia suplementaria. ¿Cómo verán los espíritus a alguien que se cubre de un cuerpo sólido, y luego es etéreo de nuevo? No la convenció. Eso de andar entre la muerte y la vida, no le parecía correcto.

Pero Otzilén ya no estaba siendo el mismo. La operación lo envejeció, a él que permaneciera por décadas en una edad indefinida. El, que pudo ser niño hasta tarde, dejó de serlo, y su carcajada cristalina fue en adelante una cascada arrastrando guijarros, que terminaba en tos. Pero rió menos, y hubo quienes pensaron que su seriedad creciente era una expresión de orgullo desdeñoso, motivado por haberse convertido en uno de los Señores de Azacualpa. Mas había aprendido a no juzgar a los otros y a otorgar poca importancia al juicio de otros. Arduo era el camino de la vida, y eso no podía evitárselo él a nadie, ni le era dado evitar los errores ajenos. Sólo podía entregar una amable enseñanza cuando el momento era propicio, sin ofensa, pues ni él ni ninguno eran perfectos. Y esa actitud, aunque le costó un poco reconocerlo, la aprendió de don Pablo.

Había otra razón para su seriedad. El fue feliz en su juventud, a pesar de todo. En mitad de las tribulaciones, fue feliz al sentir crecer su fortaleza interior, y sus poderes, y su entendimiento. Y fue feliz, animalmente feliz, al oprimir contra sí el moreno y tibio cuerpo de Ipoch, al lamer sus pechos, al besar sus labios hundiendo su lengua en la cálida boca, al penetrar con su sexo erguido en la húmeda cavidad entre sus piernas. Y fue feliz, después al ver a sus hijos naciendo y creciendo. Pero ahora Ipoch, quien le diera la belleza de sus años mozos, se había vuelto hosca y reconcentrada. Ella no pudo admitir eso de ser la madre de dos muertos vivientes, y optó por dejarse ir en una sequedad que la consumía a sí misma y a quienes se le aproximaban.

Dejaron de vivir juntos.

Anciano prematuro, Otzilén se esforzó en asumir su trabajo casi maniáticamente, para desterrar la memoria de la fatalidad que ninguno puede conjurar, ni siquiera un brujo. Su madre, Ikokik, se ocupó de los niños. Los gemelos iban abandonando la infancia. Otzilén se dijo que para él iba llegando poco a poco, la noche, pero a ratos se agolpaba en su sangre la fiebre del deseo, y en alguna muchacha que pasaba recordó la primera mirada de Ipoch, la oscura mirada tímida velada por las densas pestañas, clavándose en su pecho como dos puntas de obsidiana, o como dos varitas de ocote encendiendo una hoguera. Y así, en una hora tardía de su existencia, por primera vez Otzilén fue infiel.

Aún reservaba la tierra otras bondades al curandero Otzilén. Se acercaban a él los muchachos deseosos de avanzar en la senda del conocimiento, y él habló entonces de las esferas que giran en la bóveda celeste, de la vida que late en las profundidades del Océano, y acabado el capítulo de la ciencia, habló también de su infancia en Tulum, y de los peces voladores, y de las ciudades sagradas, abandonadas en la selva desde siglos atrás por una inexplicable decisión de las deidades. Y habló de aquellos adoratorios de tiniebla, adonde entraban únicamente los sacerdotes, y se extendió el hechicero refiriendo prodigios de Tenochtitlán, ciudad en la que estuvo unos días solo, treinta y tantos años atrás. Mas recordaba al Rey avanzando en la canoa real por los canales de la ciudad espléndida, como un sol erizado no de llamas, sino de plumas preciosas, entretejidas con arte insuperable.

Uno de los jóvenes hacía, en eso, una pregunta, y él contestaba con una respuesta que le sorprendía a él mismo. El sabía cosas que él ignoraba que supiera. Más tarde se lo contó a don Pablo, y éste subrayó sus palabras con otras del Talmud:

—He aprendido de mis maestros. He aprendido de mis compañeros de estudio. Pero he aprendido mucho más de mis discípulos.

Otzilén dejó pasar una pausa reflexiva y añadió:

—El haber sido amado por muchos me ha enseñado mucho. Y lo primero, a refrenar mi lengua. Si uno ama sólo a alguien o a algo, ofende fácilmente a los demás sin fijarse. Si uno ama al Amor, aprende que la mejor ciencia de la vida es dejar ser a los demás.

Y rió el brujo, y su risa volvió a ser cristalina, un manantial surgiendo de una peña.

Don Pablo sonrió. Ese hechicero al que viera con temor, con respeto, con admiración, pero siempre con afecto, era hoy un poco su discípulo, o no el de él, sino el de una sabiduría heredada de un Dios severo, duro, que impuso diez leyes de piedra sobre un monte cuarenta veces santo.

—Otzilén no soy yo quien te habla. Otzilén, soy el monte Hebrón, y la nieve sobre el Hebrón. Otzilén, la tierra es apenas nuestra infancia, y la vida toda, que no puede ser sin amor. es únicamente ese Amor al cual vamos.

—¿Y tú quién eres, Pablo de Alcántara?

—Soy la oveja de cien buenos pastores. ¿Y tú?

—Yo soy mi raza.

Y ambos pensaron que sus respuestas eran intercambiables. A continuación, pero siempre tras una de esas pausas que eran en ellos parte consustancial de sus coloquios, Otzilén habló de sus relaciones con una muchacha muy joven, apenas mayor que sus hijos mayores. El sacerdote cristiano ya sabía que los indios miraban el sexo con ojos muy distintos a los suyos, o no a los suyos, sino a los de la sociedad de la cual provenía, y reconoció que lo que Otzilén contaba con inocencia, un hidalgo español lo hubiera dicho con malicia jactanciosa. Por eso se limitó a observar que era buena la belleza y necesaria, y que aligeraba el pesado fardo de las penas del mundo. Y recordó para sí, a la católica España, cuya moral caduca era un pretexto para la crueldad, intentando imponer por la fuerza aquello que debiera ser libremente asumido.

Como cuando alguien despierta de un sueño, mas no despierta, en realidad, sino que sueña que despierta, y cae en otra estancia del sueño, más próxima a la vigilia, así sintió Otzilén que era la existencia.

Sus sueños lo llevaban a una realidad más real, y abandonando la vigilia abandonaba un sueño torpe y confuso, donde no percibimos con claridad el significado de lo que nos rodea. Pero esos sueños suyos, donde formas, seres, objetos, se transformaban, dóciles al soplo del sentimiento y el pensamiento, eran todavía sueños. Algo debía haber más allá, una permanencia donde el entendimiento, inmóvil y creador, imponía su imperio a cuanto es, arriba, abajo, alrededor, visible o invisible.

Era el último sueño y la única realidad real, pero para llegar a ella debía pasar por la puerta de la muerte.

El clérigo acariciaba la idea de matarse para poner fin al dolor de la existencia. Otzilén no. Otzilén miraba ahora ansioso hacia la sepultura como la entrada a una conciencia definitiva, dispensadora de todos los dones. Pero lo ataba al suelo esa muchacha encantadora, deslizándose como un conejito por su cuerpo desnudo.

Y estas confidencias tuvieron lugar cuando el clérigo, en su mula, llegó a depositar a la isla las figuritas de la Nochebuena, que no eran bellas tallas coloniales, sino amables figurillas de barro que los artesanos de Cuzcatlán comenzaban a incluir en su repertorio. Otzilén opinó que debieran ser dos los niños-dioses, pensando en los gemelos vueltos a nueva vida.

XXVIII

AZACUALPA

Hemos descrito las islas de la meditación, pero no hemos descrito Azacualpa. Hemos hablado de Azacualpa pero no hemos descrito Azacualpa.

Azacualpa estaba sobre los altos montes, y en la alta hondonada entre los altos montes, al pie del volcán aquel que diera origen al lago.

Azacualpa era una ciudad amurallada, aunque no fuesen elevados muros espesos como los de la ciudad de Tulum, en Yucatán.

Las murallas de Azacualpa eran bajas murallas de piedra negra, que permitían a los flecheros disparar desde el monte y parapetarse, pues fueron muchas las batallas con los pueblos vecinos, antes de la llegada de los españoles. Por eso estaban llenas de puntas de flechas de obsidiana las laderas de los montes. Por eso estaban llenas de puntas de obsidiana las islas.

De lajas recortadas y dispuestas las unas sobre las otras, estaban hechas las pirámides de Azacualpa, y de lajas el palacio vacío, recubierto de estuco, con pinturas en las paredes, desde el cual gobernara Topiltzín.

En el cerro primero, que a manera de proa se hundía en el lago, estaba la primera pirámide, orientada hacia la estrella de la tarde. Antes del nacimiento de Quetzalcoatl-Cukulkán, la estrella sagrada, era dado ver, desde su cúspide, el hundimiento del sol, tiñendo el lago de su sangre de oro. Los rayos tardos impregnaban de luz tarda la parte baja de las nubes, rozándolas, mientras la parte superior se integraba a las sombras. Los rayos perfilaban las montañas inacabables de los horizontes, alumbrando el saliente de sus pliegues, y azulando o ennegreciendo, por omisión, sus cavidades. La pirámide recibía las rosas tardos, los tardos oros, mientras la plaza ceremonial, frente a ella y cercada por los muros, era un cuadrangular estanque caliginoso, donde se aposaban las tinieblas.

Más allá el valle, el elevado valle de las alturas, y en él las tres pirámides, como interrogándose y respondiéndose en un coloquio mudo. Entre ellas se hallaba una fuerte ceiba antigua, de espeso follaje, en torno a la cual se reunían los lugareños, acabadas las faenas de la jornada, a conversar. Junto a los templos estaban los adoratorios, montículos donde se alumbraba fuego en las fiestas rituales. Alrededor de ese centro estaban las chozas, y un poco más lejos, el bosque, que perdía sus hojas en el ardiente verano y enverdecía al arribo de las aguas. Entre él y la zona desbrozada, las plantaciones de maíz, las rumorosas plantaciones murmurantes, y en la maraña de la arboleda el palacio desierto, y a un costado de las pirámides el mercado, con sus construcciones pasajeras de

velachos multicolores para protegerse del sol, dando la idea de un abigarrado puerto, donde el bullicio de los pregones y el ir y venir de los regateos, entre gordas mujeres morenas sentadas en el suelo, frente a canastos de tomates, ataviadas como reinas, y niños desnudos corriendo, y un mendigo borracho maldiciendo, un mercado con mudos pescados lanzando reflejos de plata y madreperla, y con olores de albahaca, y joyas de remotas comarcas, y miel, y comales con tortillas y pupusas, ardientes bajo el sol ardiente, y amuletos contra esto o aquello, y canastos, y loras parlantes en jaulas de mimbre.

Tal era la heredad de los hijos de Azacualpa, y sobre todos ellos las garzas yendo y viniendo con las estaciones, hechas de las espumas del lago o descendientes de un linaje de nubes.

XXIX

LA TERRAZA

—Bebed y comed. Esta es mi alma.

Tal dijo, y repartió el pan ácimo de la Pascua judía, y las hierbas amargas, que rememoran el paso por el desierto del Sinaí, y el huevo, que está hecho a semejanza del Universo, y la carne del cordero, cuyos huesos no fueron quebrantados, todo ello dispuesto sobre el plato ritual de la Pascua, e hizo circular un vino que tenía el sabor de la sangre.

Poco después, estaba colgado de un madero. Enganchado en los clavos, su carne era un colgajo de carnicero. Sintió un lanzazo en el costado. No miró, porque no quiso saber quién lo asestaba.

Dicen que los condenados a muerte ven su pasado entero en los segundos que anteceden al momento final. El no vio su pasado sino su futuro. Supo que en su nombre las generaciones iban a quemar brujas, a decapitar, a desollar, y a masacrar pueblos enteros creyendo prestarle un servicio. Supo, él, que abandonaba todo, cuerpo, alma y sangre hasta la última gota, que su sacrificio había sido inútil.

Clamó, vindicante, recordando un salmo:

¡Dios mío, Tú me abandonaste!

Intentó salvar a la raza de los humanos. Era una ilusión, como ser rico y poderoso, otra de las vanas ilusiones del mundo.

Don Pablo concluyó, así.

Otzilén retomó su argumentación de otros tiempos. Ese Dios de don Pablo era sin duda bueno, pero era también demasiado ingenuo. El bien y el mal se complementaban, eran dos necesarias mitades, y no cortadas con un cuchillo. Tras el negror estaba la penumbra, tras la penumbra la luz, y eran los tres guardianes de las cosas que son. "No matarás" era una norma absoluta, sin matices. Pero matar a un criminal era un acto de justicia. Ese Rey de reyes que pudiendo exterminar a sus detractores aceptaba, en cambio sacrificarse, era un individuo absurdo. Ese Dios humano era demasiado generoso, y eso era inhumano.

Ya ni don Pablo ni Otzilén eran los mismos. Los años habían pasado sin que volvieran a verse entretanto, pero estaban reunidos como si reiniciaran un coloquio interrumpido la víspera, en esa terraza de piedra en las afueras de Azacualpa, que miraba al lago desde una empinada ladera.

Estaba Otzilén en la terraza, meditando antes del inicio del alba, cuando oyó llegar de lejos al clérigo. El clérigo hizo sonar un caracol, y el ululato del caracol resonó por la extensión lacustre, hasta los distantes horizontes, multiplicándose en ecos. Supo el brujo de quién se trataba, y fue mucha la alegría de ambos cuando Otzilén llegó a recogerlo en su cayuco. Dejaron la mula al cuidado de unos campesinos, y atravesaron Güija en la luz de la madrugada naciente, dividiendo el lago en dos olas untuosas que volvían sobre sí mismas, restableciendo la superficie como el azogue de un inmaculado espejo.

Ascendieron a la terraza, donde hicieron un alto, mientras don Pablo sacaba de su morral tortillas, y dos manjares que el hechicero probara por vez primera, sólido el uno, líquido el otro, a saber, una libra de queso manchego y un litro de vino de los viñedos españoles. Eran obsequio de peninsulares beneficiados con la medicina del ermitaño. Y así brindaron en la terraza, bajo el cielo opalino de la madrugada, que contemplaba su belleza en la superficie de Güija. Tras probar los placeres de la mesa en las piedras del alba, el hechicero dijo que un poco tendrían de amable, al menos, los españoles, pues inventaron esos bienes. Mas al tomar otro sorbo, después de la descripción de la escena del Gólgota, sintió un sabor de sangre en su boca. Reflexionó, y evocó a aquellos que ascendieron las gradas de la pirámide por voluntad propia, para que les arrancaran el corazón, sabedores de su gloria futura, sacrificándose por amor a la comunidad. y habiendo sido tratados como príncipes durante el año precedente, y dijo que no era eso muy distinto de la historia crística, y que la pirámide de la ascensión era la pirámide del conocimiento.

Y, como de costumbre, ambos aprendieron. Entre el vino de España y la chicha vernácula iba cobrando cuerpo otro licor, a pesar de las amarguras sin cuento, que separándose de los escombros establecía una inédita hermandad, un licor que la copa del lago ofrecía a los cielos.

XXX

LA TARDE DE LAS BRUMAS

Fue a ver el Palacio de Topilttzín.

El espacio era apenas un cuarto oscuro, donde desdibujadas imágenes se veían aún, cuando los ojos ya se habían habituado a la oscuridad. Muros espesos, muy estrechos espacios. Alcanzó a ver la representación del Príncipe, golpeada por un rayo oblicuo, proveniente de la estrecha entrada. Estaba el Príncipe Topiltzín sentado en una silla con dosel, arropándose en una túnica blanca y roja.

Quiso preguntar algo, quizás al Príncipe muerto, quizás al Cosmos a través del Príncipe muerto, y pasaron los años, pero no para adelante, sino al revés, velozmente, en su memoria. Se vio en Al-Andaluz, "Puerta del Paraíso" en el palacio de los Reyes Moros. No hubo ninguna manifestación mágica. La respuesta vino, sí, pero desde dentro de sí mismo, de su propio corazón. Los españoles, creyendo servir a Dios, ahogaron una civilización al Sur de España, y otras en el extenso Continente que descubrieron y conquistaron. Y él, el clérigo, se preguntaba si no había sido un instrumento para dar muerte a Dios, a una de sus formas. Entonces supo que el sol estaba solo, y perduraba porque estaba muy alto, y porque estaba solo. Comprendió por qué no se acercaba tanto el Creador a sus criaturas: porque le hubiesen dado fin, porque el amor no es sólo fuerte, sino también frágil, y necesitaba de su altura y de su soledad para perdurar. Las civilizaciones mueren porque están en la tierra, y por notables que sean sus logros, otros los destrozan, porque una voluntad de depredador es parte consustancial de la raza de los hombres.

Esto construyeron —se dijo— los indígenas. Con esto acabó España.

Otras eran aquellas vidas de los peninsulares, otros los bosques, que el molino del viento arrastraba consigo, bosque aéreo muriendo en una alfombra de crujientes hojas doradas. Otras eran las estancias nativas, hechas de piedra y nieve, de esos caballeros españoles que doblegaron a hebreos y mahometanos, y dominaron el Océano y la Rosa de los Vientos para conquistar un mundo extenso e inimaginado. Se diría su triunfo aventurero, no la desgracia que sembraron a su paso, manejando una cruz de dos filos, la espada de aceros templados, trabajada en el monte de Toledo, en el monte de las agujas góticas envuelto en la hojarasca de otoño.

Obras lunas y otoños
cura loco de aquella
España tan distante,
en obrajes de la memoria

el agua
rodante de la rueda
de un molino lejano,
es vino de distancia,
y de amor, y de olvido
del viñedo perdido.

Atardeció.

Se acercó a la choza de Otzilén y sintió un grato olor de cocina. Ya estaba listo el atol de elote. Lo habia preparado la joven amante del hechicero, y aromaba el ambiente servido en lujosas jícaras labradas. Mas aunque salivaba el cura de gula, debió abandonarlo, pues lo llamó Otzilén, con premura, y lo condujo a la isla de imágenes, llamada isla de Igualtepec, llamada isla de Otzilén. Un enjambre de mosquitos flotaba por la isla a ras de suelo, y pronto los pies de don Pablo yerbero estuvieron cubiertos de ronchas de picadas. Lo llevó, primero, a ver el crecido mirto. Sus ramas nudosas se separaban al inicio mismo del tronco, ramificándose luego a su turno, y sus hojuelas, innumerables pequeños óvalos oscuros, semejaban lascas de finísimo jade tallado con delicadeza. Era el mirto bienvenido en el santuario lacustre. Recordaron cuando fueron a sembrarlo, una tarde de años atrás, rodeados de un cortejo de cayucos como conviene a un huésped de honor, y era el huésped de honor el mirto, y un poco de su virtud recaía en el clérigo.

Otzilén le enseñó una a una las piedras grabadas, el hombre de una pierna, que simboliza el rayo, una flor semejante al sol, situada hacia donde nace el sol, guacamayas, serpientes, un conejo, que evoca al conejo de la luna llena, la figura de una mona llevando a cuestas a su cría (y ambos pensaron en la monita, la partera) y por último, un grabado simbolizando un pequeño esqueleto. El brujo, cuyo cuerpo había disminuido de tamaño, dijo que era casi su espejo, y rio, con su boca desdentada, de su propia broma.

—Ven, Pablo, veremos mi tumba.

—Estás loco, brujo.

—¿Y tú no cura yerbero?

Rieron los dos. Otzilén apartó, con esfuerzo una piedra. Era puerta de un túnel. Avanzaron. El túnel descendía, descendía. En determinado momento supo don Pablo que se hallaban bajo el lago de Güija. Siguieron avanzando, hasta llegar a una amplia caverna. Prendió el brujo una tea.

—Mira cura.

Miró, Pablo. Los tesoros se acumulaban sobre los tesoros. El jade sobre el jade, el oro sobre el oro, los tejidos de plumas preciosas sobre los tejidos de plumas preciosas.

—Serás el último en ver esto, cura.

—¿Te vas, brujo?

—Pronto, cura.

No vio, el cura, el rostro que hablaba. Otzilén se había cubierto la cara con una máscara de turquesa.

—Vámonos cura.

La tea se extinguió. Regresaron callados, como antiguamente en la mesa del Señor de Alcántara, como antiguamente en la cripta del Señor de Alabastro. También ante el Señor del Estandarte Azul era bueno callar.

Salieron. Taparon juntos el túnel. Era la piedra del esqueleto.

—Toma, cura —dijo el hechicero extendiendo un objeto— no lo necesitaré más.

Era el espejo de pirita pulida, que el clérigo guardó en su morral.

Aún tomó de noche el atol recalentado, y escuchó a la amante de Otzilén, cubierta por su huipil atado a la cintura, dejando al aire los redondos pechos, cantar con voz elevada y fervorosa una canción en nahuat:

¡Mentira!
¡La muerte no nos separa!
¿No ves que todos moriremos?
Día llegará en que el último
que preguntaba, desolado, por nosotros
no preguntará ya más...
¡Se nos habrá reunido!

Aún fue al atardecer siguiente, con el brujo y la joven, a caminar por el Norte, hundiéndose en los brumosos pinos.

—Otzilén —indagó don Pablo— ¿por qué debes dejar la tierra?

Era obvio que tampoco la muchacha conocía la respuesta, tan sólo aceptaba lo inexorable, pues la palabra de Otzilén no debía ser discutida.

—¿Recuerdas el inconcluso calendario de la raza, las piedras de la isla? Se descabalan al final. Los antiguos sabían que ahí terminaba la raza, pero no la razón del acontecimiento. Igual pasa con mi horóscopo.

La niebla se volvió más espesa. La muchacha recogió unas piñuelas de pino.

El cura se marchó al dia siguiente.

Pasarás al pasado.
una aromada bruma de la tarde en los pinos.
Pasarás.
pasarás.
más errante y feliz de estar tan lejos,
más ligero de peso,
más vivaz en el paso,
irás feliz,
despojado de ti mismo y el mundo.

Máscara de turquesa dejarás en la muerte.
Breves cascos
de venados de bruma
irán por las praderas
mudas.
Tarde de bruma entre los pinos.

XXXI

LA NOCHE FORESTAL

Cabalgaba, Pablo yerbero, contemplando el paisaje boscoso con la confusa mezcla de sentimientos. Los árboles mezclándose a los árboles, no permitían una visión del bosque, y las emociones, que se sumaban a las reflexiones, eran olas entrechocándose en el confuso y atormentado mar del alma suya.

No le sería dado volver a ver a Otzilén sobre la clara faz del planeta, pero tampoco se alejaba verdaderamente de ese individuo que marchaba hacia una gloria extraña, y que tanta significación tuviera para él. Otzilén mismo se lo dijo por interpósita persona, a través del canto de la joven, del canto nahuat cuyo origen se extraviaba en las remotas espesuras de la memoria. Quienes se van sólo nos esperan, y cuando ya nadie espera, un universo está cumplido, que es el amor de muchos en torno a una sola, sagrada hoguera, en el fogón del milenario hogar.

Bosque, bosques.

Herido e interrestre, el clérigo sintió que no debía permanecer hasta el extremo, que era interrumpir la intimidad del brujo con su muerte cercana. Otzilén, ser noble y alto, que iba ya disminuidas las fuerzas de su cuerpo y su alma a una luz definitiva, había dejado de ser el mismo. El era ahora una instancia del cosmos alzándose en su oscura mirada envejecida, actuando al soplo de superiores fuerzas, como una débil vela

hinchada por los vientos hace avanzar un galeón. Intuyó, don Pablo, que Otzilén iba en pos de una vindicación de su raza, sacrificando su vida en el intento, y a sellar una colmada existencia con el peso de una ley.

Cabalgaba, Pablo. Pensaba en ir a arrodillarse ante la Virgen de la Bermuda, que perduraba aún en la ruinosa iglesia, aunque descolorida, con el manto deteriorado por las termitas. Errante en sus pensamientos, extravió también el clérigo sus caminos terrestres. Anocheció. Sin saber cómo, se hallaba de nuevo en el pinar de las nieblas. Tuvo temor de las fieras, creyó advertir rugidos en los crujidos nocturnos.

En eso surgió la luna naciente en un claro del bosque, con indecible esplendor. Unos pasos resonaron a su espalda.

—¡Shlomó!

—¡**Pablo Shlomó!**

—¡Don Pablo!

—¡Pablo de Alcántara!

—Eh, cura yerbero!

Estaba rodeado de voces en lo oscuro, y un oleaje de lágrimas invadió su pecho. Eran las voces de sus padres, de la cocinera del solar de Alcántara, de la muchacha que lo amara en su juventud isleña, confundiéndose a su vez con el timbre de otra muchacha, la que lo amara en la capital de Moctezuma, y la última vez era la de Otzilén, el hechicero, como la de alguien que hablara desde dentro del agua.

El claro del bosque a la clara luz de la luna, era un lago y supo que era Güija, y recordó lo que le dijera, en otro tiempo el hechicero: "El lugar de donde vienen todas las cosas".

Los vio, los vio rodeándolo, y su corazón, exultaba de gozo.

—Pablo, tú serás alquimista.

Quien esto dijo era alguien a quien el franciscano no había advertido antes, era el Señor de Alabastro incorporándose en su lecho de piedra.

—Pablo, tú serás alquimista —repitió don Pablo de las yerbas de Alcántara para sí mismo.

Quienes se le acercaban se alzaron en el aire, y se elevaron tanto que pronto el cielo estuvo tachonado de estrellas.

Don Pablo estuvo contemplando la bóveda celeste hasta la madrugada, y retomó, entonces, su ruta, y cuando al fin llegó ante la Virgen de la Bermuda, sin concederse la tregua de un sueño, oró, oró.

Pasaron las mañanas, las tardes, las noches. Eran como cuentas de un rosario de vacíos, de inquietudes, de recriminaciones. Entonces, en medio de la lluvia llegó el gran venado blanco.

XXXII

EL ESCRIBANO Y LA EXTRAÑA ESCRITURA

(enero de 1993)

Las hierbas de oro seco van por
montes de los veranos.
Asentá entonces, escribano
la luz de un vivo sol por la altura,
calcinando la tierra de las tierras que fueron.

Luz dorada dorando
el verdor de la tierra disecada,
ya oro vuelto el jade,
máscara funeraria sobre el rostro
terrestre de un dios muerto.

Estuvo escribiendo la noche entera. Al final de su escrito, trazado con una letra febril, siguió otro, el poema que acabamos de leer. Era su estilo, pero las letras, en tinta roja, que él no usaba eran de una impecable caligrafía colonial. ¿Quién, quien lo había hecho?

Al atardecer encontró otro, con las mismas características:

Asentá entonces,
escribano,
el mar de las tinieblas por las páginas
de tu sola tiniebla.
Un mar obispo de los mares
un funerario mar de antorchas vivas
estallando ante el trono de Dios vivo,
el mar de un tiempo ido
que las palmeras en el tiempo presente

alzan de la profundidad
arcaica y sin edad.

Escribió, al pie el escribano:

—Dime quién eres.

—Pronto lo sabrás —fue la respuesta, en tinta roja, al atardecer siguiente, y añadía el anónimo redactor, o mejor dicho redactora, pues hablaba en femenino, consideraciones sobre la vaguedad de la existencia, cerrándolas en una frase enigmática: "Dentro de algunas horas habrá transcurrido toda la vida".

XXXIII

ESCUCHAD...

La noche anterior a su partida se reunió Otzilén con sus hijos y sus discípulos bajo la antiquísima ceiba de Azacualpa, y dijo:

"Dentro de unos instantes habrá transcurrido la vida entera, como una hoja seca que se lleva el viento, y nadie sabe adónde va.

Escuchad entonces, hijos míos, hijos de la gran heredad, del gran lago, escuchad, porque no habréis de escuchar la palabra mía en adelante, esta es la palabra última del brujo Otzilén que yo fui y se borra por su mano, por la obra de su deseo, como un cántaro que se rompe a sí mismo, que concluye en ley de sí mismo la estancia suya.

Escuchad.

Agua derramé de conocimiento entre vosotros, pero también pesé sobre vosotros, porque el conocimiento pesa, y pone las caras serias, y aburre también, y quizás por eso me voy yo también.

Por esa razón, muchachos y muchachas de Azacualpa, reíd vosotros con risa grande. Mucho más que una palabra sabia es un conejo corriendo en la espesura, es un niño atando con un hilo la pata de un escarabajo volador.

Vosotros reíd, y cuando veáis a los adustos españoles, doblegados por la pesada coraza de su orgullo, pensad que tenéis más, pues tenéis vuestra risa.

Tal es mi palabra.

He aquí la tierra, y ya no es. No es la tierra donde he sido y fuimos. Pero sí lo es. España gobernará quizás siglos. Y después, como antes y entretanto, la tierra es y será. Otros vendrán, dirán su idea de lo que debe ser, la impondrán por la fuerza, como todos antes. Y la tierra, paciente, seguirá siendo la misma, del mismo polvo hecha, de su sustancia, de su peso, de su quietud, amorosa de la sola idea de sí. Los españoles morirán también y bajarán al polvo, y alguien tomará después un terrón, y no sabrá si tiene en las manos los restos de un indio o un español. Pero una cosa habrá desaparecido, lo que nosotros fuimos, creamos y creímos. Eso no volverá nunca jamás.

Te veo, agua del lago, cielo en medio de nuestras montañas. Permanecerás y alimentarás a otros, y seguirás creciendo con las lluvias o decreciendo con las sequías. Vano es que pretendamos llamarte nuestro, porque tu serenidad depende de lo eterno, y tu servicio irá mucho más allá de nuestra raza, y así debe ser. Tierras, aguas, cielos, a nadie pertenecen. Ni a un Rey, ni a un rico propietario, ni a un pueblo tampoco. Lo que a todos sustenta, aquello que es, y cuya misión es servirnos con callada humildad, es el propietario de todas las cosas; la tierra, el agua, el aire, el fuego que calienta en la noche, no son nuestros bienes, esos son los dueños verdaderos. Nosotros somos su producto, somos sus hijos, somos una forma pasajera que ellos crean, y que después ellos recogen en un común anonimato, cuando ha acabado nuestra misión. Mi misión acaba, muchachos y muchachas de Azacualpa, y aquí terminan mi día y mi noche, y mi luna y mi sol. Otras cosas comienzan cuando unas se acaban, pero la tierra permanece.

Tal es mi palabra.

Viejos son los caminos, pero una vez sola recorremos los caminos de la existencia.

Nos han contado cómo eran, pero quienes lo contaban eran gentes más viejas que nosotros, y que estaban en otro lugar, aunque estuvieran a la par de nosotros.

Nuevos son los caminos de la vida. Una vez los vive uno. Una vez los ama, y los odia y después cien, diciendo siempre: "¿Cómo volví a cometer el mismo error?" Y de esa estupidez de centurias sacamos nuestro razonamiento, que a nadie sirve para nada, pero quizás sí. Saber es un inútil consuelo, pero es sublime. Saber es despojarse, un día, de la infinitud de las heredades estupideces, y enfrentarse al amor en el que amamos diciendo: "Estoy, soy y no más". Y es siempre poca cosa. Un sangrado corazón damos al infinito, y el infinito lo acepta, porque ve al fin un reflejo suyo en la mediocre raza de los humanos. Pero vosotros reíd en vuestra juventud, porque si no, algo esencial habrá faltado al mundo.

Esta es la palabra última del brujo Otzilén.

XXXIV

MUERTE

El cortinaje de rojor episcopal caía tras la pesada butaca de caoba y cuero, techonada de clavos de bronce, donde se sentaba el Deán. Pequeño, moreno, envuelto en la negra sotana, era el Deán una figura extraña destacando contra el cortinaje purpúreo, en la luz del atardecer. Se hubiera dicho un duende, con sus ojos escudriñadores y vivaces, y sus orejas terminadas en punta.

Se disponía, el Deán, a hablar, cuando lo interrumpió de nuevo el palafrenero de Gonzalo Alvarado, y el Deán le cedió gustoso la palabra, pues era el antiguo palafrenero testigo presencial de los hechos.

Se vio a sí mismo, el palafrenero, yendo por los montes del Norte, más allá de la ciudad de Metapán. Iba a fundar una población por orden de Gonzalo, junto al lago. Soldado, al cabo, narró escuetamente las cosas. Olvidó citar los guarumos de ramaje menguado, de hojas grandes pero de sombra escasa, con las ramas secas cayendo a los golpes de viento, semejando báculos arzobispales. Perdido en estas consideraciones, el Deán no prestó atención al inicio de la historia del soldado palafrenero, pese a su interés. Cuando recapacitó, éste iba diciendo:

...y después nosotros, entienden, entiendes, Deán, monaguillo indio de antaño, nosotros, soldados españoles por la gracia de Dios, moviendo piedras, mezclando la argamasa de las construcciones, junto al lago ese de Güija o Güixat. No obligamos indios, nosotros levantamos el poblado.

Pero después nos hicieron falta mujeres, y tomamos indias, unas por asalto y otras de grado, y las más se quedaron por voluntad suya, hubieran sido forzadas o no. Azacualpa está al extremo opuesto del lago. ¿Cómo imaginar lo que iba a suceder? Yo conocí al brujo Otzilén cuando la primera fundación de San Salvador, en el Valle de la Bermuda, y éste vivía cerca y me curó de una fiebre mala. Le tuve desconfianza siempre, como fuera, porque los indios son malos aunque hagan el bien. Sí señor, malos son. Vengativos. Yo ignoraba que estaba el brujo en Azacualpa. No lo supe hasta tarde, casi tres años después. Eramos pobres agricultores, pobres pescadores, pero cómo decirles, cómo contarles, parroquianos de la tertulia, cómo decirlo Deán. Mujeres arrebatamos, pero llegamos a quererlas como si casados con ellas estuviéramos, y unos hasta se casaron en Metapán, porque en la capilla del poblado tuvimos sacristán, nunca cura. Yo no lo hice, pero estamos juntos todavía ella y yo, y tenemos hijos buenos, aunque el primero fue un poco a porrazos. La mujer que ayudaba en los alumbramientos, la partera, lo supe tarde, era hermana del propio Otzilén. La vida iba calma cuando un soldado halló la caverna. Se llegaba a ella por un túnel, desde la isla esa que ellos

llamaban de Otzilén, por el padre de Otzilén. Era una caverna inmensa, el interior de un monte hueco en las márgenes del lago. Ese lugar donde apenas se podía respirar estaba lleno de vasijas pintadas, colmadas de raros tesoros. Al comienzo robamos apenas, para que no se dieran cuenta. Ellos lo advirtieron, mas callaron, hasta que los hurtos fueron muchos. Eran numerosos ellos, contados nosotros. Dijeron que lo sagrado tomábamos. Vi entonces a Otzilén en el grupo que se acercó a recriminarnos. Poco antes uno de nuestra tropa había tomado mujer en el monte. Esta se resistió, y como no pudo someterla, la ató a un horcón, para amansarla. Lo que no sospechamos era que fuera Ipoch, la que fuera hembra del viejo brujo. El la miró intensamente, y se retiró sin musitar palabra, con una rabia de volcán. Esa noche tembló formidablemente. Fueron tres sacudidas. Pocos logramos escapar. Las casas caían como esos castillos de naipes que hacen los jugadores, y no nos detuvimos a socorrer a quienes gritaban bajo los escombros, porque las aguas, subiendo, iban tragando esa punta de tierra. Después supimos que el nigromántico se había encerrado en la caverna, pronunciando conjuros, provocando el terremoto y muriendo con él. Las paredes del monte se derrumbaron, sepultando a Otzilén junto con el tesoro de Azacualpa, mientras ardía el monte por fuera, el que hoy dicen Monte Quemado, porque desde entonces pasó a ser como carbón. La mujer atada logró liberarse, arañó con profundas desgarraduras a su captor y se fue carcajeándose, carcajeándose por sotos y collados, con feliz carcajada siniestra, sin que su propietario la hubiese sometido jamás. Una única vez regresé al lago, y oí sonar, al fondo, la campana de la capilla que nosotros erigimos, golpeada por las aguas.

Los contertulios carraspearon.

El Deán tomó un sorbo de chocolate. Como haciéndose eco del relato del palafrenero, las campanas de Santiago de los Caballeros de Guatemala doblaron, anunciando el Angelus. Los presentes se santiguaron, para pronunciar la plegaria de la tarde. El Deán se dijo que era, en cierto modo, la oración con que sus antepasados saludaban la estrella del atardecer.

Hizo frío. El frío entró por la ventana, arrastrando enfermedades, como en la obrita de títeres del jorobado, porque a la otra mañana no pudo el Deán levantarse, y debió guardar cama. En sus fiebres heladas, rememoró el Deán lo que le confiara Pablo de Alcántara, como surgió en su sueño vívidamente el hechicero agonizante, dentro de una montaña que sobre sí se derrumbaba, dándole, en los últimos estertores, la receta para curar las enfermedades de los ojos.

Tienen un poema las madrugadas, otro los días solares y los crepúsculos, otro las noches donde arden los astros infinitos. Tienen un cantar de gesta las tempestades, y un soneto de añoranzas la fina lluvia tamborileando por las techumbres. Un poema la mañana de la existencia, otro la gozosa y angustiada fiebre de la primera juventud, y otro la vejez, que es como un crepúsculo, o una lluvia de hace tiempos. Pero el estado maduro sólo prosa tiene. Ya ha perdido en gracia, y no ha adquirido aún la dignidad canosa que solemos identificar a la sabiduría, tan erróneamente con frecuencia. La edad

madura tiene fuerza, y una cuota considerable del amargor de la experiencia; la experiencia, si no ha dolido en el alma, no es. El hombre de mediana edad puede hacer el poema de su desgracia, de su inquietud, de su esfuerzo. Son los poemas de eso, los de una etapa de la vida abandonada por las musas, diosas de inacabable juventud. Por eso se sorprendió tanto don Pablo de Alcántara, franciscano, recogedor silvestre de yerbas que dan salud, cuando vio su retrato, tallado por el monaguillo de la Bermuda, en un leño, entronizado en un nicho de la iglesia de Panchimalco. Se reconoció, aunque no fuese un retrato fiel. Se reconoció, y ese retrato era un poema. No pretendía representarlo a él, sino a un santo, y le parecía absurdo haber sido tomado como modelo. Pero esa talla pintada con perfección, era un poema mudo, y don Pablo comprendió. Aunque él se supiese en su período de madurez, y se sintiese adolescente, por la inmadurez que no logró sobrepasar nunca, a los ojos del monaguillo fue siempre un viejo, por la distancia generacional, e incluso un sabio, por haberle hecho partícipe de las reflexiones de su soledad melancólica, y el monaguillo le daba una talla que lo reivindicaba ante sí mismo y los otros, como agradecimiento por haberle devuelto la visión.

Hubiera querido poder expresar esto al monaguillo tesorero pero no volvió a verlo. El estaba destinado a irse antes del monaguillo tallador, como se marchara antes que él don Pedro de Alvarado, Adelantado del Imperio de Carlos V, con el cual, por lo mismo, tantas cosas quedaron sin pronunciarse. Y lejos, en los mundos que suceden al mundo, no merecerían serlo. Serían como nubecillas que se lleva el viento, o como vino que se vierte en el polvo, y el polvo lo absorbe, sin dejar rastro.

Hubo otra cosa que dijo el hechicero agonizante en el sueño del cura-curandero, y que Pablo de Alcántara hubiera deseado repetir al monaguillo: "No se hacen los hombres de madera. No se hacen con barro, no con masa de maíz. Eso cae en la muerte, se deshace. Pero el alma esa que tú dices, no se deshace, aire es, y queda flotando".

XXXV

LOS MÁSTILES

Serenamente extendió
la luz de su antigua verdad,
sol que se hunde tras las montañas.
Ya se van al mar los pinares
hechos de lluvia y soledad,
ya se van al mar.
Van quemando
estancias de aquella heredad

donde fuimos y donde amamos
y donde dulcemente pecamos
y fuimos inocentes y crueles.
Se va a la mar el bosque.
Mástiles son,
un bosque navegante
que ha de llevarnos a la isla
donde están los que ya no están.

El poema, en letras rojas, era obra de la desconocida. Aludía, obviamente, al viaje de Otzilén. Lo encontró el escribano, en su mesa, la mañana del 18 de marzo de 1993.

XXXVI

EL DIOS ESPERADO

Al saber del fin de Otzilén, la madre Ikokik se tendió en su petate, negándose a comer. Estaba vieja, sí, ¿pero cuánto? Ataba su cabello, apenas cano, en una larga trenza, honraba a los dioses de madrugada, molía el maíz, cuidaba de los nietos, siguiendo una rutina de tan largos años que todo tiempo anterior a ése era como si no hubiese existido. Mas cuando la despertó, en la noche, el temblor, y sintió el lago embravecido saltando en grandes oleadas por los cerros, algo se quebró en su corazón, y decidió morir. Pasan los tiempos, y con ellos las felicidades y los infortunios, que forjaron una entereza, y una forma de vida. Ella supo cuál era la intención de Otzilén, y no procuró atajarlo. Cuando el temblor quizás se recriminó a sí misma por no haberlo hecho, en lugar de aceptar el incomprensible desatino de su hijo el brujo. Pero era tarde, tarde. Las olas del lago, que subieron tanto, anegando los sembrados de Azacualpa, apagaron de un golpe la hoguera de la fortaleza suya, que pareciera inextinguible.

—Monita —llamó Ikokik.

La monita sonrió. La gente había dejado de decirle así, y su madre sólo usaba ese término cuando la trataba con especial cariño.

—Monita, yo también ya me voy.

La partera reaccionó severamente, como quien reprende a un niño de corta edad. La vieja se limitó a volverle la espalda, sin responder.

Los días que siguieron, la partera preparó guisos exquisitos situándolos a su lado, pero ni el aroma de los cangrejos, ni el de las pacayas, de un suave amargor, ni el de la fina pasta de chocolate, vencieron la resistencia de la vieja Ikokik. Al cabo llegó la visita de otra anciana. Era la vieja mona, quien se quitó el collar, lo depositó sobre el cuello de la moribunda y desapareció. Para entonces Ikokik comenzaba a delirar, llamando en el refinado maya de Yucatán a sus padres y hermanos, y a los seres que ella conociera en su niñez. A la partera se le mojaron los ojos, pero todavía dirigió un reproche a su madre, y salió a su vez. Al regreso no llevaba consigo comida, sino un enorme odre de barro. Poco más tarde, aproximó su oreja a la boca entreabierta de Ikokik. La respiración había cesado. La partera dobló a la madre en posición fetal, y la acomodó en la oquedad de arcilla.

Descendió al borde del agua.

Estaba como sin pensamientos, ni tristeza siquiera, sólo vacía por dentro, incapaz de asumir la partida del hermano querido, y de la madre más querida aún. Pero hizo un esfuerzo por entristecerse, pues se sentía culpable de no estarlo, repitiéndose que la luz de Ikokik "la que lleva la luz ante sí", no volvería a alumbrarla.

Miró al lago. El lago la miró a su vez, devolviéndole su imagen. Ella era el vivo reflejo de Ikokik. Estalló en llanto. Como haciéndose eco de lo sucedido, el cielo gris se desató en lluvia, y ella miró a los cielos con agradecimiento. Subió por la lodosa ladera, por los senderos convertidos en ramblizos. No era largo el camino, pero llegó empapada a la plaza de Azacualpa, donde un grupo de niños chapoteaba lleno de dicha, arrojándose pegostes de barro. Y ella los contempló con los ojos nublados por las lágrimas, o las gotas de lluvia, que más daba, y los vio, morenos, mestizos, incluso uno rubio, al que sus compañeros llamaban "chele", como a los españoles, por el color de su piel, pero sin problemas, con la sencilla aceptación de la infancia, y pensó, la partera, que un mundo moría, pero otro estaba surgiendo, destinado a poblar esos parajes en el futuro, un mundo de mezcladas sangres cuyo parto ella había atendido. Y sospechó, con estupor, que ese pueblo naciente era el Dios vaticinado. Y oyó la lluvia, como un enjambre de abejas sin límite, y asumió que ahora era ella quien llevaba la luz ante sí.

La joven amante de Otzilén fue a la isla, y encendió pom a los dioses en el brasero ceremonial. Después anduvo errante entre esos grabados pétreos que Otzilén le explicara (a medias, dijo él, porque más no podía) y los contempló uno a uno dolorosamente, sin reparar en los guijarros que herían sus pies descalzos.

XXXVII

SANGRE

El gran venado blanco observó al clérigo con majestad, y le hizo signo de seguirlo bajo la lluvia. Suspendió, Pablo, la plegaria, advirtiendo en la mirada de la Virgen un signo de aceptación. El agua caía a cantaradas hasta dentro del derruido templo de Ciudad Vieja, con la techumbre derrumbada hasta la mitad, y más allá era tal la lluvia que no era visible nada, y del río cercano se percibía únicamente el crecido fragor.

El venado lo guió por restos de callejas empedradas hacia una casa deshabitada donde hiciera nido con su progenie. La lluvia amainó, entretanto, tan intempestivamente como había venido. La estrella de la tarde brillaba como la estrella de la Epifanía. La venada acababa de parir, y descansaba, en un colchón de paja. Un pequeño venado se irguió sobre sus patas endebles, y dirigió a don Pablo de Alcántara una mirada sonriente, y grave al tiempo. Con una voz inconfundible a sus oídos, el venadito dijo:

—¿Recuerdas, cura Pablo, Pablo Shlomó? y pronunció las palabras bíblicas:

Recibid mi enseñanza, y no plata,
y ciencia antes que oro escogido.
Yo, la sabiduría, habito con la discreción,
y hallo ciencia en los consejos.

Y pasaron los siglos. Una noche de marzo de 1993 cae una inesperada lluvia, y es una lluvia similar a la de hace un siglo, un milenio, cien milenios. El escribano se acerca a su mesa, dispuesto a escribir, y ve en caligrafía roja unas palabras que no ha puesto su mano: "Recibid mi enseñanza, y no plata..." y ve más. Velozmente se fuga por la ventana la responsable de la escritura roja. Es la mano de palo. Ha dejado abandonada la pluma con que trazara sus líneas. Es una pluma de torogoz, una larga y fina espiga de lustroso negro coronada por un círculo de plumitas, negro en la mitad inferior, y de un tornasolado verdeazul en la otra mitad. El escribano se queda contemplando, pensativo, ese cálamo en cuya punta brilla, temblando, una gota de sangre.

EPILOGO

La luz avanzaba pausadamente, golpeando los bordes de la oscuridad. Poco a poco comenzaban a salir las cosas de la informe masa de las tinieblas. Era como si la Creación tuviera lugar nuevamente a golpes de luz, y nacieran a la vida los cielos y las tierras, los campos y los pueblos. El disco de oro se alzaba por arte de encantamiento tras las montañas, disolviendo con un pincel las sombras que tan terribles parecieran a la noche, esas sombras que la llama de una vela pudo arrancar, enormes, incluso de pequeños objetos.

Las gentes salieron de los escombros de la noche a un día recién lavado, y algo impalpable, la vida, fue instalando sus pequeños rituales en escuelas, farmacias, mercados, talleres y oficinas.

Cada quien creía tener un pasado, arrastrar tras de sí la suma de acontecimientos que habían desatado algunas posibilidades, cegando el camino a otras. ¿Pero era así, realmente?, ¿y si el mundo fuera en verdad nuevo esa mañana, y cada quien viviera por primera vez, y llegaran de la noche primigenia con un sueño que ellos pensaban ser su pasado, y el de sus pueblos, y el de sus razas? ¿Si la Creación fuese una súbita invención de ese Dios luminoso que se alzaba en el firmamento, haciéndolo todo por la sola potestad de su mirada?

Pero esas dudas se desvanecieron al avanzar la mañana, cuando la ciudad asumió, por todas partes, sus rencores, sus amores, sus rabias y sus cuentas pendientes. El debe y el haber tomaron el paso a la filosofía, como cosas más concretas que los misterios cósmicos.

Fuese como fuese, era improbable que el común de los mortales tuviera ese amor del pasado que habitaba al escribano, y más que lo acontecido anteriormente les interesaba el futuro, su futuro inmediato, por lo cual consultaban el horóscopo con el café del desayuno, y no eran diferentes, en ello, de quienes se acercaban a consultar al brujo Otzilén, en otra edad.

Unas palomas grises se posaron en las cúpulas. Eran dos cúpulas paralelas, no de materia noble, sino de hojalata, surgiendo de una iglesia, demás está decirlo, pues ¿qué otro lugar en aquella ciudad hubiera merecido una cúpula, peor aún, dos? Hablo de esa

ciudad lejana como si hubiese verdaderamente existido, o yo hubiese vivido en ella, o la hubiese amado. O al revés. Hablo de esa ciudad cruel y presente como si se situase no en una geografía, o en la hora que corre, sino en mapas extintos y edades arcaicas, envueltas en la bruma de la memoria, y como si fuese, de algún modo, irreal, aunque hubiese existido, y hubiese tenido su locura, la fiebre de muchas vidas y su inútil grandeza. Hablo de aquella ciudad de hace tiempos, San Salvador, llamada, situada en un valle, a los pies de un inmenso y silencioso volcán, ya en calma y verdecido, noble de una inmemorial nobleza.

Derramándose por sus costados, los jardines de las casas prósperas, con árboles y cantos de aves, y abajo, abajo, en el centro del valle, un hervor y un fervor humanos, muy diferente, de cierto, a los apaciguados jardines tras los muros. En ese centro transcurre una hora atareada y violenta, un tráfico de lo pequeño y de lo grande, un mercado callejero a la orilla de una catedral perversa, informe, desde siempre inconclusa, fea de toda fealdad, agrietada por un terremoto, pero formidable en su grosor ciclópeo de mastodonte aún no estudiado por la paleontología.

No pertenecen a la catedral las graciosas cúpulas de lámina, sino a otra iglesia más simple, un templo con vitrales y maderas talladas. Es refugio de espiritualidad popular en una ciudad millonaria en almas, pero como inevitablemente rural, provinciana hasta la médula, donde conviven la magia, el pragmatismo y el tenaz esfuerzo.

Pero he aquí que la noche ya pasó. El escribano observador está más allá de la mitad del camino de la vida, viendo crecer, desde un café, la luz del día que golpea las cúpulas de las palomas grises, y que se desliza por las faldas del volcán de San Salvador.

Progresaba Tierra, cuando la guerra interna, que apenas se hiciera sentir en la capital del país, alcanzó su morada. La guerrilla desató una ofensiva en la Colonia Escalón, y el ejército regular respondió disparando desde el aire. Su máquina de escribir estaba en la planta alta, y como era posible que un proyectil disparado desde avión atravesara el techo, se refugió en la planta baja. Como las ideas continuaban trabajando en su interior, subía en cuanto se calmaba el refuego para proseguir su escrito, colmando, con el tableteo de la máquina de escribir, el hueco dejado por el tableteo de las ametralladoras. Cuando no hubo ni teléfono, ni luz, ni alimentos, ni agua, pudo abandonar la casa, igual que los vecinos, siguiendo una ambulancia por rutas donde el combate era menos intenso, y el escribano se fue para Guatemala, en tanto ardían frente a su puerta cinco cadáveres. Se refugió allá, donde el pintor Zipacná de León, en San Lucas Sacatepéquez, uno de los lugares mencionados en los documentos de don Pedro de Alvarado. Prosiguió calmadamente la novela, y Zipacná lo invitó a conocer un lugar prodigioso, las ruinas de la capital de los Cakchiqueles, también relacionadas con la vida de Pedro de Alvarado. Así terminó el año 1989, y el escribano pasó la Navidad en Guatemala, regresando a El Salvador al mes de su partida, con el manuscrito del primer libro de Tierra concluido. El segundo, Nuestro Señor de los Venados, se inició en 1992, año bendito de la paz, y llegó a su fin en marzo de 1993. Varias cosas sucedieron, antes

y entretanto, que merecen consignarse. En el primitivo asentamiento de San Salvador, en el Valle de la Bermuda, se había restaurado una casa de finca colonial, aparentemente la más antigua de Centroamérica. La reinauguración tuvo lugar poco antes de la guerra, y la guerra la consumió en llamas. Junto al pueblecito de Antiguo Cuzcatlán, se elevó una gigantesca Embajada norteamericana, casi al final del conflicto, y fueron hallados innumerables restos arqueológicos, sin que el público general lo supiera en ese momento. Pero la construcción continuó, contraviniendo las leyes de El Salvador y de los Estados Unidos. Cuanto fue destruido, cuanto partió al extranjero, no lo sabremos jamás. Poco después, muy cerca de esa Embajada, el arqueólogo norteamericano Paul Amaroli halló basamentos de una plaza, de edificaciones y de un adoratorio, que, tras sesudo análisis, y pruebas de los restos con carbono 14, creyó poder identificar como las ruinas de Cuzcatlán. Los importantes vestigios arqueológicos se encontraban en una urbanización en curso, y los propietarios no vacilaron en allanarlos para continuar su lucrativo negocio. Un individuo, que trabajara durante años en el Museo Nacional, justificó el atentado, restándole importancia, mientras a ambos lados del Atlántico se revaluaba la herencia prehispánica, conmemorando los cinco siglos de la llegada de Colón. El escribano reclamó contra estos hechos en los periódicos locales, y el individuo respondió con improperios. Como en esos días se publicara, a título de anticipo, el capítulo inicial de Nuestro Señor de los Venados, el individuo afirmó que era un plagio del "éxodo de Topiltzín", sin indicar a cuál de los escritos que aluden al Príncipe se refería. Las reivindicaciones indigenistas se multiplicaron antes del 12 de Octubre, y en la mañana de esa fecha, un joven universitario destrozó con una maza los rostros de las esculturas de Colón e Isabel la Católica, que flanquean nuestro Palacio Nacional. Es el Colón que habla en el capítulo XI. Se trataba de dos hermosas estatuas de comienzos de siglo, y fue por cierto un abuelo del escribano, entonces Ministro de El Salvador en España, quien contratara al escultor, en la primera década del siglo XX. Con ese abuelo historiador a quien no conoció, tiene una deuda el escribano: entre sus papeles se encontraban las cartas de Alvarado, mandadas a copiar por el abuelo en el Archivo de Indias de Sevilla, y que le fueron de gran utilidad al componer estas páginas. El sujeto que arremetió contra las estatuas, fue encarcelado, mas no así los depredadores de Antiguo Cuzcatlán. Acaso el hecho de que se tratase de ricos propietarios haya tenido algo que ver en ello. Las ruinas del lago de Güija continúan abandonadas a su suerte, y son víctimas del saqueo. El escribano fue de las contadas personas que pudieron ver la casa de la Bermuda y los basamentos de Antiguo Cuzcatlán.

Cuanto hay en Tierra procuré documentarlo, mas no cito, por no agraviarlos, a los historiadores cuyos textos consulté, no sea que se les atribuyan los errores que yo haya cometido.

Deseo agradecer a las personas que en una u otra forma me ayudaron. A mi madre, en primer lugar, quien, como en anteriores ocasiones, pasó a limpio la cuasi totalidad del manuscrito; a Héctor, mi hermano, quien me dio ciertas guías, pese a vivir lejos; a Oscar Ramírez, a Chati (Rosaura) Larín, y a los jóvenes poetas del Movimiento Xibalbá,

quienes escucharon afectuosamente el desarrollo de muchas de estas páginas, y sugirieron nuevos rumbos, sabiéndolo o no; a Gustavo Pineda, en particular, quien me hizo observar que la pirámide que da al lago, en Azacualpa, está orientada hacia la estrella de la tarde, y me dio una involuntaria imagen: al visitar el lago de Güija, hizo sonar en la inmensidad un instrumento prehispánico, un caracol marino. Agradezco su colaboración asimismo a Alvaro Magaña h., a Gabriel Otero y su patrocinio a la Fundación María Escalón de Núñez, especialmente en la persona de Gustavo Herodier, y a los espíritus que acercándose a mí dijeron: "Asentá, escribano".

(Con lejanías y con muchas lluvias fue escrito este libro,

y con inexactitudes muchas, ya lo sé.

¿Quién puede atrapar la luz en una redoma de cristal?

La luz tan sólo la atraviesa y se va,

pero el cristal se queda recordando,

un instante, la luz).

Esta edición consta de 1,000 ejemplares. Se terminó de imprimir el día 29 de marzo de 1996 en los talleres de la Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA.
San Salvador, El Salvdor, C. A.

La primera parte de TIERRA, *"Don Pedro de Alvarado va cabalgando"*, fue previamente publicada [illegible] la revista PRESENCIA del extinto CENITEC, en 1992. [illegible] [illegible] parte, *"Nuest[illegible] [illegible] [illegible] Venados"* era inéd[illegible]

es, por

Ric[illegible]

X. X. [illegible]

prosa; *Jardines*, vers[illegible]

pintura en El [illegible]

versos; *El señ*[illegible]

aldea de arcilla, notas sobre teatro popula[illegible]

que dice el Río Lempa, [illegible]

notas sobre los petr[illegible]

colaboració[illegible]

